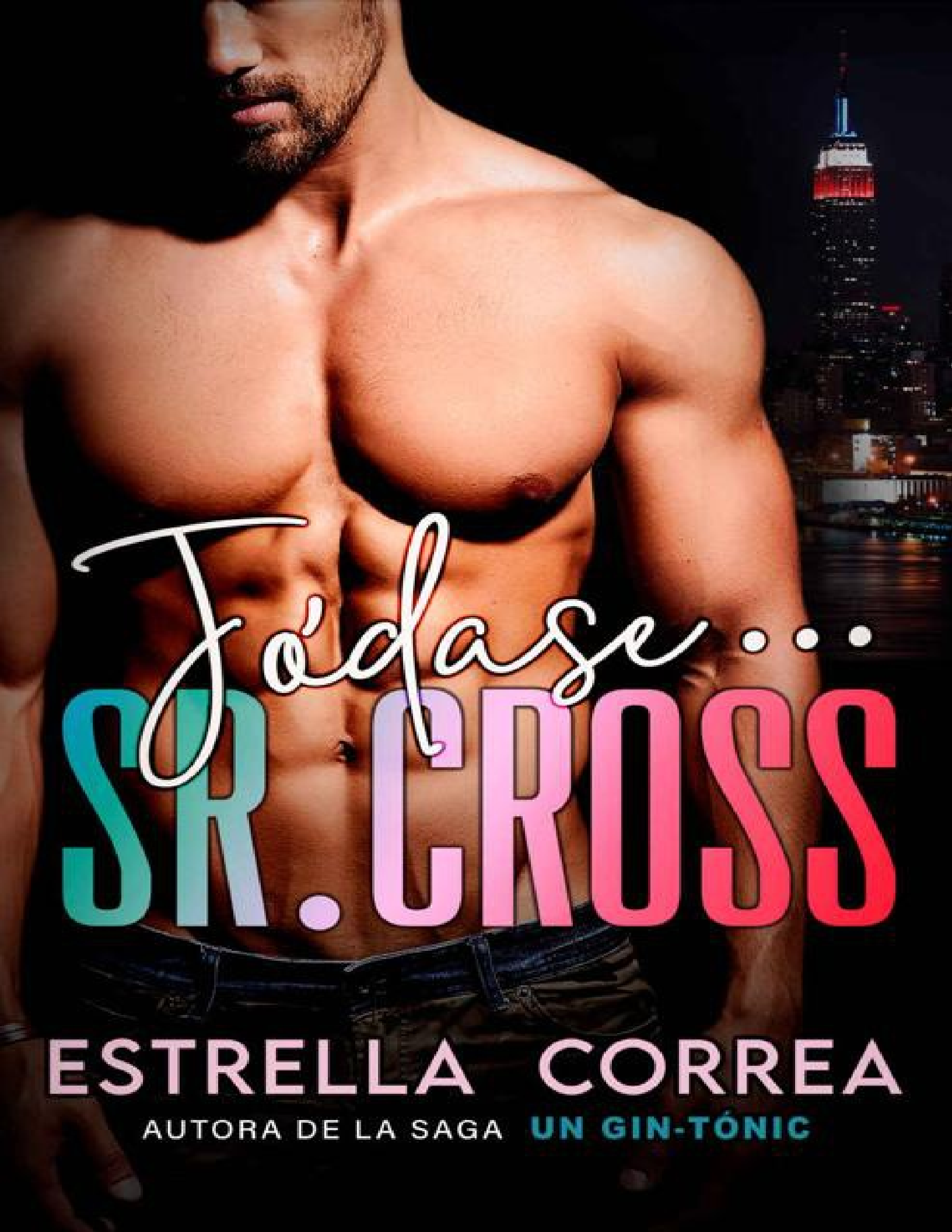




Fóclase ...
SR. CROSS

ESTRELLA CORREA

AUTORA DE LA SAGA **UN GIN-TÓNIC**



Copyright © 2023. Estrella Correa.

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida o transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación, o por cualquier sistema de almacenamiento y recuperación, sin permiso escrito del propietario del copyright.

Esta es una obra de ficción. Cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia. Todos los personajes, nombres, hechos, organizaciones y diálogos en esta novela son o bien producto de la imaginación del autor o han sido utilizados en esta obra de manera ficticia.

1ra Edición, agosto 2023.

Título Original: Jódase, señor Cross.

Diseño y Portada: Nina Minina.

Maquetación: Estrella Correa.

Corrección: Antonio Correa y Rocío Moreno.

A la VIDA

SINOPSIS

Anthony Cross, CEO de CROSS COMPANY y un hombre con una sola misión: cuidar de ella y de su familia.

Charlotte Sallow, editora jefe en Boundless Book Press y una mujer que crece odiando al hombre que ama.

Una historia sobre **amor, odio, verdades a medias y secretos que pueden destrozar hasta el amor más inaudito.**

¿Puede amarse y odiarse a una persona al mismo tiempo?

Un presente prometedor.

Un pasado demoledor.

Un futuro incierto.

Dos personas que desean encontrarse entre una bruma espesa y oscura, mientras el destino hace de las suyas.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN

1. TRABAJO DURO.
2. LA PRIMERA VEZ.
3. ESTO NO ES PARA MÍ.
4. CHARLIE, LA NIÑA INVENCIBLE.
5. OTRA VEZ TÚ.
6. SIN PLANEARLO NI SOPESARLO.
7. REUNIÓN DE CHICAS.
8. SOMOS AMIGOS.
9. LEER DA SUEÑOS.
10. OTRAS PRIMERAS VECES.
11. TÚ YA LO SABÍAS.
12. NO FUE LA MEJOR NOCHE DE MI VIDA.
13. DESPUÉS DE TANTO TIEMPO.
14. OTRA VEZ, CHARLOTTE.
15. GRAN POSEIDON.
16. EL CHICO MÁS DIVERTIDO.
17. PROHIBIDO.
18. TODO VA A SALIR BIEN.
19. YO LUCHO CONTRA RINOCERONTES.
20. TENÍA MIEDO.
21. UNA RELACIÓN PROFESIONAL.
22. TODO CAMBIÓ DE REPENTE.
23. ODIARLO O BESARLO.
24. FIESTA DE PIJAMAS.
25. MANSIÓN DEL SEXO.
26. ESA NIÑA.
27. UN LUGAR QUE NADIE QUIERE VISITAR.
28. ESTABA DEVASTADA.
29. IRRESISTIBLE.
30. EL FUTURO PUEDE APARECER ABRUMADOR.
31. A LA MIERDA TODO.
32. LO QUE SE APRENDE CON EL PASO DE LOS AÑOS.
33. LOS CELOS Y LA DESCONFIANZA.
34. LA ECHO DE MENOS.
35. UN CAMBIO DE MIL DEMONIOS.
36. NO PODÍA RESPIRAR Y CORRÍ.
37. ME VUELVE LOCO. MUY LOCO.
38. SOY MUY FELIZ.
39. LIBERTAD.
40. RECUPERAR EL TIEMPO PERDIDO.
41. MI CORAZÓN SE LLENA DE DICHA.
42. SACAREMOS LO MEJOR DE ESTO.

43. LA VERDAD QUEMA, DUELE, ARAÑA.
 44. NECESITO TIEMPO.
 45. EL PASADO ES PRESENTE.
 46. ATÓNITA. SIN ALIENTO.
 47. NUESTRA VIDA CAMBIÓ.
 48. EL CORAZÓN ENCOGIDO.
 49. TE ODIA, CROSS.
- EPÍLOGO.
- AGRADECIMIENTOS.
- SOBRE LA AUTORA.

Fóclase ...
SR. CROSS

ESTRELLA CORREA

INTRODUCCIÓN



CHARLOTTE

Habíamos hecho una fiesta de pijamas en el dormitorio de mi amiga Olivia y lo habíamos pasado muy bien. Yo sentada en el suelo con un libro en la mano mientras ellas hablaban de Silas y Luca que se acababan de marchar porque el señor McQuoid no veía con buenos ojos que se quedaran a dormir. La luz amarillenta de una pequeña bombilla irradiaba un trocito de la habitación y me permitía ver las letras de la novela que la señora Cross me había prestado.

Me quedé dormida sobre la alfombra con la espalda pegada a la orilla de la cama. No sé qué me despertó, pero el corazón me latía a mil por horas y al abrir los ojos sentí una presión en el pecho como si algo muy pesado estuviera oprimiéndolo. Una sensación de inquietud y desconcierto consiguió que me levantara de un salto.

—¿Qué haces? —balbuceó Olivia, sobando sobre el colchón.

No respondí porque los pensamientos comenzaron a dar vueltas en mi mente sin poder identificar claramente ninguno de ellos.

—Ha debido de ser una pesadilla —musité, tratando de convencerme de que no ocurría nada, no obstante, en ese instante, el corazón me dio otro vuelco.

Conocía los ataques de ansiedad porque a mi madre le daban a menudo y me dije que sería aquello.

Pero no, algo muy fuerte tiraba de mí y una voz en off y desconocida me gritó que fuera a casa.

Algo inexplicable, un presentimiento inquietante se hizo hueco en mi pecho, haciendo un agujero del tamaño del Cañón del Colorado. Planté las manos sobre el escritorio y traté calmarme de nuevo.

—No es nada, Charlie... —susurré frente al pequeño espejo en forma de flor.

Pero nada me detuvo.

Me puse los zapatos, la sudadera y crucé la casa a hurtadillas para no alertar a los McQuoid. Volé las tres calles que separaban su casa de la mía. La sensación de malestar se hacía más grande y evidente a medida que deshacía la distancia entre las dos viviendas.

Observé luz en la planta baja de mi casa y me extrañé. Miré hacia la casa de los Cross y se encontraba totalmente a oscuras. Caí en la cuenta de que Anthony no me había enviado ningún mensaje para asegurarme de que todo estaba bien.

Seguí mi ruta y crucé el jardín donde los enanos de cerámica me observaban como si no fuera con ellos mi miedo y desazón. La puerta delantera estaba abierta y me asusté. No se escuchaba nada.

—¿Mamá? —La empujé.

El silencio retumbó en mi mente.

Mis pasos resonaban sobre el mutismo de la madrugada y la madera crujía bajo mis pies. Los destellos de los faros de un coche que debía cruzar la calle se coló entre las ventanas y pintó el ambiente con sombras danzantes que me asustaron aún más.

Me detuve en medio del salón.

Todo estaba en su sitio.

—¿Mamá? —grité sin obtener respuesta.

Di otro paso, y otro, y otro. La tensión dentro de mí aumentaba y me dirigí hasta la cocina de donde provenía la luz que parpadeaba. Empujé la puerta de la coque se hallaba entreabierta. El chirrido de las bisagras me puso los vellos de punta.

El escenario que se reprodujo delante de mis ojos me dejó petrificada. El suelo de baldosas blancas se había teñido de un rojo oscuro intenso. Supe que no se había derramado un bote de pintura, aquello era diferente a lo que habíamos utilizado en la clase de dibujo artístico unos días antes. Mi rostro se llenó de horror y mis manos temblaban como si estuviéramos en invierno y una tormenta de nieve se hubiera apoderado de la ciudad. Algo llamó mi atención entre tanto espanto. La hoja de un cuchillo ensangrentado brillaba junto a la isla y una mano invisible me empujó hacia allí.

Di un grito cuando mis pies descalzos se toparon con su cuerpo inerte. Mi garganta se desgarró y comencé a llorar a la vez que mi cuerpo se inmovilizó. Mi mente era incapaz de procesar lo que mis ojos estaban viendo.

Una mano conocida, muy conocida, sostenía una pistola.

TRABAJO DURO



CHARLOTTE

Presente...

Me gusta mi trabajo. No, no, rectifico. Amo mi trabajo, lo adoro, estoy enamorada de él, no sé vivir sin él. Mi trabajo es casi todo en mi vida, a parte de mis amigas y mi hermano. No sé qué hacer cuando me tomo (o me dan) unas vacaciones. Para mí Boundless Books Press es una odisea en medio de un desierto, un lugar donde las horas se convierten en segundos, un puerto en el que atracar. Hay quien cree que dedico demasiado tiempo a la editorial en la que soy editora jefe; y no se equivoca.

Amo los libros. Desde que tengo recuerdos, mis manos han mantenido uno de ellos y mis ojos se han paseado por sus páginas empapándose de sus letras. Comencé a leer desde muy pequeña, quizá para escapar del horror que se vivía en casa. Me escondía en el armario de mi dormitorio, me tapaba los oídos con las manos y leía y leía hasta quedarme dormida. Solía despertarme en la cama. Allí me pasaba las horas en un estado de duermevela que evitara el recuerdo de ese momento.

Llevo en Boundless siete años, desde que terminé la universidad y me contrataron como becaria mediante un acuerdo con la Universidad de Nueva York. Me hubiese gustado ir a Harvard o Yale, donde me aceptaron tras presentar mi solicitud. Decidí, sin embargo, no alejarme de la ciudad ni de mi hermano del que siempre me he sentido responsable.

—Charlotte, ¿tienes un minuto? —Norma, mi secretaria, asoma la cabeza por la puerta abierta de mi despacho, un lugar amplio, colorido y con luz natural, gracias a las cristalerías desde donde se ve parte de Manhattan en el piso cuarenta de un edificio moderno y actual en West Street, no muy alejado de Times Square.

—Pasa. —Cierro el libro que estoy leyendo y visionando para su posible publicación, lo dejo sobre el escritorio, junto al teclado de mi ordenador y una taza de café que aún humea, y me incorporo unos centímetros.

Norma camina hasta tomar asiento en uno de los dos sillones amarillos que descansan delante de mi mesa y se retoca el peinado como si se le hubiera movido un pelo, cosa que jamás

ocurre porque va impecable hasta recién levantada. Compartimos habitación cuando viajamos por trabajo.

Estamos rodeadas de estanterías con libros, colocados por año de publicación y autores. Un armario, más pequeño y a mi izquierda, contiene mis novelas preferidas, algunas primeras ediciones y muy antiguas, menos una, que la guardo en casa, en un cajón de la mesita de noche y que me regaló una persona muy especial para mí hasta que todo se truncó.

—Emily Watson tiene una crisis existencial y se ha ingresado en una clínica de retiro espiritual. —Habla de una de nuestras autoras *best sellers* internacional y de su propensión a la depresión, una enfermedad muy seria a la que hay que prestarle atención, pero, como la conocemos, sabemos que su novio la ha dejado y ella se hunde porque cree que a sus treinta y seis años ya debería haber cumplido unas expectativas.

No la culpo.

Expectativas de la alta sociedad de Manhattan: Casarte antes de los treinta con una persona de clase social alta y cuentas bancarias desorbitadas y tener dos hijos, una niña y un niño puestos a pedir, además de triunfar en los negocios, cumplir como buena esposa, vestir impecable y no decaer en ningún momento.

—¿Durante cuánto tiempo va a estar en MindWell? —pregunto, masajeándome la sien.

—¿Cómo sabes que está en MindWell? —Norma abre la boca y los ojos.

Lleva un vestido de falda de vuelo de color rosa, tirantas anchas y cuello cuadrado.

—Lo sé todo, Norma.

Me señala.

—No sabes cuánto tiempo va a estar. —Hace una mueca graciosa con el rostro.

—Pero sí sé cuánto tiempo vas a tardar en quedarte sin trabajo como no me lo digas ya —bromeo, imitando su gesto.

—Dos meses. —Alza dos dedos. Su manicura también es perfecta.

—Eso es imposible. *Detrás de sus ojos* —así se titula su última novela— se publica dentro de tres semanas.

—Yo solo te informo de lo que su representante me ha dicho. Ella está incomunicada.

Bufo.

—Concierta una reunión con él para mañana.

—De acuerdo. —Se levanta—. Otra cosa. Harmony se ha reunido con dos personas de una manera muy poco ortodoxa. —Frunzo el ceño ante su explicación. Ella da un paso hacia delante y se agacha para susurrar—: Se ha organizado en el ala norte, junto al almacén. Harmony se gastó mucho dinero en la reforma para implantar una reunión con dos hombres vestidos de Arman y muy guapos en una zona lúgubre y con muy poco estilo.

Harmony es la directora de la editorial y mi superior directo. Una mujer que, aunque heredó la empresa de su familia, supo reinventarse y amoldarse a los nuevos tiempos. La admiro muchísimo.

El teléfono de mi despacho suena con insistencia.

—Entérate de qué va. —Le hago una señal con la mano para que se marche y cierre la puerta—. ¿Jackson? —Descuelgo el teléfono y atiendo a mi hermano—. ¿Qué pasa?

—¿Tiene que pasar algo para que desee hablar contigo?

—Solo me llamas cuando ocurre una desgracia.

—Eso no es cierto, para muestra, un botón.

—¿Cómo llevas las pesadillas?

—Mejor. Déjame hablar. Quiero invitarte a la fiesta de mi cumpleaños.

- ¿Vas a celebrarlo?
- Ya es hora de superarlo.
- Me alegro.

Mi hermano cree que le persigue una maldición y que, si celebra su cumpleaños, algo malo ocurre ese día, a él o a una persona importante para él. Todo comenzó en su décimo quinto cumpleaños, cuando se rompió una pierna. En el de su dieciséis, él y un amigo se cayeron de una moto y otras desgracias varias.

- Espero que no te mueras mientras yo celebro que cumpla veintiséis.
- Intentaré no morirme, por ti. ¿Dónde es la fiesta?
- En Oasis. Dentro de dos semanas. Puedes llevar acompañante.
- Lo llevaré si por acompañante te refieres a Olivia y a Alyn.
- Perfecto. Nos vemos entonces.
- Adiós, te quiero.
- Adiós, ratón de biblioteca. Yo también te quiero.

Pongo los ojos en blanco y cuelgo. Me llama así desde que éramos pequeños y mi vecina me dejaba libros para que los leyera porque pedir en casa que me compraran era una guerra perdida. Mi padre se gastaba el dinero en otras cuestiones que le parecían más interesantes y mi madre jamás se atrevió a llevarle la contraria.

Mantengo una reunión por la tarde de planificación y adquisición de contenido con los editores menores donde establecemos un plan para abarcar nuevas adquisiciones, temáticas y llegar a una audiencia objetiva. Como redactora jefe evalúo personalmente las propuestas que estos exponen y decido qué se publicará y qué no. Harmony no suele asistir y deja toda la responsabilidad en mis manos, sobre todo desde hace seis meses, por eso me extraño cuando aparece antes de finalizar y nos pide que la escuchemos.

Se posiciona delante de la mesa de color cereza y rectangular, de pie, con los brazos abiertos y las manos a la altura de su pecho. Nos observa a todos, uno a uno, somos doce personas en la sala, para terminar en mí y asentir una vez. Se me escapa qué quiere decirme. A pesar de que nos separa una generación, solemos entendernos a la perfección. Por eso, también me ofreció el puesto de jefa, porque aprendimos de una manera muy fácil y rápida a entendernos sin palabras.

—Tengo una noticia que daros. —Le cubre el cuerpo un vestido rojo Prada muy estrecho y elegante que resalta su cabello blanco—. Llevo negociando la venta de Boundless tres meses. No encontraba quien me asegurara que cuidaría de esta mi casa como si fuera la suya y de todos vosotros hasta hace unas semanas. Acabo de cerrar el trato con Cross Company esta misma mañana. Siento no contároslo hasta ahora, pero necesitaba la seguridad de que todo saldría bien. —Se escuchan murmullos de sorpresa e incertidumbre en la sala—. Tranquilos. Todos conservareis vuestro puesto de trabajo y los cambios van a ser mínimos. Mis abogados y yo nos hemos encargado de ello. —Termina su exposición y los presentes en la reunión van saliendo con distintas emociones en el rostro.

Espero a quedarnos a solas para hablar con ella.

—Cross Company no tiene ni idea de esto —indico, a sabiendas de lo que hablo porque conozco muy bien al CEO de ese conglomerado de empresas.

—Lo sé, pero ayudaron a reflotar Page Turner Publishing. Confío en que han aprendido mucho sobre editorial.

Arrugo el ceño y me levanto.

Doy un par de pasos y me detengo frente a ella.

—¿De qué estás hablando?

—Las ventas han bajado mucho en los dos últimos años. Las nuevas tecnologías, la piratería... Sabes de lo que hablo...

—Pero... ¿Qué vas a hacer? Esta es tu vida.

—Es la tuya, Charlotte, y por esto también me voy tranquila. Sé que sabrás qué hacer cuando las cosas se pongan feas. Eres la indicada para luchar porque Boundless se haga incluso más grande y fuerte. —Me da un apretón en el brazo y se marcha, dejándome sola en una habitación donde la temperatura baja veinte grados en un segundo.

Planto una mano sobre la madera pulida y brillante de la mesa y doy golpecitos con los dedos. Mis uñas, pintadas de color rojo y una perfecta manicura, crean una melodía intrigante acorde con los latidos de mi corazón.

—¿Qué haces, Anthony? Tú no tienes ni idea de libros —susurro, pensando en el hombre que va a coger las riendas de la editorial y, por ende, las de mi vida.

LA PRIMERA VEZ



CHARLOTTE

19 años antes...

Cargaba mi mochila sobre la espalda y caminaba por el patio del instituto hacia la entrada principal junto a mi mejor amiga Olivia. Llevaba unos pantalones de color verde y una camiseta blanca, mis zapatillas de deporte preferidas y el pelo recogido en una coleta.

Acabábamos de empezar sexto grado en la escuela de secundaria Prospect South en Prospect Park South, un barrio residencial de Brooklyn de clase media donde la mayoría nos conocíamos, para mi desgracia. El instituto, en la zona sur del barrio, estaba rodeado de viviendas unifamiliares, centros comerciales y otros servicios comunitarios, como una iglesia católica y otra protestante, así como un centro social y una pequeña clínica que destacaba por la atención primaria.

Prospect South Institute incluía un edificio de magnas dimensiones con aulas espaciosas y bien iluminadas, así como un laboratorio científico (que odiaba), una biblioteca (que amaba), una sala de informática (que sabía que necesitaba), un gimnasio (donde me obligaban a hacer deporte en clase de Educación Física) y una cafetería (que parecía ser salubre pero a la que le faltaba personal y buenas prácticas).

Una institución donde se esforzaban por darnos una educación de calidad, pero que se caracterizaba por la omisión de muchos recursos que el gobierno dejaba para otras privadas. Ofrecía una variedad aceptable de programas académicos, incluyendo cursos básicos de matemáticas, lengua, historia, idiomas y educación física. Me apuntaba a todos los de lengua y literatura y dejaba las matemáticas y las ciencias para quienes les interesasen.

—Mi padre dice que comienzan los mejores años de nuestra vida —comentó Olivia, con su cajita para la comida de color violeta en la mano.

Observé el tarro, desgastado por el tiempo, con muñecos de una serie de dibujos que dejaron de emitir hacía cinco años, y respondí:

—Tu padre no estudió aquí. —El señor McQuoid, natural de Florida, había realizado sus estudios bajo un sol abrasador en una ciudad que se caracterizaba por la familiaridad y el contacto continuo con el profesorado.

—¿Por qué eres tan negativa? —me reprochó.

Olivia no sabía lo que sucedía en mi casa. Lo mantenía en secreto porque me enseñaron que los trapos sucios de un hogar se limpian de puertas adentro, eso y la tan manida frase de mi madre: «No digas nada. Solo ha sido esta vez».

—¡¡Eh!! ¡¡Bichos raros!! ¡¿No os ha dado el sol este verano?! —gritó uno de los chicos del grupo que nos hacían los días imposibles entre aquellas paredes. Era uno de esos a los que se considera intocables y populares, esos que van como si fueran a comerse el mundo y a todas las chicas guapas de los alrededores, entre las que no nos encontrábamos.

—¿Hace falta que te diga por qué no creo en la teoría de tu padre? —ironicé, sin dejar de caminar y adentrarnos en el edificio principal.

Pisamos el vestíbulo, repleto de estudiantes que se saludaban con besos y abrazos y se preguntaban por sus vacaciones. Esto me hizo recordar que las mías habían brillado por su ausencia y que consistieron en cortar el césped de los jardines de las casas vecinas para poder permitirme un refresco y un helado de vez en cuando, así como una entrada de cine y libros. De la pared de la derecha, de color blanco, colgaban tableros de anuncios donde se mostraba información relevante sobre cursos y actividades extraescolares a las que apuntarse, así como dos fiestas programadas para el próximo fin de semana en casa de alguno de los alumnos y a las que no nos invitarían. Cumplíamos doce años en pocos meses, sin embargo, esa no sería la razón por la que no pisaríamos la celebración privada de comienzo de las clases ni nos acercaríamos al alcohol que en ella se ofrecería.

—Mira, ahí está Alyn. —Olivia me dio un empujón con el hombro y tropecé.

Dos chicas se rieron de mi traspiés y me señalaron cuando pasaron por nuestro lado.

—Sallow, ¿aún no has aprendido a caminar? —dijo una de ellas, de pelo largo y rubio y labios pintados de rosa, dos años mayor que yo.

Las ignoré y seguí a Olivia hasta Alyn que hablaba con Luca bajo las escaleras.

Nos saludamos amigablemente y Luca nos informó de que le habían regalado una bicicleta nueva por su cumpleaños y que había venido en ella hasta aquí.

—Espero que no te la roben —murmuré, pero me escuchó.

—¿Crees que podría pasar? —Se le descajó la mandíbula—. Lleva candado.

—Sanders es un gilipollas y los que lo siguen más. Son capaces de destrozar la cadena para tirarla a un contenedor. —Fui sincera.

—Vaya... —Salió corriendo, supongo que a comprobar que yo no llevaba razón.

—¿Nos vamos? La primera clase comienza en dos minutos —comentó Alyn, que tenía que sentarse en primera fila o le faltaba el aire.

Subimos las escaleras hasta llegar al primer piso y giramos a la izquierda en busca del aula de sexto grado D, donde nos había tocado este año. Suerte que no nos habían separado, al menos, en las clases generales.

El espacio era grande, adecuado para albergar los escritorios con los que el aula estaba equipado. Las paredes, aún vacías, solían estar decoradas con los trabajos que realizábamos los estudiantes, carteles educativos y otras informaciones que los profesores consideraban relevantes. En la pared principal colgaban dos pizarras, una normal, para pintar con tiza, y otra interactiva para presentaciones multimedia, así como un proyector que se utilizaba de vez en cuando.

La mañana pasó de una manera rápida y, por ser el primer día, nos dejaron salir al almuerzo antes de tiempo. Nos sentamos en el césped, frente a la cafetería, a comernos lo que nuestras

neveras cargaban. Me hice un sándwich de york y queso mientras desayunaba y lo acompañé con unos palitos de zanahoria.

Un chico, conocido para nosotras, se nos acercó y trató de humillarnos.

Metió la mano en mi caja y cogió un palito de zanahoria.

—¿Esto es lo que comes, Sallow? ¿Eres un conejo?

Me levanté para enfrentarme a él, estaba cansada de sus desprecios y sus mortificaciones. Durante el verano se había dedicado a darme la brasa cuando cortaba el césped de los vecinos.

—¡Dame mi zanahoria! —grité, con los puños cerrados y muerta de miedo.

La mordió y lanzó el resto sobre mi camiseta blanca.

—Esto es comida de conejos. Conejo, que eres un conejo —escupió en mi cara.

—¡Eh, Murphy! —Una persona apareció de la nada y lo empujó, apartándolo de mí un metro—. ¿Quieres dejarla en paz? —Anthony, mi vecino, que creía que debía salvarme cada vez que alguien se metía conmigo, hizo de las suyas y defendió mi honor (a pesar de que me cabreaba que lo hiciera)—. ¡Como vuelvas a acercarte a ella te rompo la nariz! —Lo amenazó.

Murphy, un chico de pelo castaño y nariz respingona, se fue a pasos largos y me enfrenté a Anthony, más nerviosa que antes.

—¡Anthony! ¡Sé cuidarme sola! —Me mordí los carrillos.

—No digas tonterías. Solo tienes once años —respondió, con lo que a mí me pareció desprecio, aunque no lo fuera. Ese chico se preocupaba por mí desde que tenía recuerdos nítidos.

—¡Voy a cumplir doce! —rebatí, con los puños apretados y dando una patada al suelo.

—¡Cross! ¿Nos vamos? —Lo llamó Matthew, su mejor amigo, acompañado de dos chicas muy rubias, muy altas y muy guapas.

Este lo ignoró y siguió mirándome a mí.

—No te metas en líos —me pidió y se fue.

Anthony Cross era el chico más guapo del instituto, aunque de esto aún no me había dado cuenta y lo odiara por pensar que debía cuidarme cuando yo sabía hacerlo sola, o aprendería muy pronto. Él cursaba undécimo grado por lo que restando me llevaba cinco años.

Se me escapaba la razón por la que Anthony se viera obligado a retarse en duelo con todos los chicos que se acercaban a meterse conmigo y, en unos años, quisieran salir conmigo.

Jackie lo admiraba. De mayor quería ser como él y pasaban horas juntos.

Llegué a casa, de fachada de piedras rojizas y dos plantas, pasadas las cinco de la tarde. Me había entretenido con Olivia dando una vuelta en los recreativos para comprobar si era cierto eso que habíamos escuchado por la mañana. Habían traído videojuegos nuevos y, aunque nos interesaban más los libros, la edad nos empujaba a disfrutar de una buena lucha de guerreros interestelares que lanzaban bolas de fuego y daban patadas en el aire.

—¡Estoy en casa! —Avisé a mis padres de que ya me encontraba allí.

Esperé a que contestaran en medio del salón, tras acceder por la puerta principal, de madera negra y cristal opaco, y cruzar el vestíbulo donde colgábamos los abrigos y dejábamos las botas en invierno. La sala, con chimenea de piedra y dos sofás de dimensiones considerables y color verde, otorgaba una sensación acogedora que se me hacía cada vez más lejana.

Me asomé a la cocina y comedor. Allí quizá estuviera mi madre haciendo la cena, pero no di con ella.

—¿Mamá? —Abrí la puerta que daba al patio trasero y asomé la cabeza. Tal vez recogiera las hojas del suelo y regara las plantas.

Me di por vencida y subí a mi dormitorio, lancé mi mochila al suelo, casi de igual forma me tiré sobre la cama y cogí el libro que me esperaba en la mesita de noche desde la noche

anterior. Comencé a leer donde lo había dejado, por la mitad del capítulo noveno de Cumbres Borrascosas de Emily Brontë:

—Ya le he dicho, señorita, que no quiero enterarme de sus sueños. Me voy a acostar — interrumpí.

Se echó a reír, y me obligó a permanecer sentada.

—Pues soñé —dijo— que estaba en el cielo; notaba que aquello no era mi casa, y que, al fin, los ángeles se enfadaron tanto, que me echaron. Fui a caer en medio de la maleza, en lo más alto de Cumbres Borrascosas, y me desperté entre lágrimas de alegría. Ahora, con esa explicación, podrás comprender mi secreto. El mismo interés tengo en casarme con Eduardo Linton como de ir al cielo, y si mi malvado hermano no hubiera tratado tan mal al pobre Heathcliff, yo no habría pensado en ello nunca. Para mí sería una humillación casarme con Heathcliff, pero él nunca llegará a saber cuánto le quiero, y no porque sea guapo, sino porque hay más de mí en él que en mí misma. No sé de qué estarán hechas nuestras almas; pero, sean de lo que sea, la suya es igual a la mía, y, en cambio, la de Eduardo es tan diferente como el relámpago lo es de la luz o de la luna, o el hielo del fuego.

Antes de que ella hubiese terminado de hablar, noté la presencia de Heathcliff, que en aquel momento se incorporaba y salía. Sólo había escuchado hasta que oyó decir a Catalina que la humillaría casarse con él. Inmediatamente se levantó y se fue. Pero ella, que estaba de espaldas, no reparó en sus movimientos ni en su marcha. Yo me había estremecido y le hice una señal para que se callara.

—¿Por qué? —preguntó, mirando, inquieta, en torno suyo.

—Porque José llega ya —repuse, refiriéndome al ruido del carro, que con toda oportunidad oí avanzar por el camino. Y Heathcliff vendrá con él. ¡A lo mejor estaba ahora mismo detrás de la puerta!

—Desde la puerta no ha podido oírme —contestó. Dame a Hareton para que le tenga mientras haces la cena, y después déjame cenar contigo. ¿Verdad que Heathcliff no se da cuenta de estas cosas, y que no sabe lo que es el amor?"

Escuché las voces media hora más tarde. En ese momento el sol se ponía sobre el conglomerado de casas del barrio y pintaba las paredes violetas de mi habitación de un color anaranjado.

Jackson entró en mi dormitorio con sus ojos color avellana muy brillantes y el labio temblando. Subió a mi cama y lo abracé.

—No te muevas de aquí —le pedí. Y le di un beso en la frente.

—No me dejes solo —rogó.

Se escondió bajo la colcha y cerré la puerta. Bajé las escaleras y me detuve en el último escalón. Escuché a mis padres discutir al fondo y me dirigí siguiendo las voces. Se gritaban alrededor de la isla de la cocina. La imagen me era muy conocida y no me pasó desapercibido el hecho de que a mi madre le temblara todo el cuerpo cada vez que mi padre se acercaba a ella aunque fuera un centímetro y le agarraba del brazo donde tenía marcados sus dedos.

—Papá! —Lo que salió de mi garganta fue un desgarró de dolor y desesperación.

Ambos me miraron y se separaron, escondiendo lo que estaba a punto de ocurrir, como si no lo hubiera presenciado antes y no supiera que mi madre no se cayó por las escaleras hace dos años, sino que él le dio un empujón y la estampó contra el suelo, o que no se resbaló en el baño y se partió el labio, sino que él le dio un puñetazo hacía ocho meses.

Salí al patio delantero y me senté en los escalones del porche. No quería llorar, pero tenía

solo once años (casi doce) y las lágrimas brotaron de mis ojos sin poder detenerlas.

—Charlie. —Anthony apareció por el caminito que cruzaba nuestro jardín y se detuvo frente a mí—. ¿Estás llorando? —Negué, antes de hipar y después de limpiarme el agua salina que salía por mi nariz con el dobladillo de mi camiseta—. ¿Han discutido? —Miró dentro de la casa a través de la ventana del salón desde donde salía luz—. ¿Dónde está Jackie? —Se preocupó.

—Arriba, en mi dormitorio. —Tomó asiento a mi lado y me ofreció un chicle—. Estoy bien. —Traté de recomponerme.

—Tú no tienes la culpa. —Sollocé ante su comentario—. Los adultos están locos. —Lo miré asombrada. Yo lo veía a él mayor—. No soy un adulto. Al menos... aún no.

—No quiero ser mayor. No quiero ser como él —susurré.

—Tú no eres como él. Nunca lo serás. Eres la persona más amable que conozco.

—Mi madre también lo es y... Mira cómo la trata. No quiero que me traten así.

Se levantó de un salto y me ofreció la mano. La miré sin entender qué intentaba hacer.

—Venga, vamos a mi casa. Mi madre ha preparado tortitas. Puedes echarle todo el chocolate que quieras. —Intentó animarme.

—No puedo. Si me marcho ahora, se enfadará.

—No será mucho rato. —Achinó los ojos—. Y mi madre ha ampliado su biblioteca.

Anthony me convenció con este último comentario. Tortitas con chocolate y libros con olor a nuevo, ¿qué más podría decir para persuadirme?

Fue él el que subió sin que mis padres se dieran cuenta y cargó con el cuerpo de Jackson en la espalda para escondernos un rato en un hogar en el que se respiraba paz y tranquilidad.

ESTO NO ES PARA MÍ



CHARLOTTE

Presente...

Mi casa no es gran cosa. Un apartamento de una habitación en Chelsea que compré hipotecándome hasta las cejas y durante demasiados años porque mi hermano me convenció de que dejaría pasar una gran oportunidad si no me hacía con ella. El espacio se reduce a vestíbulo, salón comedor, cocina abierta, el dormitorio y un baño completo y amplio, eso sí. Con acabados de calidad y muebles de diseño que yo misma compré con la ayuda de un interiorista muy bueno que conocí en una fiesta de la editorial y que me hizo una gran rebaja porque pretendía publicar un libro que después editó con otra empresa. Suelo de madera clara, cocina de granito y modernos electrodomésticos que casi no utilizo porque no suelo comer en casa. Mucha luz natural, aunque tampoco suelo disfrutarlo de día. El edificio nos ofrece a los propietarios una serie de comodidades de las que tampoco gozo; como un gimnasio básico y un área de juego para niños en la azotea. Tiene conserje y seguridad veinticuatro horas al día y siete días a la semana. Así como buena conexión con otros barrios a través de metro y autobús.

Me doy una ducha y me preparo un café mientras leo las noticias en el ordenador y busco uno de los diecisiete manuscritos que tengo que leer antes de que finalice el mes.

El timbre de mi piso suena cuando me encuentro absorta en una historia intrigante donde el odio prevalece sobre la bondad del ser humano.

Abro sin esperarme ninguna sorpresa.

Olivia entra con una botella de vino que acaba de comprar en la tienda de abajo y se descalza en cuanto llega al salón y posa sus pies sobre la alfombra gris que decora el centro de la habitación.

—Estoy harta de los hombres. Voy a hacer como tú. Pasar de todos y evito estos... sinsabores. —Deja la botella sobre la mesa de madera baja, delante del sofá rojo de tres plazas, y se recoge el pelo en un moño.

—¿Una mala cita? —Abro un armario de la cocina, de muebles blancos, y saco dos copas.

—Malas citas. —Descorcha la botella—. He estado en una *speed dating* y... —Llena las copas que tengo en las manos—. ¿Por qué voy a esos sitios? ¿Por qué no me quitas la idea de la cabeza?

—Porque no se te puede decir qué debes hacer —respondo. Ella me quita una de las copas y le da un trago largo al líquido tinto.

—Pero puedes atarme a una farola hasta que se me pase.

Bebo yo también y tomo asiento en un lado del sofá. Cruzo las piernas desnudas y muevo los dedos de los pies, también con pedicura perfecta.

—¿Me estás escuchando? —me interpela.

Levanto el semblante y la observo.

—Claro.

Toma asiento a mi lado de manera brusca.

—He conocido a un tal Alexander, tenía pinta de haber matado a su madre porque no le dejaba jugar a la consola. Peter, acaba de llegar de rehabilitación. Oscar, se quedaba dormido y se le caía la baba. —Se señala el filo de su boca con un dedo—. Voy a quedarme soltera. Lo sé.

—¿Para qué quieres a un hombre? No lo necesitas.

—Charlie, las personas normales queremos una vida aparte de la laboral. Casarnos, hijos... A este paso, seré abuela antes que madre.

—Eso es imposible —rebato, ante su absurdo comentario.

—¿Qué lees? —Alza el manuscrito en el que trabajaba.

—Lo que quizá sea un *best seller*.

—No sé cómo no te aburres. Me gusta leer, pero... ¿por obligación? ¿Cuántos libros lees al mes?

—No sé... Entre quince y veinte.

Se tumba hacia atrás, descansa la espalda en los cojines y cierra los ojos.

—Me duele la cabeza. ¿Tienes un analgésico?

Me levanto y voy a buscarle uno al cuarto de baño. Cuando vuelvo, se ha quedado dormida con la copa casi vacía en la mano. Se la quito con cuidado de no despertarla y la enjuago en el fregadero. Pido comida a domicilio y es el olor a rollito de primavera el que la resucita.

Se atraganta con el sushi cuando le suelto la noticia.

—Harmony ha vendido la editorial. —Con esta no, con esta otra—: La ha comprado Anthony.

Escupe el pescado crudo.

—¿Qué Anthony?

—¿Cuántos Anthony conoces?

—Hay uno en mi trabajo.

—Pero ese no tiene cuatro millones de sobra para invertir en algo que además no le gusta. —Ya me había enterado en cuánto se había cerrado el trato—. ¿O los correctores cagáis dinero?

—¿Cross ha comprado Boundless? ¿Para qué?

—Estará aburrido.

—Nena. —Traga—. La vida de Anthony Cross es todo menos aburrida. Corrijo los artículos sobre su azarosa vida continuamente. Ahora sale con...

Levanto una mano e irrumpo su perorata.

—No me interesa en absoluto la vida privada de Anthony ni de nadie. Me sobra con la mía.

—Que es inexistente —suelta.

—Es tranquila. —La corrijo.

—¿Por eso no tienes citas? Porque aún estás dolida con el *bocachanclas*?

Olivia habla de la única relación larga y seria que he tenido desde que salí de la universidad. Un escritor al que la fama se le subió a la cabeza y que me trató casi como si fuera

basura. Yo pasaba una mala época y tardé demasiado en dejarlo. Desde entonces, no me fío de los hombres, aunque sé por lógica que no todos son iguales que Kevin el *bocachancas*. Alguno habrá que merezca la pena y mis pocos ratos libres, sin embargo, no, definitivamente aún no estoy preparada para abrir de nuevo mi corazón a ninguna otra persona y darle la oportunidad de volver a hacerlo trizas. Dicen que el dolor te hace más fuerte y a mí me ha servido para tener claro lo que quiero y lo que no quiero y rechazo toda propuesta porque algo me dice que ese hombre no me conviene. Sé que el problema quizá sea mío, pero también es una decisión que tomé porque no dejaría que el mal de amores y las decisiones equivocadas tuvieran consecuencias en mi profesión. Imagina tener que leer dos decenas de libros al mes, algunos sobre el amor, cuando tú has dejado de creer en él y además te han robado la concentración.

—El dolor concluyó. Pero si te refieres a que mi soltería tiene que ver con su paso por mi vida, sí. Y soy feliz. Ningún hombre volverá a interponerse entre mi trabajo y yo.

CHARLIE, LA NIÑA INVENCIBLE



CHARLOTTE

19 años antes...

Para mí la casa de los Cross era mucho más que un parque de atracciones, además de que sus metros cuadrados doblaban los de nuestro hogar, con una planta más y cinco cuartos de baños, pero no me refiero a esto, sino a la biblioteca que ocupaba una enorme habitación en la planta baja y que hacía las delicias de cualquier lector. Libros de todos los géneros que se apilaban en las estanterías que cubrían las paredes desde el suelo hasta el techo. Aquella sala se escondía tras una puerta de roble macizo y atisbaba la grandiosidad del lugar. Un santuario literario que se convirtió en mi refugio cuando buscaba serenidad y encontraba mucho más que eso. Con los años, me percaté de la sabiduría que había adquirido al empaparme de todas esas historias que se grabaron en mi mente como un tatuaje indeleble.

El espacio, diseñado de manera clásica y elegante, emanaba un cálido esplendor cuando la luz del sol atravesaba las dos ventanas con cortinas blancas y traslúcidas. Volúmenes encuadernados en cuero y lomos dorados, otros plata, muy antiguos. Podía llevarme horas admirándolos y soñando con lo que en ellos se transmitía. Dos mesas de madera oscura y pulida; dos escritorios que se enfrentaban sobre una inmensa alfombra roja, ornamentados con cuatro lámparas de estilo antiguo pero que denotaban su modernidad.

Olía a papel envejecido, a madera, a tinta recién impresa y se creaba una atmósfera única y embriagadora.

Solo tenía once años, casi doce, y ya soñaba con tener una biblioteca como aquella.

Leía uno de esos libros sentada en el centro de la habitación, sobre un cojín que había cogido de los dos sillones de cuero marrón que se apostaban en una esquina.

"Stella se encontraba en una ciudad en ruinas en la que los edificios abandonados se alzaban como monumentos a un pasado olvidado. Las calles estaban cubiertas de escombros y el aire se respiraba cargado de una opresiva atmósfera de desolación.

Caminaba sola, con el corazón lleno de angustia y miedo. El cielo se había oscurecido por nubes ominosas que parecían predecir un futuro aún más sombrío. A lo lejos, podía escuchar sirenas distantes y explosiones que resonaban en sus oídos. La sensación de peligro inminente se aferraba a ella mientras avanzaba con pasos cautelosos.

Las avenidas se veían desiertas, excepto por un grupo de personas desaliñadas y cansadas que vagaban sin rumbo fijo. Sus ojos reflejaban la tristeza y la desilusión de una existencia sin esperanza. La niña se acercó a ellos en busca de ayuda, pero solo recibió miradas vacías y gestos de indiferencia.

Acababa de descubrir que el mundo, el suyo, el único que había conocido, había sido sometido a un régimen autoritario y opresivo. La libertad y la alegría habían sido reemplazadas por el miedo y la supremacía. Los derechos humanos eran solo una sombra del pasado y la inocencia de la infancia se perdía rápidamente en medio de la crueldad y la injusticia.

Mientras exploraba los rincones oscuros de la ciudad, la niña se encontró con grafitis en las paredes que proclamaban mensajes de resistencia y esperanza, signos de una lucha silenciosa que se libraba en las sombras, una llama de resistencia que se negaba a extinguirse por completo.

Con el paso de los meses, la niña se convirtió en una voz valiente y decidida. Se unió a un grupo de rebeldes dispuestos a desafiar al régimen y a través de sus acciones y su determinación, la niña encontró un sentido de propósito y esperanza en medio de la adversidad".

Estaba a punto de llorar porque comprendía a la perfección el sentir de Stella, esa niña encerrada en un mundo de desolación y lucha constante y de repente quise ser ella. Stella había luchado contra los que la oprimían y se convirtió en un referente en esa guerra. Enjuagué mis lágrimas y sonreí.

—No dejaré que nos hagas daño —musité ante el silencio que me rodeaba y mi mente proyectó la imagen de mi padre delante de mí como si de un holograma se tratara.

—Charlie. —La señora Cross entró en aquel mundo de fantasía y el fantasma se esfumó delante de mí—. Charlie, cariño. Ya están las galletas. —Grace caminó hasta mí y se arrodilló.

Me llamó la atención su blusa de seda verde que brilló cuando la luz incidió sobre ella; la combinaba con unos vaqueros ajustados de corte contemporáneo, resaltando su figura delgada.

Miró el libro que tenía entre las manos, sobre mis piernas cruzadas, y lo cogió con cuidado.

—Stella, la niña invencible —leyó—. Una lectura demasiado profunda y extensa para una niña de once años.

—Casi tengo doce —repliqué.

Ella sonrió, me dio la mano y ayudó a que me levantara. Fue hasta el lugar exacto donde había cogido el libro y lo colocó justo en su sitio.

—Vamos, las galletas se enfrían. —Me ofreció la mano y yo la cogí.

En el fondo no me importaba que Grace me tratara como una niña pequeña; suponía que aún lo era, aunque en mi casa tuviera que portarme como una persona adulta y tuviera responsabilidades de persona mayor; como recoger a mi hermano de las extraescolares, comprar leche cuando mamá pasaba días en la cama sin levantarse, o recoger el correo, así como hacer el desayuno a Jackie y lavar la vajilla para que papá no se enfadara.

Ser una niña de once años no me parecía tan mal después de todo.

—¿Dónde está Jackie? —pregunté preocupada mientras subía a una banqueta de patas de acero y asiento acolchado de una tela muy suave azul que rodeaba una isla de mármol beis en el centro de la cocina.

Lo había dejado con Grace en este mismo lugar hacía poco más de media hora, cuando ella me invitó a que me retirara a la biblioteca, mi lugar más feliz por aquel entonces.

—Ha salido con Anthony a comprar virutas de chocolate. —Miró su reloj dorado con

esfera redonda y estilo *vintage*—. Deben estar a punto de llegar. —Vertió leche en una taza blanca y la dejó delante de mí. Grace me conocía casi mejor que mi madre y sabía que la tomaba así, fría y sin cacao.

—¿Puedo? —Señalé la bandeja de galletas. Su olor llegaba a mí y me llamaba como si yo fuera una abeja y ellas miel.

—Claro, cariño. Las he hecho para vosotros.

Alcancé una y noté el calor del horno entre mis dedos. Echaba de menos las tardes que pasaba con mi madre haciendo pasteles en la cocina; hacía mucho tiempo de eso.

Le di un mordisco y el sabor a azúcar, canela y un toque de arándanos se hicieron eco en mi papilas gustativas. De textura suave y cálida; tierna y ligeramente esponjosa en su interior y crujiente por fuera. Noté cómo se deshacía en la boca y reconocí también la vainilla.

Cerré los ojos para disfrutar de la galleta al completo y solté un gemidito; cuando los abrí, me encontré con los de Anthony a solo un metro y medio de mí.

—¡Charlie! —gritó mi hermano, que vino corriendo hacia donde estaba y me abrazó, empujándome hacia atrás y casi haciéndome caer de la silla alta—. ¡Hemos traído virutas de chocolate de colores! ¡Y Anthony me ha comprado esto! —Me enseñó una cajita de cartón con un pequeño muñeco de Playmobil.

—Jackie... —Dos sentimientos fluctuaron en mí a la vez, alegría y...—. No podemos aceptarlo.

Su rostro mutó y sus párpados se cayeron para casi cerrar sus preciosos ojos.

—¿Por qué? —musitó, con la voz rota.

—Es... demasiado.

—Charlie, por favor, le he pedido a Anthony que le comprara lo que quisiera. Es un regalo —intervino Grace.

No me pasó desapercibida la mirada de decepción de Cross, que pensaba que iba a agradecerse de otra manera diferente.

—Vamos a lavarte las manos, cariño. —Grace llevó a Jackie a uno de los dos cuartos de baño de la planta baja y nos dejó a solas.

—Me gusta hacer feliz a Jackie. Creí que a ti también te haría feliz.

—Te lo agradezco, pero no quiero que se acostumbre a cosas que nunca podrá tener. Al menos, no durante mucho tiempo —dije, recordando lo que me había prometido a mí misma hacía meses, tras escucharlo llorar durante una tarde completa porque papá no quiso darle veinte dólares para visitar el zoo con el colegio: estudiaría y me prepararía para tener un buen trabajo y tratar de que a mi hermano no le faltara nunca nada.

—A veces hablas como si tuvieras diez años más. —Cogió un batido de chocolate, abrió la tapa y lo volcó sobre un vaso de cristal. Miró a mi alrededor—. ¿No has cogido ningún libro?

—Hoy no. Tengo en casa dos que saqué de la biblioteca el lunes pasado.

—¿De qué van? —Encogí los hombros—. ¿No lo sabes? ¿No los has leído?

—Estoy terminando el segundo, pero no creo que te interesen.

Se acercó a mí y apoyó los codos sobre la isla para clavarme la mirada.

—¿Por qué creen que no me interesan, listilla? —Achinó los ojos.

—Tus padres tienen una biblioteca en casa y jamás te he visto leer ninguno de esos libros.

Sonrió ampliamente y se incorporó.

—Llevas razón. —Dio un trago a su batido y cogió una galleta.

Observé sus movimientos, gráciles, y me sorprendí mordéndome los labios con los dientes, como hacía una de las protagonistas de la novela que estaba terminando cuando veía al

hombre que le gustaba.

Me puse a roer la galleta hasta terminar con ella y coger otra que mojé en la leche. No lo supe entonces, pero iba a desear ahogarme en leche, alcohol o algún que otro líquido más veces en mi vida por culpa de Anthony Cross.

OTRA VEZ TÚ



CHARLOTTE

Presente...

La ciudad se pinta de colores al amanecer. Nueva York se tiñe de morados y naranjas al salir el sol y el hierro, el acero y el hormigón no parecen tan lúgubres. Piso la planta de la editorial con unos *stilletos* rojos, una falda de tubo gris y una blusa blanca. El ajetreo es evidente, frenético cuando pregunto a Norma qué ocurre.

Mi secretaria lleva el pelo recogido en un moño y los labios pintados de rosa.

—No lo sé —responde donde la intercepto, en el pasillo principal, ancho, amplio y decorado con fotografías de portadas de libros de grandes dimensiones.

Resuenan los pasos acelerados y precipitados de los compañeros y un murmullo demasiado alto me alerta. Hay una energía diferente, que aumenta a cada minuto que pasa.

—Ahora vuelvo —la informo, dentro de mi despacho, con ella apuntando en una libreta lo que debe de hacer.

Doy una vuelta por la editorial y todo parece situarse en su lugar. Editores tras sus escritorios, listos para enfrentar el día. El sonido de las teclas de las computadoras se mezcla con el sonido de las impresoras, sumado a los documentos que se posicionan y se archivan aquí y allá. Suenan los teléfonos sin cesar. Cuando llego a la sala de reuniones observo a Harmony hablar con alguien del que solo distingo su espalda, ancha y formada. Un traje de varios miles de dólares sin duda. Los autores no visten tan bien, por muchos millones que ingresen. Suelen ser más de camisetas descoloridas o camisas horteras que compran en mercadillos. No critico comprar en mercados callejeros, al contrario, me encanta, pero hay que hacerlo con gusto.

—Charlotte —me apremia cuando me ve tras los cristales, junto a la puerta—. Pasa, por favor.

La persona que le acompaña se gira y me encuentro con sus ojos, con esos de color esmeralda a los que no miro desde hace varios años. Creía que lo había superado, que las emociones que me causaba verlo habían desaparecido, pero nada más lejos de la realidad.

—Qué bien que estés aquí. Es un placer presentarte al señor Anthony Cross, el nuevo propietario de Boundless.

Él finge no conocerme y yo lo imito. Será lo mejor después de todo. Sucedieron muchas

cosas difíciles de superar.

—Encantado, señorita... —Me tiende la mano.

—Sallow. Charlotte Sallow. El placer es mío. —Trago piedras que arañan mi garganta al decir esto. No siento placer precisamente cuando nuestras manos se tocan y me estrecha los dedos con fuerza.

—Estoy poniendo al día a Anthony. —No me pasa desapercibido que se dirige a él por su nombre de pila—. ¿Puedo llamarte Anthony? —Le pone una mano sobre el pecho. Él ni se inmuta, pero sé que le incomoda—. Vamos a bajar a desayunar. Por favor, acompáñanos, le he hablado demasiado de ti. —Sonríe—. Tendréis que trabajar juntos durante mucho tiempo —informa mi jefa hasta el momento.

—Vais a tener que disculparme. Tengo mucho trabajo —intento escaparme. No me apetece estar a su lado.

Harmony me reprocha con la mirada mi mala educación y me veo obligada a aceptar.

—Pero puedo posponerlo.

La cafetería de la décimo octava planta se encuentra casi vacía y lo agradezco. La situación me ha creado un gran dolor de cabeza. Jones & Jones, un oasis en medio de un gigante de hormigón repleto de estrés y oficinas. Un local decorado con muy buen gusto y buena cocina. El ambiente me relajaría si no estuviera tan nerviosa por culpa del que fue mi vecino hasta que nuestra vida cambió de golpe. Así fue, como golpearte contra un muro al bajar una rampa en bicicleta.

El interior del lugar exuda elegancia con su combinación de tonos neutros y cálidos. Las paredes revestidas de madera clara y una iluminación natural gracias a sus grandes ventanas. El mobiliario muestra la clase y el estilo, con mesas y sillas en tonos claros y tejidos de gran calidad. Los detalles ornamentales de las sillas reflejan su meticulosidad.

Mi padre decía que en los detalles se conoce a las personas y los lugares. Se le olvidó cuidar los detalles con nuestra madre y con nosotros. Me duele echarlo de menos en algunas ocasiones, porque... no debería.

Tomamos asiento alrededor de una mesa redonda de tamaño medio y patas de acero. Frente a mí se encuentra el mostrador, revestido de mármol pulido donde se exhibe una variedad de granos de café traídos de muchas partes del mundo.

La conversación versa sobre los cambios inminentes y los proyectos que ya están firmados y casi lanzados. Nuevos retos, nuevas expectativas, amplitud de miras... *Bla, bla, bla, bla*. Me quiero ir de aquí.

El teléfono de Harmony suena dentro de su bolso, lo busca y se disculpa.

—Tengo que cogerlo. Es importante. —Se levanta y se marcha, dejándonos solos, un momento muy temido para mí desde ayer, pero sabía que llegaría, aunque no esperaba que fuese tan pronto.

—¿Vamos a seguir como si no nos conociéramos? —suelta, mirándome sin disimulo.

—No nos conocemos. Nunca te conocí —le reprocho, sin paños calientes. Me da igual que vaya a ser mi jefe—. ¿Por qué has comprado Boundless?

—Buscaba diversificar mis empresas y Boundless necesitaba mi ayuda.

—Estamos bien sin ti.

—Los dos sabemos que eso no es cierto.

Alzo el mentón y lo enfrento.

—¿Qué dice tu terapeuta sobre el hecho de que creas que debes hacer de salvador de todo y de todos? ¿Qué sientes tú cuando no eres suficiente?

Aprieta la mandíbula y traga con dificultad.

—Veo que no has cambiado nada.

Me levanto.

—No en lo que a ti se refiere. No pienso dejar la editorial ni mi trabajo, tendrás que echarme si no quieres verme.

Camino hasta salir de la cafetería con el seductor aroma del café recién hecho difundiéndose por el aire e introduciéndose en mis fosas nasales. Me perco de la música suave que suena a través del hilo musical y dejo de escucharla al llegar al ascensor en el que me escondo de un pequeño salto.

Cuando siento que he escapado de él, las puertas vuelven a abrirse y Cross se mete dentro conmigo. A solas. El aroma del café se me olvida cuando el suyo, diferente al que recordaba pero igual de atrayente, ocupa todo el espacio y mi cuerpo.

—No espero ni quiero que te vayas de la editorial. Eres el bien máspreciado para lo que pretendo hacer. —El ascensor se mueve.

—¿Y qué es?

Estamos frente a frente. He esperado y temido esto durante muchos años.

—Convertirla en la mayor y más importante editorial de occidente.

Tengo que reconocer que escucharlo me anima y hasta me ilusiona. El trabajo es mi vida, estoy enamorada de él, así que el corazón me da un salto y decido calmarme y darle una oportunidad. Si viene a ayudarnos, será bienvenido.

—¿Sabías que trabajaba aquí?

Niega.

—Eso no debería ser un problema.

—Te odio. Eso no ha cambiado ni va a cambiar. —Tiene que saberlo.

Asiente y su pecho se hincha.

—No esperaba que cambiara. Y... para mí también fue una sorpresa cuando te vi.

Suena el timbre de llegada y bajo del aparato en el que ya me estaba asfixiando.

—¿Estás bien? —Norma se preocupa por mí cuando me ve llegar.

—Sí.

—Walsh te espera en la sala de reuniones D. —Freno en seco y suspiro—. Se te había olvidado.

—Eh... No. ¿Lleva mucho tiempo esperando? —En realidad me da exactamente igual.

—Media hora. Pero es tan maleducado que se lo merece.

No le pregunto qué ha ocurrido porque lo sé. Lo conozco. Cree que ser el representante de una de las escritoras más vendidas de Estados Unidos le da una posición de superioridad.

Mantengo una reunión con él durante más de una hora y hace alarde de su falta de decoro. Es tan estúpido que cree que halagando mis piernas voy a dejar pasar el hecho de que es un desalmado.

—Espero que Emily se recupere pronto. No solo porque la necesite para el lanzamiento —digo con sinceridad.

—Estará fuera en dos semanas si...

—No termines esa frase o me veré obligada a denunciarte. —Me levanto y trato de despedirlo cuando se acerca demasiado a mí.

—Vamos, solo una cita... —Puedo oler su aliento y no me gusta. No porque huela mal, sino porque odio que invadan mi espacio personal.

Lo empujo levemente hacia atrás.

—Apártate de mí —ordeno.

—Está bien. —Alza las manos y recula un paso.

—¿Algún problema? —Cross nos interrumpe.

Es imponente. Alto y grande. Fuerte sin duda. Dejó de ser aquel muchacho hace mucho.

No pide permiso para entrar ni tendría, porque ahora todo esto es suyo.

—El señor Walsh ya se iba —comento.

—¿Anthony Cross? —Lo reconoce—. Soy Willy Walsh. —Le ofrece la mano y Cross valora si estrechársela durante unas milésimas de segundos.

—Sé quién eres —suelta con crudeza.

—Oh, es un placer conocerlo en persona. —Willy cree que lo ha complacido, pero yo lo conozco y no le cae bien.

—¿Puedes dejarnos a solas? —No se lo pregunta aunque lo parezca, se lo está dictaminando.

—Oh, claro. Por favor, aquí tiene mi tarjeta. Llámeme si necesita cualquier cosa.—La saca del bolsillo de su chaqueta y hace intención de entregársela, pero este no la coge, así que la deja sobre la mesa y se marcha.

Cross da dos pasos, cierra la puerta y viene hacia mí.

—¿Qué cojones ha sido eso?

—¿De qué hablas?

—¿Ese tío ha intentado propasarse contigo?

—No. —Evito problemas, aunque hace mucho que dejé de mentir, alguna vez era de recibo.

Mejor evitar que curar.

—¿Tenéis algo? —Alzo las cejas al escucharlo—. ¿Estáis liados?

Suelto una risa sarcástica.

—¿Por qué tendría que importarte? ¿Por qué debería darte explicaciones?

—No quiero líos entre compañeros en mis empresas.

—Walsh es el representante de una de nuestras autoras. No trabaja aquí. —Lo sobrepaso y me dispongo a marcharme—. Pero eso tú ya lo sabías porque tú siempre lo sabes todo.

Salgo de allí y pienso en si debería recoger mis cosas y largarme de Boundless de manera definitiva.

No lo hago y no sé si lo hubiera hecho de haber sabido todo lo que iba a acontecer.

SIN PLANERARLO NI SOPESARLO



CHARLOTTE

19 años antes...

Olivia y Alyn vinieron a casa aquella tarde a hacer un trabajo de literatura universal. No me gustaba la idea, porque no me fiaba de que mis padres discutieran delante de ellas y de que la sangre llegara al río. Prefería que mis amigas siguieran viviendo en la ignorancia y creyeran que mi vida era tan normal como la de ellas.

Los padres de Olivia la trataban con un cariño que me daba envidia sana, así como los de Alyn, aunque alguna que otra vez los había visto regañarlas e, incluso, la charla me había salpicado a mí. Pero de una manera muy educada y dentro de los cánones de respeto y cordialidad.

He tratado de olvidar aquel día, pero cambiaron tantas cosas dentro de mí que me ha sido imposible borrar el momento de inflexión, o uno de los primeros.

Mi cumpleaños había sido hacía dos semanas. Ya tenía doce años, no obstante, no me refiero a cambios físicos, sino a lo que comencé antes de acostarme.

Estudiábamos sentadas sobre mi cama, con algunos libros añejos que Grace me había dejado para realizar aquel trabajo y el ordenador de Alyn delante de mí. Buscaba información sobre Charles Dickens y su obra *Cuento de Navidad*.

—Yo he visto esta película —comentó Alyn, sobre esta historia corta que se escribió en mil ochocientos cuarenta y tres.

—¿De qué hablas? —se asombró Olivia, tras hacer una pompa de chicle de fresa y explotársele en la cara.

—¿No habéis visto la película?

—Nos van más los libros —aseguré.

—Sois dos bichos raros. —Alyn se levantó y fue hasta el marco de la puerta—. Charlie, ven. —Me llamó.

—¿Podemos terminar con esto?

—Ven —me arengó.

Suspiré, aparté el ordenador y fui hasta ella, de pie junto a la puerta cerrada de mi dormitorio.

—Ponte aquí.

Puse los ojos en blanco. Quería medirme.

Me arrimé al quicio y ella hizo una raya con rotulador negro sobre las que ya había más abajo.

—Has crecido varios centímetros.

—Me da igual. ¿Podemos terminar el trabajo? Se hace tarde —insistí.

Comenzaba a ponerme nerviosa. Pronto llegaría la hora de la cena y papá se enfadaría y se pondría a dar voces si la mesa no estaba dispuesta y la cena preparada. Prefería que se marcharan antes de que mi padre llegara del trabajo. Mamá lo defendía porque trabajaba como consultor junior en una gran empresa de Manhattan y hacía alusión al hecho de que estaba sometido a mucha presión.

Terminamos justo cuando mi madre me llamó para que ayudara a Jackie a ducharse. Despedí a mis amigas en el patio delantero, en los escalones, y esperé a que enfilaran la calle abajo hacia sus hogares. Durante un segundo deseé ser una de ellas y largarme de allí. Lo hubiera hecho centenares de veces durante los siguientes años si no fuera por mi hermano pequeño, al que no pensaba dejar solo.

—¡Charlie! —Anthony vino trotando hasta mí con algo en la mano—. Mi madre me ha pedido que te dé esto. Dice que te puede ayudar.

Lo cogí y lo vi.

Casi me pongo a llorar de la emoción.

Un ejemplar muy antiguo de *Orgullo y prejuicio* de Jane Austen, muy bien cuidado.

—Eh... Gracias —murmuré.

—¿Está Jackie? Tal vez quiera jugar a baloncesto un rato.

—Es la hora del baño. —Miró su reloj y arrugó el entrecejo—. Pronto llega papá —expliqué.

Mientras lo decía, el coche de mi progenitor, el señor Sallow, Leonard Sallow, aparcó delante de la puerta del garaje, se apeó del vehículo y caminó en nuestra dirección. Me impuso su presencia, aderezada con un traje de chaqueta de dos piezas, corbata, zapatos impolutos y brillantes y un maletín de cuero negro que agarraba con una de sus manos.

—Charlie, ¿qué haces aquí? Entra enseguida —me regañó.

—Buenas noches, señor Sallow. —Cross hizo alarde de su buena educación y mejor talante.

—Hola, Anthony. Será mejor que te marches. —Entró en la casa y dejó la puerta abierta.

—Debo irme —dije, con el semblante hundido y mirando el suelo.

Mi vecino estiró el brazo y rodeó mi muñeca de doce años con sus dedos de diecisiete.

—Charlie. Llámame si... —No supo terminar la frase.

Asentí y me marché.

Mi padre comenzó a gritar lo que tardé en cerrar la puerta. A mamá se le había caído el bol con el puré de patatas al suelo y estaba agachada recogiéndolo. Me dolió hasta el alma cuando tuve que presenciar al monstruo gritar a una mujer a la que lo único que le importaba era el bienestar de su familia. Fue ahí, en ese segundo, cuando lo imaginé y visualicé como un ogro de grandes garras, de color verde, piel dura y colmillos largos y afilados.

Supervisé a Jackie mientras se duchaba y lo hice yo después. Cenamos en un mutismo sepulcral y mi hermano y yo nos marchamos a la cama en cuanto tuvimos la posibilidad.

—¿Puedo dormir contigo esta noche? —me preguntó mi pequeño y asustado hermano, que había sufrido el estrés de nuestro padre mientras trataba de no atragantarse con el puré de patata

que mamá tuvo que volver a hacer.

—Claro, peque.

Lo acomodé en mi cama, lo arropé y le di un beso en la frente.

—¿No te acuestas conmigo? ¿Vas a leer? —Le brillaban los ojos color avellana, como los míos.

—Hoy quizá haga algo diferente.

—Pero no me dejes solo.

—Nunca te dejaré solo.

—¿Lo prometes?

—Lo prometo.

Le mordí la nariz y soltó una carcajada.

Sin pensarlo, sin meditarlo, sin sopesarlo, como si llevara meses planeándolo y preparándome, tomé asiento en la silla de madera frente a mi escritorio, abrí un cuaderno que tenía algunos dibujos a lápiz y carboncillo que yo misma había hecho y empecé a escribir.

REUNIÓN DE CHICAS



CHARLOTTE

Presente...

Quedo con las chicas en Rywar, un restaurante de Manhattan que combina la comida de autor y de calidad con buena música, el viernes a las siete de la tarde. Una cena de amigas es lo mejor para soltar estrés y yo llevo estresada desde mi encontronazo obligado con Cross ayer por la mañana.

—No se ha pasado hoy por la editorial. Supongo que de eso se trata. La ha comprado y ahora la dejará a cargo de alguien que ni sabrá del tema. —Le doy un sorbo a mi copa de vino.

—Qué casualidad que os hayáis encontrado otra vez —dice Alyn con retintín—. Con lo grande que es Nueva York.

—Eso mismo pienso yo —musito para mí.

Rywar está ubicado en la sexta planta de un edificio elegante, de estilo arquitectónico moderno y muy bien ubicado, en el centro de Manhattan, muy cerca de Times Square. De fachada imponente, con grandes cristalerías que permiten ver la calle y las seis filas de coches en ambas direcciones que se abren paso justo en frente de donde estamos sentadas.

Decorado con gusto, con materiales de calidad como el mármol, el acero y el cristal, además de detalles dorados en las sillas y mesas. Con iluminación suave y cálida y una decena de obras de arte colgando de sus paredes, sobre todo de Warhol.

—¿No os encontrasteis una vez en la universidad? —pregunta Olivia.

Asiento y recuerdo aquel momento en el que nos topamos en una conferencia de Martina Barcelona, CEO en una multinacional y que había trabajado en Silicon Valley. Yo acompañaba al chico con el que salía en aquel entonces y al que el tema le interesaba en demasía.

—Fue un hola y adiós —mentí.

Tras la cena, subimos a la azotea, en la planta veintidós. Al abrirse las puertas del ascensor, nos recibe una brisa fresca pero agradable que acaricia nuestra piel mientras nos adentramos en un paraíso de buena música y mejor ambiente.

La terraza, simplemente impresionante, cuidadosamente decorada con una mezcla de mobiliario moderno y toques *vintage* que le dan un aire bohemio y sofisticado. Tiras de luces colgantes crean una atmósfera muy romántica y mágica y nos acomodamos en unos sofás que nos invitan a relajarnos y disfrutar del momento.

El bar se alza en el centro de la sala, un rincón lleno de coloridas botellas de licores y coctelería. Los expertos *bartenders*, vestidos con delantales azules, preparan con maestría una amplia selección de cócteles y bebidas de gran calidad que satisfacen a todos los gustos.

La música flota en el ambiente y crea una banda sonora perfecta para una prometedora noche.

Un camarero se acerca a nosotras y nos da la bienvenida con educación y simpatía.

—Un Manhattan —pide Oli. Un clásico, mezcla de whisky bourbon, vermut rojo y toque de angostura.

—Brooklyn —elige Alyn. Este combina whisky de centeno, vermut seco, licor de cereza y amargo de angostura.

—Margarita, por favor. —Soy la tercera en pedir el clásico: tequila, triple seco y jugo de lima.

—Buena elección. Al final terminamos bebiendo Margaritas y así no mezclas —comenta la correctora.

Observo el horizonte, salpicado de luces parpadeantes que crean un espectáculo fascinante.

A medida que avanza la noche, el bar se llena de una mezcla eléctrica de personas muy dispares. Elegantes ejecutivos, artistas bohemios, turistas curiosos y jóvenes futuros emprendedores.

Tres margaritas y trato de levantarme para ir al baño, pero me mareo y decido quedarme sentada.

—Uh... No aguantas nada —apunta Alyn, que bebe un Long Island Iced Tea; un cóctel fuerte y dulce con vodka, ron blanco, tequila, gin-tonic, jugo de limón y un toque de cola.

«A ver cómo volvemos a casa», pienso.

—Uy, uy, uy... Mira quién está ahí —balbucea Oli, con el dedo índice apuntando al frente. Giro el cuello unos grados y veo a Cross.

«Cómo puede ser tan guapo».

—Ahí está tu casualidad —explica la fotógrafa.

—¿Qué dices?

—Lo que escuchas. ¿Qué probabilidad hay de que os encontréis en esta ciudad tan grande y en varias ocasiones?

—Hay una teoría. La teoría de la casualidad —expone Oli—. Es un campo de estudio que trata de analizar y cuantificar las probabilidades de eventos aparentemente fortuitos a través de estadísticas. —Nos deja con la boca abierta—. Tuve que corregir un artículo de mil quinientas palabras que hablaba sobre ello la semana pasada. Un tostón.

—¿Y quieres matarnos de aburrimiento? —le reprocha Alyn. Pone los ojos en blanco y le da un trago a su bebida.

—Casualidad, destino... Llámalo como quieras.

¿Mi casualidad? ¿Es eso lo que nos une desde que somos pequeños? ¿Es el destino la casualidad?

—Me cuesta creer que la casualidad implique necesariamente un significado especial o un destino predestinado —respondo a Oli.

Alyn dramatiza y hace como la que se duerme ante nuestra pequeña conversación que zanja nuestra amiga.

—Va con una mujer. La conozco. Hay fotos de ellos por la red.

—¿Están juntos? —Mi subconsciente me traiciona.

—Qué interés tienes tú... —Alyn se incorpora.

—Ninguno. No quiero tener nada que ver con él. Solo lo indispensable para un buen ambiente laboral.

—Pues para no querer tener nada que ver con él, estás pisando su casa —dice Olivia.

—¿Qué? —Arrugo la nariz.

—El edificio es de su propiedad —aclaro.

—¿Por qué no nos has avisado antes? —Frunzo el ceño.

—A ver... ¿Qué probabilidad había de que estuviera aquí? Tiene más propiedades. —Se excusa.

En realidad, no tengo ni idea de cómo Cross ha hecho su fortuna. Siempre fue una persona muy decidida y emprendedora. Con una mente ágil y una visión muy audaz. He escuchado que invirtió unos pequeños ahorros en una empresa local a la que le vio potencial y con el tiempo el negocio prosperó y sus ingresos se multiplicaron y que entró en el mercado financiero invirtiendo en acciones y bonos.

—Vámonos. Necesito ir al baño —solicito.

—Ve al baño y nos vamos.

—No, no. Ya lo hago en mi casa.

Nos agarramos de las manos para salir de allí sin bajas ni lisiados y vomitamos al pisar la calle.

Pienso en mi casualidad y miro hacia arriba, donde se ha quedado, acompañado de una mujer, y algo me quema y araña por dentro.

SOMOS AMIGOS



CHARLOTTE

18 años antes...

Mi hermano era un niño de esos que confían en cualquier persona y al que pueden raptar en cualquier momento precisamente por eso. Ni siquiera necesitaba que lo sobornaras con un caramelo o un cachorro de perrito para que te acompañara y subiera contigo a una furgoneta. Todos lo sabíamos, y, a pesar de eso, mis padres dejaban que fuera al parque del barrio sin compañía ni supervisión porque tenían otros quehaceres en los que centrarse, como trabajar, discutir y ver la televisión por cable.

El día de Acción de Gracias Jackson jugaba en el patio delantero con un balón de baloncesto. Lo escuchaba y le echaba un vistazo de vez en cuando desde la ventana de mi dormitorio mientras estudiaba un examen de robótica. Odiaba esta asignatura, pero sacaría buena nota en ella, como en todas, porque quería ir a una gran universidad. Mi hermano cogía la pelota y la lanzaba tratando de encestar en la canasta que papá había comprado hacía años, cuando todavía se preocupaba por nosotros y nuestras necesidades. El señor Sallow no fue siempre un monstruo, o no lo era del todo, solo cuando se enfadaba. Entendí muy pronto que, si nos pedía que nos dirigiéramos a él por su apellido, una tormenta enorme se avecinaba.

El jardín se mantenía cuidado y limpio. En casa podía estar produciéndose la tercera guerra mundial y dos bombas atómicas explotando en medio del salón, pero nos habían enseñado que ninguna persona debía de enterarse de ello y que sonreír ahuyentaría los comentarios de nuestros vecinos, así que el patio se aseaba a menudo. Mi padre se las daba de educado y simpático, además de gran cabeza de familia y un orgulloso copropietario de una casa de dos plantas que había conseguido comprar gracias a su trabajo; aunque yo cortaba el césped y mi madre limpiaba el porche y cuidaba de los detalles.

Escuché un fuerte golpe y a alguien gritar. Me incorporé con el corazón congelado en el pecho y me asomé por el alfeizar. Un hombre regañaba a mi pequeño hermano junto a un coche en marcha. Bajé las escaleras dando saltos y salí a la calle. Anthony defendía a Jackson y trataba de hacer entender al enfadado conductor que solo era un niño jugando en su patio. Lo crucé y me fijé en la hierba cortada con tanta precisión que hasta me sentí orgullosa, consecuencia de mi gran experiencia en patios de vecinos. Se extendía desde la acera a la entrada principal de nuestro

hogar, por llamarlo de alguna forma. Cada vez me sentía menos cómoda y protegida entre esas paredes y aún era una niña. Mostraba un aspecto verde y brillante. Lo rodeaba una variedad de arbustos y plantas de colores que le daban textura al paisaje, como un cuento de hadas, sin embargo, a mi me parecía todo una mentira y muy pronto una pesadilla. Se sumaban rosas, hortensias e, incluso, algunos tulipanes que sobrevivían gracias a los mimos de mi madre. Olía bien al cruzarlo, sobre todo en primavera. Recorrí el camino de piedras pulidas con borde de ladrillos y ligeramente curvado de color gris. Dos farolas al final del caminito se encendieron en ese momento, cuando el sol se ponía sobre el horizonte de un barrio que escondía demasiados secretos. Había visto al señor Mason besarse con otra mujer que no era su esposa dentro de un coche en el aparcamiento de la antigua fábrica y Lula, otra de nuestras vecinas, robar comida en Wender, un pequeño mercado a dos kilómetros de distancia.

Tropecé con uno de los tres gnomos de cerámica con gorros rojo, amarillo y verde que sonreían a nuestros invitados antes de llegar hasta ellos.

—¡Jackie! ¿Qué ha ocurrido? —pregunté, observando que la verja de madera de medio metro de alto que limitaba nuestra casa con la de los Cross necesitaba una mano de pintura.

—No he hecho nada... —murmuró, a punto de llorar, con el labio temblando y los ojos brillantes.

—El balón se ha ido a la carretera y le ha dado a un coche que pasaba... —explicó Anthony, hasta que Jack lo interrumpió.

—Lo siento... —Hipó.

—No pasa nada, peque. —Fui hasta él y le di un pequeño abrazo—. Por lo menos no te han atropellado. —Le besé la frente.

Me levanté.

—Gracias por defenderlo. —Le agradecí en nombre de mi hermanito.

—Me cae bien.

—Sí... —Me giré—. Parece que disfrutas protegiéndonos —musité.

—¿Qué? —cuestionó él.

Me detuve y lo miré.

—Que no tienes que estar siempre peleándote con todos para defendernos. Sabemos cuidarnos solos. —Encogió los hombros y sonrió—. ¿Por qué lo haces? —Arrugó el ceño a continuación—. No somos tu familia. Ni siquiera somos amigos.

—Anthony es mi amigo —comentó Jackie.

—Ya lo has oído. Somos amigos. —Amplió la sonrisa.

Anthony Cross era guapo, muy guapo, o eso decían todas las chicas del instituto. De tez morena y radiante, con una suave tonalidad dorada que reflejaba su juventud y vitalidad. Ese chico no se cansaba nunca. Jugaba a fútbol americano y a béisbol y lo había visto patinar demasiadas veces. Lo que más llamaba la atención eran sus ojos verdes, que resaltaban y cautivaban al género femenino de los alrededores. Había escuchado a un grupo de niñas hablar sobre esto en los recreativos y a mí me parecía surrealista que se fijaran en ello, justo lo que yo hacía en aquel momento. Tenía los pómulos ligeramente pronunciados, pero con rasgos suaves y armoniosos, con una nariz recta y proporcionada. Sonrisa cálida y dentadura perfecta, gracias a unos *brackets* que había llevado durante dos años. Su cabello espeso y corto enmarcaba su rostro de manera elegante sin dejar de hacerlo descuidado. Vestía a la última moda, con pantalones vaqueros o de deportes, así como camisetas de marca y zapatos del mismo estilo. Anthony Cross era muy atractivo y debía comenzar a reconocerlo.

—¡Chicos! ¡Charlie! ¡Jackie! ¡La cena está lista! —Nos avisó mi madre.

—Tenemos que irnos. —Nos dispusimos a marcharnos, pero él volvió a detenerme.

—Charlie, ¿sabes que puedes contar conmigo para lo que quieras? Estoy aquí al lado.

Asentí y entramos por la puerta lateral, la que daba a la cocina y miraba hacia el patio de Cross.

Mamá sacaba el pavo del horno y nos pidió que pusiéramos la mesa. Papá veía el fútbol en el salón y llamó a Jack para que se sentara a su lado. Mi hermano atendió su orden sin rechistar, se metió un dedo en la nariz y le regañé.

—Jackie, no hagas eso. Ya eres mayor.

—No soy mayor. —Siguió haciéndolo.

Mi padre nos ignoró y gritaba a la televisión y a los jugadores como si fueran a escucharlo.

Dos horas más tarde y tras una ducha cenábamos como si todo fuera normal entre nosotros hasta que dejó de serlo de nuevo. Ocurría cuando menos lo esperábamos aunque todos vivíamos un poco a la defensiva. Mi madre tiró una copa de vino cuando fue a coger el puré de patatas para servirnos y el líquido oscuro cayó sobre la camisa blanca de mi padre. Aquel día se había vestido para la ocasión. Comenzó a gritar sin contenerse e intenté mantener la calma. Dos minutos después tuve que agarrar a Jack y subirlo a mi dormitorio. Él lloraba y lloraba mientras yo trataba de mantener la calma y lo tranquilizaba a él.

Aquella noche fue la primera vez que Anthony entró en mi dormitorio, al menos que yo supiera. Abrió la ventana y saltó adentro. Me asusté al ver su sombra y escuchar el golpe de sus pies sobre la madera.

—¿Estáis bien? He escuchado las voces.

Jackie corrió hacia él y lo abrazó. Yo me levanté y le pregunté cómo había subido.

—Es fácil. —Fue su explicación—. ¿Qué ha ocurrido?

—Nada.

Clavó su mirada esmeralda en mí.

—No me mientas. Mentir está mal.

También fue la primera vez que me planteé que las mentiras conseguirían que me quemara en el infierno, tal y como avisaba el sacerdote en la iglesia a la que íbamos de vez en cuando, mas mi madre y mi padre insistían en que debíamos ocultar los problemas que teníamos en casa.

—Salía de casa. He quedado con los chicos y... —Se rascó la cabeza—. Puedo quedarme aquí.

—No es necesario —solté.

—Yo quiero que se quede —rogó mi hermano antes de quedarse dormido mientras Cross le leía un cuento sentados en la cama y yo escribía sobre la alfombra en mi libreta de sueños y pesadillas, así la llamé.

Anthony se marchó sobre la una cuando nuestros padres se acostaron y la casa se quedó en un mutismo sepulcral.

Aquella noche no tuve pesadillas, como en otras ocasiones, al contrario. Caminaba por en medio de un prado verde, como los ojos de Anthony, donde flores de todos los colores imaginables bailaban al compás de una suave brisa que también me acariciaba el rostro. Los rayos del sol me llenaban de energía a través de la piel y una sensación lejana de felicidad me recorría de pies a cabeza. De pronto, un arroyo de agua clara me cubría hasta los tobillos. Mis pies descalzos se apoyaban sobre unas piedrecitas de tonos claros y un par de peces dieron

vueltas sobre ellos.

No soñé con gritos ni golpes ni mentiras.

No soñé que mamá ocultaba sus heridas bajo vendas y ropa demasiado abrigada para la temperatura que hacía.

No soñé ni tuve el presentimiento de que algo pasaría en cualquier momento.

LEER DA SUEÑOS



CHARLOTTE

Presente...

Me hago el séptimo café de la madrugada y ni advierto que el sol crece por el horizonte. El libro que tengo entre manos me ha mantenido en vilo toda la noche y no he conseguido parar de leer. *Manos atadas* es un thriller trepidante plagado de engaños y giros inesperados, desarrollado en Roma, una ciudad que he visitado en dos ocasiones por motivos laborales y que me enamoró desde el primer viaje. Laura DiCaprio es una joven periodista que destapa una peligrosa conspiración y se da cuenta de que su familia está involucrada en ella y que sus antepasados mantienen lazos directos con el actual gobierno. Magnates del petróleo, políticos y criminales.

Tomo asiento en el sofá del salón y sigo perdida entre sus páginas hasta que leo la palabra fin y cierro el manuscrito con la boca convertida en un círculo perfecto. El lunes a primera hora hablaré con Harmony para ponerla al tanto del descubrimiento.

—Mierda... —mascullo al entender que será con Anthony con quien tendré que hablar.

Mi teléfono suena cuando me dispongo a darme una ducha. Interrumpo mi trayecto hacia el cuarto de baño y voy en busca del teléfono que carga sobre la mesita de noche.

Leo Jackie en la pantalla.

—¿Qué haces despierto tan temprano? —El reloj digital marca las ocho y doce de la mañana. Horas intempestivas para un joven al que le gustan las noches de fiesta los fines de semana.

—¿Ya estás preocupada?

Tomo asiento en el filo de la cama y me rasco la frente.

—Dime que no te han arrestado.

—Cómo eres... Te llamo para preguntarte si mañana vas a ir a la visita.

Recuerdo que es último domingo de cada mes.

—Eh... No. No puedo. Tengo mucho trabajo.

—Está bien. —Lo escucho suspirar.

—Tu pregunta no ha respondido a la mía. ¿Qué haces levantado tan temprano?

—Emma me ha echado de su apartamento.

Habla de su novia. Una chica de veintisiete años que conoció hace un año en una de esas fiestas a las que suele acudir y con la que tuvo una conexión inexplicable desde el principio, o

eso me dijo. Trabaja como diseñadora de zapatos para una marca muy conocida.

—¿Qué has hecho?

—¿Por qué ha tenido que ser por mi culpa?

—Porque te conozco. Y la conozco a ella. Sé que es demasiado permisiva contigo. —

Bostezo.

—¿Te aburro?

—No he dormido en toda la noche. —Pego la espalda al colchón.

—¿Trabajando?

—Leyendo... —Para mí leer no se podría considerar como trabajo aunque lo es.

Cierro los ojos y me abstraigo.

—Te dejo. Ya te diré qué tal mañana.

No recuerdo nada más hasta que me despierto pasadas las dos de la tarde con dolor de espalda, de cabeza y un brazo dormido.

Por cierto, lo que me saca de mi profundo sueño, de nuevo, es el maldito tono de llamada de mi móvil, que descuelgo sin comprobar quién está al otro lado.

—¿Sí? —respondo con voz pastosa y reseca.

—¿Charlie? —Una voz familiar. Si fuera un color, sería verde. Una canción, sonaría *Yellow* de Coldplay. Un sentimiento, resaltaría la animadversión.

Me incorporo de golpe y me mareo.

—¿Ya es lunes? —No he podido dormir tanto.

Escucho unas risotadas tras la línea.

—¿De qué hablas?

Miro mi reloj: Sábado. 14:21 horas.

—He estado trabajando —me disculpo ante el que ahora es mi jefe, aunque no tengo por qué.

—Por eso te llamo. Te recojo en media hora. Tenemos una reunión importante.

—No voy a ir contigo a ninguna parte, Anthony. Vas a controlar mi vida de lunes a viernes, los fines de semana son míos.

—Veintinueve minutos. —Pi, pi, pi, pi.

Observo como si fuera lela la pantalla de mi iPhone y maldigo para mis adentros.

Me doy una ducha rápida y cambio el pijama con el que pensaba pasar el resto del fin de semana leyendo en casa por una falda de tubo blanca y una blusa verde agua abotonada en el pecho. Pelo recogido en un moño bajo, unos *stilletos* beis y un bolso de Prada rojo.

Una limusina de color negro me espera aparcada frente al edificio de apartamentos en el que vivo. El chófer, con traje negro y gorro del mismo color, me saluda con un gesto de cabeza y abre la puerta de atrás, invitándome a entrar en el coche.

Como no, Anthony Cross se encuentra dentro, leyendo documentación que se escapa a mi conocimiento. Dicho así no le hago justicia al hombre que ahora tengo en frente, con sus rodillas casi pegadas a las mías. Debería entretenerme en describirlo, aunque lo resumiría en un Dios griego, o una mezcla entre griego y romano, digno de los altares más exquisitos y omnipotentes. Ha cambiado. Se ha convertido en un hombre. En mayúsculas. Y su atractivo se ha multiplicado por trillones.

—Buenas tardes —saludo con desgana.

De nuevo, no quiero estar aquí.

Alza el semblante y me clava la mirada.

—Hola, Charlie. Es un placer verte de nuevo. —Sonríe de lado y... Otra vez, como si no se hubiera marchado, vuelve todo a mí.

Creí haberlo superado. Después de esta semana, pensé que Anthony Cross ya no me afectaba, no obstante, valoro seriamente que me he mantenido fuerte y alejada de mis sentimientos por él gracias a la editorial y el ambiente en el que allí vivo; en mi burbuja. Esa que él ahora va a explotar.

—Me gustaría decir lo mismo.

Deja la carpeta en la que estaba concentrado hace unos segundos a un lado, sobre el asiento, y entrelaza los dedos de las manos.

—Nos vamos a ver a menudo... Así que cuanto antes te acostumbres, mejor para los dos. —Se incorpora hacia delante unos centímetros y sus piernas acarician las mías.

De golpe, como un frenazo en una intersección antes de un inevitable choque frontal entre dos camiones, mi piel se electrifica y mi corazón da un vuelco.

—No tendré que acostumbrarme —respondo, y oculto mi nerviosismo tras capas y capas de seguridad fingida.

Él arruga levemente el ceño.

—¿Por qué piensas eso?

—Te aburrirás de trabajar en Boundless y te marcharás. ¿Crees que no sé que te cansas de todos tus juguetitos? —replico. Ambos sabemos que va con doble sentido. Hace tan solo dos semanas Olivia corrigió el artículo que sacó el Times en cuyo título rezaba: Cross tiene nuevo juguete y es de color rojo. Junto al titular, una foto de él con su recién estrenado Porsche y una mujer rubia a la que asociaron como su nueva conquista. Sí, mentí a Olivia cuando le dije que no me interesaba su vida. No me importa demasiado, mas es imposible y poco probable que ignore las menciones al soltero más deseado de Nueva York en todos los noticieros del país.

Vuelve a acortar nuestras distancias y susurra.

—Te he echado de menos... —Lleva un dedo hasta mi espinilla y la mima con la yema. Una cálida y suave caricia que me pone los vellos de punta.

El corazón se me para dentro del pecho como si alguien lo agarrara y lo esposara y trato de respirar al notar que llevo demasiado tiempo sin hacerlo.

Huele también a *Yellow*.

Y es gracias a esa canción, que se reproduce en mi cabeza, que carraspeo y me retiro lo suficiente para perder el contacto con él.

«Sé fuerte, Charlie», me digo. «No se merece ni un segundo de ti si no es en el terreno profesional».

—¿Adónde vamos?

Suspira, sin esconder su desconcierto, y se retrepa en el asiento.

Se recompone en una milésima de segundo.

—Tomamos café con un autor, Kevin Bell. Y tú vas a convencerlo para que publique su próxima novela con uno de nuestros sellos. —Suelto una risa sarcástica—. ¿Qué?

Voy a responderle que le veo fallas a su plan, que Kevin y yo salimos algún tiempo y que lo despaché de mi casa desnudo y le tiré la ropa por el balcón un día de lluvia (aunque este último detalle ni importa) y que, por ello, no soy persona grata para él, pero decido morderme la lengua, mantener silencio y esperar a que Kevin salga corriendo en cuanto me vea y hacer entender a Cross que este trabajo no es para él, que deje trabajar a los profesionales y se marche a Colombia a recolectar café (y esto lo saca mi lado celoso porque salió con una mujer colombiana el año pasado, heredera de un reconocido cafetero).

—Oh, nada. Lo haré lo mejor que sé.

Llegamos a la cafetería del hotel Ritz, donde se hospeda Kevin Bell, aunque es de Nueva York y tiene un piso en Kips Bay (pero es rematadamente imbécil y le gusta aparentar lo que -sí- tiene). El lugar, con paredes revestidas en madera de caoba y detalles ornamentados que reflejan el lujo del lugar y su tradición. Cortinas de seda en tonos mansos y candelabros dorados sobre los mostradores.

El maître nos acompaña hasta la mesa donde Kevin nos espera y lo observo mientras acortamos la distancia hasta él.

Lleva un traje parecido al de Cross, pero dista mucho la elegancia entre uno y otro.

Bell nos ve unos metros antes de terminar nuestro trayecto y alza una ceja, sin ocultar su sorpresa.

Se levanta y estrecha su mano con la de Cross, que ya se la ha ofrecido con distinción.

—Buenas tardes, señor Cross.

—Buenas tardes, señor Bell. Le presento a la señorita Sallow, nuestra editora jefe.

Sonríó, malévola, y lo saludo con el mismo gesto que han utilizado ellos.

—Encantada, señor Bell.

—Encantado —responde él.

No parece enojado ni sorprendido, al contrario, sonríe de oreja a oreja como si fuera la mañana de Navidad y hubiese visto a Santa Claus.

—Por favor, tomen asiento —nos invita.

Anthony me retira la silla y se lo agradezco con un movimiento leve de cabeza; después, se acomoda él.

OTRAS PRIMERAS VECES



CHARLOTTE

17 años antes...

Catorce años no se cumplen todos los días y yo deseaba celebrarlo a lo grande, pero una cosa eran mis deseos y otra muy diferente lo que mi padre estaba dispuesto a concederme. Le pedí a mi madre que me dejara salir con mis amigas, sin embargo papá debía dar su consentimiento y dudaba que lo hiciera. A esa edad ya había tenido algún desencuentro con él porque no había podido evitar enfrentarme al señor Sallow cuando le levantaba la mano a Jackie. Aún no le había puesto la mano encima, no obstante, estaba segura de dos cosas. Una, yo lo había evitado; y dos, quizá hubiera ocurrido y mi hermano se había callado porque él también aprendió, erróneamente, que mejor cubrir un tupido velo que enfadarlo más. Cuando esto ocurría, lo pagaba con mamá y terminaba con algún moratón en la cara o en los brazos.

—Entonces... ¿no hay fiesta? —Olivia estaba sentada a mi lado, esperando a que la clase de matemáticas comenzara.

—No lo sé. —Suspiré, guardé en el bolsillo de mi mochila el teléfono móvil de segunda mano que me había comprado gracias a lo que había ahorrado cortando césped.

—Chicas, ¿habéis visto al nuevo? —Alyn tomó asiento a mi lado.

Oli y yo miramos hacia atrás.

—Es guapo —dijo ella.

Rubio, de tez blanca y ojos caramelo.

—¿Solo guapo? Hasta yo lo veo muy, muy guapo.

—Que te gusten las chicas no significa que seas ciega —respondí.

Hacía meses que nos había comentado que le atraía el género femenino. Una noticia que nos tomamos con naturalidad y a la que no dimos importancia, porque, claramente, no la tenía.

—Lo ves guapo. ¡Te gusta! —comentó demasiado alto.

—No me gusta —me defendí.

—A ella le gusta Cross —anunció Olivia.

—No me gusta Cross.

—¿Cómo le va en la universidad? —Oli apoyó el mentón en su mano.

—No lo sé. Ya casi no lo veo.

—Lo echas de menos —Alyn achinó los ojos. Yo los puse en blanco.

Lo cierto era que sí, pero me gustaba pensar que ese sentimiento se basaba en el hecho de que me ayudaba cuidando a Jackie y ahora toda la responsabilidad recaía sobre mí.

—Invítalo a tu cumpleaños —propuso Oli.

—Ni siquiera estará aquí el fin de semana.

—Muy informada estás tú de sus pasos —contestó Alyn, con una sonrisa en los labios.

La profesora entró, dio los buenos días y explicó ecuaciones que no me interesaban. Mi mente se entretuvo pensando en cómo seguiría el argumento de la novela que estaba leyendo. *La isla del tesoro* de Robert Louis Stevenson.

“¿No habrá un alma piadosa que diga a este pobre ciego que ha perdido la preciosa luz de sus ojos en defensa de Inglaterra? Y que Dios bendiga al Rey...”

Convencí a mis padres para que me dejaran celebrar una fiesta. Yo me encargaría de todo y ellos solo tendrían que ayudarme con los gastos. No me dieron demasiado, pero suficiente para invitar a un refresco en la cafetería junto a los recreativos del barrio. El chico nuevo, Silas Montgomery, también nos acompañó. Invité a la clase al completo por educación y deferencia con mis compañeros a pesar de que algunos ni me caían bien porque les parecía conveniente hacer como si mis amigas y yo no existiéramos cuando les venía en gana.

La celebración se tornó muy animada, gracias a los juegos que mis amigas propusieron y los dulces y chucherías que Olivia, Luca y Alyn trajeron. Al principio me pareció raro estar rodeada de gente que me saludaba y me hablaba. Estaba acostumbrada a que por norma general pasaran de mí. El ambiente se llenó de risas y charlas mientras tomábamos un refresco y algún que otro batido de helado. Olivia adornó una mesa con un mantel muy colorido e infló globos de helio con los que adornó el lugar. Una suave música sonaba de fondo y el camarero fue muy amable con nosotros.

—¡Eh! ¡Sallow! ¡Te toca! —Me avisó Luca, que jugaba al Twister en medio de la sala.

No me apetecía aquel juego, sin embargo, el chico nuevo, con el que había cruzado tres palabras desde el comienzo de la tarde, me animó.

—Venga, te reto. —Sonrió y me tendió su mano.

—Soy muy flexible. Nadie me gana en esto.

—Ah ¿no? ¿Y en qué puedo ganarte?

Lo pensé.

—No hay nada en lo que puedas ganarme.

Él soltó una carcajada y yo encogí los hombros.

Resultó muy divertido y se me pasó el resto de la tarde casi sin darme cuenta. Los invitados se fueron marchando y los despedí agradecida.

Esperé a que mi padre me recogiera, tal y como me prometió, a las nueve de la tarde, no obstante, me percaté de que se le habría olvidado y tuve que caminar hasta casa. No me preocupaba ni me importaba. Se sumaba un barrio seguro y mis gustos por los paseos. Me puse los auriculares, los conecté al móvil y me puse a escuchar música mientras recorría el trayecto con varias bolsas en las manos en las que guardaba los regalos que había recibido.

La calle se transformaba de noche bajo la luz tenue de la luna y las farolas de hierro, creando un ambiente misterioso. Los faroles, alineados a lo largo de la acera, arrojaban una suave iluminación que se extendía hasta el final de la avenida y giraba en las intersecciones.

Escuché el ladrido de unos perros y me quité los auriculares de un tirón. El silencio me envolvió, solo lo interrumpía el viento al cruzar entre las hojas de los árboles arrojando breves silbidos. Las fachadas de las casas se presentaban como siluetas en penumbra, con luces cálidas tras las ventanas que me hicieron echar de menos un lugar donde resguardarme. Ni mi dormitorio me parecía ya un sitio seguro.

Las luces de un coche que venía hacia mí me deslumbraron y cubrí mi rostro con mi antebrazo derecho.

—Charlie —me llamó una voz conocida, pero que se había vuelto más grave con el paso de los meses.

Lo observé. Anthony había bajado el cristal y me miraba.

—¿Qué haces aquí?

—Eso mismo me pregunto yo —respondió—. Es tarde.

—Ya no soy una niña pequeña. Hoy he cumplido catorce.

—Lo sé. —Se incorporó y abrió la puerta desde dentro—. Sube. Te llevo a casa.

—Prefiero ir andando.

—No seas pesada. —Dudé—. Pienso bajar y obligarte a subir —amenazó.

No sabía si sería capaz de hacerlo, pero bufé, me senté en el asiento del copiloto y cerré la puerta.

—Me ha dicho Jackie que estabas en los recreativos.

—¿Ibas a salvarme de mi propio cumpleaños? —ironicé.

—Pensaba que igual podrías invitarme a un refresco. No me llegó la tarjeta de invitación.

—He enviado emails. —Puse los pies sobre el salpicadero y él no se quejó.

—No me ha llegado.

—Porque no te he invitado.

—El año pasado sí lo hiciste.

—Porque Jackie me obligó.

—¿No ha ido al cumpleaños?

—Ya soy mayor. No haría nada conmigo y con mis amigas.

Lo vi sonreír. Era imposible no hacerlo porque sus dientes brillaban hasta en la oscuridad.

El escenario, encantador. La música que sonaba por los altavoces me hicieron tararear y olvidarme de que el chico más guapo del barrio me acompañaba a casa porque ese también era su destino.

Aparcó frente a su puerta y me dispuse a bajar.

—Espera. —Me agarró del brazo—. Te he comprado un regalo.

No sabía si hablaba en serio.

Giró su cuerpo hacia atrás, cogió una caja rectangular de tamaño medio y me la ofreció. Yo la puse sobre mis piernas y me detuve a observarla.

—Ya no juego con muñecas. En realidad, no recuerdo haberlo hecho.

—Lo sé. Desde pequeña has preferido leer. Anda, ábrelo. —Me arengó.

Levanté la tapa, ni siquiera lo había envuelto en papel de regalo y dentro encontré una edición nueva de Oliver Twist, una obra de Chales Dickens que narra la vida de un niño huérfano, Oliver Twist, y sus duras experiencias en el mundo sombrío de la Inglaterra victoriana, revelando las injusticias sociales y la lucha por la redención.

—Esto... Gracias...

—¿Te gusta?

—Me encanta —musité, anonadada.

—Sé que querías comprarlo y... Lo vi en una librería y me acordé de ti.
¿Se acordaba de mí alguna vez? ¿Cuándo?
—¿Cómo...? ¿Cómo puedo agradecértelo? Esto es...
—¿Desde cuándo se agradecen los regalos?
—Las personas educadas lo hacen.
—Bueno, puedes invitarme a un helado. Seven debe estar abierto aún.
Busqué con mis ojos las ventanas del que (no) era mi hogar.
—Es tarde —dije con la boca pequeña.
—En tu casa... —Observó hacia ella también—. Están dormidos. No van a darse cuenta.
Lo pensé durante unos segundos. ¿Qué podía perder? Mucho. Mi padre podía enfadarse y pagarlo con mi madre o con todos nosotros, pero mi juventud y mis ganas de pasarlo bien me hicieron dar de lado la razón aunque fuera solo durante media hora
—Vale, pero... —Busqué en mis bolsillos—. Solo me quedan dos dólares.
Él sonrió, dio marcha atrás y después aceleró hacia delante.

TÚ YA LO SABÍAS Y NO SÉ POR QUÉ ME SORPRENDE



CHARLOTTE

Presente...

El menú de la cafetería del Hotel Ritz ofrece una amplia gama gastronómica. Exquisiteces de pasteles y croissants recién horneados, sándwiches vegetales y ensaladas gourmet con quesos traídos desde Francia e Italia. Tentaciones irresistibles con las que me deleito mientras Kevin finge no conocerme y Cross pasa por alto el hecho de que el autor me ha adulado con insistencia en más de tres ocasiones. No parece sorprenderle, sin embargo, a mí sí y siento que algo se me escapa.

—Y... Dinos, ¿en qué está trabajando? —le pregunto.

Se limpia la boca con una servilleta de tela muy fina de color beis y la deja sobre su regazo.

—Tuve el placer de escribir la palabra fin hace tres días. Trata sobre un hombre que busca redimirse tras hacer mucho daño a la mujer que ama —habla con sus pupilas clavadas en las mías.

¿Es una indirecta? No creo que el *bocachanclas* se haya vuelto un romántico.

Estoy deseando escribir a mis amigas y contarles lo que está sucediendo, pero aún ando equivocada. No es oro todo lo que reluce ni oro parece y plata no es.

Nos despedimos del autor con el que sin duda firmaremos un contrato el próximo lunes y salimos del vestíbulo del hotel una hora y media más tarde.

Cross se detiene sobre el acerado y realiza una llamada de teléfono delante de mí que solo dura dos segundos.

—El coche nos recogerá en tres minutos. —Suspiro—. Has estado brillante. Lo hubieras convencido aunque no estuviera enamorado de ti.

Mi mandíbula se pega sobre la acera y las cejas casi rozan el cielo despejado y de un color azul intenso.

—¿Lo sabías?!

Da un paso hacia delante y pega su nariz a mi nariz.

—Yo lo sé todo sobre el personal de mis empresas.

—¿Seguro que es por eso? —Nos enfrentamos—. ¡Me has utilizado! ¡Sabías que habíamos

salido y que seguía enamorado de mí y por eso me has traído hasta aquí! —Sonríe sin inmutarse más allá de eso—. ¡Eres...! ¡Eres...!

—¿Qué soy?

—Aquel niño que conseguía todo lo que quería a pesar de que eso significara defraudar a un niño que lo idolatraba. —Veo un rayo cruzar sus ojos—. Aquel tío que no cumplió su promesa... —Me agarra de la mano, pero me suelto de un tirón y doy un paso hacia atrás.

—Charlie —me interpela.

—¡No! ¡Cállate! —Vuelvo a acercarme a él—. ¡No quiero escucharte! ¡¿Por qué has vuelto a mi vida?! —Trata de contestar, pero lo callo clavando uno de mis dedos en su pecho—. ¡Y tienes la cara dura de decirme que me echas de menos! ¡Pero... ¿Quién te crees que eres?! ¡¿Quién...?! —Tira de mí de nuevo e impacta su pecho contra mi pecho, en medio del caos, de una marabunta de transeúntes, mezcla de neoyorquinos, visitantes y turistas, entre un puñado de sonidos, mezcla de pasos apresurados, voces en la lejanía, gritos demasiado cerca, motores de coches...

Cross, con sus fuertes manos, me acaricia la cintura y me mantiene a su lado, aunque no tiene que obligarme porque mis pies se pegan al suelo, al mismo que pisa él.

También sostiene mi rostro, que se inclina levemente hacia atrás, ofreciéndole mis labios, en contra de mi voluntad, quiero pensar, pero ¿a quién miento? ¿a mí?

Nos besamos mientras la gente continúa su frenético ir y venir, ajenos a la intimidad que creamos después de tanto tiempo, de años sin vernos.

Y vuelvo a sentir la electricidad salir de su cuerpo y recorrer mi cuerpo; una pasión intensa y arrolladora que nos traslada a aquel lugar salvaje y mágico donde nos besamos por primera vez.

La misma fuerza que nos ha unido nos separa unos segundos más tarde, después de enredar nuestras lenguas ante la mirada indiscreta de alguna persona que lo haya reconocido.

El chófer se acerca a advertirnos de que podemos marcharnos y realiza el mismo procedimiento que conmigo. Nos abre la puerta y la cierra cuando nos acomodamos en su interior.

Dentro, el aire se hace irrespirable en milésimas de segundos, cargado de la misma electricidad que recorre nuestros cuerpos. Nos miramos, cautivados por la atracción física innegable.

Sus manos se deslizan por el asiento de cuero de la limusina y se acercan peligrosamente a mis muslos. La piel se me eriza antes incluso de que los roce.

Agarro su muñeca y lo detengo.

—No va a pasar —aseguro.

—Pasará. Es inevitable —dictamina.

Bajo de la limusina sin despedirme de él. Cuando el chófer cierra la puerta me percató de que hace muchos minutos que el oxígeno no inunda mis pulmones y se difunde por mis venas, así que cojo aire y trato de no desmayarme. ¿Qué ha ocurrido? ¿Cómo he dejado que vuelva a ocurrir después de tanto tiempo? ¿Cómo me ha llevado a su terreno? Supongo que Anthony Cross, un chico de clase media que se hizo a sí mismo, construyó un imperio desde la nada por muchas razones, entre ellas por tener una combinación de habilidades y características muy efectivas para triunfar y liderar de manera cierta una organización, como carisma, determinación y mentalidad de ganador; él nunca pierde, y por eso sé, sin lugar a dudas, que esto no va a quedar así y volverá a insistir, aunque de una manera muy sibilina.

Voy directa a mi dormitorio, algo me lleva hasta allí, abro el cajón de la mesita de noche y saco un libro que me acompaña desde hace años. Oliver Twist. Acaricio su portada y cierro los ojos. Un centenar de recuerdos se abren paso en mi mente y se dibujan en la oscuridad de mi retina durante unos segundos.

—Ahh... —Suspiro cuando vuelvo a la realidad del presente y mi habitación me saluda casi en penumbra. Comienzo a temblar, enciendo otra luz y tomo asiento sobre la cama.

—¿Qué haces, Anthony? ¿Por qué remueves el pasado? —susurro.

NO FUE LA MEJOR NOCHE DE MI VIDA



CHARLOTTE

17 años antes...

Sonaba *Yellow* de Coulplay por la radio del coche de mi vecino. Yo tarareaba la letra de la canción mientras Anthony conducía con serenidad entre las calles de Prospect Park South bajo un cielo despejado y repleto de estrellas que brillaban y dibujaban una estela que me dejó embobada durante unos segundos. Me pregunté si alguna vez el ser humano viajaría a algún planeta y cuánto me gustaría ser uno de esos afortunados. Suspiré al soñar con ser otra persona, o estar en otro lugar porque el mío se había convertido en un infierno constante desde hacía unas semanas. Gritos, ruidos fuertes y silencios demasiado largos. Me mordí el labio inferior con los dientes para despertar de lo que se estaba convirtiendo en una pesadilla y volví al lugar en el que me encontraba. No me refería a un coche camino de una heladería, sino a Anthony. Me sentía segura a su lado porque él siempre estaba ahí para salvarnos, aunque fuera llevándonos a su casa y escondiéndonos de los fantasmas.

—¿Qué te han regalado? —Contribuyó a interrumpir mis pensamientos, que en esos momentos se llenaban de él y de sus mil formas de sacarnos del horror de cuatro paredes negras.

Observé las bolsas de distintos colores y tamaños entre mis piernas y las meneé con las rodillas en un movimiento espasmódico.

—Libros, Cds, un comic.

—Vaya, no he sido muy original. —Sonrió, y yo lo imité.

—El tuyo es el que más me gusta, pero no se lo digas a Olivia.

Anthony detuvo el coche frente a Seven, una cafetería que casi estaba abierta veinticuatro horas al día. Las luces del exterior iluminaron la carrocería del vehículo oscuro y nuestros rostros.

—Hemos tenido suerte —comentó, apagando el motor—. Venga, vamos —me arengó.

Nos apeamos del auto y lo rodeó para llegar hasta mí y caminar juntos. La luz que se filtraba por las ventanas nos guio el camino hasta la entrada, como si ninguno de los dos lo conociéramos.

—¿Qué te pasa? —preguntó, ante mi mutismo.

—Espero que mi padre no se enfade por esto.

—¡Eh! —Me dio un pequeño empujón—. Charlotte Sallow no se acobarda ante nada y... Te ayudaré a entrar por la ventana de tu dormitorio.

Me hizo sonreír.

Al traspasar la puerta, el aroma a café recién hecho y dulces horneados nos rodeó por completo, sin embargo, yo quería un helado, aunque solo guardaba dos dólares en mi bolsillo. La cafetería, de paredes rosa, nos recibió casi desierta, solo un par de personas, dos enamorados de mediana edad, se regalaban carantoñas y arrumacos y charlaban entretenidos.

Nosotros nos acomodamos frente a frente, junto a una ventana, en dos bancos de madera preparados para dos o tres clientes cada uno. Entre nosotros, una mesa abedul adornada con un servilletero azul cuadrado y un tarrito de cristal con dos flores secas colgando de él.

—Buenas noches, ¿café? —La camarera se acercó a nosotros con una cafetera en la mano, delantal amarillo y el pelo muy rizado a la altura del hombro.

—Queremos un helado —dijo Anthony con una sonrisa.

—Pues ya me diréis —respondió con desdén y poca educación, sacó dos cartas del bolsillo de su delantal, las puso sobre la mesa y se machó.

—Parece enfadada —comenté en voz baja.

Cross me ofreció una y él se hizo con la otra que soltó en dos segundos.

—¿Ya sabes de qué lo quieres? —pregunté, observándolo por encima del cartón forrado con plástico.

—Pistacho. Es mi favorito. —Dio dos golpecitos en la mesa con el puño— ¿No tienes un favorito?

Encogí los hombros y seguí buscando. Me avergonzaba contarle que comía helado muy pocas veces porque gastaba mi casi inexistente dinero en libros y papá no los compraba porque se le olvidaba.

—Nata con piñones —zanjé.

—Buena elección.

—Eh... —Me avergoncé—. No tengo dinero... —Busqué en mi bolsillo y saqué dos dólares—. Solo... esto. —Los dejé sobre la mesa.

Él sonrió.

—Yo invito. Tómallo como parte de mi regalo. —Se incorporó hacia delante—. ¿Cómo te van los exámenes?

—Bien...

—¿Solo bien? —Alzó una ceja.

Encogí los hombros.

—Las ecuaciones se te resisten. —Abrí los ojos—. Me lo ha dicho mi madre.

—Puedo con ellas.

—Estoy seguro, pero... Si necesitas ayuda, puedes contar conmigo...

—Grace me ha ayudado. No me gustan... Las matemáticas.

—Lo sé. A mí me encantan. —Fruncí el ceño—. Las encuentro interesantes —aclara.

—¿Interesantes? Es lo más aburrido que he estudiado hasta ahora.

Nos trajeron los helados y nos deleitamos con ellos hasta que los terminamos y llegó el momento de volver a casa.

Miramos la ventana de mi habitación desde el jardín. Yo tenía los brazos en jarra. Anthony llevaba las bolsas con mis regalos.

—Vamos a matarnos —susurré.

Él soltó una carcajada y lo silencié con un tortazo en el brazo.

—Vas a despertar a mis padres —le regañé.

Nos acercamos al árbol que había crecido junto a la pared y examiné las ramas.

Cross subió con agilidad a la rama más baja y me ofreció su mano con el brazo estirado para que me agarrase a él.

—Espero que esté abierta —reaccioné al llegar arriba sin habernos abierto la crisma.

Él la levantó y...

—Siempre la dejas abierta. —Me guiñó un ojo.

No le dije que me agobiaba tenerla cerrada porque así el ruido de la calle acallaba las voces de mi padre tras la puerta de mi dormitorio.

—Venga, entra.

Lo hice con su ayuda y salté dentro.

Lo miré.

—¿Tú no vienes?

Lo pensó.

—Tengo que marcharme. —Me dio las bolsas y un beso en la mejilla que me puso los vellos de punta—. Buenas noches. Llámame si ocurre algo.

Lo vi saltar con destreza hasta llegar al suelo y pisar con firmeza.

Se fue, pero... No se llevó mis miedos.

DESPUÉS DE TANTO TIEMPO, DE NUEVO, CHARLOTTE



CROSS

Tres meses antes...

Tenía a Ophelia encima de mí, con su cuerpo desnudo sobre mi cuerpo, con su pelvis sobre mi pelvis, sus piernas alrededor de mi cintura. Mis manos agarraban sus muslos con fuerza, dejando marcas sobre su piel. Ella gemía ante mi contacto y se movía con maestría, deleitándose con un vaivén que me desesperaba y me cautivaba al mismo tiempo. Sus voluptuosos pechos se bamboleaban ante mis ojos y disfrutaba hasta que... la conversación mantenida con Thomas, mi mejor amigo y asesor, me trasladó a otro lugar de pronto.

«Mierda, sal de aquí, Thomas», pensé, como si él tuviera la culpa de entrometerse en el polvo que Ophelia y yo estábamos echando. Supe que no era mi amigo lo que me había sacado de aquella cama, conocida para mí, sino lo que en esa cena se habló la noche anterior, justo antes de que Ophelia volviera del aseo del restaurante y me metiera mano por debajo de la mesa.

—He escuchado que Boundless Books Press está en venta —comentó, y bebió de su vino ante mi impasividad—. No me digas que no sé de qué hablo.

—No me interesa el mundo editorial, y no me digas que a ti sí, casi no sabes leer —lo parafraseé en cierto modo.

—Te crees gracioso, pero no lo eres. Nos salió bien con Page Turner Publishing. —Anota—. Charlotte Sallow es editora jefe.

El corazón me palpitó dentro del pecho al escuchar su nombre; hacía meses que nadie me hablaba de ella. La última vez lo hizo mi madre, preguntándome qué sabía de Jackie y Charlie.

Volví de golpe a la realidad al escuchar los gemidos de satisfacción de Ophelia al llegar al orgasmo y me la quité de encima. No le extrañó este hecho y se tumbó a mi lado con una sonrisa, me acarició el pecho y me besó el cuello.

Sin decir ni una palabra, se colocó entre mis piernas abiertas y se introdujo con arte y delectación mi polla en su boca. Traté de concentrarme y borrar de mi mente los ojos de Charlie, sus mejillas sonrosadas, sus labios cuando sonreía y su boca húmeda después de besarnos.

Me corrí porque soy muy concienzudo y sé controlar y apartar de mí pensamientos que no me llevan a ninguna parte y estaba seguro que volver a ese punto de mi vida me traería muchos

problemas.

Problemas. Era incapaz de apartarme de ellos porque, además, el riesgo formaba parte de mi trabajo, así que me replanteé aquel nuevo negocio y sus probabilidades de éxito. Que Charlotte Sallow fuera editora jefa en esa editorial no evitaría que invirtiera si eso iba a significar ampliar mi negocio y ganar mucho dinero.

Thomas entró aquella mañana en mi despacho con una sonrisa de superioridad y sabelotodo que me hubiera encantado borrarle de un buen puñetazo. Sospechaba de qué quería hablarle y deseaba mofarse de mí y de lo que aún sentía por esa mujer a la que había dejado de ver cuando ella aún era una adolescente.

—Le he dicho a Anouk que no te dejara pasar. ¿Con qué la has sobornado hoy? —comenté sin mirarlo, con mis ojos sobre la pantalla de mi ordenador.

—Unos pastelitos de chocolate —respondió, y tomó asiento en uno de los dos sillones de cuero negro que había al otro lado de mi escritorio.

—Tengo que cambiar de secretaria.

—Es la mejor que has tenido y... Ninguna mujer se me resiste —bromeó.

—¿Emily? ¿Lily? ¿Harper? —le recordé las chicas que en el último año lo habían dejado por su adicción al trabajo y su dejadez para con ellas.

—Golpe bajo. Y ahora... Hablemos de lo que me ha traído aquí esta mañana... —Se retrepó en su asiento y unió sus manos—. Quieres acercarte a Charlotte, o... como siempre la has llamado, Charlie.

—Voy a comprar Boundlees —lo corregí.

—No está en su mejor momento.

—Me gustan los retos.

—Y Charlie. —Tosió.

Volqué los ojos y lo eché de allí.

—Concierta una reunión con Harmony.

—No soy tu secretaria y nunca lo sería. Eres insoportable. —Se levantó.

—Que sea lo antes posible. No me gusta perder el tiempo.

—Lo que usted ordene, señor Cross. ¿Algo más? ¿Desea que le vaya al supermercado?

—Deseo que cierres el pico y te largues de aquí.

Hizo una reverencia y desapareció de mi vista.

Le pedí a él el primer contacto con la editorial porque su familia y la de Harmony Hughes eran amigas, tenían relaciones comerciales, pero, además, quedaban para celebrar eventos y mantenían una muy buena relación.

—Señor Cross, tiene una llamada por la línea cuatro. ¿Le digo que no puede atenderle? —informó Anouk con voz mecanizada por el teléfono fijo.

—¿De quién se trata?

—Es Jackie. —Lo anunció como si lo conociera porque así era. El más pequeño de los Sallow se pasaba de vez en cuando por la oficina y habían hecho buenas migas.

—Pásamelo.

Descolgué el teléfono y lo saludé como siempre hacía, con cariño.

—Hola, Jackie, ¿cómo estás?

—Bien, bien. Te llamo para agradecerte la recomendación. Las acciones han subido medio punto en solo tres días.

—Era de esperar.

—¿Cómo lo sabías?

—Conozco el mercado.

—Quiero invitarte a comer para agradecértelo.

—No es necesario.

—Insisto.

—Está bien. —A mí también me apetecía pasar un rato con él—. Te llamo cuando mi secretaria revise mi agenda.

—De acuerdo. Y gracias de nuevo. —Me dispuse a colgar—. Anthony —me llamó.

—Dime, Jackie. —El chico había crecido y se había convertido en todo un hombre, sin embargo, yo seguía viéndolo como aquel niño de ojos dulces y muerto de miedo.

—Charlotte sigue sin saber que seguimos relacionándonos. Prefiero que siga siendo así.

—Tranquilo. Reservaremos en un lugar discreto.

—Gracias. Nos vemos pronto.

Colgué y suspiré.

Jackie y yo solo habíamos estado sin vernos durante los tres años posteriores a aquella catástrofe, pero jamás me había despreocupado de él. Sabía dónde estaba, qué hacía y cómo le iba, así como a Charlie. Los tuve presentes aunque desde una distancia muy prudente porque su hermana me había prohibido acercarme a ellos. No solo ella me culpaba de lo que había ocurrido, yo también lo hice durante demasiado tiempo.

OTRA VEZ... CHARLOTTE



CROSS

Presente...

Otra vez, de nuevo, Charlotte.

Otra vez, de nuevo, Charlie.

Otra vez, de nuevo, ella.

«Yo mismo me lo he buscado», me digo, al llegar a casa y quitarme la chaqueta. ¿Qué esperaba? ¿Que se tirara sobre mis brazos cuando llevaba años alejada de mí a conciencia? ¿Que se hubiera olvidado de todo lo que pasó? ¿Cómo iba a hacerlo? Su vida cambió aquel día. Yo seguí con la mía mientras ellos tuvieron que acostumbrarse a una nueva realidad, aún ajenos a una verdad demasiado dolorosa para conocerla y aceptarla. Sospechaba que seguían sin haber descubierto todo lo que había ocurrido aquella noche.

Me deshice de mi chaqueta y la colgué en una percha para a continuación guardarla en el guardarropa del vestíbulo. Mi apartamento, un ático de lujo en la Quinta Avenida que compré hace ahora dos años, me espera en silencio, como siempre. Desde aquí arriba no se escucha el bullicio ni el ir y venir del tráfico y de sus transeúntes. De espacios abiertos y luminosos, con suelo de mármol negro y acabados de alta calidad y techo de dos metros y medio de alto. Mobiliario de diseño contemporáneo y tres cómodos y grandes sofás de un gris muy oscuro. Mi madre, cuando me visita, me reprocha que debería darle un toque más familiar y hogareño al que se supone que es mi hogar, sin embargo, ni lo quiero ni lo necesito. Paso muy poco tiempo en este lugar y me gusta así.

El dormitorio principal es mi santuario, desde él se ve Central Park, incluso cuando estoy acostado en mi cama estilo king-size. En él entro y me descalzo, dispuesto a darme una ducha, con acabados en granito y una gran bañera de hidromasaje.

Abro el grifo mientras me desabotono la camisa blanca y mascullo un «joder» que sale desde mi pecho al escuchar el timbre de mi teléfono móvil sobre la cama, donde lo acabo de dejar.

Me planteo pasar de la persona que me llama, pero he quedado dentro de una hora con Thomas y me encantaría que me dijera que tiene mejores planes que llevarme a ese garito de moda a tomar unas copas.

Leo «Mamá» y descuelgo.

—¿Anthony?

—Soy yo. Has llamado a mi número.

—Hijo mío, esa es la razón por la que no te casas.

Me rasco la frente y tomo asiento en la cama. Ahora va a explicarme por qué no mantengo una relación larga con ninguna mujer.

—Necesitas relajarte, darle importancia a lo que realmente la tiene.

—Mamá... —Trato de cortar su monserga; sin éxito, por supuesto. Mi madre es de las únicas personas que pueden hacerme callar.

—¿Desde cuándo no sales con alguien que realmente te gusta? No me digas que sales con Ophelia porque te conozco y sé que esa mujer no es para ti. Tú necesitas a alguien que...

—Mamá, ¿has llamado para buscarme una esposa?

—Solo me preocupo por ti. Y estás muy solo.

Miro a mi alrededor. Nunca me he sentido solo. Adoro mi soledad.

—Estaba a punto de darme una ducha. ¿Puedes ser breve y concisa?

La escucho suspirar.

—¿Eres así de agradable con tus citas? Supongo que muy pocas mujeres aceptan volver a quedar contigo.

No voy a explicarle a mi madre que tengo que quitarme a las mujeres de encima y que follo cuando quiero y a la hora que quiero y con quien quiero.

—Voy a colgar —la aviso.

—Tu padre se jubila dentro de tres meses, como ya sabes, y le estoy preparando una fiesta. ¿Puedo contar contigo?

—Por supuesto. —¿Cómo cree que voy a faltar a tal evento?—. Llama a mi secretaria y que te informe de mis fines de semana libres.

—Mira, Anthony, te daba una azotaina si te tuviera delante. En cuanto me confirme el cáterin, te digo qué día será. Sabrás arreglártelas para asistir a la jubilación de tu padre, el hombre que te pagó los estudios y que siempre te apoyó en tus inversiones, además de la persona que te dio tus primeros veinte mil dólares para que invirtieras. —Pi, pi, pi, pi.

Mi madre es de armas tomar y no me extraña que me cuelgue sin despedirse después de ser un cretino con ella.

Poseidon es una discoteca en el centro de Manhattan que encapsula y refleja la esencia de una ciudad que se caracteriza por su exclusividad. Ubicada en Bleecker Street, en un edificio histórico meticulosamente restaurado y preparado para acoger a la alta sociedad de Nueva York.

El chófer de Thomas nos deja en la puerta y la cruzamos rodeados de fotógrafos y periodistas que tratan de fotografiarnos y hacernos preguntas. No me acostumbro a ser una persona conocida, al menos, en este estado.

—Señor Cross, ¿confirma su relación con la heredera de los Bounth? —Uno de ellos me pega un micrófono con las dimensiones de una manzana a la boca.

Un miembro de la seguridad del local aparece de la nada y lo aparta de mí.

—Disculpe, señor Cross —lamenta.

—No se preocupe. Gracias. —Le agradezco la rápida intervención.

El vestíbulo está decorado con un diseño vanguardista de colores fuertes e intensos, como

el salón principal, pero con luces de ambiente cálido y detalles arquitectónicos cuidadosamente seleccionados que añaden sofisticación al espacio, amplio y repleto de personas muy elegantemente vestidas. La música suena tan alta que Thomas grita.

—Vamos a aquella barra. Jerry tiene que estar allí.

Lo sigo unos metros hasta detenernos en un lugar más tranquilo y alejado del bullicio.

Una mujer morena y muy alta se acerca a mí y me saluda. Doy por supuesto que nos conocemos de algo por su forma de dirigirse a mí, no obstante, la sombra de las luces en su rostro impiden que la distinga.

—Eh... ¿Cómo estás? —Soy educado y finjo que me interesa, pero en realidad en mi mente, después de esta tarde, solo cabe una mujer.

—Te dejé dos mensajes. ¿No te los ha dado tu secretaria?

Caigo en la cuenta de quién se trata. Es la hija de Paul Rodríguez, un constructor con el que he hecho negocios el último año.

—Sí, lamento no haberte contestado —miento, porque no lo lamento en absoluto—. Pero he estado muy ocupado.

—Tal vez hoy puedas concederme algo de tu valioso tiempo... —Se me insinúa.

—¡Anthony! —Me llama mi amigo.

—Tal vez en otra ocasión —suelto, y me marcho.

Me aburre soberanamente la conversación sobre política que mantienen Thomas y Jerry, así que me entretengo respondiendo emails y dándole trabajo a mi secretaria un sábado por la noche. No me enorgullezco de esto, pero he de reconocer que soy un adicto al trabajo y que pocas cosas me importan más que ello a parte de mi familia y de mis amigos.

Levanto el semblante como si algo me hubiera susurrado que tenía que hacerlo, justo en ese momento, en el segundo exacto en el que Charlie pasa por delante del reservado en el que estamos sentados... junto a un hombre.

GRAN POSEIDON



CHARLOTTE

Presente...

—No van a dejarnos entrar —comenta Olivia, observando la puerta de Poseidon, un garito donde la alta sociedad neoyorkina se relaciona junto a buena música y buen ambiente.

—Deja de ser tan negativa —replica Alyn.

—Mujeres de poca fe —respondo, sin parar de caminar con mis *stilletos* de ocho centímetros, un vestido negro corto y estrecho y el pelo suelto sobre los hombros—. Olvidáis que soy la editora jefe en una de las editoriales más importantes de la costa este.

—Aquí leen todos —ironiza Olivia.

—Quizá no, pero ese que está ahí es Donald Turner y me debe un favor.

Me refiero a un novelista al que lancé a la fama hace dos años.

Lo saludo con cordialidad y, antes de dos minutos, me ha propuesto tomar una copa juntos.

—Me encantaría —contesto, y nos invita a que pasemos a la discoteca junto a él.

Mis amigas abren la boca y yo les guiño un ojo.

Donald me pidió varias veces una cita cuando trabajábamos juntos y me negué hasta la saciedad por dos motivos: Uno, nunca salgo con autores de nuestros sellos. Dos, es mono pero no me atraía de esa forma. Si me hubiera gustado, me hubiera planteado saltarme mi propia norma. Por cierto, la misma que tiene Cross.

«Mierda», mascullo, mientras cruzamos el vestíbulo. ¿Por qué no puedo olvidar ese beso? Si ni siquiera me gustó... Ejem, ejem.

La música se hace fuerte en cuanto pisamos la primera sala, tiene dos más. El sistema de sonido debe ser de última generación y consigue sumergirte en un ambiente de ritmos envolventes y melodías cautivadoras, así como un reconocido DJ que anima a los presentes con su talento.

—Tengo reservado en la zona VIP —me informa Donald—. Está por ahí. —Señala a un lado.

Las tres lo seguimos y zigzagueamos entre la multitud.

Llegamos a un exclusivo salón privado donde podemos charlar de una manera más íntima, con su propia barra de cócteles, servicio personalizado de camareros y áreas de descanso con

sofás, en los que nos acomodamos junto a amigos de Turner que se presentan simpáticos.

La noche transcurre muy divertida y Donald me propone bailar en la pista principal. No me parece una mala idea y acepto sin remilgos. Caminamos de nuevo entre el bullicio, dejando atrás las zonas VIP, hasta que llegamos al centro de la sala principal y danzamos al ritmo de Lady Gaga, *Alejandro*.

Unas cinco canciones más tarde, el autor de novela policiaca, me propone tomar algo fresco en la barra más cercana, a la que nos aproximamos entre risas porque ha tropezado y casi cae de bruces contra el suelo.

—La prensa amarilla se hubiera frotado los dedos.

—No creo que la hayan dejado entrar —comento.

—¿Hablas en serio? Ahora se graba todo con los teléfonos móviles —manifiesta.

Lleva razón y no se la quito. El verano pasado rodé por la playa de los Hampton al estilo croqueta y Olivia y Alyn, además de partirse de la risa, en vez de ayudar a que me levantara, sacaron con sus teléfonos móviles y grabaron el momento, hasta hicieron un *gifs*.

Él pide dos cócteles al camarero que nos saluda con cordialidad, apoya el codo en la barra y me mira.

—Y... dime, ¿esto puede considerarse una cita o solo una bonita casualidad? —Me hace ojitos.

¿Le digo que ha sido un plan improvisado cuando lo he visto en la puerta de Poseidon para poder entrar?

—Casualidad, sin duda.

—¿Por qué eres tan inflexible? —Arrugo el entrecejo—. Le hablé a Harmony sobre la posibilidad de salir contigo hace dos años; me dijo que tienes una norma sagrada que no te saltas. No sales con autores. —Sonríe—. ¿Puedo saber por qué? ¿Una mala experiencia?

—Nada de eso...

—Una adicta al trabajo. —Acierta de lleno—. Ya somos dos. —Alza la copa que nos acaban de colocar delante y me invita a brindar con él—. Por un trabajo que nos apasiona y por... quién sabe... una bonita amistad. —Me guiña un ojo y chocamos el cristal.

Nos interrumpe una lectora de Donald que le pide que se haga una foto con ella y con sus amigas. Me pide permiso para alejarse y asiento con una sonrisa. Doy un trago a mi cóctel y busco en mi bolso mi teléfono. Escribo con rapidez un mensaje a mis amigas y les informo de que estoy tomando una copa con Turner. Al levantar la vista me encuentro con el rostro de Cross a dos palmos de mí.

Esto sí que es una casualidad y no bonita.

—Hola, Charlie —suelta con voz seca.

Va impresionantemente vestido y peinado. Con un pantalón de traje azul eléctrico y una camisa blanca desabotonada hasta el pecho.

—Hola, Anthony —respondo de la misma manera.

—¿Qué haces aquí?

—Pasarlo bien.

—Con Donald Turner.

—Con quien me da la gana.

Aprieta la mandíbula y achina los ojos.

—Ese tío no es trigo limpio.

—¿Lo conoces? ¿Ahora te interesa la literatura? ¡Menuda sorpresa! —Me dispongo a darle otro sorbo a mi copa, pero él la agarra por abajo y me detiene—. ¿Qué haces?

—¿No crees que ya has bebido bastante?

Abro los ojos.

—Es la terce... —¿Qué hago dándole explicaciones?—. ¿Ahora también vas a controlar lo que bebo? ¿Es por eso que cuidabas de nosotros? ¿Por controlador?

—Lo hacía porque me importabais —asegura, pero yo no lo creo, hace mucho que dejé de hacerlo.

—Hasta que dejamos de importarte.

—Eso no es cierto.

Nos miramos durante unos segundos, ambos con los ojos achinados, desafiándonos, hasta que Donald vuelve.

—¡Anthony Cross! —dice con un halo de alegría.

Parece que se conocen. No tengo ni idea de qué.

Donald le ofrece la mano a la vez que me echa su otro brazo por encima del hombro. Cross no es el único que se sorprende por su familiaridad para conmigo. Anthony no estrecha la mano del escritor porque está demasiado entretenido tratando de no partirle la nariz al acercarse a mí así; y no lo hace porque se crea dueño de mí, que no lo es ni lo será nadie nunca, sino porque ve en mi rostro la incomodidad que me ha causado.

—Creo que la señorita Sallow quiere que te alejes de ella. —Es más advertencia que una mera información o solicitud.

Turner alza las cejas. No sé si porque se da cuenta de que sabe mi apellido y, por consiguiente, me conoce, o por atreverse a proponer tal solicitud. Me atrevo a pensar que por las dos cosas.

—Oh... —El autor me suelta y me observa—. Disculpa... Yo... ¿Te he incomodado?

—Lo cierto es que sí —respondo con naturalidad.

—Lo siento, solo estamos pasándolo bien.

—Ve a pasarlo bien a otra parte —lo invita Cross.

Donald lleva sus pupilas hasta él y después las posa de nuevo en mí, esperando mi opinión a esto último.

Asiento con seguridad y se marcha, dejándonos solos.

—Daba por hecho que, después de tanto tiempo, habías aprendido a alejarte de los hombres que no te convienen.

—Aprendí hace mucho. Por eso me alejé de ti. —Doy un paso hacia delante, dispuesta a irme, pero él se interpone en mi camino sin rozarme siquiera y me clava la mirada—. Sé defenderme sola. No era necesario que te retaras con él en un duelo al amanecer.

—Donald Turner va a ser imputado por un delito de abuso a una fan —suelta con crudeza.

No consigo aguardar mi sorpresa y abro levemente la boca y los ojos.

—¿Cómo sabes tú eso?

—Tengo contactos. —Nos rodea un silencio sepulcral a pesar de estar rodeados de gente y de música muy alta—. Charlie, yo... Siento lo que pasó al salir del Hilton. No debió ocurrir y no volverá a pasar, llevas razón.

¿Anthony Cross me está dando la razón? No puedo creérmelo.

Ante mi mutismo, él sigue:

—Trabajamos juntos y nunca me acuesto con...

—Me parece perfecto —lo corto.

Ahora sí, me largo como si me persiguieran y él no me lo impide.

EL CHICO MÁS DIVERTIDO



CHARLOTTE

17 años antes...

Silas Montgomery se convirtió en el chico más divertido de la clase y, contra todo pronóstico, pasaba horas con nuestro pequeño grupo. No sabíamos la razón para que el chico nuevo, simpático, guapo y muy sociable, prefiriera estar con nosotras hablando de libros y videojuegos en vez de jugar a béisbol o charlar con las chicas que se le acercaban. Mis amigas tenían una teoría que yo no apoyaba en absoluto.

—A Silas le gustas —advirtió Olivia, sentada en los escalones de la entrada principal del vestíbulo de nuestro instituto mientras observábamos como este proponía a Luca, a pocos metros de nosotras, ir al centro comercial el viernes por la noche a ver una película que acababan de estrenar en el cine.

—Solo hay que fijarse en cómo te mira —secundó la idea Alyn.

El hecho de gustarle a alguien ya me parecía increíble, que Silas se hubiera fijado en mí... No, definitivamente mis amigas veían fantasmas y cazaban moscas, todo a la vez. Mi autoestima estaba por los suelos gracias a mi padre y a sus: no sirves para nada, eres una inútil y no te querrá nadie nunca.

—Pero si está mirando a Luca —respondí, con el mentón apoyado en mis rodillas.

Estaba muy cansada, casi no había dormido la noche anterior por culpa de una discusión entre mis padres que había durado hasta la madrugada. Aproveché la vigilia y me puse a escribir esa historia donde soltaba todo lo que sentía alrededor de un mundo ficticio repleto de horror, igual que mi vida.

—Silas está mirando a Luca porque habla con él, pero... Está pensando en ti —expuso Oli.

—Ahora lees los pensamientos. —Puse los ojos en blanco y busqué una chocolatina dentro de mi bolso.

—Te pedirá una cita antes de que termine la semana. Estoy segura —siguió Alyn, quitándome la chocolatina ya abierta y dándole un mordisco—. ¿Saldrías con él?

¿Yo? ¿Salir con alguien? ¿Mis amigas se habían vuelto locas? Todas estas preguntas se reflejaron en mi rostro porque Olivia respondió:

—No sería raro que salieras con un chico.

—No es mi tipo.

—No es el mío, nena, pero sería el de cualquier chica heterosexual —argumentó Alyn, observándolo de arriba abajo.

Nos callamos y dejamos el tema cuando Silas y Luca se acercaron a nosotras con amplias sonrisas.

—El viernes vamos a ir al cine. ¿Quién se apunta? —dijo el nuevo, al que ya se le había quedado dicho San Benito, con sus ojos puestos sobre mí.

Olivia me dio un codazo y me tiró la chocolatina al suelo.

Chasquéé con la lengua y la recogí.

—No puedo. Tengo reunión familiar. —Olivia se levantó, cargó su mochila en el hombro y saltó dos escalones.

—He quedado con Clarisse —informó mi otra amiga, que llevaba saliendo un mes con una chica muy agradable que conoció en clases particulares de español.

—¿Qué dices tú? —me interpeló Silas—. Luca ha dicho que sí. —Lo señaló con el dedo, a su lado.

—Eh... Supongo que sí. —Me quedaba poco dinero en mi cajita, pero el sábado cortaría el césped de los Cross y me repondría.

—¡Estupendo! —Montgomery dio una palmada y amplió la sonrisa.

Dimos por zanjada la conversación y nos marchamos a clase de matemáticas, que empezaba en dos minutos.

—Te dije que te pediría una cita —susurró Alyn a un palmo de mi oreja derecha de camino al aula.

—Eso no es una cita —rebatí.

Ella hizo una mueca y optó por el silencio.

Esperé a mis amigos frente a la entrada principal del cine. Miraba hacia todos lados mientras me balanceaba con los pies y masticaba un chicle de fresa. El ambiente estaba cargado de energía. Un centenar de personas paseaban y charlaban de una manera muy animada, con refrescos y cajas de palomitas en las manos. Yo en la mía cargaba una pequeña bolsa con gominolas que me había dado la señora Cross la tarde antes cuando me pasé por su casa a devolverle un libro. Hacía semanas que no veía a Anthony, desde que coincidimos en nuestra calle y me preguntó cómo estaba. No hablamos demasiado. Iba acompañado por un chico y una chica, los tres en su coche.

Me entretuve observando los carteles de películas más recientes, así como films antiguos que colgaban de las paredes rodeados de luces a ambos lados de las taquillas, desde las que salían dos filas de personas esperando a comprar sus entradas.

Miré el reloj y apoyé la espalda en la pared. Luca y Silas se habían olvidado de mí o... quizá les había ocurrido algo. Comencé a ponerme nerviosa y revisé mi teléfono móvil, antiguo y destartelado, por si me hubieran enviado algún mensaje. Yo no tenía saldo y no podía contactar con ellos.

Percibí olor a palomitas de maíz recién hechas, proveniente de un puesto cercano y se mezclaba con el aroma a dulces que salía de una pastelería situada justo al lado. Una pareja se detuvo frente a mí y se daban besos y arrumacos. Me puse roja por la escena y cambié de lugar. Divisé a mis amigos unos segundos más tarde. Una sonrisa se dibujó en el rostro de Silas hasta que llegó a mí.

—Creí que ya no veníais —dije.

—Luca ha tenido un percance antes de salir y he tenido que esperarlo —se disculpó el nuevo, ante las cejas arqueadas del otro.

No pregunté qué había ocurrido porque ni me interesaba ni deseaba llegar tarde a la película.

—Vamos a comprar las entradas, hay mucha gente en la cola. —La señalé.

Diez minutos después esperábamos sentados sobre asientos azules en la fila número dieciocho a que comenzara la peli.

Silas a mi derecha y Luca junto a Silas. Este me ofreció palomitas de la gran bolsa que él había comprado.

—Gracias. —Cogí un puñadito.

—¿Tienes compañero para hacer el trabajo de ciencias? —me preguntó, sin venir a cuento.

—Bueno... Las chicas...

—¿Lo hacemos juntos? Creo que formaríamos un buen equipo. A Oli y Alyn seguro que no les importa. —Sacó un refresco de la nada—. También te he comprado un refresco.

—¿Estás tratando de sobornarme para que haga el trabajo contigo?

Sonrió y encogió los hombros.

—¿Vas a rechazar mi oferta?

Cogí el refresco y negué.

Él levantó un brazo en un movimiento triunfal y se retrepó en la silla acomodándose para ver el comienzo de la película.

Salimos del cine entre bullicio y empujones, como si aquella sala se estuviera quemando, o dieran un premio a los primeros en llegar a la calle. De repente, la mano de Silas se apretó a la mía y tiró para que no me perdiera. Un cosquilleo desconocido subió por mi brazo hasta mi garganta. Nunca ningún chico me había dado la mano, aunque fuera en esa situación. Me soltó unos metros más adelante cuando el gentío se dispersó.

—¿Comemos una hamburguesa? —propuso este mismo.

—Yo tengo que volver a casa. —En realidad, me avergonzaba admitir que no me quedaba dinero para ello.

—Yo también tengo que marcharme. Mi padre me está esperando en la puerta norte —informó Luca.

Nos despedimos de él y se marchó.

—¿De verdad tienes que volver a casa?

—Está un poco lejos y tengo que ir andando...

—¿Te parece si te acompaño y comemos algo por el camino?

¿Cómo iba a decirle que no?

Me puse muy nerviosa al pasar por un puesto de perritos en una de las avenidas que cruzamos y él sugirió que nos detuviéramos.

—Tengo hambre. ¿Tú, no? —Tocó su panza con la palma de una mano.

—Eh... No mucha. —En realidad, mi estómago se quejaba desde hacía un rato.

—Venga, yo invito. —Me cogió de nuevo de la mano y tiró—. ¿Los has probado con pepinillos? No hay perrito que se precie si no lleva pepinillos.

Reímos.

—Hola, chicos. ¿Qué os pongo? —preguntó el tendero, un hombre de unos sesenta años, con una sonrisa.

—Dos perritos. Completos —apuntó, mirándome a mí.

Nos zampamos los perritos sentados en los escalones que ascendían a la biblioteca

municipal, un edificio remodelado de dos plantas con una arquitectura sencilla. Un camino pavimentado, decorado con setos llenos de flores, conducía a la entrada principal. Acomodados en la escalinata, hablamos sobre libros. Me sorprendió que le gustara la literatura clásica, aunque su deseo, con catorce años, casi quince, era estudiar ciencias políticas.

—Me gustaría llegar a ser presidente del gobierno —comentó tras un mordisco—. ¿Y a ti?

Limpié mi boca con una servilleta blanca y pensé que mi único deseo era que mis padres no estuvieran discutiendo en este momento delante de Jackie.

—No sé... Me gusta escribir.

Por aquel entonces ni me planteaba la posibilidad de ser escritora, aunque escribía y sabía que no se me daba tan mal, pero ¿vivir de ello? Me conformaba con reflejar mis emociones sobre una libreta y leer libros que me transportaran a otros mundos, lejos del mío.

—¿Y sobre qué escribirías?

Encogí los hombros y le di el último bocado a mi hot-dog.

Me levanté, limpié mis manos y me colgué mi bolsito.

—Se está haciendo muy tarde. ¿Nos vamos?

Tiramos los refrescos a un pequeño contenedor cercano y seguimos caminando.

Dejamos a la izquierda la casa de los Cross y nos detuvimos a unos metros del porche de la nuestra.

—Es aquí.

Él la observó durante unos segundos.

—Es bonita.

—Sí —respondí, sin revelar mis pensamientos, que se basaban en que me parecía la casa de los horrores.

—Me gustan los gnomos —comentó, que se posicionaban delante de nosotros.

—Eh... Tengo que irme —informé.

—Vale... —Se rascó la cabeza—. Ha sido divertido. Sobre todo el camino de vuelta.

—Sí, para mí también... Gracias por acompañarme.

—No me importa... Yo... —Dio un paso hacia delante y me asusté. ¿Qué iba a hacer? ¿Silas pretendía besarme?

Abrí mucho los ojos y me quedé tan quieta como una estatua. Su rostro se acercaba peligrosamente al mío. Me fijé en su nariz respingona y un lunar que adornaba una de sus mejillas.

—¡Charlie! —gritó alguien detrás de él—. ¿Estás bien? —La voz de Anthony se escuchaba cada vez más alta.

Silas se separó, deshaciendo el paso que había dado, y se giró hacia él.

—Hola, Anthony. Estoy bien. Es... Silas.

Cross lo escaneó de arriba abajo con el ceño fruncido, después sonrió y se presentó.

—Hola, soy Anthony.

—Hola... Yo... Me marcho —dijo esto mirándome a mí.

—Hasta mañana.

—Hasta mañana. —Me dio un beso en la mejilla que me puso los vellos de punta y se fue calle abajo. Ni siquiera sabía dónde vivía.

—¿Qué haces aquí? —pregunté a mi vecino.

—Mis padres pasan la noche fuera y he venido a comprobar que todo estaba cerrado. Había saltado la alarma. ¿Nos comemos un helado?

—No puedo. Debo entrar en casa ya. —Me dispuse a recorrer el camino de gravilla.

—¿Quién es ese chico?

—Un amigo —expliqué, aunque supuse, por la expresión de su rostro, que no le fue suficiente.

Suspiro.

—¿Todo bien?

Asentí.

Abrí la puerta de casa y un escalofrío me recorrió entera, pero no era como cuando Silas se había acercado a mí, sino uno desolador, como si alguien hubiera absorbido el oxígeno en el salón.

Me encontré a mi madre en el suelo, junto al sofá. Corrí hasta ella y grité:

—¡Mamá, mamá! —No reaccionaba y me puse en lo peor—. No, no, no, no... —musitaba.

Tenía sangre en el pelo y traté de levantarla, quería que se levantara.

—¡Charlie! —vociferó Anthony a mi espalda—. ¿Qué ha ocurrido? —Se arrodilló a mi lado.

—No... No lo sé... —Hipé. Casi no lo veía por las lágrimas que se desbordaban de mis ojos—. Ayúdame.

—Ve a por un poco de agua.

Me levanté y, temblando, conseguí llenar un vaso de agua del grifo del fregadero de la cocina y volver. Mamá había abierto los ojos y tratamos de mojarle los labios.

—Mamá, ¿estás bien? —susurré.

Ella asintió.

—Voy a llamar al médico —declaré, asustada.

—No... No... —respondió ella, tratando de incorporarse—. Estoy bien...

—No está bien, señora Sallow. Deberíamos llamar a una ambulancia.

—¿Dónde está Jackie? —preguntó, temerosa.

—No... No lo sé... —contesté, con el miedo en los ojos.

—Yo iré a buscarlo. No te muevas de aquí —se ofreció Anthony.

Desapareció escaleras arriba y fue entonces cuando mi padre apareció desde la puerta del patio trasero evidentemente ebrio.

Daba tumbos y se chocaba con muebles y sillas hasta que llegó hasta donde estábamos nosotras.

Me levanté y me enfrenté a él.

—¿Has sido tú? ¿Qué le ha pasado a mamá? —Apreté los puños y me mordí los carrillos.

—¡Cállate! ¡¡Ella se lo ha buscado!! —escupió, levantó el brazo y me dio un guantazo en la cara.

De repente, Anthony apareció de la nada y se tiró sobre él, dándole un empujón y empotrando su espalda contra el cuadro de una pared.

Me quedé helada hasta que recordé que había ido a buscar a Jackie que justo comenzaba a llorar detrás de mí, testigo de los últimos acontecimientos.

Anthony llegó hasta mí y mi hermano y nos dio la mano.

—Llévatelos de aquí —pidió mi madre.

—No voy a dejarte sola.

—Hazlo por tu hermano, por favor.

Anthony casi se echó a mi madre a los hombros.

—Nos vamos todos. Pasaremos la noche en mi casa.

Dejamos a mi padre sentado en el suelo del salón, semiinconsciente, farfullando palabras

malsonantes y quejándose de una familia que odiaba, eso dijo. Tuve que esconderme en el cuarto de baño de la planta baja de los Cross para llorar a pecho abierto después de acomodar a mi madre en una cama tras limpiarle la herida que el malnacido de mi padre le había hecho en la cabeza. Cuando salí del aseo, Anthony me esperaba en el pasillo, me abrazó y me prometió que todo saldría bien.

—¿Qué vamos a hacer? —sollocé sobre su pecho.

—Mañana lo pensamos. Ahora vamos a descansar.

—¿Y si nos ha visto entrar aquí? ¿Y si viene y...?

Me miró a los ojos.

—No dormiré, ¿vale? Me quedaré despierto toda la noche. —Sonrió con dulzura.

No me tragué las ganas de escribir, sobre todo por abandonar de alguna manera a mi padre. Y así lo hice de forma cortés, filial diría yo.

Luego dormimos junto a Jackie, en la cama de nuestro vecino, que cumplió su promesa y estuvo en vilo durante la madrugada.

Al día siguiente... poco había cambiado.

PROHIBIDO



CROSS

Presente...

Le digo a Thomas que me marchó de Poseidon y no se lo toma del todo bien. No entiende por qué no me apetece quedarme y socializar con las cinco mujeres que lo rodean en aquel momento. Dos rubias, dos morenas y una pelirroja, creo, porque no les hago demasiado caso.

—Me duele la cabeza —invento.

—Venga, tío, esa excusa para cuando no tengas ganas de follar —suelta, evidentemente ebrio—. Vamos a abrir una botella de champán y celebramos la compra de Boundless.

Se me revuelve el estómago al escuchar el nombre de la editorial.

—No hay nada que celebrar —respondo, consciente de que no ha sido buena idea—. Nos vemos el martes en la reunión de la Junta.

—Como desees. —Hace una reverencia—. Yo me quedo. Pienso aprovechar la noche al máximo. —Me guiña un ojo.

Envío un mensaje a mi chófer para que venga a buscarme lo antes posible mientras salgo del local, dejando atrás el bullicio, mezcla de voces y de música. Miro a ambos lados de la avenida cuando piso el acerado de la ciudad en busca de no sé qué. Con total seguridad mi subconsciente espera encontrarse con Charlotte y convencerla de que soy un buen hombre para ella, a pesar de que jamás he sido del todo sincero y guardo un secreto que me llevará a la tumba.

Veo un rostro conocido acercarse al filo de la calzada y detener un taxi con la mano alzada. Algo tira de mí y llego hasta esa persona a grandes zancadas, Turner está a punto de subir al coche cuando lo agarro de los hombros, lo empujo y le lanzo un derechazo que no se espera. Su cuerpo impacta contra la carrocería al compás de un grito que sale de su garganta.

—¿Qué cojones haces? —Se toca la nariz con la mano, sangrante, y me observa.

—Como vuelvas a acercarte a ella, no volverás a ponerte de pie en tu vida —escupo.

—¡Estás loco!

Lo cojo por las solapas de su chaqueta barata, dispuesto a darle una paliza, pero una pizca de raciocinio me hace que lo lance dentro del coche, cierre la puerta y peda al taxista que se marche a toda leche.

Cuando me vuelvo, veo a un fotógrafo, cámara en mano, sobre la acera. Se me pasa por la

cabeza ir a por él, quitarle la cámara y destrozarla en el suelo, pero un coche negro se detiene junto a mí y de él sale uno de mis chóferes.

—¿Señor? —Abre la puerta y me invita a que me acomode dentro—. ¿A casa? —pregunta al colocarse tras el volante.

—Sí, por favor.

No subo a mi apartamento. Entro en un bar cercano, tomo asiento en una banqueta de la barra y me pido un vaso de bourbon.

—¿Lo de siempre? —Es la camarera la que acierta de lleno.

—Cómo no.

Me lo sirve y, como siempre, coquetea conmigo, aunque se percata, intuitiva y con mucha experiencia, de que hoy para mí no es un día de fiesta. Nos hemos acostado en varias ocasiones, sin compromiso, así ha sido mi vida privada hasta el momento.

Otra mujer se me acerca cuando la camarera se retira. No la miro a la cara, sin embargo, la silueta de su cuerpo, demasiado cerca del mío, me hace reconocer lo atractiva que debe ser.

—¿Puedo acompañarle? —No respondo y ella toma asiento a mi lado—. Voy a tomármelo como un sí—Sigo en silencio—. Déjeme adivinar. No creo que ninguna mujer se haya atrevido a despreciarle, así que optaré por un mal día en general.

—No voy a contarle mi vida.

—No quiero que lo haga. Pero a lo mejor le apetece que subamos a mi apartamento, en este edificio, y nos desnudemos. No necesitamos hablar para eso.

Ahora sí, le presto toda mi atención. No me gusta rechazar a una mujer sin mirarla a los ojos.

«Maldita sea», masco para mis adentros. Es muy guapa y exuberante. En cualquier otra momento me la hubiera follado durante toda la noche, como a la camarera, no obstante, algo dentro de mí se ha despertado, o se ha muerto, qué sé yo. Lo único de lo que tengo consciencia es de que son sus labios los que quiero besar y su cuerpo el que quiero venerar. Los de Charlotte.

«Y es prohibido», «mierda».

Y no solo porque ahora trabaje para mí, sino por toda nuestra historia, nuestros errores, casi ningún acierto y un suceso que si sale a la luz nos separará para siempre y no habrá vuelta atrás.

—Parece usted una gran mujer, pero debo declinar la invitación —digo con educación y seguridad.

—Una pena. —Se levanta y deja una tarjeta junto a mi vaso—. Este es mi teléfono, por si se lo replantea.

El lunes amanece con el cielo despejado y los rayos de sol atraviesan los ventanales de mi despacho. Crean un halo de esperanza conforme avanza la mañana, dibujando estelas sobre el mobiliario minimalista de colores neutros sobre un suelo gris muy brillante. CROSS COMPANY se sitúa en el Distrito Financiero, un área en el extremo sur de la isla de Manhattan, junto a Wall Street, una calle icónica que se ha convertido en sinónimo de los mercados financieros globales, el epicentro del distrito que alberga importantes instituciones económicas y corporaciones. Reconocido como uno de los centros financieros más importantes del mundo. La Bolsa de Nueva York, el Federal Hall National Memorial (donde George Washington fue investido como el primer presidente de Estados Unidos). Un símbolo de poder económico y destino turístico muy

popular. Con una arquitectura impresionante, con rascacielos imponentes y edificios históricos que se mezclan entre sí. El One World Trade Center, el edificio más alto del hemisferio occidental y el de la Reserva Federal de Nueva York. En él se argamasa el pasado y el presente, calles empedradas y estrechas junto a modernos rascacielos de vidrio y acero. Junto al río Hudson, lo que me permite disfrutar de vistas inmejorables como la Estatua de la Libertad.

Toc, toc.

Anouk, mi secretaria, da dos toques en la puerta antes de empujar la hoja y volver a saludarme. Pasan las nueve de la mañana y los dos estamos aquí desde las siete y media.

—Señor Cross, está todo preparado para la reunión que tendrá lugar dentro de diez minutos. El señor Edison lo espera tomando un café —me informa.

—Gracias, Anouk. Llama a Andreu y que lo acompañe hasta entonces.

—Está con él, señor.

—Perfecto.

Paul Edison pretende venderme a un precio desorbitado una empresa que está al borde de la quiebra. Voy a hacerle un favor, a él y a sus trabajadores, para que no desaparezca, pero a un precio adecuado a la situación en la que se encuentra la sociedad y no al que él cree que ha impuesto.

—Si no desea nada más, me... —Conforme Anouk se despide, otra mujer, con vestido rojo y sandalias del mismo color, cruza el vano de la puerta y entra en mi despacho como un elefante en una cacharrería.

Mi secretaria la mira con los ojos como platos, sin saber muy bien qué hacer.

—¿Qué has hecho? —Charlotte, como no, tira sobre mi mesa un periódico y pone los brazos en jarra.

—Señor... ¿Llamo a seguridad? —pregunta Anouk con voz dudosa.

—No se preocupe. Sé lidiar con ella —suelto con sarcasmo.

Charlie cambia el peso del pie y suelta una sola y seca carcajada.

Mi secretaria cierra la puerta al salir e introduzco las manos en los bolsillos de mi pantalón.

—Buenos días. No teníamos que vernos hasta el miércoles —sigo.

—Muy gracioso. ¿Has visto eso? —Señala la revista.

Lo pienso durante dos segundos, a continuación estiro los brazos, la cojo y miro la portada.

—No me interesa la prensa amarilla.

—Página quince y dieciséis. —Alza el mentón.

La busco y observo la fotografía a doble página con un titular: Cross tumba a Donald Turner y le rompe la nariz.

—No le rompí la nariz. —Tiro la revista sobre la mesa.

—¿Eso es lo único que se te ocurre? ¿Por qué lo hiciste?

Aprieto la mandíbula y trago al pensar en la respuesta.

—Porque se sobrepasó contigo.

—Sé defenderme sola. No necesito que me salves —me repite, como la noche del sábado—. ¿Qué vas a hacer?

Alzo las cejas.

—¿Con qué?

—Con esa noticia. Es un autor de Boundless. Deberías hacer un comunicado para disculparte.

Contengo una carcajada.

Mi reacción es pulsar el intercomunicador que tiene línea directa con mi secretaria.

—Anouk, por favor, ¿puedes ponerme en contacto con Donald Turner?

—Por supuesto, señor. ¿Le aviso cuando...?

—Ahora.

—Enseguida, señor. —Se escucha la llamada en espera—. Buenos días, soy Anouk Patel, secretaria personal del señor Anthony Cross, ¿podría hablar con Donald Turner?

—Un momento, por favor —dice una voz de chica joven por el altavoz.

Mis ojos no se despegan de los de Charlotte, que me devuelve el gesto con un halo de triunfo.

—Soy Donald Turner. ¿Qué puedo hacer por usted? —seguimos escuchando.

—Buenos días, señor Turner. El señor Cross desea hablar con usted. Le paso —explica, clara y concisa.

—Turner —hablo con seriedad— su contrato con Boundless Books Press queda rescindido a partir de este momento. Que tenga un buen día. —Cuelgo y alzo el mentón.

Charlotte abre los ojos y la boca, incrédula por lo que acabo de hacer.

—¿Estás loco?

—No permitiré acosadores en mi corporación.

—Boundless no es tu corporación.

—Ahora sí. Me pertenece. Así como todos vosotros.

Sé que, si pudiera abofetearme, lo haría.

—No te pertenezco. Ni a ti ni a nadie. —Los ojos le brillan de repente.

Me arrepiento de decir eso al recordar lo que su padre le hacía sentir, a ella y a su familia, como si fueran siervos de un hombre que no merecía nada de ellos.

Charlotte da un paso hacia atrás.

—Charlie...

Gira su cuerpo y se marcha.

No voy tras ella. Soy un completo idiota y los dos lo sabemos.

TODO VA A SALIR BIEN



CHARLOTTE

17 años antes...

Parpadeé varias veces y me sentí desconcertada, sin saber muy bien dónde estaba. Tardé unos segundos en comprender qué había ocurrido y busqué a Jackie con los ojos. Seguía descansando, como si esto no fuera con él, sobre la cama de Anthony, a mi lado. Nuestro vecino seguía sentado en el suelo, donde lo dejé, con su teléfono móvil en la mano y mirando la pantalla encendida. Me revolví unos centímetros y suspiré.

—Charlie —me llamó Cross—. ¿Cómo has dormido?

Me froté la cara con una mano y suspiré.

—Bien. ¿Ha ocurrido algo? —Me preguntaba si nuestro padre habría aporreado su puerta. Negó.

—Tranquila.

—¿Y mamá?

—En la habitación de invitados. Lo he comprobado hace media hora.

Tomé asiento en la orilla de la cama y me aferré a la colcha. Él se arrodilló delante de mí y me tomó por los brazos con suavidad.

—Todo va a salir bien —trató de animarme.

—Estoy harta de escuchar eso.

Me retiró un mechón de pelo de la frente y me acarició la mejilla.

—Te mereces que salga bien. Jackie se lo merece.

—Me da miedo... —confesé, con los ojos vidriosos.

—Lo sé... —musitó.

—Desde que te fuiste a la universidad todo ha empeorado. Las discusiones son diarias y mi madre... Mi madre no se atreve a echarlo de casa.

—Los adultos se equivocan muchas veces.

—No quiero ni imaginarme lo que puede pasar un día de estos.

Anthony limpió con su dedo pulgar una lágrima que rodaba por debajo de mis ojos.

—Seguiré cuidando de vosotros.

—Ojalá pudieras hacerlo. Ojalá alguien pudiera...

El ambiente se tensó de golpe, como si el tiempo se hubiera detenido a nuestro alrededor, y sin saber cómo, sus labios y mis labios se acercaron.

El corazón iba a salirse por la boca y los vellos se me pusieron de punta. Una electricidad desconocida me recorrió entera; nada que ver con lo que había sentido al estar con Silas, esto era como si cien rayos me hubieran caído encima.

—¿Charlie? ¿Jackie? —La voz de mi madre en el pasillo nos separó.

Anthony se levantó de un salto y yo giré el cuello hacia la puerta, donde mi madre aparecía con una parte de la cara morada y el pelo alborotado.

—Estáis aquí. —Suspiró con fuerza—. Tenemos que irnos.

—¿Adónde? —Alcé las cejas.

Ni yo misma sabía qué hacer en aquel momento, pero volver a casa con el ogro de mi padre no era un opción viable.

—A casa. Papá querrá su café antes de ir a trabajar.

Me pareció una locura. Mamá había perdido por completo la cabeza. Con toda probabilidad, del último golpe, le había quedado secuelas. Quizá no recordaba lo que ocurrió hace solo unas horas.

—Mamá. —Me levanté y fui hasta ella—. Casi te mata.

—No días tonterías. Me caí al suelo y me golpeé la frente con el canto del mueble. —Se tocó la frente—. Estoy... —Arrugó el ceño por el dolor—. Estoy bien.

—Señora Sallow, pueden quedarse aquí. Mis padres les ayudarán —intercedió Anthony.

Mi madre, haciendo caso omiso a nuestros ruegos y propuestas, despertó a Jackie, lo levantó y lo empujó entre sueños hasta la puerta.

—Nos vamos. —Miró a Cross—. Gracias por tu hospitalidad, pero... Será mejor que no te acerques por casa ni a los niños durante un tiempo —zanjó, y supimos que sí recordaba lo que había pasado.

Mamá y Jackie desaparecieron por el pasillo y Anthony me miró.

—No te vayas, Charlie. Corréis peligro.

—No voy a dejarlos solos. No voy a dejar solo a Jackie.

—Podemos llamar a la policía. Os pondrán en un plan de protección contra la violencia doméstica, de género, machista, o como quiera llamarse. Podéis ir con tu tía.

—Solo tengo catorce años, Anthony. No puedo hacer nada de eso si mi madre no quiere. Negaré los malos tratos. Lo sé... —Di un paso hacia delante.

Cross me agarró de la muñeca y me detuvo.

—Ten mucho cuidado, por favor.

Asentí y me fui.

Volví a la casa de los horrores, a un hogar que no lo era, a una casa vacía aún llena de muebles y cachivaches, a una habitación cargada de más malos recuerdos que de buenos.

Y no se me ocurrió otra cosa que aislarme para escribir sobre la huida con mi hermano, huida desesperada que nos separase definitivamente de aquella insostenible situación.

LUCHO CONTRA RINOCERONTES



CHARLOTTE

Presente...

El miércoles, el revuelo en la editorial es inevitable. Puedo sentir la tensión nada más pisar el vestíbulo y saludar al nuevo miembro de la seguridad. Desde que Boundless pertenece a CROSS COMPANY las normas y costumbres han cambiado bastante, a la vista está. Una corriente eléctrica recorre los pasillos y las oficinas, las conversaciones se interrumpen unas a otras y las miradas de los editores, maquettadores, recepcionistas, correctores y diseñadores se buscan y se encuentran, más cuando se percatan de mi presencia. Yo fiché a Donald Turner y de eso se trata. Las voces se elevan mientras comprendo la magnitud de la noticia y cómo podría afectarnos. Siento que me pierdo algo. El rumor se propaga rápidamente por el ambiente y se forman pequeños grupos de discusión, cada uno intentando entender y, estoy segura, buscar una solución acorde con su perspectiva. Alguno de ellos se centra en sus dispositivos electrónicos, supongo que leyendo los artículos que hablan de dos situaciones: el puñetazo de Cross a Turner y su posterior rescisión de contrato.

—Buenos días —saludo a Norma.

Su expresión facial me desconcierta. Revela ansiedad y sorpresa.

—Buenos días, ¿qué tal está?

—Bien. —Me acerco a su mesa—. ¿Están así por Donald Turner?

—Va a demandar a Cross y a Boundless.

Parpadeo.

—¿A qué hora es la reunión con Antho... el señor Cross?

—La espera ya en su nuevo despacho.

Suspiro.

Es ahora cuando la tensión que se respiraba se hace palpable. Todos me miran con pena y preocupación, valorando seriamente la posibilidad de que yo sea la próxima en estar de patitas en la calle. No tienen ni idea de qué va esto y porqué Cross ha actuado así ni van a saberlo.

Cruzo el vano de la puerta abierta. Anthony está hablando por teléfono, de pie, en una esquina, mirando por la ventana.

—No puedo hacerle eso. —Silencio—. No me gusta enfrentarme a hormigas. Yo lucho contra rinocerontes —dice.

Se gira, como si me oliera, y me mira.

—Tengo que dejarte. —Cuelga, camina un par de metros con movimientos gráciles e impecable, reflejando confianza innata en cada paso que da, y deja el móvil sobre la mesa.

Esta oficina debe parecerle una jaula comparada con la que tiene en el Distrito Financiero, aunque da la sensación de que se siente a gusto.

—¿Qué te trae por aquí? —pregunta, seguro de sí mismo, con una presencia imponente. Alto y musculado, con un cuerpo esculpido con elegancia, transmitiendo una combinación de fuerza y sofisticación. Como siempre, desde que lo he vuelto a ver, su traje de chaqueta de dos piezas es una obra maestra de estilo y refinamiento. Hecho a medida, resalta su figura atlética y acentúa sus rasgos distinguidos; cae sobre su cuerpo a la perfección, mostrando su buen gusto y atención al detalle. De color gris oscuro, una corbata burdeos anudada con precisión quirúrgica que acentúa su cuello.

—Turner te ha demandado —informo, tratando de no morir ahogada con mi propia saliva ante tanto alarde de esnobismo bien llevado, porque su presencia no se refiere solo a su aspecto físico, sino también a su carisma y magnetismo. Su mirada intensa y segura refleja su determinación y habilidades de liderazgo.

—¿Y eso debería preocuparme? —cuestiona, con mirada intensa y segura.

—Tiene pruebas de la agresión y, como consecuencia, lo echas a patadas de Boundless. —Cruzo los brazos y alzo el mentón.

Él rodea la mesa y se detiene a un metro de mí, sin acercarse demasiado.

—Mis abogados sabrán lidiar con él. —Cuadra los hombros.

—Anthony, esto va a traernos muchos problemas. Boundless Books Press se verá afectada.

—No dejaré que eso ocurra.

Huele a cítricos, a éxito y a excelencia en el mundo empresarial. Una mezcla explosiva que me pone los vellos de punta. Trato de respirar y él se da cuenta de mi nerviosismo y, además, sabe distinguirlo a la perfección, como buen CEO, audaz y perspicaz.

—Puede terminar contigo.

—¿Te preocupas por mí?

—Me preocupa la editorial. Ahora tú eres la editorial.

—Sea como sea, te importo. —Parece satisfecho. Como diría Olivia: Encantado de haberle conocido.

—Eres incorregible —farfallo.

Deseo largarme de allí, sin embargo, debemos arreglar este desaguisado lo antes posible.

—Te pedí que le pidieras disculpas y lo único que se te ocurre es echarlo de una manera muy poco ortodoxa.

Da un paso hacia delante con determinación, igual que su voz.

—No voy a tolerar el abuso o el acoso hacia ninguna mujer delante de mí, mucho menos en mis empresas y mucho menos cuando se trata de ti. Ya te lo he explicado.

Aprieto la mandíbula cuando dice lo último. ¿Cree que soy tonta?

—Me he enterado la primera vez. Eres tú el que no sabe de qué va esto. En este país todo el mundo sigue siendo inocente hasta que se demuestre lo contrario.

—Me da igual lo que diga la justicia. Lo he visto con mis propios ojos. No voy a tener a un acosador entre mis filas.

—Hablas como si esto fuera una guerra y nosotros parte de tu ejército.

Respira.

—Charlie, no he llegado hasta donde estoy sin tener que tomar decisiones importantes.

Esto es solo el comienzo. Si quieres seguir en este lugar, deberás estar de mi lado y apoyarme, aunque en algunas ocasiones pienses que he cometido un error.

—No te voy a dar la razón si no la llevas y en esta ocasión te estás equivocando —aseguro.

El ambiente se ha templado poco a poco, se ha cargado de una tensión palpable, como ocurre cada vez que estamos solos. Nuestra miradas se entrelazan en ese instante y esa chispa que siempre ha existido se enciende entre nosotros.

Con un gesto sutil, Cross alza la mano y me acaricia el rostro, con cuidado, despacio, pidiendo permiso, que le doy sin apartarme ni quejarme. Es más, mi corazón se acelera y él lo escucha, reflejando en su rostro una pequeña sonrisa de satisfacción.

Deseo y atracción. De eso se trata. Quizá necesitamos zanjar lo que un día empezó. Probar nuestros cuerpos. Tal vez cuando eso ocurra, eso que nos une, un lazo invisible, desaparecerá.

—Yo nunca me equivoco —musita, con voz cargada de una implícita persuasión.

—Esto... No está bien —intento convencerme a mí misma.

—Si no quieres que ocurra, puedes marcharte. —Su aliento me recorre los labios y me estremezco. Saco la lengua y la paseo por ellos, humedeciéndolos—. Te deseo tanto, Charlotte...

Nuestros cuerpos se acercan de una manera muy lenta, buscándose, y una corriente eléctrica nos recorre a ambos. Sin decir ni una palabra más, no la necesitamos, él termina con el espacio que nos rodea y presiona mis labios con sus labios. Mi corazón late con fuerza dentro de mi pecho. La emoción se eleva y cada fibra de mi ser anhela más contacto. Nuestras respiraciones se entrecortan mientras el beso suave se convierte, poco a poco, en uno apasionado.

El mundo entero desaparece a nuestro alrededor. Todos desaparecen: editores, correctores, maquetadores... Nadie en el edificio ni en la ciudad, solo Cross y yo. En este momento, lo único que nos importa es esa extraña conexión, casi mágica, que hemos creado y que nos une desde hace años, desde siempre. Sus labios son cálidos, a pesar de su fuerza, y sus besos llenos de ternura. Una sensación embriagadora se extiende desde mi lengua, que roza la suya, hasta el último rincón de mi ser.

Mis manos buscan su rostro instintivamente, lo acaricia y el tiempo se detiene para dar paso a un deseo infinito.

Él me agarra de la cintura, me atrae hacia él y pega su pelvis a la mía. El deseo y las ganas se intensifican, me empuja hacia atrás y pega mi culo al filo de la mesa.

Jadeamos y ardemos cuando introduce una mano por debajo de mi falda y acaricia mis muslos por la parte interior y en dirección ascendente.

—Anthony... —Suspiro.

—Charlie... —gime cuando abro las piernas para darle acceso a mi cuerpo.

—Disculpe, señor. Charlo... —Escuchamos a Norma a nuestra derecha y nos separamos de repente.

—¿Qué desea? —pregunta Cross, claramente irritado.

—Esperan a la señorita Sallow en su despacho —explica ella, con una expresión en el rostro que no se puede descifrar.

Camino hasta la puerta y tiro de ella para que se mueva porque sus pies se han pegado al suelo.

—Ni una sola palabra de esto —le murmuro de camino a mi oficina.

—Por supuesto, Charlotte.

TENÍA MIEDO



CHARLOTTE

Casi dieciséis años antes...

Salí de clases y me fui directamente a casa. Tenía miedo. Estaba horrorizada ante la situación que se vivía en nuestro hogar, insostenible e insoportable a esa altura. Papá llegaba borracho todos los días y se enfadaba con mamá y con nosotros sin motivo alguno, y no es que alguna vez los hubiera tenido. Jamás lo defendería, porque no tenía defensa.

Nunca sabía qué iba a encontrarme. Si estaría allí o llegaría casi de madrugada, sin embargo, dejé de quedar con mis amigas por la tarde por si se le ocurría abandonar su puesto de trabajo y presentarse oliendo a alcohol y demasiado agresivo a horas tempranas.

—Charlie, vamos a ir a los recreativos —dijo Silas, que trataba de que saliera con él y yo le daba largas por la misma razón que a todos. Me avergonzaba mi vida y mi familia y no quería que nadie se acercara demasiado a mí y conociera mi cruda realidad.

—Tengo cosas que hacer. Tal vez otro día —respondí, con mi mochila al hombro, cargada de libros y de un puñado de piedras invisibles, pero que pesaban varias toneladas. Cada una de ellas llevaba un nombre diferente y todas las había puesto ahí mi progenitor.

La primavera había entrado con fuerza y las plantas en los jardines que decoraban las calles de nuestro barrio habían florecido, dando color a una estampa que para mí no lo tenía. Charlotte Sallow, una niña de quince años, casi dieciséis, lo veía todo en blanco y negro.

Comencé a temblar al pisar el nuestro y escuchar gritos que salían por las ventanas abiertas y rebotaban en mi oído. Miré a todos lados comprobando que me encontraba sola en la calle. Los vellos se me pusieron de punta y un escalofrío, por desgracia, conocido, me cruzó de pies a cabeza.

Agarré con fuerza el asa de mi mochila con ambas manos y me armé de valor. Di un paso, y otro, y otro, crucé el patio y subí los escalones hasta nuestro porche.

¡¡Pummm!!

Se escuchó un gran estruendo y solté un pequeño grito a la vez que cerré los ojos un segundo. Tiré la mochila sobre la madera de la terraza y corrí hacia dentro en busca de su procedencia. Encontré un jarrón roto en cientos de pedazos sobre el suelo, en una esquina del salón.

—¡No, por favor! —vociferó mi madre a mi derecha.

Fui a grandes zancadas hasta la cocina y la imagen se gravó en mi retina hasta la eternidad. Mi padre la tenía acorralada contra la encimera, con sus grandes dedos alrededor de su cuello. La tez del rostro de mi madre mutaba entre el blanco y el rojo, mientras suplicaba que no la matara.

—No puedo... No puedo respirar... —Trataba de hacerle ver que estaba a punto de desmayarse.

Aún no se habían percatado de mi presencia, hasta que le supliqué que la dejara en paz.

—¡Papá! ¡Suéltala! —Quería llorar. Llorar y esconderme en el núcleo de la tierra.

No se apartaba de ella, así que, sin pensarlo ni valorar las consecuencias, me lancé sobre él y lo empujé hacia atrás. Soltó a mi madre, no obstante, su nuevo objetivo fui yo y me dio un empujón que envió mi cuerpo hacia atrás y mi espalda se estampó contra el frigorífico.

—¡¡Ayyy!! —Un rayo de fuego y energía cruzó mi columna vertebral.

Cuando abrí los ojos y me recuperé, unos segundos más tarde, vi a mi hermano hecho un ovillo junto a mí. Lloraba y lloraba, escondido tras sus piernas, encogidas y sujetas con sus brazos.

Papá se había ensañado con mamá y esta se defendía como podía ante sus golpes. Intenté levantarme, pero un dolor lacerante en la muñeca consiguió desestabilizarme y me mareé.

Entonces, el sonido de las sirenas cada vez más cerca me despertaron de ese mal sueño.

La policía entró por la puerta principal, que había dejado abierta, y arrestó a papá ante la mirada atónita de mi madre. Jackie no paraba de llorar y deseaba alejarlo de aquel lugar, sin embargo, mi mano no me lo permitía.

Un paramédico se arrodilló a mi lado y me preguntó si me encontraba bien.

—Me duele... —Le señalé la muñeca derecha.

—Vamos a la ambulancia —me invitó.

Anthony me esperaba fuera con el rostro desencajado y vino hasta mí en cuanto me vio.

—¿Estás bien?

—¿Has llamado tú a la policía?

Dudó si decirme la verdad o no, porque sabía la norma de no limpiar los trapos sucios fuera de casa y de la manía mal sana (casi nos mata en varias ocasiones) de hacer como que aquello no ocurría y seguir con nuestras desgraciadas vidas.

—Sí... Lo sien...

—Gracias. —Le di un pequeño abrazo y me quejé de dolor—. Ay...

—¿Qué te pasa?

—Creo que me he roto la muñeca —expliqué, mientras el paramédico abría la puerta de la ambulancia.

—Entre, por favor. Hay que llevarla al hospital.

—¿Puedo ir con ella? —preguntó Cross.

—No —salté—. Quédate con Jackie, por favor. Volveré lo antes posible.

Anthony asintió y esperó a que yo desapareciera dentro.

Anthony Cross no me dejó sola. Se presentó en el hospital poco después. Con Jackie de la mano y la excusa de que mi hermano quería verme, cuando era él el que deseaba quedarse tranquilo y comprobar que todo estaba bien. Convenció a la enfermera para que lo dejara pasar a la sala donde me entablillaban el brazo y la mano.

Jackie se abrazó a mí en cuanto cruzaron la puerta.

—¡Charlie! —Sollozó.

—Estoy bien, peque. ¿Cómo estás tú?

Me miró.

—La policía se ha llevado a papá.

Busqué a Anthony y le lancé una decena de preguntas en silencio que, por supuesto, no contestó porque no era el momento ni el lugar. Jackie ya no era un niño, o sí, no lo sabía; a sus nueve años había vivido situaciones que un chico de su edad (ni nadie) debería vivir.

Volvimos a casa dos horas más tarde, en el coche de Anthony. Comprobé que mamá descansaba en su cama y bajé a la cocina donde nuestro vecino y mi hermano preparaban la cena.

Jackie fue al baño a lavarse las manos y aproveché para hablar con Cross.

—Estará arrestado unas cuantas horas. Tu madre ha prestado declaración. También ha estado en el hospital.

—¿Está bien?

—Tiene algunas contusiones.

—¿Qué ha dicho?

—No lo sé —indicó, sin esconder su preocupación—. Confiemos en que ha hecho lo correcto. Lo mejor es que hables con ella.

—Está dormida ahora... —Me mordí el labio inferior.

Anthony se acercó a mí y me agarró por los hombros.

—Tienes que hacerle entender que la situación es insostenible, que, o toma medidas, o esto acabará en tragedia. Yo no sé cómo ayudarlos.

—Haces todo lo que puedes. —Comenzó a temblarme el labio y me abrazó.

Nada más quedarme en mi cuarto con mi hermano, esa necesidad de un relato alternativo en mi vida, me empujó a seguir escribiendo.

UNA RELACIÓN PROFESIONAL



CHARLOTTE

Presente...

—Charlotte, la reunión comienza en cinco minutos. —Norma se asoma a mi despacho con un vestido amarillo de falda de vuelo por debajo de la rodilla y la Tablet plateada pegada al pecho. Por supuesto, no hemos vuelto a hablar de lo que ocurrió hace dos días. Ella ha hecho lo que le pedí, olvidarlo.

Alzo el rostro y alejo la atención del libro que estoy leyendo y que tengo entre las manos para recordar que en solo cinco minutos voy a encontrarme con Cross por primera vez desde que nos besamos.

—Está bien. Gracias. —Cierro la novela y la dejo sobre la mesa, junto al teclado del ordenador. Ella se marcha y me arengo—. Vamos, Charlie, tú puedes. Esto es coser y cantar.

Me levanto y me dispongo a coger mi teléfono móvil cuando este suena dentro de mi bolso.

—¿Jackie? ¿Todo bien?

—¿Otra vez? El sábado es mi cumpleaños. Quería recordártelo.

—Eh... —Ni se me había pasado por la cabeza—. Sí, claro.

—¡No te acordabas!

—Sí, claro que sí. ¿Cómo iba a olvidarlo?

—Porque estás metida en todas esas historias que lees y porque... Ahora trabajas con Anthony Cross. —Silencio de segundos—. Lo he visto en las noticias.

—¿Qué has visto?

—Ha adquirido la editorial y le ha partido la nariz a un tal Donald Turner. ¿Por qué no me lo habías dicho?

—¿Qué ha adquirido la editorial o que ha llegado y ha pegado y echado a uno de nuestros autores más vendidos?

—Muy graciosa. Lo primero.

—No es importante.

—Charlie, no te hablas con él desde hace años. Es más, haces como si no lo hubiéramos conocido nunca y ahora es tu jefe. Supongo que algo podías haberme comentado.

—La gente viene y va. Él se fue y ahora ha vuelto. Me lo tomo sin darle importancia porque no la tiene —miento.

—Entonces... ¿mantenéis una buena relación?

—Profesional, sí. —Casi me atraganto al recordar el beso del miércoles. No es que lo haya olvidado, lo tengo grabado a fuego en la frente.

—Vale. Pues... Eso es todo. Nos vemos mañana en Oasis.

—¿Jackie?

—¿Sí?

—Nada. —Quiero preguntarle cómo le va con Emma, pero ya lo haré en persona, o la veré allí.

—Hasta mañana, entonces.

—Hasta mañana.

Hay solo tres personas en la sala de reuniones principal. Kevin Bell, el *bocachanclas*, escritor y esa persona que eché de casa casi desnudo y cree seguir enamorado de mí; Ruby Green, su representante, una mujer con la que he tenido algún que otro encontronazo porque se erigía novia de Kevin cuando estábamos juntos; y, por supuesto, Anthony Cross, mi vecino cuando éramos pequeños, el hombre que me dio mi primer beso y el último hasta el momento.

—Llega tarde —suelta Cross, de pie frente a ellos.

Todos me miran al escucharlo.

—Buenos días. Una llamada importante. Siento el retraso. ¿Empezamos?

Tomamos asiento alrededor de la mesa de madera pulida. Cross y yo a un lado, ellos dos al otro. No me pasa desapercibida la mirada que me echa Kevin mientras nos acomodamos... Y a Cross tampoco.

—Les agradecemos su tiempo y su consideración. Déjeme decir que creo firmemente que el libro de mi representado será un gran éxito. —Comienza fuerte Ruby.

Lo he leído durante estos días y no se equivoca.

Cross me mira esperando obtener una respuesta.

—Es potente —respondo, y Kevin se yergue en su silla, orgulloso.

«Tú sigues siendo un imbécil», pienso.

—*El sendero de las almas* —comenta Anthony, con el manuscrito delante—. Una novela de misterio y suspense ambientada en Londres. La historia de un detective privado atormentado por su pasado que se encuentra investigando una serie de asesinatos brutales. Perfectamente documentada. Con giros inesperados y una atmósfera oscura.

Me quedo con la boca abierta. ¿La ha leído?

—Y personajes muy complejos —termina la representante.

Un silencio envuelve la sala ante las miradas retadoras de Cross y Kevin.

Es más que evidente que Cross cree que con este libro podemos ganar mucho dinero porque no hay otra explicación para que desee firmar con un hombre al que odia de alguna manera.

—¿Han considerado alguna estrategia de marketing para promover su libro además de las que nosotros utilizamos? —El autor rompe el mutismo y me mira.

Yo contesto:

—Esta novela puede atraer a un público amplio, especialmente a aquellos interesados en novelas de suspense y misterio. La estrategia de marketing irá dirigida a ellos promocionándolo en redes sociales y colaboraciones con bloggers e influencers, así como los canales habituales

como firma de libros en librerías locales, entrevistas en televisión y otras que la editorial considere oportunas.

—Me complace escuchar que ya tienen ideas de promoción en mente —anuncia Ruby.

—Esto es una editorial de largo recorrido, señorita Green, sabemos lo que hacemos —informo.

Hablamos sobre los derechos, el periodo de duración, su posibilidad de renovación y las regalías. Ventas en formato digital y formato físico, con cláusulas para aumentar el porcentaje a medida que se alcancen ciertos números en ventas.

A todos nos parecen razonables los términos tras discutirlos al detalle. Nuestra editorial se hace cargo de la edición, diseño de portada y distribución global a nivel mundial, con la posibilidad de traducirlo a otros idiomas.

Despedimos a Kevin y a Ruby dos horas más tarde del comienzo de la reunión de pie en la sala hasta que se marchan y nos dejan a solas. En cuanto esto último ocurre, Cross me agarra por la cintura, me empuja hacia atrás, pega mi espalda a una pared lateral y su nariz a mi cuello. Lo huele y se recrea.

—Joder... No puedo dejar de pensar en ti —susurra en mi oído, acariciándolo con su aliento.

Toda mi piel se electrifica.

¿Me lo esperaba? No.

¿Estaba deseando? Sí.

¿Lo aparto? No.

¿Lo agarro del cuello y lo atraigo hasta mí? Por supuesto que sí.

De nuevo, nos besamos con pasión, sin demora, bastaste hemos esperado ambos estas dos horas, por lo visto. De nuevo, todo se carga de electricidad y energía. De nuevo, nuestro alrededor desaparece y nos olvidamos de la editorial y de que la puerta la hemos dejado abierta.

Nos sumergimos en la experiencia desbordante que nos produce el contacto de nuestras bocas, nuestras lenguas y hasta nuestros dientes.

Una explosión de sensaciones que se escapan a mi raciocinio.

Nos separa el sonido del un teléfono móvil sobre la mesa. No sé si es el suyo o el mío, ni me importa. No quiero que se detenga, cuando lo hace, me siento aislada, sola, desolada.

El corazón se me sale por la boca cuando sus manos me sueltan, pero no se retira demasiado, sino que me clava la mirada.

Hasta que suena el otro teléfono, en el mismo sitio, y la burbuja en la que nos habíamos metido y trasladado a un lugar del universo explota y pisamos tierra firme de golpe.

Los dos atendemos las llamadas y, con una pequeña señal de mano, le indico que me marchó.

TODO CAMBIÓ DE REPENTE



CHARLOTTE

16 años antes...

Todo cambió de repente y aún no sabíamos cuánto más iba a cambiar. Papá había sido arrestado y mamá, por suerte, había denunciado todos los malos tratos que llevaba sufriendo años, así como Jackie y yo, una adolescente que deseaba una vida normal y ver a su madre y a su hermano felices.

Jackie ni siquiera preguntaba por nuestro padre. ¿Cómo iba a echarlo de menos? En casa se respiraba una tranquilidad pasmosa que a veces te ponía los vellos de punta. Escuchaba a nuestra madre llorar por las noches y no supe, hasta muchos años después, todo lo que sentía. Una mezcla de sentimientos muy dispares entre ellos, incluso, lo echaba de menos. Es como el síndrome de Estocolmo o, en concreto, es este exactamente, determinando el término a partir de un caso de secuestro en Estocolmo, Suecia, y que se amplió a situaciones de abuso en relaciones íntimas. Busqué en libros su definición y la víctima desarrolla sentimientos contradictorios y confusos hacia su agresor; empatía, simpatía, apego emocional o incluso amor hacia la persona que la maltrata. La víctima puede justificar o minimizar el abuso, creyendo que el agresor tiene buenas intenciones y puede cambiar. Justo lo que le había estado pasando a mi madre durante muchos años.

—Charlie, ¿me puedes ayudar un segundo? —Mamá entró en mi dormitorio, donde estudiaba para los próximos exámenes, e interrumpió mis pensamientos. Había estado buscando en internet cómo ayudar a una mujer maltratada a superar ese síndrome y una posible depresión solo minutos antes.

Su rostro había cogido un color blanquecino que no mutaba por muchos zumos de frutas que le hiciera por las mañanas, había adelgazado en los últimos días y casi no se había peinado.

—Sí, claro. —Solté el lápiz sobre el cuaderno que tenía delante, en el escritorio, y me levanté dispuesta a hacer lo que me pidiera.

Una pequeña punzada de dolor en la muñeca rota no me dejaba olvidar ni un segundo lo que había ocurrido días antes.

La seguí por el pasillo hasta que se detuvo en medio y miró al techo.

—Tengo que buscar algo en la buhardilla y... hace mucho que no subo ahí. No sé si hay

ratones... —Hablaban con nerviosismo—. ¿Crees que podrás subir? —Miró mi brazo enyesado.

—Estoy bien. Ya lo hago yo. —Ella tiró de la cuerda y se abrió ante nosotros una pequeña escalera de madera repleta de polvo. Tosí y me cubrí la boca—. ¿Qué tengo que encontrar?

—Una caja de metal de color amarillo, al menos, era amarilla cuando yo era joven. Debe estar sobre la estantería que hay al final, junto a la ventana.

Aquello no se podía llamar ventana, sino una especie de agujero redondo hecho en la pared cubierto de cristal ahumado polvoriento, agrietado y con telarañas. Así que busqué el interruptor de la luz y esta parpadeó hasta que se quedó encendida, aunque no alumbraba demasiado y dio a la pequeña sala un ambiente muy misterioso y tenebroso. Parecía que me había adentrado en una de esas películas de miedo que veía a escondidas o en una escena de los libros de thriller que había leído. Olía a humedad y a abandono, mientras el suelo de madera crujía bajo mis pies.

De pronto, la camiseta se enganchó a una especie de recipiente que cayó al suelo e hizo un gran estruendo.

—¡Charlie! ¿Estás bien? —gritó mi madre desde abajo.

—¡¡Sí!! —Observé una lata que rodaba— ¡Solo es una lata de pintura vacía!!

No recordaba muy bien este lugar, lleno de trastos inservibles. A medida que mis ojos se adaptaron a la penumbra, pude distinguir los detalles de las paredes, cubiertas de un papel tintado descolorido y descascarado, con algunos trozos que colgaban desprendidos. Manchas de humedad y grietas en algunas superficies.

Escuché un ruido sobre mi cabeza y la alcé, asustada. A mí tampoco me gustaban los ratones, pero me atemorizaban los murciélagos y aquel lugar de nuestra casa podía haberse convertido en morada de cualquiera de ellos. El techo se elevaba en ángulos irregulares de vigas de madera.

Seguí dando pasos hasta que llegué a la estantería que había descrito mi madre y busqué la caja. Allí había libros cubiertos de polvo y el corazón me dio un saltito. ¿Por qué estaban en ese lugar? ¿Por qué mi madre nunca me habló de ellos? Debía haber docenas al menos.

—¡Charlie! ¡Tardas demasiado!

—¡Ya bajo!

Agarré la caja amarilla y deshice mis pasos.

Al pisar de nuevo el suelo del pasillo mi madre subió la escalera y cerró la buhardilla, dejando atrás cachivaches y recuerdos, relegándolos de nuevo al abandono y la oscuridad.

La caja amarilla contenía fotos antiguas. Tomamos asiento en el sofá y me las enseñó una por una. De ella de pequeña y de... mi padre. Cuando eran novios, incluso había una de la noche que se conocieron y otra de su primera cita. No supe a qué venía aquello hasta que comenzó a hablar.

—Tu padre no siempre fue así... El trabajo...

—No lo disculpes, mamá, por favor.

Empezó a llorar con una imagen de ellos en un lago, en bañador y sonriendo.

—La primera vez fue... La primera vez... Estábamos saliendo del cine y... —Sollozó—. Me detuve a saludar a un amigo del instituto, hacía tiempo que no lo veía y me dio un pequeño abrazo... Él, él... Tu padre comenzó a gritarme cuando nos quedamos a solas y... me dio una bofetada. Me asusté mucho. No me lo esperaba, pero me pidió disculpas una decena de veces y era muy cariñoso conmigo... casi siempre. Así que... —Rompió en un llanto demoledor y la abracé durante unos minutos.

—¿Por qué hay libros arriba? Parecen... escondidos... —Quise cambiar de tema. Tal vez

mejoraría.

—Tu padre decía que... Que leer me metía cosas raras en la cabeza.

Todo tenía que ver con mi padre. Absolutamente todo.

Nos interrumpió el timbre incesante de la puerta principal. Le pedí a mi madre que descansara.

—Yo me encargo. —Ese estaba siendo mi mantra desde hacía mucho.

Dos policías me saludaron con cortesía.

—Buenas tardes, ¿podríamos hablar con Malory Sallow? —dijo uno de ellos, el más bajito, aunque lo dos superaban el metro ochenta.

—Eh... Un momento, por favor. —Volví al salón y avisé a mi madre—. Mamá, es la policía. Quieren hablar contigo.

Ella me miró, se enjugó las lágrimas del rostro con las manos y se recompuso. Se levantó y caminó hasta el vestíbulo.

—Buenas tardes, agentes. ¿En qué puedo ayudarles?

—¿Podemos pasar? Hablaremos con más intimidad —le avisaron, delante de mí.

Mi madre me pidió que subiera a mi cuarto, sin embargo, me quedé en el primer escalón de la escalera y escuché todo lo que decían. Mi padre había salido esa misma mañana en libertad con cargos, a la espera de juicio y con una orden de alejamiento hacia mi madre y nosotros como medida preventiva. Se me pusieron los vellos de punta. En cuanto escuché que la policía se marchaba fui corriendo hasta ella y de nuevo la encontré llorando. Volvimos a abrazarnos y un escalofrío lúgubre recorrió mi cuerpo de arriba abajo.

Miedo.

Pánico.

Terror.

Aquella noche alguien llamó a mi ventana. Dio dos toquecitos y casi salté de la cama. Llevaba toda la tarde con el corazón en un puño y el alma tirada por los suelos. Mi padre podía aparecer en cualquier momento, aunque la policía había insistido en que la orden de alejamiento lo mantendría a más de quinientos metros de distancia.

Me asomé a través del cristal y vi un rostro conocido que me hizo sonreír.

Abrí y Cross también sonrió.

—Me has asustado —le indiqué.

—Lo siento.

—¿Por qué no entras por la puerta como las personas normales?

—Es tarde. Supuse que estaríais todos dormidos.

Di un paso hacia atrás para que saltara.

—Pasa.

Él estiró el brazo y agarró mi muñeca sana.

—Ven. Quiero llevarte a un sitio.

—¿Puedo salir por la puerta? —bromeé.

—No vamos a bajar.

Le hice caso y con su ayuda subimos sigilosamente al tejado de mi casa. El aire era fresco y de pronto se cargó de promesas que nunca nos habíamos hecho.

Tomamos asiento uno junto al otro, frente y bajo un manto estrellado que se extendía hacia

todos lados.

Miré hacia arriba, maravillada por la vastedad del universo y la belleza del brillo de las estrellas. El silencio nos envolvía y solo se interrumpía por el murmullo de nuestros suspiros y mi corazón acelerado. ¿Qué era aquello? ¿Por qué galopaba cuando estaba cerca de Anthony? Seguía sin explicármelo.

—Hace frío —observé.

Él se quitó la sudadera de color burdeos con el logo de su universidad en el pecho y ayudó a que me la pusiera. Olía a él y fue el olor más maravilloso que había olido nunca.

Cada constelación en el cielo parecía susurrar secretos y deseos en la noche y presagiaba lo que iba a ocurrir entre nosotros.

—Sé lo que ha ocurrido. Me lo ha contado mi madre —murmuró.

—¿Cómo lo ha sabido?

—Se lo ha dicho Malory.

—Está asustada.

—No se acercará a vosotros. —Duda en cada palabra, aunque trata de ocultarlo.

—No lo dices muy convencido...

Su mano rozó la mía y encontré consuelo en su contacto, así que la agarré y entrelazamos los dedos.

Fue raro, pero ninguno dijo nada.

—¿Por eso has venido? —Caí en la cuenta.

—Estaba preocupado —informó con sinceridad y mirándome a los ojos.

Pude sentir la atracción que nos envolvía, a los dos, sí, a los dos.

Lentamente, sin más palabras, nos acercamos el uno al otro, bajo un cielo de diamantes muy pulidos y brillantes, nuestros labios casi rozándose en un baile tímido y delicado. La casa desapareció bajo nuestros pies, incluso el cielo oscuro y nos dejamos llevar por la magia del momento, el vértigo de lo desconocido y la promesa que nunca se cumpliría de un nuevo capítulo en nuestras vidas.

Un beso dulce, tierno, cargado de emociones y descubrimientos.

Mi primer beso.

Mi primer y maravilloso beso.

Anthony se separó lentamente, sin dejar de mirarme. Los dos estábamos sorprendidos por lo que acababa de ocurrir, pero no asustados.

Volvimos a agarrarnos de la mano, nos tumbamos sobre el tejado y admiramos el cielo en busca de estrellas fugaces. Deseaba pedir un deseo: que todo fuera diferente.

No encontramos ninguna, pero hallé un lugar, de nuevo, él. Anthony Cross seguía siendo ese refugio donde me sentía segura y arropada a pesar de estar rodeada de peligro.

—No dejaré que os pase nada —susurró.

No supe si fue una promesa, un pensamiento que verbalizó o un deseo que se le escapó de entre los labios. Pero lo dijo, Anthony Cross me dijo que jamás dejaría que nos ocurriera nada.

Nada más regresar a mi habitación y encontrarme sola, continué con mi historia que tanto me relajaba.

ODIARLO O BESARLO



CHARLOTTE

Presente...

Me debato entre contarle a mis amigas lo de Cross o guardármelo para mí durante toda la mañana del sábado. Es la segunda vez que ocurre y... deseo que se repita. Parezco tonta. ¿Pues no lo odiaba? Y lo odio. Desapareció cuando más lo necesitábamos. Cuando todo se desmoronó y pensé que estaba enamorada de él, o... no sé. Solo tenía dieciséis años, nunca había besado a nadie y era el chico más guapo del barrio, además, nos cuidaba.

—Arggg... —Me lamento mientras saco un *bagel* del horno y me sirvo un café a la vez que (¡sorpresa!) leo un libro.

Miro el móvil sobre la encimera y él me mira a mí. Me grita que le cuente a las chicas lo de Anthony y así me ahorro hacerlo en persona y que me miren mal o me arranquen alguna extremidad. Ellas escucharon mis lamentaciones durante años. Lo maldecía y deseaba que se le cayera una estantería de la universidad en la que estudiaba en la cabeza y le destrozara la cara.

Escribo y borro.

Escribo y borro.

Yo: ¿A qué hora me recogéis?

Oli: A las seis.

Me cambio en tu casa.

Voy a ir justo de tiempo.

Yo: Ok.

Alyn: Llevo vino.

Llegaré un poco más tarde.

Isabella llega de trabajar
y quiero verla antes de marcharnos.

Isabella es su novia, con la que vive hace cuatro años. Una chica muy simpática y agradable de la que se enamoró perdidamente tras conocerla de una manera casual en una red social.

Yo: ¿Por qué no se viene?

Alyn: Ya sabes cómo es.
Dice que no conoce a tu hermano.
No te preocupes.
Ha quedado con una amiga.
Van a ir al cine.

Yo: Sabes que a Jackie no le importará.
¿Quieres que la llame?

Alyn: No, no.
No vas a convencerla.

Escribo y borro.
Escribo y borro.

Oli: ¿Por qué llevas cinco minutos escribiendo
y no envías ningún mensaje?

Olivia se ha dado cuenta de mi estrategia. Lo que no me explico qué hace mirando el grupo de WhatsApp. Al final abrevio.

Yo: Me he besado con Cross.
Dos veces.
Me ha besado.
O lo he besado yo.

Alyn ¡¡Eres idiota!!

Oli: ¡¡Esto lo sabía yo!!
Te mato.
Te juro que te mato.

Yo: Por eso os lo he dicho por mensaje.
Para que no tengáis oportunidad de estrangularme.

Alyn: ¿Y qué piensas hacer?

Besarlo otra vez, pienso.

Oli: Hacerse el harakiri.
O se lo hago yo.

Yo: No lo sé.
Os espero en casa.

Oli: Estoy deseando verte
y matarte.

Yo: Os recibiré con un casco.

La charla de las chicas dura una hora; mientras se duchan, nos vestimos, maquillamos y peinamos. Demasiado tiempo para mi parecer. Por fin, tras la riña y hacer una lista de por qué no puede volver a pasar y que Cross y yo nos acostemos no es buena idea, cambiamos de tema a uno mucho más mundano.

—Me aprietan las bragas —dice Alyn, delante del espejo que cuelga de la pared de mi dormitorio, moviendo las caderas bajo un vestido gris perla muy corto y estrecho que estiliza su figura—. Mejor me las quito.

—¿Vas a ir sin bragas? —pregunta Oli, que se pinta los labios junto a ella, de un rojo intenso que contrasta con el blanco de su vestido también pegado a la piel y hasta la rodilla mientras Alyn hace de las suyas y ya tiene el tanga negro en la mano—. ¿Qué piensas hacer con eso? —pregunta, horrorizada.

La fotógrafa la cuelga en una figura de hierro que adorna una cajonera y se baja la falda, da un giro sobre sí misma y grita con los brazos levantados:

—Voilà.

Pongo los ojos en blanco desde la orilla de la cama donde me calzo las sandalias negras, me levanto, cojo el tanga colgándolo en la punta de un bolígrafo y lo tiro en el cesto de la ropa sucia en el baño. Aprovecho para cerrar la tapa del váter que han dejado abierta estas desalmadas, recoger una toalla tirada en el suelo y los bártulos que han utilizado para maquillarse.

—Sois peores que los niños pequeños. Lo habéis dejado todo desperdigado en el baño —les reprocho.

—¿Niños? ¿Pequeños? —Arruga el ceño Oli—. Me has puesto los pelos de punta. —Se señala el brazo. No le gustan los niños, es más, los odia, como suele decir. Solo dan la lata, hacen ruido, lo dejan todo perdido y son unos tiranos, palabras textuales.

—Llegamos tarde —aviso.

—Y no te gusta llegar tarde. Ya lo sabemos —apunta Alyn.

—Estamos listas. Vámonos.

Oasis se ha convertido en una parada obligada en la vida nocturna de Manhattan. Un local que brilla con luz propia y está lleno de una energía especial. Ubicada en el corazón del distrito, entre

la calle setenta y la treinta y cuatro. Moderna, muy moderna; una fusión perfecta entre la sofisticación contemporánea y una diversión desenfadada. Con luces muy brillantes y música de vanguardia. Paredes revestidas con paneles LED que proyectan imágenes y patrones en movimiento y crean una atmósfera visualmente impactante.

—¿Te han dicho en qué reservado están? —Me pregunta Oli mientras cruzamos el vestíbulo, infectado ya de gente.

—En uno de los de abajo —explico, justo antes de que un hombre con una camiseta en la que se puede leer *staff* se detenga delante de mí y nos corte el paso.

Lo miro de arriba abajo. Pantalón y camiseta de color negro.

—Tenemos invitaciones especiales. —Me señalo la pulsera de color amarillo chillón que me han puesto en la muñeca hace solo tres minutos.

Oli se agarra a mi codo y susurra en mi odio. Y susurrar es una forma de decir que me deja sorda.

—¿Se acordarán de la vez que vomité en la pista de baile?

—Señorita Sallow, acompáñeme, por favor —dice con educación pero con cara de estreñido.

—Fue ella. —Alyn apunta con el dedo a Oli.

El miembro de la seguridad ignora nuestros comentarios y se gira. ¿Qué hacemos? Lo seguimos. ¿Cómo decirle que no a un hombre que mide dos metros de altura y tiene músculos que no estudié en clase de ciencias?

Entramos en el espacio principal de la discoteca, donde se abre hueco una gran pista de baile rodeada de cómodos sofás y mesas de diseño elegantes. Los altavoces de alta calidad dispersan el sonido envolvente por la sala de tal manera que Olivia y Alyn hablan algo entre ellas y no me entero de nada, solo observo sus labios en movimiento. Seguimos junto a una barra central que es un espectáculo en sí misma, con *bartenders* expertos que mezclan cócteles muy creativos y, seguro, exquisitos; de pronto una sed irrefrenable se apodera de mí. Unos metros más adelante llegamos a las zonas VIPS de la planta baja, separadas del resto con cortinas blancas traslúcidas y sofás exclusivos y enormes, donde se ofrece un ambiente más íntimo para aquellos que buscan una experiencia de lujo. Pero no nos detenemos ahí, sino que subimos por unas escaleras de cristal con luces de colores y llegamos a un área sensacional por su amplitud, su barra personalizada y una pequeña pista de baile solo al alcance de unos pocos. Un grupo de personas se mueven al compás de la música, entre ellos está Jackie, que viene hasta mí cuando se percata de mi presencia.

—¡Charlie! —Me coge en brazos y me aprieta—. ¡Qué bien que hayáis llegado! —Me suelta y saluda a mis amigas con un abrazo más pequeño pero muy cariñoso—. Pedid lo que queráis en esa barra. —La señala—. Todo corre de mi cuenta.

Lo miro con el ceño fruncido.

—¿Y este despliegue de...? —No sé cómo llamarlo, pero esto va a costarle un pastizal.

—Me han ido muy bien las últimas inversiones. —Sonríe.

De pronto, saluda a alguien detrás de mí y mis amigas miran en su misma dirección, así que mis pupilas remedan lo que ellos hacen y se encuentran con un hombre increíblemente atractivo, impresionantemente vestido y con la sonrisa más espectacular que se haya visto jamás.

Anthony Cross en todo su esplendor.

Anthony Cross con un pantalón de pinza azul eléctrico y una camisa blanca.

Anthony Cross y su imponente cuerpo dando un abrazo a Jackie al mismo tiempo que mi cerebro explota y se desparrama por el suelo.

Oli y Alyn observan la situación a la espera de que yo me desmaye o me ponga a arrancarme la piel a tiras.

—Buenas noches, Charlie —me saluda. Pero esto no es todo. Me agarra con suavidad por la cintura y me da un beso en la mejilla, demasiado cerca de la comisura de los labios.

Me atraganto con mi propia saliva. (Qué raro. Nótese la ironía).

Cross mira ahora a mis amigas.

—Hola, chicas. No habéis cambiado en absoluto —les dice con educación.

Ellas asienten y babean como si fueran tontas y un alienígena nedekabiano (naturales de un exoplaneta de la estrella Épsilon Deméter en la constelación Cabellera de Berenice) de mi historia adolescente se hubiese apoderado de sus cuerpos y sus mentes.

Mi hermano habla con una persona, también un hombre, que ha llegado con Anthony, hasta que se despide de él y va hasta la barra. El desconocido se acerca a nosotras.

—Buenas noches. Soy Thomas. Encantado de conocerlas —se presenta con soltura. Se nota que está acostumbrado a socializar—. Tú debes de ser Charlotte. Anthony me ha hablado de ti —suelta, ante la mirada de asesino del interpelado—. Voy a pedir una copa. ¿Me acompañáis, chicas? —Invita a mis amigas, que no dudan ni un segundo en aceptar la oferta.

—¿Qué haces tú aquí? —pregunto sin remilgos.

—Jackie me invitó.

—A los cumpleaños se invitan a los amigos.

—Jackie y yo somos amigos.

—¿Desde cuándo?

—Eso deberías hablarlo con él.

—Lo haré. No te quepa la menor duda. —Trato de largarme, pero él me detiene agarrándome de la muñeca con delicadeza, me acerca a su cuerpo y susurra en mi oído:

—Estaba deseando verte. No me lo hubiera perdido por nada del mundo.

—¿Qué quieres de mí?

—Todo. —Me acaricia el cuello y los hombros y yo, que no soy de piedra, me derrieto.

—Perdonad, no quiero molestar. —Aparece Thomas con dos copas en las manos—. Por cortesía de Jackie.

Nos la ofrece y le doy las gracias.

—Con mucho hielo —apunta—. Aquí hace demasiado calor. —Me guiña un ojo—. Entonces... —Entabla una conversación conmigo ante la mirada amenazadora de Cross—. Editora jefe en Boundless. ¿Editáis libros sobre finanzas? Tengo un proyecto en mente...

—Tendría que echarle un vistazo, aunque tienes un gran enchufe en la editorial —bromeo, y miro a Anthony, cuyo rictus está impertérrito.

—Me encantaría quedar un día contigo y compartir ideas y conocimientos. —¿Está tratando de ligar conmigo? Algo se me escapa...—. A solas... —insiste.

Cross da un paso hacia delante, se enfrenta a él y le escupe en la cara:

—Lárgate de aquí o te parto la nariz.

Thomas ríe.

—Qué fácil me lo pones —le contesta, antes de alzar su copa en mi dirección, hacer una reverencia y despedirse.

—¿Estaba tratando de ponerte celoso? —No salgo de mi asombro.

—Su hobby preferido es sacarme de quicio.

—¿Y suele conseguirlo? —Doy un sorbo a mi bebida.

—Nunca.

—¿Estás seguro? Parecías... —«Celoso», pienso—... Incómodo —verbalizo en voz alta.
Escuchamos unos gritos a nuestro lado y alguien saca una tarta repleta de velas. Cantamos el cumpleaños feliz y voy hasta mi hermano a darle otro abrazo.
—Tienes algo que contarme... —musito en su oído.
Sabe a qué me refiero. ¿Cross y él han mantenido contacto estos años?
—Otro día, ratón de biblioteca. Hoy es para... ¡Celebrarlooooo! —Levanta las manos y comienza a dar vueltas sobre sí mismo al ritmo de una música muy pegadiza.

CROSS

La fiesta de Jackie está bien y le prometí que vendría, pero lo único que me apetece es llevarme a Charlie a mi apartamento y follármela hasta que caiga desfallecida sobre mi pecho.

Thomas me toca los cojones un par de veces más durante la noche, sin embargo, parece interesarle Olivia y centra su atención en ella. Mejor para su integridad física, porque vuelve a acercarse a Charlie de esa manera y le parto la mandíbula de un puñetazo.

Esa protección hacia Charlotte sigue existiendo, nunca se marchó. Sigue tan viva como siempre. O... Más, mucho más.

La observo bailar junto a sus amigas, mi mirada se posa en ella y el resto se borra de mi campo de visión. Un cálido resplandor ilumina sus ojos y mi corazón late al verla feliz. Ríe y se cuentan confidencias.

La melodía se convierte en el eco de mi propio pulso, acelerado por sus movimientos sensuales. Su figura se contonea con gracia y pasión a unos metros de mí.

Se convierte en el centro de toda mi atención y todo se desvanece. Cada sonrisa. Cada giro. Joder. La polla me da una sacudida y... quiero sacarla de aquí y llevarla a mi cama.

Irradia luz.

De pronto... Siento un deseo irrefrenable de ser yo el dueño de esas sonrisas, la razón de su felicidad y el dueño de sus sueños.

Viene caminando hacia mí, sensual, con dos copas de más después de la decena de canciones que ha bailado.

—¿No bailas? —La sonrisa le llega de oreja a oreja.

—Estoy bien así.

—Aburrido —suelta, sobre mi boca.

Estoy a punto de cogerla de la cintura y comérmela a besos, pero me contengo y no lo hago. Jackie está rondando cerca y no quiero ponernos en un compromiso.

—Seguís siendo buenas amigas —cambio de tercio o... Me explota la polla.

Ella mira hacia las chicas.

—Jamás nos hemos separado. Son mis hermanas. —Le da otro sorbo a la copa.

—Deberías parar.

—¿De beber? —Asiento—. ¿Por qué?

—Porque quiero que estés sobria para todo lo que quiero hacerte.

Veo que el movimiento de su cuerpo se detiene y traga con dificultad.

Le ofrezco la mano, en un gesto tácito que indica que nos marchemos juntos. Ella lo piensa durante dos segundas, posa su palma sobre mi palma y...

Cuando nos damos cuenta estamos subiendo en el ascensor que nos lleva hasta mi

apartamento. Doy un paso hasta ella en cuanto las puertas se cierran y la acorralo entre mi pecho y el espejo que adorna una de las tres paredes.

—Es absurdo que luchemos contra esto —musito.

Ella suspira y nuestros alientos se enredan.

Rodeo su cuello con mis dedos y la atraigo hacia mí. La beso con pasión. Lengua, dientes y mucha saliva.

Nuestras respiraciones, cada vez más irregulares, se aceleran e impactan en la máquina que se detiene en mi planta.

La arrastro hacia fuera casi en volandas, sin despegarnos ni un palmo.

Detengo nuestros besos en la puerta y le clavo la mirada.

Abro la puerta y la empujo.

Nos besamos en el vestíbulo, ahora de una manera lenta y pasmosa, al ritmo de una danza que nosotros mismos inventamos.

Sobre el silencio de la noche solo se escuchan nuestros suspiros.

Introduzco la mano por el dobladillo de su falda y acaricio despacio su piel, su suave piel, y subo con deleite por su pierna hasta la parte alta de la pierna.

Charlie jadea y... toda mi piel se electrifica.

Jadeo al rozar su sexo sobre sus braguitas y comprobar lo mojada que está.

Ella gime mientras masajeo su monte de venus y su clítoris sin dejar de besarme y apretar mis glúteos con sus manos.

La levanto y la obligo a enredar mi cintura con sus piernas. Camino hasta una mesa y la dejo sobre ella, acomodándome muy cerca, con mi polla rozando sus bragas húmedas.

Riego de besos su cuello hasta bajar a sus pechos y lamerlos sobre la ropa.

Necesito desnudarla.

Agarro su vestido y tiro para deshacerme de él.

Joder.

Charlotte en todo su esplendor.

Charlotte desnuda.

Charlotte, una mujer increíble.

Muerdo un pezón que se atisba tras la fina tela del sujetador y ella enreda sus dedos en mi cabello.

—Arrgg... —Sale de su garganta.

Me alzo y le clavo la mirada.

—Llevo años soñando con esto... —Me sincero.

Vuelvo a cogerla en brazos y la llevo hasta mi dormitorio. La suelto junto a los pies de la cama y me desabotono la camisa ante sus pupilas dilatadas.

Me bajo los pantalones y me quedo desnudo.

Algo en mí me abandona, no sé, el pensamiento racional que tanto utilizo, y la empujo hacia atrás y la tumbo en la cama.

Subo las manos hasta sus hombros y me deshago también de su sujetador. Lo desabrocho y lo lanzo al suelo, junto al resto de mi ropa.

Recorro con mi nariz su vientre.

—Hueles como siempre has olido... —musito, mientras le acaricio los pechos con cuidado.

De nuevo, viajo hasta su boca y la muerdo, tumbándome sobre ella, apoyando el peso de mi cuerpo sobre mis dos manos.

Quiero follármela hasta el día del Juicio Final.

Le quito las braguitas, le abro las piernas y... Por fin... Me agarro la polla y la posiciono delante de su vagina.

—Despacio... —solicita.

Va a darme un puto infarto.

La penetro tal y como ha pedido, con calma, sintiendo cómo me abro paso en ella y ella se calma y me deja entrar.

Cierro los ojos y mascullo.

—Joder...

Jadeo.

Jadea.

Comienzo un baile devastador.

Salgo de ella para entrar a salir y... El universo entero a mis pies. Ella, la estrella más brillante.

Entro y salgo.

Entro y salgo.

Le agarro la nuca con la mano y llevo la otra a su cadera. Bocas abiertas.

Sigo embistiéndola, cada vez más fuerte, con más brío.

Nuestro gemidos se vuelven acelerados e incontrolados.

Sudor. Mucho sudor.

Y el placer más inaudito.

Elevo su pelvis y busco su clítoris para masajearlo. Ella grita y un huracán de sensaciones explotan en mi polla, en mi pecho, en mi mente. Mis músculos se tensan.

Charlie arquea la espalda y acelera sus gemidos. Va a correrse y yo lo haré con ella.

Unos segundos más tarde, entre las convulsiones de su cuerpo, me derramo, caliente, en su interior.

FIESTA DE PIJAMAS



CHARLOTTE

16 años antes...

—¡Eh, Sallow! —Silas me llamó al salir de clase de literatura y me detuve a esperarlo en medio del pasillo. Mis amigas se habían quedado dentro a hablar con el profesor sobre un trabajo que deseaban entregar para subir nota. Yo no lo necesitaba; a pesar de lo que ocurría en mi familia, estaba logrando concentrarme para estudiar y seguir sacando las mejores notas de la promoción —. ¿Vamos a los recreativos esta tarde? —El chico seguía insistiendo para que saliera con él, no obstante, yo me negaba de forma educada. No sabía qué había entre Anthony y yo tras el beso que nos dimos dos semanas atrás. Hablábamos todos los días por mensaje de texto, incluso me había llamado dos veces para comprobar que todo seguía bien y que mi padre no se había saltado la orden de alejamiento, pero ignorábamos el beso y no lo mencionamos en ningún momento.

—No puedo. Tengo que estudiar.

—Venga, Luca también se apunta y las chicas. Será divertido. Podemos ir a Tomsy y meternos en la piscina.

Pronto llegaría el verano y llevábamos unos días de altas temperaturas. Tomsy era una mansión cuyos propietarios la visitaban muy de vez en cuando aunque la mantenían en perfectas condiciones, así que nos saltábamos al jardín y nos bañábamos en su gran piscina.

—Tal vez os llame más tarde.

Esperé a Jackie en la puerta del colegio y nos fuimos caminando hasta casa, donde nos encontramos con Grace, que sacaba la compra del maletero de su coche.

—Hola, chicos. ¿Qué tal va todo? —Se interesó por nuestro estado, con los párpados caídos.

—¿La ayudamos? —pregunté cuando mi hermano cogía ya una bolsa y caminaba hacia dentro de su casa.

—¿Cómo lo lleva Jackie? —siguió.

—Está asustado y no entiende muy bien qué está pasando ni dónde está papá.

Entramos en la casa y dejamos las bolsas en la cocina. Mi hermano hablaba en el salón con el señor Cross sobre béisbol.

—Me gustan los Yankees —le decía.
—¿Has estado alguna vez en el estadio?
—No, pero papá dijo una vez que me llevaría —respondió, y se me partió el corazón.
—Eso suena genial. —Leonard se agachó para quedarse a su altura—. Vamos a hacer una cosa. Si tu padre no te lleva para los próximos partidos, yo te acompañaré. ¿Te parece? —Asintió con una amplia sonrisa—. Es una experiencia única que nunca olvidarás. Cuando anotan un *Jaunraun*, la multitud enloquece. ¿Quién es tu jugador favorito?

—Aaron Judge. ¿Y el tuyo?
—Me encanta ver a Gerrit Cole lanzar, pero también admiro el bateo de Giancarlo Stanton. Tiene un swing impresionante.

Me imaginé cómo hubiera sido nuestra vida con un padre como el señor Cross y dos lágrimas se escaparon de mis ojos.

—Charlie, anda, ven. Vamos a la biblioteca. Tengo algunos libros nuevos que me gustaría que vieras. —Gracie se percató de mi estado y trató de entretenerme.

Pasamos un rato en aquella casa. No temía que tardáramos demasiado y papá nos regañara y nos pegara, o pegara a nuestra madre.

—¡¡¡Fiesta de pijamas!!! —gritó Olivia, con los brazos alzados y moviendo las manos, como si nos hubiera tocado la lotería o similar.

Salíamos de la biblioteca municipal, en la que habíamos quedado para preparar los próximos exámenes finales, junto a Alyn, Luca y Silas.

—¿Nosotros también estamos invitados? —se interesa Silas.

—No creo que mis padres aprueben que durmamos juntos en la misma habitación, pero podéis pasaros antes. Vemos una peli, jugamos a algo... —explicó ella.

—Y nos echáis cuando os convenga —comentó Luca.

—Es lo que hay. ¿Lo aceptáis o lo dejáis?

Los dos chicos se miraron.

—Nos apuntamos —contestó el mismo—. ¿Llevamos algo? ¿Pintura de uñas? ¿Tinte para el pelo?

Alyn le dio un pequeño empujón.

—Eso es muy machista. Y sexista —le regañó.

—Es una broma. —Le sacó la lengua y comenzaron una trifulca cariñosa y amigable.

—¿Te recojo y vamos juntos? Mi padre me deja el coche —me informó Silas.

No estaba muy lejos, a tres calles, pero acepté la invitación. Me sentía agotada de estudiar, leer y escribir.

—¿Te han levantado el castigo?

Lo castigaron por hacer trompos con el vehículo en un descampado de Bralys.

—Está bien, pero nada de parar en Bralys. —Arrugué el ceño.

—¡Pero si es divertido!

—Un día de estos vuelcas el coche contigo y alguien más dentro.

—Bah, qué tontería.

Papá seguía sin dar señales de vida y eso me tranquilizaba y me ponía nerviosa a la vez. ¿Podía estar tramando algo? Siempre se había hecho lo que él había ordenado, era un controlador

obsesivo que ahora debía estar alejado de lo que había sido dueño y señor durante años: su familia.

—Mamá, voy a darme una ducha y me voy a casa de Olivia. ¿Estarás bien? —le pregunté, mientras ella doblaba ropa en su dormitorio.

—Sí, deja de preocuparte. Pásalo bien.

—¿Necesitas que te ayude? —Solté la mochila en el suelo y me senté en la orilla de la cama. Cogí unos calcetines y busqué sus parejas.

Ella se frotó la frente y suspiró.

—¿Estás bien? —También tomó asiento y comenzó a llorar—. Mamá, ¿ha ocurrido algo? ¿Qué me ocultas?

—Nada, cariño. Es... complicado.

La abracé durante unos segundos, hasta que Jackie apareció y nos preguntó qué había para cenar.

Me di un pequeño baño, traté de relajarme, preparé una pequeña bolsa con el pijama, unos Cds para escuchar música en casa de mi amiga y cogí un par de refrescos de la nevera mientras mi madre y mi hermano preparaban la cena. Les di un beso a cada uno y me despedí.

—Os quiero —anuncié justo antes de salir por la puerta delantera.

Subí al coche de Silas que me esperaba junto al acerado y la música ocultó el saludo que solté. Aceleró con fuerza y se me escapó un grito.

—¡Olvídate de Bralys! —vociferé, viéndole las intenciones.

Él soltó una risotada y dos minutos más tarde aparcó delante del porche de la casa de Olivia.

Todos nos esperaban dentro. Organizamos una pequeña fiesta en la buhardilla de esta, limpia, ordenada y preparada para poder utilizarla. No se parecía en nada a la de mi hogar. Encantadora y acogedora. Un espacio cómodo y listo para el entretenimiento. Paredes de ladrillo visto y vigas de madera nuevas en el techo. Amplia y grande. Ninguna ventana rota al fondo de la sala, sino una pantalla de cine de gran tamaño, perfectamente posicionada frente a tres cómodos sofás de color rojo, tapizados con un suave tejido. La iluminación es cálida y se filtra a través de las lámparas de pie estratégicamente colocadas. Adornos y detalles en las paredes y sobre dos muebles. Una estantería con libros, un ordenador a la derecha sobre un escritorio y un pequeño bar con una sección de bebidas y aperitivos junto a una pequeña mesa auxiliar donde colocar los vasos.

Me sentí tonta por haber traído dos latas de refrescos; aún así, las saqué y se las enseñé a Olivia.

—Gracias, pero no era necesario —dijo con dulzura.

«Ya lo veo», pensé.

—Mételas en el frigorífico. —Señaló el pequeño pero bonito refrigerador.

Vimos una película, jugamos al trivial y reímos contando anécdotas de clase tumbados sobre una alfombra y unos cojines que tiramos sobre ella.

Mi teléfono sonó a mi lado.

Era un mensaje.

Anthony: Pasé por tu casa.

Tu madre dice que estás en casa de Olivia.

Yo: ¡Hola!

¿Qué haces de nuevo aquí?
¿Mañana tampoco tienes clase?

Anthony: Mañana es sábado.
¿Cómo lo estáis pasando?

Yo: Muy bien.
Es divertido.

Anthony: ¿Puedo pasarme?

Yo: No creo que a los padres de Olivia
les haga mucha gracia que invitemos
a un chico universitario.

Anthony: ¿Puedes salir?
Podemos vernos fuera.

Yo: Avísame cuando estés aquí.

—¿Y esa sonrisa? —Alyn me dio un codazo.
—Anthony va a pasarse un rato —anuncié, ante la mirada atónita de Olivia y la de celos de Silas.

—Mis padres no lo dejarán pasar —aseguró Oli.
—Tranquila. Saldré al porche a hablar con él un rato.

Cinco minutos más tarde recibí de nuevo un mensaje. Me avisaba de que me esperaba en el coche con buena música sonando por los altavoces. Bajé las escaleras y crucé el salón. Los padres de Olivia estaban entretenidos charlando y no se dieron cuenta de que salía a la calle ni quise avisarles. Abrí y cerré la puerta principal con cuidado y avisté el coche de Cross.

Me puse nerviosa mientras caminaba en su dirección. Él me observaba con una sonrisa y bajó el volumen de la radio cuando me acomodé en el asiento del copiloto.

—¿Qué tal la fiesta de chicas?
—Silas y Luca nos acompañan, pero pronto tienen que marcharse. Normas de los McQuoid. —Sonreímos—. ¿Qué tal la universidad? Pronto serán los exámenes finales.
—Los llevo bien. ¿Y tú? ¿Has decidido qué vas a estudiar ya?
—Aún tengo tiempo, pero me gusta la literatura.
—Grace me ha dicho que te ha dejado un par de libros esta semana.

Asentí.

Nos quedamos en silencio. Un silencio denso cargado de anticipación y de conexión. El sonido de la música de fondo trataba de hacerse hueco en un espacio repleto de otros sentimientos.

Solté una sonrisa nerviosa y Cross me miró; fue en ese momento cuando saltó una chispa que hizo que nos acercáramos. El espacio pequeño y cerrado creaba una sensación de intimidad y cercanía. Pude sentir el calor de su cuerpo y el roce casi accidental de su pierna con la mía.

La electricidad era palpable.

Me agarró de la mano y la acarició.

Supe entonces el terror que me daba arruinar el momento, dar un paso en falso y estropear lo que habíamos creado, aunque no sabía ni lo que era. Me atemorizaba expresarle mis sentimientos o que los reconociera y que me rechazara, pero a esas alturas estaba muy colada por mi vecino Anthony Cross.

—Te he echado de menos. —Me sorprendió.

Fue él el que se lanzó con cuidado y mucho tino a besarme por segunda vez. Nuestros labios se encontraron a medio camino y se rozaron. Mi cuerpo se convirtió en una bomba atómica capaz de explotar y arrasarlo con todo el país.

Me di cuenta de cuánto deseaba que volviera a ocurrir. No pasamos a la segunda fase ni a la tercera. Hablamos un rato sobre la universidad y mis posibilidades para optar a una beca y nos despedimos con otro beso.

—¿Puedo pedirte un favor?

—Lo que quieras.

—¿Te pasas por casa y me dices si todo va bien?

—Claro.

Salí flotando del coche, con una sonrisa que no borró ni el rostro de Silas, muy diferente al mío. Lo entendía, claro que lo entendía. La chica que le gustaba venía de estar con otro chico y estaba claro lo que me gustaba Cross.

Luca y Silas se marcharon poco después y las chicas saltaron sobre mí para que les contara qué había ocurrido. Entre risas y suspiros hablamos sobre lo que había pasado dentro del coche y en mi corazón.

—Te has enamorado —zanjó Olivia.

—Ya estaba enamorada —rebatía Alyn.

—Estáis locas —me defendí yo.

Al día siguiente, por la noche en casa, no reprimiría el impulso incontenible de continuar con mi historia.

MANSIÓN DEL SEXO



CHARLOTTE

Presente...

El domingo me despierto en casa de Cross. Rectifico: el domingo me despierto en la mansión del sexo y la perversión. Con Cross entre mis piernas abiertas y mis pechos desnudos subiendo y bajando al ritmo de mi agitada respiración.

Inquietud, ante el hecho de encontrarme algo que no me esperaba, pero para bien.

Me estremezco cuando abre los pliegues de mis labios con las manos y repasa mi sexo con la lengua.

—Argg... —musito, y me retuerzo.

Chupa y repasa cada rincón, sopla y vuelve a lamer.

Justo antes de que el orgasmo se apodere de mí, se arrodilla entre mis piernas y me muerde los pezones, con cuidado pero sin compasión.

Noto su pene, duro, sobre mi pelvis.

—Fóllame... —suplico.

Él suelta un rudo gemido y comienza a moverse sobre mí sin penetrarme, alargando el placer, frotándonos.

Me observa, me acaricia los muslos, las piernas y el culo sin dejar de besarme.

Vuelve a incorporarse.

Anthony Cross es, simplemente, perfecto.

Lo admiro unos instantes. Su imponente masculinidad me abruma.

Hasta que él se agarra la polla y la lleva hasta mi vagina.

Su pecho se hincha y me derrito.

Se introduce muy lentamente en mí, resbalando gracias a mi humedad y dilatación.

Empuja y llega hasta el final.

Los dos jadeamos.

—Joder... —Su voz llega hasta mi última célula y tiemblo de placer.

Se mueve hacia fuera y hacia dentro, entra y sale de mí a un ritmo lento y doloroso.

Quiero que vaya más rápido.

Llevo mis manos a sus glúteos y los agarro, tratando de que acelere. Pero no lo hace.

Cierro los ojos y lo siento muy dentro de mí.
Voy a explotar.
Retrocede hasta que casi sale de mí y entra con la mandíbula apretada. Pega su frente a la mía y susurra:
—Eres perfecta para mí.
—No puedo más, Anthony...
Suelta todo el aire de los pulmones y me envuelve con su calor. Me besa sin reprimirse.
Dientes.
Lenguas.
Y saliva. Mucha saliva.
Y ahora sí. El ritmo es demoledor. Entra y sale de una manera hosca y hasta dolorosa que me lanza hacia un orgasmo que se presagia impresionante.
Mis músculos se tensan, el corazón se acelera más si cabe y nuestros gritos se unen y chocan unos con otros.
Su pelvis empuja entre mis piernas abiertas. Me agarra la cabeza y rodeo su cintura hasta unir mis piernas sobre su ancha espalda.
El sudor perla su frente y... supongo que la mía. Hace calor. Siento un calor abrasador que me quema por dentro y por fuera.
Ardo.
Ardeos.
Me muerde.
Lo muerdo.
Su manera de moverse es magistral, sabe prolongar mi placer, deteniéndose unos segundos, haciendo círculos con las caderas.
—Vas a matarme... —aseguro sobre su boca—. No puedo... No puedo más...
Grito y me dejo llevar. Él se derrama dentro de mí jadeando junto a mi cuello.
No para.
No se detiene hasta que su cuerpo se rinde desmembrado sobre el mío y soltamos un último jadeo.

Salgo de la ducha y encuentro ropa limpia y adecuada para mí sobre el lavabo, muy bien doblada y oliendo a lavanda. Es una camiseta y un pantalón corto de tela muy fina que no sé de dónde ha salido ni quiero saberlo. ¿De otra mujer? ¿De una amante que se lo dejó aquí por descuido? ¿Cross ha convivido alguna vez con una mujer? Seguro que Oli lo sabe y se me pasa por la cabeza escribirle y preguntarle, pero ya tuve una relación tóxica y no repetiré la experiencia.

Aún así, al llegar a la cocina, donde Anthony prepara el desayuno con solo un pantalón de deporte de color gris, hago un pequeño comentario.

—Es de mi talla.
—He ordenado que lo compren para ti. —Se recrea mirándome.
—Se te da bien ordenar —digo, y tomo asiento en una banqueta alta, delante del despliegue de alimentos que ha colocado minuciosamente. Fruta, leche, verduras hervidas, zumo, café, tortitas, *bagels*, dulces, bollos que parecen recién horneados. El aroma a masa y azúcar impregna el aire.

Ni qué decir de las vistas de las que podemos disfrutar a través del amplio ventanal, con la ciudad extendiéndose ante nosotros mientras el sol se eleva lentamente por el horizonte.

—¿Qué hora es? —Casi es una queja.

—Las ocho.

—No hemos dormido. —Me froto la frente, donde una pequeña punzada presagia dolor de cabeza.

Se acerca a mí y me da un pequeño beso en el cuello.

—Ha sido por una buena razón. ¿No crees? —Me clava la mirada y sonrío.

—Dame café o te asesino.

—Café para la señorita. —Lo sirve en una taza—. ¿Azúcar?

—Solo, gracias.

También hay una selección de quesos artesanales, desde un suave queso de cabra hasta un intenso queso azul.

Él se entretiene haciendo huevos revueltos con salmón ahumado y corta aguacate en rebanadas.

—En realidad... No nos conocemos —digo.

Él suelta el cuchillo y me presta toda su atención.

—Me refiero a que no sabes cómo me gusta el café, qué música escucho o cuál es mi comida preferida —específico.

—Te gusta Coldplay, la lasaña boloñesa y el café solo.

—Te lo acabo de decir.

Suelta los utensilios y se acerca a mí.

—Es cierto que lo dos hemos cambiado. Es lo normal. Por eso quiero conocerte ahora. ¿Cenamos esta noche?

Deposito el café sobre la encimera.

—¿Me estás pidiendo una cita?

—Sí —responde sin dudar.

—¿Qué hay de esa norma de no salir con una persona de la empresa?

Encoge los hombros.

—Soy el jefe y puedo cambiar las normas cuando quiera. —Da otro paso hacia mí, gira la silla en la que estoy acomodada y se posiciona entre mis piernas—. No me gustan estos pantalones. —Tira de mi ropa.

—Los has comprado tú.

—Hubiese preferido una falda... —Tira de la cinturilla y me da un beso en los labios que a cada segundo hacemos más intenso. El corazón va a salirse del pecho cuando mi teléfono suena dentro de mi pequeño bolso a unos metros, en el salón. No lo cojo. Ambos pasamos del sonido estridente de los tonos hasta que yo me retiro porque vuelven a llamar.

—Tal vez sea importante —advierdo entre gemidos cortos, con la nariz de Anthony a milímetros de la mía.

—Está bien —casi maldice, y se separa.

—Es Jackie —comento en voz alta, mirando a Cross, que arruga el ceño levemente frente a mí—. ¿Jackie?

—Buenos días, Charlie. ¿Qué tal todo? —Observo a mi acompañante masculino.

—Bien. ¿Ya estás levantado? —Me extraña muchísimo. Debió acostarse muy tarde, o tal vez eso aún no ha ocurrido.

—Quería comentarte o... avisarte... —Suspiro. Sé qué va a decir—. Voy a ir a la visita. No te estoy pidiendo que me acompañes. Solo quería que lo supieras. —Me quedo en silencio unos largos segundos—. ¿Sigues ahí?

—Eh... Sí. No lo sé, Jackie. No sé si es buena idea.
—¿Que vaya, o que vaya solo?
—Que vayas solo.
—Ya soy mayorcito. No tienes que acompañarme. —Parece molesto.
—Puedo... ¿Puedo llamarte en unos minutos?
—Sí, claro.
Cuelgo y tomo asiento en uno de los sofás.
Cross se acerca a mí con cara de preocupado.
—¿Ocurre algo? —Se agacha frente a mí—. Puedes contarme lo que quieras.
Bufo.
—Jackie quiere ir a la cárcel. Hace... Hace dos meses que no vamos.
—¿Puedo preguntar por qué?
Lo miro con los párpados caídos.
—No logro perdonarle por completo.
Hunde el pecho y los hombros.
—Es una situación complicada, pero puedo acompañaros si lo deseas.
—¿Lo harías por nosotros?
Asiente.

Una sensación extraña me recorre por dentro. Cross siempre estuvo para nosotros hasta que dejó de estarlo; y este último pensamiento me aflige y me recuerda por qué llegué a odiarlo tanto. ¿Y qué ha pasado con ese odio? Ahora tengo necesidad de él, de sus cuidados, de sus besos, de sus caricias, de su compañía. ¿Cómo ha podido cambiar todo tanto en tan poco tiempo? No hace ni dos semanas que volvimos a vernos.

Envío un mensaje a mi hermano:

Yo: Te recojo en una hora y media.

Jackie: Está bien.
Te mando ubicación.
Estoy en casa de Emma.

Anthony me acompaña a mi apartamento y espera abajo mientras me cambio de ropa. Se sorprende de que no tardo más de quince minutos. Conduce entre las calles de Nueva York mientras yo me entretengo con el bullicio de las avenidas, los rascacielos que se alzan hacia el cielo y el sonido de los cláxones, el murmullos de las conversaciones y el ritmo constante de una ciudad que no duerme ni descansa a ninguna hora del día. Algunos icónicos edificios, lugares emblemáticos, como el Empire State Building y los neones de Times Square.

—¿Estás bien? —me pregunta Cross.
—Supongo.

Estira el brazo y me agarra la mano, que aprieta con cariño. Me quedo mirando el punto exacto de nuestra unión.

—A Jackie va a parecerle raro que estés aquí.
—Me importa Jackie, pero tú también. Lo entenderá.

Llegamos a la calle donde se ubica su apartamento y lo llamo para avisarle de que estoy abajo. Aparece cinco minutos después. Sin sorprenderle, sube a la parte de atrás con una sonrisa

en los labios.

—Vamos a ser tres. Estupendo. —Se pone el cinturón.

—Hola, Jackie. ¿Qué tal la noche?

—No mejor que la tuya. —Le da un golpecito en el hombro.

—¡Jackie! —le reprende.

Ellos sonríen.

—No me sorprende. Os vi anoche —informa—. También vi a Olivia desaparecer con Thomas.

Cross y yo nos miramos.

Después la llamaré para que me cuente de qué va eso.

La Rikers Island Correctional Facility, ubicada en la isla de Rikers, es una de las cárceles más grandes de Nueva York. Alberga a personas que esperan juicio, así como a personas condenadas por delitos graves, como la que hemos venido a visitar.

Conforme nos acercamos con el coche observamos el complejo de edificios rodeado de una alta cerca de seguridad y múltiples torres de vigilancia. La entrada principal está resguardada por puertas de acero y controles de acceso muy estrictos. La cárcel cuenta con varias unidades de alojamiento para los reclusos, que se organizan en bloques con una arquitectura simple y funcional, con paredes gruesas y ventanas pequeñas y seguras.

—No puedo seguir. Tengo que esperaros aquí —anuncia Cross, tras cruzar el primer control y llegar a la zona de aparcamientos.

—No te preocupes. Estamos bien. Lo hemos hecho decenas de veces. —Me guardo para mí que desde que él apareció todo se ha reavivado dentro de mí, aunque él no sea culpable de mis sentimientos.

Jackie y yo caminamos hasta la entrada principal. Me siento observada por las cámaras de vigilancia mientras pasamos el control de detectores de metales.

Cruzamos unos pasillos hasta llegar a una sala aséptica, de paredes grises y mobiliario del mismo color; solo sillas y mesas ancladas al suelo.

Ahora sí...

Ha llegado, de nuevo, el momento.

ESA NIÑA



CROSS

16 años antes...

Tenía unas ganas tremendas de ver a Charlie. Después de aquel beso sobre el tejado de su casa no podía dejar de pensar en ella. Thomas se reía de mí constantemente y me presentaba a chicas que no me interesaban.

—Tu vecinita te tiene muy tonto —dijo delante de unos apuntes que habíamos preparado entre los dos.

—Déjame en paz. —Le lancé una bola de papel que esquivó y dio en la frente de un compañero de facultad—. Lo siento —susurré.

—Esta noche hemos quedado en el apartamento de Alex para tomar unas birras —me informó.

—Me voy a casa esta tarde. —Puso los ojos en blanco—. ¿Qué?

—Vas a ver a Charlie. Me gustaría saber cómo es. Enséñame una foto.

—No seas niño.

—Dijo el que solo piensa en una chica que aún va al instituto.

—Ella es... diferente.

Se llevó la mano al corazón de una manera muy dramática.

—No sigas que llores.

Dos horas más tarde estaba subido en mi coche camino de Brooklyn. Ni me pasé por mi casa. Fui directamente a la de los Sallow. Malory me informó de que Charlie acababa de marcharse y me puse bastante nervioso. Desconocía lo que me estaba pasando, así que me pasé por el pub que frecuentábamos y estuve charlando con algunos amigos a los que hacía tiempo que no veía. Tenía la esperanza de que los ojos de esa chica dejaran de absorberme, pero...

Le escribí por mensaje. A Charlotte. A esa niña que ya no me lo parecía tanto y mi corazón dio un salto cuando aceptó mi propuesta para vernos.

En cuanto entró en el coche, algo recorrió mis venas y se mezcló con mi sangre. Ella cambiaba mi mundo por completo. Me abrumaba. Mi pulso se aceleró y sentí un cosquilleo en el estómago. Su mera presencia iluminaba hasta el cielo más oscuro y convertía un momento corriente en especial.

Me atraía su belleza, pero además era la chica más valiente que había conocido, además de inteligente. Su mirada me cautivaba y su voz me la ponía muy dura. No quería presionarla y obligarla a nada para lo que ella no estuviera preparada, pero nos imaginaba haciendo el amor y me volvía loco, completamente loco.

Cuando nos besamos, la tierra deja de dar vueltas o las da sin sentido alguno, deponiendo la razón para ese acto de amor. Nuestros labios unidos.

—Te he echado de menos —solté. Porque me apetecía y, aunque me daba miedo que ella no sintiera lo mismo, supe que debía ser sincero.

No respondió y la besé. Estaba deseándolo. Fui con cuidado. Charlie me devolvió el beso y tuve que contenerme para no cogerla en brazos y ponerla a horcajadas sobre mí.

Bufé sobre sus labios y sonreímos.

Le pregunté por la universidad, los cursos que le vendrían bien y ella contestó sin remilgos. Yo deseaba cambiar de tema y olvidar mis ganas de tocarla. Ella parecía encontrarse en paz y eso me reconfortó.

—¿Puedo pedirte un favor? —dijo antes de marcharse.

—Lo que quieras.

—¿Te pasas por casa y me dices si todo va bien?

—Claro.

Quise pedirle que no se fuera, que se viniera conmigo a dar una vuelta, a dormir juntos, a pasar el fin de semana en algún lugar lejano, pero solo la admiré hasta que se perdió dentro de la casa.

—Joder —maldije, porque me estaba enamorando de esa preciosa muchacha.

Thomas me llamó de camino a casa y hablé con él mientras conducía. Era una pesadilla, pero se había convertido en mi mejor amigo. Conectamos desde el principio. Nos prestamos apoyo incondicional. Una persona en la que puedes confiar, alguien con quien compartir risas y momentos inolvidables, así como otros menos placenteros. Puedo ser yo mismo con él sin miedo al rechazo. Thomas es empático y compasivo y comprende mis emociones, aunque se mofe sobre lo que siento por Charlie.

—¡Te ha dado calabazas!

—Tenía planes. Nos hemos visto un rato —me defendí.

—¿Habéis jugado a las casitas?

—Ja. Ja. No te lo contaría. Eres un chismoso. —Bromeé.

—¿Y adónde vas?

—A casa. Quiero descansar y mañana pasar el día estudiando.

—Qué coñazo eres. Mañana hemos quedado en Bank of Beer.

—No me apetece.

—Lo que te apetece es ver a esa chica y... Está claro que ella...

Pi, pi, pi, pi. Le colgué.

Aparqué en la puerta del garaje y bajé del coche dispuesto a pasarme por casa de los Sallow a comprobar que Malory y Jackie estaban bien. La noche era cálida y el cielo estaba estrellado. Observé que a la fachada de mis vecinos le vendría bien una capa de pintura. Di por hecho que ese era el menor de sus problemas.

Cerré la puerta de mi auto y escuché un ruido a unos metros. Alcé el rostro y busqué de dónde provenía. Las luces de la casa de Charlie estaban encendidas y caminé hacia allí.

Me dispuse a llamar a la puerta principal, sin embargo, un golpe seco y un grito me alertaron y corrí en esa dirección. Rodeé el porche y traté de abrir la puerta de la cocina, de donde provenían las voces, sin conseguirlo. Me asomé a la ventana y la escena que tenía delante me dejó sin respiración.

El señor Sallow daba golpes en la cara a Malory, con el puño cerrado, que trataba de esquivarlos y esconderse tras sus brazos.

—¡Malory! ¡Leonard! —grité, y volví a intentar abrir la puerta—. ¡¡Déjala en paz!! ¡¡He llamado a la policía!! —Mentí para disuadirlo.

Parecía que no me escuchaban, así que saqué mi teléfono del bolsillo de mis vaqueros, nervioso, y cayó al suelo, haciéndose añicos.

—Mierda.

No sabía qué hacer.

Tiré del pomo de la puerta y se abrió.

Leonard tenía a Malory en el suelo y le estaba dando patadas en la cabeza. Debía detenerlo o... la mataría.

UN LUGAR QUE NADIE QUIERE VISITAR



CHARLOTTE

Presente...

La sala de visita familiar de la cárcel es un espacio diseñado para que los reclusos puedan reunirse con sus seres queridos en un ambiente controlado, muy controlado. Supongo que busca proporcionar un entorno lo más acogedor posible para fomentar la conexión familiar y ofrecer momentos de intimidad, pero aquí no lo consiguieron en absoluto.

Un área abierta y bien iluminada, con filas de mesas y sillas dispuestas de forma ordenada. Mesas grandes para acomodar a varias personas y permitir una conversación fluida. No hay demasiado espacio entre unas y otras, aunque da la impresión de que lo han intentado.

—No me acostumbro a esto —murmura Jackie sentado a mi lado, frotándose las manos y suspirando.

—Yo tampoco... —Le doy un pequeño y medio abrazo.

No estamos solos, otras personas esperan a su seres queridos, amigo o familiar en mesas idénticas a la nuestra. Huele a una mezcla de humedad y cítricos, como si se hubiera tratado ocultar el mal olor con una ambientador de mala calidad.

Suena una pequeña bocina y todos alzamos los rostros en busca de quienes hemos venido a ver.

Mis ojos se encuentran con los suyos a metros de distancia y... siguen siendo los mismos, pero más tristes, aunque se iluminan cuando nos ve.

Sé que Jackie desea correr a darle un abrazo, pero las normas se lo impiden, así que esperamos a que tome asiento frente a nosotros.

—Hola, cariños míos. —Nos agarra de la mano.

—Hola, mamá —saludo.

—Feliz cumpleaños, vida mía. —Felicita a mi hermano— ¿Cómo estáis? ¡Contadme! ¿Cómo os va?

—Todo bien, mamá. No te preocupes —respondo.

—¿Cómo está Emma? —cuestiona a mi hermano—. Sigues saliendo con esa preciosa chica, ¿verdad? —No la conoce en persona, no ha tenido la oportunidad, dada las circunstancias, pero Jackie le enseñó una foto.

—Sí.

—Parece una chica agradable.

—Es muy buena persona.

Charlan un rato mientras mi mente viaja a aquella noche sin poder evitarlo. Recuerdo a mi madre y sus manos, llenas de sangre, así como su cuello y el suelo de la cocina enrojecido. Tuve pesadillas durante años. Me despertaba con el corazón acelerado y la respiración entrecortada.

También me hace preguntas a mí, sobre la editorial y mi vida privada. Le digo que todo sigue igual y no le hablo de los cambios. Cambios: ahora Anthony Cross es mi jefe y dueño de Boundless Press Book y... ¿dueño de mi corazón? No lo sé. Al menos es dueño de mi cama.

Cuarenta y cinco minutos más tarde nos despedimos de ella y recorremos el camino de vuelta hasta la salida, después de recoger nuestros enseres, que hemos dejado en una taquilla.

Anthony abraza a Jackie y le pregunta cómo está. Hace lo mismo conmigo cuando este se mete en el coche y nosotros nos quedamos fuera.

—¿Y cómo está Malory?

—Supongo que bien —digo con la voz rota.

Cross vuelve a abrazarme y me arropo en su pecho.

—¿Nos vamos? —Me da un beso en la cabeza.

Asiento y nos marchamos.

Durante el camino de vuelta es mi hermano el que inicia una conversación sobre béisbol con Cross hasta que este nombra a Thomas y recuerdo lo que Jackie dijo en el camino hacia Rikers Island. Eso de que había visto al amigo de Anthony tontear con Olivia y salir con ella del local.

Lo que me parece más extraño es que no me haya contado nada.

Envío un mensaje:

Yo: ¿No tienes nada que contarme?

Oli: No sé de qué hablas.

Yo: Habla hoy o calla para siempre.

Oli: Elijo callar.

La conozco y sé que no será así. Espero su respuesta mientras escribe.

Oli: Thomas y yo nos caímos bien, socializamos un poco y... Nos fuimos a su apartamento. Bueno, decir apartamento es decir poco. Es un dúplex con vistas al río Hudson. Increíble, pero él lo es aún más. Llevo con él desde anoche, por eso no os he escrito ni llamado. Ahora se está duchando. Me ha preparado el desayuno y me ha dicho que me ponga cómoda, así que pasaremos el día juntos.

¿Qué haces tú?

Estás con Cross.

Yo: Nos ha acompañado a Rikers Island.

Vamos de vuelta.
Jackie también está con nosotros.

Oli: ¿Cómo está tu madre?

Yo: Bien, supongo.

Oli: ¿Y tú?

Yo: Sigue siendo difícil verla ahí dentro.
Pero bien. Ya sabes...

Oli: ¿Quedamos mañana?
Un vino nos vendrá bien.

Yo: Quieres cotillear sobre Cross y Thomas.

Oli: Me has pillado.

Yo: Ok.
Mañana hablamos.
Un beso.

Oli: Un beso.

ESTABA DEVASTADA



CHARLOTTE

16 años antes...

Nuestra vida cambió de repente, esta vez sí que se nos dio la vuelta a nuestro mundo. Papá falleció aquella noche y mamá fue detenida y puesta a disposición judicial. Experimenté una mezcla abrumadora de emociones y tuve que enfrentarme a innumerables desafíos. Jackie y yo sufrimos un impacto emocional que nos afectó de maneras muy diferentes.

Yo, al principio, estaba devastada. Había perdido de un plumazo a mis dos progenitores y, aunque no echaba de menos a mi padre cuando ya se marchó de casa, tampoco quería que aquello hubiera ocurrido. No obstante, he de reconocer que a veces llegué a sentirme aliviada y esto hacía que me hundiera al sentirme mala persona.

Fue muy doloroso y me generó una sensación de profunda tristeza, confusión y abandono.

La realidad era que ahora Jackie y yo estábamos solos.

Unos meses después apareció la ira, el resentimiento y la frustración hacia ellos y la situación en general. Estaba muy enfadada con mi padre por haber creado aquella situación y con mi madre por haberlo matado, a pesar de que en mi fuero interno entendía que lo había hecho en defensa propia y que, en otro caso, hubiera sido ella la que no estaría entre nosotros. Pero es que tampoco lo estaba. Pronto se celebraría el juicio y se preveía que la sentencia sería condenatoria.

También me sentí culpable y me preguntaba si yo lo hubiera podido evitar de alguna manera. Le daba mil vueltas a la cabeza cada noche y casi no podía concentrarme en los estudios que, con esfuerzo, pude sacarme.

Nos mudamos con nuestra tía Naty, a la que habíamos visto dos veces en nuestra vida, porque no se hablaba con mamá desde hacía años. Con el tiempo me enteré de que papá también tuvo mucho que ver en esto. En ella encontramos comprensión y me sorprendió lo bien que nos llevamos desde el principio.

Y Jackie... Jackie estaba en shock y vivía como si no hubiera pasado nada. Echaba de menos a mamá y, durante un año, creyó que había tenido que marcharse a trabajar a la otra punta del país y por eso no podíamos verla.

—¿Has sabido algo de él? —me preguntó Oli por teléfono.

—No... —dije entre suspiros.

Se refería a Anthony. Mi vecino desapareció tras aquella noche. Se lo tragó la tierra. Se esfumó.

Ahí fue cuando llegó también el odio hacia él. No entendía lo que ocurría. ¿Tanto se había enfadado conmigo por culparlo por lo que había pasado? Aquella noche perdí los nervios, fue muy complicada y volqué contra él toda mi ira, pero... ¿Alejarse de mí de esa forma? ¿De nosotros?

Nuestro nuevo barrio no estaba demasiado alejado del anterior. Terminamos los estudios en el mismo instituto por decisión propia, aunque tía Naty nos propuso que los siguiéramos en uno diferente, donde nadie conociera la historia de nuestra familia. Me negué en rotundo. Lo último que deseaba era alejarme de mis amigas, además, salió en los noticieros, era normal que alguien nos reconociera.

—Qué raro... Espera un segundo. —Escuché que hablaba con alguien—. Nos vemos esta tarde, ¿no? Vendrás a los recreativos.

—Sí. Hasta luego.

No me apetecía en absoluto, no obstante, me animaba a salir y a hacer una vida normal, así como obligaba a Jackie a que la hiciera.

—Charlie, el almuerzo está listo —mi tía me avisó desde el pasillo.

—¡Voy! —grité, y me levanté de la cama, donde estaba tirada con un libro a mi lado.

Jackie ya esperaba sentado alrededor de la mesa cuando llegué al comedor. Naty vertía agua fría en los vasos y sonrió cuando me vio.

Lo cierto es que nunca tendré palabras de agradecimiento para ella. Acogió en su casa a dos personas casi desconocidas a pesar de tener estrechos lazos de sangre.

Divorciada hacía dos años y sin hijos. Resulta que se alejó de mamá porque le aconsejaba que no debía casarse con nuestro padre. Fue testigo de desplantes y faltas de respeto. No vio malos tratos físicos, pero sí psíquicos y mamá defendió al que era por aquel entonces su novio a capa y espada. Ella, nuestra tía, también pasó por momentos de intensa culpabilidad al conocer lo que había sufrido mamá y el fatal final de ese matrimonio.

—Debía haber estado pendiente de ella, a pesar de que ella no quería. Me pudo el orgullo. El orgullo nunca es buen compañero. Aléjalo de tu vida —me aconsejó unos años después de acogernos en su casa.

Muchas veces estuve a punto de llamar a Anthony, incluso escribía mensajes que después borraba. Creé en el block de notas del móvil una carpeta donde redactaba lo que me hubiese gustado decirle. Había de todo. Desde que estaba enamorada de él pero no había querido admitirlo, hasta que deseaba que lo trataran con el desprecio que él me había tratado a mí.

En compensación, añadí una nueva entrada a la historia que venía montando como ensayo de escritora entre imaginativa y osada. En cierto modo, lo que la realidad vital no me ofrece a manos llenas, mi imaginación se lo toma doble.

IRRESISTIBLE



CHARLOTTE

Presente...

El lunes se presenta intenso, así que me levanto muy temprano y me preparo para enfrentar una agenda llena de tareas y responsabilidades.

—Y eso es todo —me dice Norma con la Tablet en la mano, delante de mi escritorio.

«Puff», bufo para mis adentros, pero parece que me escucha.

—¿Estás enferma? Tienes mala cara. Como de haber dormido poco.

¿Poco? Poquísimo. Y Cross ha tenido que ver mucho en ello.

La primera hora de trabajo la paso leyendo correos electrónicos acumulados y otros que llegan sin cesar solicitando cambios de última hora en algunos manuscritos y pidiendo que revise algunas nuevas propuestas.

A media mañana mantenemos una reunión de equipo donde discutimos los próximos lanzamientos y hacemos ajustes finales en las portadas de los libros. Casi no tengo tiempo para respirar ni relajarme.

«Amas tu trabajo, Charlie», me digo.

Los autores y agentes literarios de repente se ponen de acuerdo para llamarme por teléfono, ansiosos por conocer el progreso de sus obras. Algunos de ellos tienen las expectativas muy altas y no se cumplen y eso les causa mucha frustración. En ocasiones hay que tener paciencia para que un libro funcione y llegue al público y tengo que explicárselo.

Me esfuerzo por mantener la calma y la concentración. Me niego a ceder a la presión.

Ni una llamada ni un mensaje de Cross. Debe estar tan ocupado o más que yo en CROSS COMPANY.

A medida que avanza la tarde, algunos de mis colegas comienzan a sentir el agotamiento y le pido a Norma que se marche, casi son las siete de la tarde.

—¿Necesitas algo antes de irme? —me pregunta, siempre pendiente de mí.

—No, gracias. Hasta mañana. Y gracias por el almuerzo. —Me trajo una ensalada y un sándwich de jamón y queso sin habérselo pedido.

La oficina se vacía lentamente y decido quedarme un rato para terminar un par de asuntos pendientes.

Toc, toc.

Alzo el mentón y me encuentro con él y su majestuosa presencia. Posee un magnetismo imposible de ignorar y captura mi atención por completo. Su mirada verde, profunda y penetrante, se clava en mí y refleja una combinación de confianza y misterio.

Sonríe unos segundos más tarde, con el hombro apoyado en el quicio de la puerta y sus rasgos masculinos se acentúan.

Irresistible.

Se yergue y camina hasta mí con movimientos gráciles y confiados, yo me quedo helada, a pesar de que la temperatura ha subido veinte grados en un instante.

Gira mi silla, me agarra de las manos, me levanta y me rodea la cintura con sus brazos. Huele mi cuello, mi cabello y mis mejillas, en las que deja breves besos.

—Qué ganas tenía de ti —susurra, y me pone los vellos de punta—. Esta noche sí que tendremos esa cita.

Se refiere a la que nos prometimos ayer y no tuvo lugar. El domingo fue tan intenso con la visita a la cárcel que me quedé dormida en su sofá y me llevó a casa para que descansara a pesar de sus constantes negativas. Cross pretendía que me quedara a pasar la noche en su ático, sin embargo, tenía que volver a mi apartamento, al que tenía abandonado.

—No puedo —expreso, muy a mi pesar. Él arruga el ceño y me observa, esperando mi explicación—. He quedado con Olivia.

Chasquea con la lengua y se retira medio palmo.

—Siempre puedo matarla.

—Una solución bastante drástica y... ¿Qué diría Thomas sobre ello? —Me inmiscuyo.

—No sé de qué estás hablando.

—Vamos, seguro que habéis hablado de nosotras.

—No he tenido tiempo ni para llamarte a ti...—Vuelve a besarme y me empuja contra la mesa.

—¿Qué haces? —Me hago la dura.

—No creo que necesites una explicación.

—La puerta está abierta. —Lo empujo y él suelta una queja muy abrupta. No está acostumbrado a que lo rechacen—. Llévame a casa, estoy muy cansada.

—Grrr... —Sale de su garganta.

Odia que lo rechacen.

Paramos frente al ascensor unos segundos hasta que la puerta se abre y entramos.

El ambiente se carga enseguida de nuestras ganas y el deseo irrefrenable que nos tenemos.

No bajamos ni dos plantas, estoy segura, cuando Cross pulsa el botón que detiene el aparato en el que vamos subidos, se gira y me observa como ese león que observa a su presa antes de abalanzarse sobre ella, atacarla y comérsela.

Da un paso hacia delante, presiona mi pelvis con sus garras y me empuja hacia atrás, pegando mi espalda a la pared.

Mi corazón bombea hasta casi salirse por la boca.

—Esto va a ser rápido —asegura con su boca sobre mi boca.

Me devora.

Nuestras lenguas se enredan y me pierdo entre su saliva y la mía. Nuestros dientes chocan como trenes en la misma dirección.

Me sube el vestido hasta la cintura y arranca mis bragas de un tirón.

Gimo al notar la marca que con seguridad ha dejado sobre mi piel.

Me abre las piernas con las suyas y busca mi monte de Venus, baja hasta mi clítoris y hace círculos sobre él.

—Joder... —lamenta sobre mi boca cuando me encuentra húmeda y dispuesta.

Sin detenerse, se abre la bragueta de su pantalón de traje y se saca la polla. Me levanta un palmo y la lleva hasta la entrada de mi vagina, en la que se abre paso sin pedir permiso pero sabiendo que lo tiene concedido.

Jadeamos al unísono cuando me penetra sin piedad.

—Agárrate a mi cuello —ordena.

Le hago caso y me dejo llevar por ese baila sinigual, donde él lleva el ritmo, tan perfecto que no me quejo.

Entra y sale.

Entra y sale.

Entra y sale.

Pum, pum, pum.

Pum, pum, pum.

Una variedad infinita de sensaciones me recorre de pies a cabeza hasta que un orgasmo indescriptible me hace gritar mientras él cubre mi boca con su mano.

Dos estocadas más tarde, se corre él también.

Me da un último beso, este muy suave, sale de mí y me deja en el suelo con cuidado.

Me bajo el vestido y miro hacia una esquina del techo.

—Hay cámaras de seguridad.

Cross termina de cerrarse el pantalón, coge su teléfono móvil y hace una llamada.

—Borra todo lo grabado hoy en la cámara de seguridad del ascensor oeste. —Cuelga y se lo guarda en el bolsillo.

Espero a Olivia escuchando música y leyendo un libro. He abierto una botella de vino y una copa me acompaña sobre la mesita delante del sofá. El timbre suena pasadas las nueve de la noche. Doy por hecho que se quedará a dormir y me dará patadas en la cama.

Me apresuro a abrir y ahí está ella, sonriendo y sosteniendo dos botellas de vino tinto, una en cada mano. Nos damos un pequeño abrazo y entramos en la sala.

—Veo que has empezado sin mí —observa mi copa medio vacía.

—Has tardado mucho. —Le quito las botellas y las dejo sobre la encimera de la cocina—. ¿Mucho trabajo?

—Demasiado.

—Puedo recomendarte en la editorial —digo, medio en broma, medio en serio.

—¿Y trabajar para Cross? No, gracias.

—Estoy segura de que Thomas se pasaría por allí en más de una ocasión —la pico.

Cojo la botella ya abierta y le sirvo una copa.

Brindamos en un acto reflejo, como una costumbre ya asumida y la charla comienza a fluir fácilmente.

—Alyn siente no venir, pero no podía dejar sola a Isabella. No se encontraba muy bien —me informa—. Estaría encantada de enterarse de los detalles de nuestras historias.

—No pienso darte detalles. Cotilla.

Me sigue hasta el salón y nos acomodamos en los sofás.

—Pues yo sí. Thomas es un portento en la cama —habla sin remilgos.

—¿Y cómo fue? Me refiero a... ¿cómo llegasteis a ello?

—Nena, pues... Chica conoce a chico, chico conoce a chica, se gustan y... Espera, se me ha pasado un detalle sin importancia: chica conoce a chico normal.

—¿Qué es para ti normal?

—No vive con su madre, trabaja, es cariñoso, atento, simpático y divertido y... Ah, sí, no pretende llevarte a coger salmónes en la primera cita.

—¿Y qué hiciste en vuestra primera cita? —pregunto, sabiendo y esperando la respuesta.

—Lo que viste y follar.

Suelto una carcajada.

—¿Y qué lees ahora? —Coge el libro que descansa cerrado junto a una vela encendida.

—Una novela apocalíptica. El mundo deja de funcionar tal y como lo conocemos.

—Un rollazo.

—Está muy bien escrito y es muy interesante.

—*Bla, bla, bla, bla.* —Da un trago al vino—. Ahora tú. ¿Qué tal con Cross?

Respiro hondo antes de responder, porque hay una mezcla de emociones en mi corazón. Aún así, comparto con ella mis sentimientos, que conoce mejor que nadie al llevar a mi lado casi desde que tenemos recuerdos.

—¿No te ha dicho por qué desapareció de aquella manera? —Para lanzarse a hacer esta pregunta lleva ya unas cuantas copas de vino. Yo llevo otras cuantas para escucharla y responderla.

—No hemos hablado sobre ello.

—¿Y sobre tu odio visceral hacia él?

—El primer día. Le dije... Le dije que lo odiaba y que eso nunca cambiaría.

—Pero ha cambiado.

Vuelvo a respirar profundamente y me tiro de espaldas en el sofá. Cierro los ojos y la noche en la que falleció mi padre aparece como fotogramas en mi mente.

«Yo cuidaré de vosotros». «Te prometo que no dejaré que ocurra nada», escucho a Anthony en mi memoria.

—Es... muy complicado.

—Del amor al odio solo hay un paso.

—Y esta vez el paso ha sido la compra de una editorial.

Nos reímos.

—Eso es una tontería. Ha sido el destino. Siempre habéis estado unidos.

—La casualidad.

—Tu casualidad. —Me guiña un ojo.

Compartimos consejos y nos apoyamos ante la incertidumbre que supone comenzar una nueva relación, porque... ¿lo es?

La botella de vino se vacía y nuestras risas llenan la habitación. El tiempo vuela mientras compartimos vida hasta que nos quedamos dormidas de cualquier manera sobre cojines en la alfombra.

EL FUTURO PUEDE PARECER ABRUMADOR



CHARLOTTE

Quince años antes...

—¿A qué hora vamos a ir al centro comercial? —preguntó Alyn, lamiendo un helado de vainilla y sentada en el porche de su casa en la que habíamos quedado para preparar los exámenes del último curso.

Pronto iríamos a la universidad. Comenzaríamos una nueva etapa y yo, sinceramente, la necesitaba. Alejarme de todo me vendría bien, o tenía la esperanza de que eso me ayudara a superar lo ocurrido un año antes. Me quedé en Nueva York para no separarme demasiado de Jackie al que me había unido todavía más.

Me emocionaba la idea de conocer nuevos amigos, aprender y explorar diferentes áreas de estudio, aunque tenía claro que mi presente y futuro, así como mi pasado, estaba entre libros.

—Temprano. Que después hay mucha gente —apuntó Oli, pintándose los labios.

Me importaba poco o nada el vestido que me pondría para la graduación, sin embargo, estaba ilusionada por lo que significaba.

—Una etapa termina y otra comienza —solté, mirando el cielo—. Es un momento de transición y crecimiento.

—Dijo Kant una vez —ironizó Olivia.

—Joder, vas a hacerme llorar —bromeó Alyn.

—Es cierto. Ahora vienen momentos de reflexión —argumenté, aunque yo llevaba un año así.

—Llevas razón. No sé de qué color comprar el vestido. —Rio Alyn.

En los meses anteriores habíamos experimentado muchas emociones intensas. Estábamos viviendo las últimas veces para vivir otras que serían las primeras. La idea de terminar los estudios y estar listos para emprender nuevos caminos era emocionante, además de liberadora.

También sentía un poco de ansiedad e incertidumbre sobre lo que nos esperaba. Íbamos a separarnos y, sobre todo, iba a separarme de Jackie. El terapeuta, al que visitaba desde que papá falleció, me ayudó a canalizar mis sentimientos y a entenderlos.

El futuro puede parecer abrumador, más si has pasado por lo que yo, nosotros, habíamos pasado.

—Venga, vamos a terminar. Mi tía ha hecho la lasaña para cenar —las arengué, tras mirar la hora en mi teléfono móvil.
Encontré un mensaje.

Silas: Hola, Charlie.
¿A qué hora me paso a buscarte?

Yo: ¡Hola!
¿Dentro de una hora?
¿Te viene bien?

Silas: Sí, sí.
Solo necesitaba saberlo.
¿Qué tal la tarde de estudio?

Yo: Bien.
Entretenida.

Silas: Te he echado de menos.

Yo: Y yo a ti.

Comencé a salir con Silas hacía unos meses. Él siguió insistiendo y yo acepté que Anthony no iba a volver, así que le di una oportunidad al chico más guapo de segundo grado. Me cuidaba, siempre estaba pendiente de mí y me gustaba mucho, aunque... Nada parecido a lo que había sentido por Cross, o... ¿sentía? Qué importaba. Lo único que tenía en cuenta era que él ya no estaba. No tuvimos una relación intensa y significativa, ni siquiera tuvimos una relación como tal. Me refiero a que no habíamos estado saliendo, pero me había ilusionado demasiado e, incluso admití con el tiempo que había hecho planes de futuro con él sin saberlo. Mi subconsciente nos vio en la Gran Manzana, compartiendo piso y durmiendo juntos. Sueños de una niña que tuvo que despertar en medio de una pesadilla demasiadas veces.

He de reconocer que su partida dejó un vacío en mí, un agujero en mi pecho donde, si gritabas, podías escuchar el eco.

Fue en medio de esa tristeza y confusión cuando dejé a Silas entrar en mi vida de otra manera. Al principio me sentía reacia a abrir mi corazón de nuevo, aún dañado por Cross. Me daba pánico que volvieran a lastimarme, aún más si sumábamos por lo que estaba pasando. En la vida suceden muchos cambios, nos sometemos a ellos, pero yo había vivido demasiados en muy poco tiempo.

Sin embargo, poco a poco, Silas empezó a ganarse mi confianza y un lugar dentro de mi pecho. Su presencia, sus risas, sus comentarios, mensajes y llamadas pintaron con una luz muy cálida y reconfortante los días que se habían vuelto oscuros.

Mis sentimientos hacia él no eran tan genuinos y profundos, no obstante, a mí me valía con eso y me reconfortaba.

Todos los amores son iguales de valiosos aunque no sintamos lo mismo por todos.

Silas me dio esperanza y me di cuenta de que el amor podía manifestarse de otras formas y que cada relación es especial de una manera.

Pero tenía que admitir que la sombra de Anthony Cross seguía muy presente y me rondaba en cada esquina; así que aprendí a vivir el presente y a aceptar la realidad.

Abracé la idea de que los amores pasados forman parte de nuestra historia, pero que tenemos que dejar espacio a los nuevos y darnos otras oportunidades.

Me dio un beso en cuanto subí a su coche, donde me esperaba con una sonrisa cálida que me contagió. Estaba sentado en el asiento del conductor con unos vaqueros rasgados y una camiseta azul marino.

—Hola, preciosa —dijo al abrir la puerta del coche. Posteriormente me dio ese beso.

El corazón me dio un pequeño vuelco.

Tomé asiento a su lado y nuestras manos se unieron de una manera muy natural, entrelazadas como si estuvieran destinadas a encajar.

—¿Lista para cenar lasaña?

Abrí la boca y los ojos.

—¿Cómo sabes que hay lasaña para cenar?

—Naty me ha invitado. He aceptado... Si no te importa —informó mientras arrancaba el coche.

—Será divertido.

No me asustó en absoluto. Aquello no se convertiría en una relación seria porque cenara en casa con nosotros. Tía Naty siempre tenía invitados y nos habíamos acostumbrado. Con total probabilidad seríamos alguno más para cenar.

El trayecto lo hicimos acompañados de buena música. Sonaba *Anti-hero* de Taylor Swift.

Mantuvimos una conversación relajada y fluida sobre los exámenes, nuestros amigos y los planes del fin de semana.

—Las chicas vamos al centro comercial mañana por la mañana. Y sabes... Queremos ver vestidos para la graduación —le indiqué, después de que me propusiera ir al cine el sábado.

—Podemos comer allí cuando terminéis.

—De acuerdo.

Los dos tarareamos la canción que sonaba de fondo y compartimos algunas risas recordando el porrazo que se había dado Luca con su bicicleta en la que solo hubo que lamentar daños materiales.

Me gustaba su compañía; disfrutaba de ella.

Cuando detuvo el coche y lo aparcó, me miró y preguntó.

—¿Lista para comer la peor lasaña del barrio?

Solté una risotada.

—Eres muy malo, pero... Llevas razón. —Yo también sonreí—. ¡Está asquerosa! —Alcé las manos.

Bajamos del vehículo entre risas y Jackie vino corriendo hacia mí y me dio un abrazo en medio del patio delantero. El sol se ocultaba por el horizonte y un día se acababa en una nueva casa que nos acogió con mucho amor y cariño.

Nunca tendré palabras de agradecimiento hacia nuestra tía Naty.

Y llegó el día de nuestra graduación. Estábamos muy emocionados. Habíamos cruzado una meta, la primera de todas las que nos habíamos propuesto; incluso hicimos una lista de nuestros propósitos. Graduarnos significaba un reconocimiento al esfuerzo y trabajo duro que habíamos

invertido en los estudios durante muchos años. Un momento de orgullo y satisfacción que para mí se convirtió también en un día de ausencias. Mi madre no podría acompañarme y se iba a perder el evento. Todos estarían rodeados de sus seres queridos y, aunque tía Naty y Jackie no se lo perderían, me hubiese gustado que todo hubiera sido muy diferente.

Aquello simbolizaba el fin de una era, cerrábamos un capítulo importante para abrir muchos otros. Despedíamos la rutina del instituto, los horarios de las clases y los exámenes y, sobre todo, nos despedíamos de nuestros mejores amigos. Algunos se marchaban demasiado lejos. Yale, Harvard... Luca se mudaba a la otra punta del país y Silas estudiaría en Princeton, en New Jersey; no estaríamos muy lejos el uno del otro y podríamos vernos a menudo.

Comenzábamos un camino lleno de posibilidades y decisiones.

Lo celebramos con alegría y el público asistente nos recibió con júbilo y aplausos. Nos sentimos valorados y miramos al futuro con los mismos nervios con los que subes a un avión para iniciar un nuevo viaje alrededor del mundo.

Logros alcanzados, lecciones aprendidas, madurez, crecimiento. El futuro era nuestro.

No resistí esa noche la tentación de escribir unas hojas de mi historia fantaseada.

CROSS

Mis padres me llamaron aquella mañana para, sin saberlo, remover el pasado. Estudiaba para los exámenes finales. Me hacía un café y me masajeaba la sien cuando sonó el teléfono.

—¿Sí?

—¿Anthony?

—¿Qué tal todo, mamá?

—Bien. Te llamaba para comentarte algunas cosas.

—A ver... Comienza por la primera.

—La mudanza de la casa será en dos semanas. ¿Quieres quedarte con algo especial?

—Supongo que sí... —farfullé, tras darle un sorbo al café y quemarme la lengua.

—Dentro de diez días, el viernes, es la graduación de Charlie. Podías venir a verla, le vendrá bien estar acompañada por personas que la quieren y la aprecian y... recoges tus cosas.

El corazón palpitó dentro de mi pecho al escucharla.

Sabía que se graduaba, pero no tenía ni idea del día exacto y llevaba mucho sin escuchar su nombre.

—No sé, mamá... Tengo mucho que hacer, mucho que estudiar...

—Anthony, no vengas con excusas. Si quieres tus cosas, tendrás que aparecer por aquí. Entiendo que has creado una nueva vida en la Universidad, pero esa no es razón para abandonar a tus padres. —Se puso dramática y no le quitaba razón. Desde aquella noche casi no había aparecido por allí—. Ese día es un buen día para venir y así acompañas a Charlie y le das la enhorabuena. No te pido ni que te quedes a la celebración. Le das un abrazo y te marchas. La graduación es importante para ella.

—¿Sabe que vais?

—Es una sorpresa.

—Lo intentaré.

—¿Lo prometes?

—Sí, mamá. No seas pesada.

La escuché suspirar.

—Otra cosa —siguió—. Voy a llevarme la biblioteca, pero he pensado regalarle algunos libros a Charlie. No te importa, ¿verdad?

—Claro que no.

—Será una cantidad importante.

—Son tuyos, mamá.

—Y nunca has leído. No sé por qué jamás te gustó leer. Mira que lo he intentado decenas de veces, desde que eras pequeño.

El día antes de la graduación, el jueves, llamé a mi madre con una excusa muy burda para no asistir al evento. No podía verla. No podía. No me arriesgaría a mirarla a la cara y que se me cayera el mundo encima. No podía olvidar lo que ocurrió aquella noche y el secreto que había prometido guardar. Sabía que se había recuperado bastante bien y que Jackie casi no recordaba nada. Era lo mejor, después de todo...

Grace se enfadó. Me acusó de haber relegado cosas importantes a un segundo plano y haberme olvidado de lo primordial.

—La familia.

—Los Sallow no son mi familia —solté, abrumado por todo lo que sentía. Me arrepentí en cuanto salió de mi boca.

—Tú sabrás lo que haces, Anthony Cross. —Y me colgó. Mi madre era de armas tomar y no me extrañó.

Lo que sí hice fue ir a la graduación, pero a escondidas. Quería vivir ese momento junto a ella aunque nadie lo supiera. Deseaba verla feliz y sonreír. Y lo conseguí. Charlie iba preciosa. Con el pelo ondulado y los labios pintados de rojo.

Me colé en el auditorio, decorado con colores azules y el símbolo de la institución educativa. Las sillas dispuestas frente al escenario, donde los familiares esperaban que comenzara la celebración.

Me empeciné al final y la busqué en las primeras filas, donde se alineaban los estudiantes con sus birretes y togas también azules.

El Director Madison, al que conocía, dio el discurso de bienvenida y palabras de aliento a los graduados. Reconoció el arduo trabajo y los logros de los estudiantes y destacó momentos que habían compartidos juntos. Me recordó mucho a mi graduación. Fue como volver a aquel día.

Tras otras palabras, llegó el momento de dar los diplomas y los estudiantes subieron al escenario uno a uno cuando se anunciaban sus nombres.

Una sonrisa muy amplia se dibujó en mi rostro cuando Charlie subió las escaleras con paso firme y recogió el suyo. Todos aplaudieron y no pude evitar hacer lo mismo.

Reconocieron a algunos estudiantes destacados con premios y menciones especiales y, como no, Charlie fue el mejor promedio académico en la categoría de letras.

Terminó con el tradicional lanzamiento al aire de los birretes y me dije que era el momento de marcharme si no quería ser descubierto. Pero algo me detuvo. Una visión que me rompió el corazón en mil pedazos.

Qué ingenuo había sido.

¿Qué esperaba?

Charlie abrazó al que reconocí como Silas y le dio un beso en los labios que duró varios segundos que se me hicieron una eternidad; el tiempo se detuvo.

Hundí el pecho y un largo suspiro se escapó desde mi garganta.

Unos segundos más tarde, Jackie y la que supuse que era su tía Naty, de la que me había hablado mi madre, la felicitaron, así como mis padres que se acercaron a ella, que saltó de felicidad al verles.

No daba la sensación de que me echara de menos ni que se hubiera acordado de mí en aquel momento tan especial en su vida.

Me lo merecía.

Me merecía haber quedado en el olvido porque me había comportado como un cretino con ella, aunque tuviera mis razones y nunca podría decírselas.

A LA MIERDA TODO



CHARLOTTE

Presente...

Cross y yo formamos un buen equipo y su capacidad de persuasión es impresionante, así que conseguimos celebrar la presentación del libro de Emily Watson a tiempo y con la autora en perfectas condiciones. *Detrás de sus ojos* iba a convertirse en un *best seller* sin duda y no solo porque nosotros lo llevaríamos a lo más alto, sino por su historia y la manera magistral en la que estaba escrita.

Salgo de la habitación de Cross, donde he pasado la noche, con una falda color champán, una blusa blanca y unos *stilletos* nude de ocho centímetros de altura. Anthony se me queda mirando mientras se coloca su chaqueta color gris por encima de los hombros.

—Estás... preciosa. —Me observa de lado.

Él está buenísimo, todo hay que decirlo.

—Gracias. —Sonrío, y camino hasta él. Me agarra de la cintura y me planta un beso en los labios—. Te agradezco todo lo que has hecho para que Emily estuviera preparada para la fecha que habíamos propuesto.

—En MindWell hacen magia. —Sonríe de lado y me derrito.

Lo tengo a medio palmo de mí y sus ojos siguen trasladándose a lugares que desconozco pero que me gustaría visitar.

Me besa también el cuello y lleva una mano hacia uno de mis pechos.

Suelto un pequeño suspiro.

—No podemos... Vamos a llegar tarde.

—A la mierda todo. —Me muerde la oreja.

Suelto una carcajada y doy un paso hacia atrás.

—Señor Cross, esto me parece de lo más inconveniente. —Lo reto.

—No juegues conmigo, Charlie. Los dos sabemos que perderías.

Camino de una manera muy sensual hasta el vestíbulo, donde me cuelgo el bolso muy despacio, y le comento:

—Tú siempre ganas, ¿no? O eso crees.

Viene hasta mí.

—A la prensa va a encantarle que Anthony Cross vaya empalmado a la presentación de un libro —bromea.

—De ciencia ficción —puntualizo.

Nos reímos.

Nos bajamos de la limusina negra en la puerta del The Morgan Library & Museum; una joya cultural de la ciudad. Ubicado en el corazón de Manhattan; una institución histórica que combina una impresionante biblioteca, una colección excepcional de arte y una arquitectura majestuosa.

Cross me da un pequeño beso frente a la fachada de estilo neoclásico.

—¿Preparada?

Asiento, me da la mano y cruzamos la puerta principal para adentrarnos en un lugar sofisticado que te transporta a otra época, con techos altos, columnas imponentes y detalles decorativos exquisitos. Una obra maestra en sí misma que alberga una impresionante colección de manuscritos y libros antiguos.

—Amo este lugar —musito.

Cross me clava la mirada y presiento que desea decir algo, pero no lo hace y seguimos nuestro camino.

Con espacios de lecturas hermosos y tranquilos, pensados para la reflexión y el conocimiento.

La presentación está preparada en uno de los salones del museo, repleto de cultura, obras de arte que van desde pintura a escultura y adornados con artefactos muy antiguos.

Vemos a lo lejos a Willy Walsh, representante de Emily, y caminamos hacia él.

—Buenas tardes. —Sonríe al vernos y nos da un apretón de manos.

—¿Dónde está Emily? —pregunto.

—Tras esa puerta. Preparándose. Tiene un ritual para las presentaciones y no se le puede interrumpir.

Cross mira su reloj.

—Pues tendrá que darse prisa —dice con rudeza y con su falta de paciencia.

Me asomo a la sala, ya repleta de gente, y la emoción en el aire es palpable. Lo sé. Lo he vivido decenas de veces. Los lectores esperan ansiosos a la autora de la novela que los ha transportado a otro planeta, literariamente hablando.

El murmullo de la multitud se hace más grande a cada minuto que pasa y los presentes se ponen nerviosos.

—O la sacas tú, o la saco yo —me anuncia Cross, sin remilgos.

Me dispongo a buscarla cuando la autora sale con un vestido rosa muy ceñido y a la altura de la rodilla.

Sonríe al verme y nos saludamos.

—¿Anthony Cross? No pensaba verlo aquí —le suelta, aún estando al tanto de la compra venta de la editorial—. Gracias por venir a apoyarme. —Le cede la mano para que Cross se la estreche con coquetería.

¿Celos?

Un poco.

Anthony elige callar y nos disponemos a comenzar el evento.

El murmullo se desvanece cuando Emily entra en la sala, irradiando elegancia y confianza. Los flashes de las cámaras iluminan el lugar mientras los fotógrafos invitados capturan el momento.

Subimos las dos al escenario, ella primera, yo la segunda y dejo que salude al público con una sonrisa radiante, expresando su gratitud por el apoyo inquebrantable de sus seguidores.

Habla sobre el proceso de creación de la novela, la inspiración obtenida y los desafíos a los que se enfrentó durante su escritura. Su voz es cautivadora y el público la escucha en silencio, fascinado por cada palabra.

Pero... Cross solo me observa a mí.

Emily lee un fragmento de su novela:

—“La noche se había tornado oscura y lluviosa, pero a pesar del frío y el viento, Samantha salió a su jardín empujada por un hilo invisible que no supo de dónde provenía. Lo atravesó y, junto a un árbol, una luz llamó su atención. Trató de tocarlo con la mano y esta desapareció. Se asustó, sin embargo, repitió la acción impulsada por la curiosidad y algo la atrapó dentro. De repente, se encontró en un mundo desconocido para ella, completamente nuevo. A su alrededor, un paisaje asombroso que se extendía de manera infinita: colinas cubiertas de flores de colores, árboles de hojas doradas y criaturas luminosas que danzaban en el aire. La niña se sintió embargada por un millar de sensaciones. Estaba en un mundo donde su imaginación había cobrado vida. Pronto se dio cuenta de que no estaba sola. A lo lejos, vio a un joven de cabello plateado que parecía que la esperaba...”

Envidia sana me recorre de pies a cabeza, así como una admiración inmensa mientras la escucho leer de esa manera tan apasionada.

También responde a las preguntas de los lectores y periodistas con carisma y humildad y consigue que todos se sientan conectados con ella y su obra. Los elogios fluyen entre los asistentes por el impacto que ha tenido la novela en sus vidas.

—Me hizo recordar que cada día se nos presenta como una nueva oportunidad. La oportunidad de cambiar las cosas, de hacer otras nuevas, de enmendar errores... —comenta una mujer rubia de ojos rasgados en la cuarta o quinta fila.

La presentación culmina con una sesión de firma de libros que se presagia larga al comprobar que la cola de personas que esperan recorre varias salas.

—Esto nos va a llevar un rato. Vete si quieres. Yo tengo que quedarme —indico a Cross al que veo ansioso por marcharse.

—No voy a irme sin ti —asegura.

Pongo los ojos en blanco e insisto.

—Esto es muy aburrido, no tienes por qué...

—¿Anthony? —La voz de una mujer nos interrumpe. Una mujer rubia y muy alta. Y muy atractiva.

Los dos giramos el rostro en la misma dirección.

Ella se acerca a él, le acaricia el brazo con confianza y le da un beso en la mejilla.

—Se rumoreaba que pasarías por aquí —le dice, a demasiados pocos centímetros.

Los celos son complejos; una sensación poderosa que surge cuando una persona siente que está en peligro de perder algo o a alguien que valora profundamente. Pero además pueden incluir inseguridad, envidia y desconfianza y no me gusta tener que valorar estas emociones. Yo no soy así. Así que corro un tupido velo y me engrandezco ante la situación.

—Hola, Ophelia. ¿Cómo estás? —le pregunta, y se retira un paso.

Ella arruga el ceño y me observa unos segundos hasta que vuelve a él.

—Te he echado mucho de menos. ¿Por qué no me has llamado?

¿Tienen una relación amorosa? ¿La han tenido?

Cross se debate entre ser educado, correcto y agradable, o pararle los pies a esa mujer que

cree tener algún poder sobre él.

Nadie posee a Cross.

Cross es un hombre al que no puede encarcelarse.

—Por una poderosa razón —responde. Me da la mano y me pega a su cuerpo—. Ella es Charlotte Sallow. Charlotte, te presento a Ophelia Bounth. Una antigua amiga.

—Yo no diría antigua, pero... —Mueve su cuerpo sin remilgos—. Encantada. —Me da la mano.

—Encantada —contesto, sorprendida por lo que acaba de ocurrir.

—Señor Cross. La prensa quiere una foto de usted junto a Emily —nos interrumpe Willy.

Me mira un segundo y asiento, como si estuviera preguntándome si puede ausentarse y quisiera mi consentimiento.

Me da un beso en la comisura de los labios y desaparece junto al representante.

—Vaya... —Murmura Ophelia—. No puedo negar que me ha sorprendido.

Alzo el mentón.

—¿El qué, si puede saberse?

Da un paso hacia mí.

—Una mujer como tú. Inteligente... Cayendo en las garras de un encantador de serpientes.

—No sé a qué te refieres.

—Oh... Qué mona. Crees que serás la única. —Se atusa el pelo—. Te voy a dar un consejo que sé que no me has pedido, pero pareces una buena chica. A los hombres como Anthony Cross les gusta el poder y odian el compromiso. Y... si tratas de retenerlo, saldrá el león que lleva dentro.

—Perdona, no nos conocemos de nada.

—Exacto. Pero somos mujeres. Y las mujeres deben defenderse. Lo hago por ti. Es muy fácil enamorarse de un hombre como él y... terminar en un centro de rehabilitación. —¿Lo dice por ella? Parece que me lee la mente—. Solo tienes que tirar de hemeroteca. —Me guiña un ojo y se marcha.

LO QUE SE APRENDE A LO LARGO DE LOS AÑOS



CHARLOTTE

Nueve años antes...

Estudiaba la licenciatura en Literatura Inglesa en la universidad de Nueva York , además de especializarme en Escritura Creativa y hacer cursos en Estudios Comparados de Literatura y Cultura.

La NYU es una institución educativa icónica ubicada en el corazón de Manhattan. Fundada en 1.831, es una de las universidades privadas más grandes y prestigiosas de Estados Unidos.

El campus principal se encuentra en el Greenwich Village, una animada área llena de cultura, arte y vida estudiantil. Aquí se celebraba la conferencia que Martina Barcelona, CEO en MeCaXe, una multinacional que se dedicaba a hacer inversiones en el extranjero, sobre todo en los Emiratos Árabes, daba aquella misma tarde.

—Será impresionante escucharla. Estoy seguro. He visto vídeos de ella en YouTube y me deja con la boca abierta —comentó Alexander a mi lado, el chico con el que salía, por decir algo, habíamos tenido varias citas. Esta en concreto sería la tercera y pretendía llevarme a escuchar a una mujer que hablaría de estrategias y cuadros numéricos que no me interesaban en absoluto.

—Sí... —Respondí, sin saber muy bien de qué estaba hablando, entretenida leyendo un libro bajo la sombra de un árbol.

—Debemos llegar al Kimmel Center temprano. No podemos quedarnos sin sitio —seguía, ilusionado.

Hablaba del edificio donde tendría lugar el esperado evento. Uno de los más concurridos de la universidad porque sirve de punto de encuentro para estudiantes, profesores y personal.

Desde el exterior, se destaca por su arquitectura contemporánea y su fachada de vidrio. La entrada principal tiene una marquesina que protege a los visitantes de las inclemencias del tiempo y crea un ambiente muy acogedor.

Alexander lo observaba todo como si fuera la primera vez que lo viera y seguro que la había visitado en unas cuantas ocasiones.

El ambiente era bullicioso y lleno de actividad. El vestíbulo, amplio, estaba rodeado de cómodos asientos y áreas para que los estudiantes se relajaran y socializaran.

—Rosenthal Pavilion está por allí. —Señaló mi amigo uno de los pasillos del fondo la que

era la sala más grande, ubicada en la décima planta del edificio.

Al bajar del ascensor nos vimos rodeados de personas importantes de la alta sociedad neoyorkina, así como políticos y algún famoso empresario de la costa este.

Caminamos por amplios pasillos hasta llegar al lugar indicado, ya repleto de gente, y buscamos dos butacas para sentarnos. Techos altos, muy altos, y grandes ventanas por las que entraba la luz natural e inundaban el lugar. Decoración elegante que combinaba con elementos modernos y clásicos. Su amplitud permite acomodar a un gran número de asistentes sin parecer abarrotada, tal y como estaba. Equipado con la última tecnología audiovisual, lo que permite a los oradores brindar presentaciones con total profesionalidad. También cuenta con un moderno sistema de sonido que garantiza que todos los asistentes puedan escuchar claramente.

—Está a punto de comenzar. —Alexander se frotó las manos.

Suspiré y me armé de paciencia. Seguro que algo aprendería si aquella mujer era un genio en su área.

El público aplaudió cuando Martina Barcelona subió al escenario tras ser presentada por el rector de la universidad. Saludó, dio las gracias y comenzó la ponencia.

He de reconocer, después de unos minutos escuchándola, que la mujer, de treinta y siete años, sabía de lo que hablaba y el por qué era una de las mujeres más respetadas en el mundo empresarial.

—He aprendido, a lo largo de los años, que el éxito en los negocios no solo se trata de generar ganancias, sino de construir un ecosistema próspero que beneficie a todos los involucrados. —Bebió un poco de agua—. La clave para lograr la prosperidad económica sostenible radica en la inversión inteligente y estratégica. No se trata solo de tomar riesgos financieros, sino de entender y evaluar minuciosamente las oportunidades, enfocándonos en proyectos que generen valor a largo plazo para nuestros clientes, empleados y accionistas. — Sigue hablando hasta que en un momento se detiene y le pide a alguien que suba a dar su opinión sobre una serie de temas concretos.

Un hombre enchaquetado, alto, de espalda ancha y piernas largas se levantó de su asiento en primera fila y subió los escalones hasta el escenario.

No podía creérmelo.

Sin duda, era Anthony Cross. Lo hubiera reconocido a kilómetros de distancia, aunque no lo veía desde aquella trágica noche.

Me puse muy nerviosa y tragué con dificultad. Casi me costaba respirar y mi amigo se dio cuenta.

—¿Estás bien?

Asentí.

Cross también dio las gracias a todos y en especial a la señorita Barcelona y habló sobre lo que se le había preguntado.

—Debemos ser conscientes de nuestro papel como responsables corporativos. La prosperidad económica no puede lograrse a expensas del medio ambiente o de las comunidades en las que operamos. —Me sorprendió que pensara en el planeta y las personas—. Como líderes tenemos la responsabilidad de adoptar prácticas sostenibles y éticas que contribuyan al bienestar general y a la preservación de nuestros recursos naturales para las generaciones futuras. En este sentido, la educación juega un papel crucial. Debemos invertir en la formación y el desarrollo del talento... —Me estaba dejando helada y... durante un segundo me sentí orgullosa de él.

Orgullo y odio, podría ser el título de una novela escrita sobre nuestras vidas.

—Gracias por su atención y la oportunidad de compartir estas ideas con ustedes. Juntos

podremos construir un futuro próspero y sostenible para todos. —Martina dio por finalizada la charla y el público irrumpió en aplausos.

Di por hecho que nos marcharíamos, pero Alexander tenía otros planes.

—Dan un aperitivo en la terraza. Quiero que Martina me firme su libro —indicó.

Bufé y me rasqué la frente.

—Está bien.

Trataba de evitar encontrarme con Anthony y lo logré durante la mayor parte del tiempo. Hablar con la ponente principal no fue fácil y tuvimos que esperar más de hora y media para poder acercarnos a ella.

Alexander se explayó en elogios, merecidos, por cierto, mientras yo miraba a un lado y a otro, no sé si evitando a Cross o buscándolo. Tenía curiosidad por cómo estaría y cuánto había cambiado, aunque lo había visto sobre el escenario, de cerca sería muy diferente...

Y lo era.

Se detuvo ante mí con el mentón levantado y me miró.

—Charlie...

—Anthony...

—No sabía que te interesaba el mundo empresarial.

—He venido acompañando a un amigo y... Estudio en esta universidad.

—Lo sé.

—¿Lo sabes? —Fruncí el ceño.

—¿Cómo estás? ¿Cómo está Jackie?

—Si me disculpas, tengo que marcharme. —Corrí entre la gente hasta encontrar un lugar más tranquilo.

Me había quedado sin aire al verlo y tuve que hinchar el pecho varias veces para no desmayarme. ¿Cuánto hacía que no lo veía? Había escuchado que se había convertido en un gran empresario. CEO de su propia compañía y que ahora sí que no teníamos nada que ver el uno con el otro. Pensaba que jamás coincidiríamos. Nueva York es muy grande y Cross no se acercaría a una librería o biblioteca, donde yo pasaba la mayor parte del tiempo.

Me agarré a una barandilla, desde donde se podía admirar el Empire State Building y el One World Trade Center, ya de noche.

—Dime que estás bien y no te molestaré más —escuché detrás de mí. Quizá demasiado cerca.

Me giré y lo encontré a dos palmos de mí.

—Estamos bien —zanjé e intenté marcharme de nuevo.

—Espera, por favor, dame un segundo. Hace años que no nos vemos.

—Seis años.

—Estás preciosa. —No dejaba de observarme... Mi rostro, mis labios, mi cuello, mi silueta, mis ojos...

Dio un paso hacia mí y me asusté.

—No vuelvas a acercarte a mí jamás.

—Dame una buena razón.

—Elegiste salir de nuestra vida. Yo elijo ahora que no vuelvas a ella.

Y me fui.

Llamé por teléfono a Alexander diciéndole que no me encontraba bien y que iba a coger un taxi. No sé ni lo que respondió al respecto. Me di una ducha y me puse a estudiar, aunque aquella noche lo único que se repetía en mi mente eran los ojos de Anthony Cross y por ello tuve que

dedicar un tiempito a completar mi historia paralela.

LOS CELOS Y LA DESCONFIANZA



CHARLOTTE

Presente...

Los celos crean una ansiedad malsana; en realidad, la única que hay; no hay buena ansiedad. Una preocupación constante que no te deja vivir en paz... Ni dormir. Doy vueltas en la cama de mi apartamento durante toda la noche. Anthony está de viaje de negocios en Chicago y hace dos días que no nos vemos. Se marchó catorce horas después de la presentación de *Detrás de sus ojos*.

Lo que dijo Ophelia me ha creado una desconfianza hacia él que odio porque me hace sentir vulnerable. Cuestiono sus intenciones y acciones desde entonces. Me pregunto cosas como con quién hablaba justo antes de que entrara en su despacho y colgara, o... Con quién fue a cenar aquella noche.

—Puff... —Bufo, y me tapo la cabeza con la almohada antes de golpearla—. Son celos irracionales e injustificados —me digo—. Han surgido de una percepción distorsionada que proviene de una mujer que sí que se moría de la envidia... —trato de convencerme.

Vale, lo admito, también he leído libros de autoayuda. Hemos editado varios. En ellos se decía que los celos hay que gestionarlos de manera saludable porque es fundamental para conservar relaciones sólidas y equilibradas. Mantener una comunicación abierta, confianza y empatía son elementos clave para superarlos y salvaguardar relaciones saludables.

—Nunca has sido celosa —me comenta Oli, comiendo helado sobre el sofá de mi casa tras llamarla y venir a mi rescate para un gabinete de crisis.

—Lo sé. Soy imbécil.

—Lo eres. Creer a una mujer que lo único que desea es lo que tú tienes. Cross no es así. Ha tenido muchas amantes y con ninguna se ha comprometido, pero...

—Así no ayudas. —Me tiro de espaldas sobre un cojín y me cubro los ojos con las manos.

—Habla con él. Pregúntale cuáles son sus intenciones para contigo.

—Pareces mi terapeuta.

—Las cosas claras, nena. En la oscuridad no se ve nada y así nos damos los tortazos que nos damos. Nos tropezamos. Estoy harta de tropezar.

—¿Has tropezado ya con Thomas?

—Tiene una gran piedra con la que tropezar —informa con una ironía desmesurada.
—¡¡Bruta!! —Le lanzo un cojín, que impacta en su cabeza.
—¡Eh! —Suspira y se recompone—. Me encanta. Es un buen hombre.
—Con una gran piedra —la parafraseo.

Nos reímos.

—Dura como el grafito —anota.

—Jajaja. Jajaja. Jajaja. —Nos carcajamos al unísono.

A veces solo necesitamos una amiga, un bote de helado y unas risas para que nuestro mundo cambie de color y que las piedras se conviertan en falos en los que apoyarse en vez de tropezar con ellas.

Acompaño a Cross a una cena de negocios en el centro. No es la que me hubiera imaginado. Yo deseaba, después de todo, algo íntimo y personal para poder hablar con él sobre, voy a admitirlo, mis inseguridades. Maldita Ophelia que ha creado en mí un pequeño agujero en el pecho que no me deja pensar con claridad. Yo no soy así, o tal vez nunca he querido a nadie para poder experimentar estos celos irracionales.

—Es una cena para recaudar fondos para el Hospital Presbiteriano —me comentó, para convencerme. Sabe tocarme la fibra sensible. Lo hizo frente al espejo de mi dormitorio, donde habíamos hecho el amor unos minutos antes.

—Habrá mucha gente y... Mucha prensa.

—¿Y qué? —Me miró.

—No sé... ¿Estás seguro de que quieres que te acompañe? —Entendió mi pregunta a la perfección.

Caminó hasta mí, se arrodilló a la orilla de la cama, donde yo estaba sentada, y me acarició las rodillas desnudas.

—No tenemos que escondernos.

Me dio seguridad escucharlo y sonrío.

Me dispuse a comentarle la sensación que me recorre desde que Ophelia se entrometió, pero su teléfono sonó en el salón y se disculpó.

—Lo siento. Tengo que cogerlo. —Me dio un beso en la nariz y salió del dormitorio.

Thomas y Olivia también van a la cena, así que me cargo de energía para pasarlo bien junto a mi amiga, a la que abrazo justo a la entrada del hotel St. Regis, donde se celebra el glamuroso evento.

—Me alegra que estés aquí —le susurro en el oído.

—Hola, Charlie. ¿Qué tal va todo? —Thomas me da un pequeño y corto abrazo que aprovecha para musitarme—. Ten paciencia con él. Está sometido a mucha presión.

En realidad no sé de qué me está hablando, no obstante, doy por hecho que llevar a la cima y mantener en ella a una gran compañía no es moco de pavo.

—Aparta tus garras de mi chica —avisa Cross con seriedad pero escondiendo una sonrisa.

—No soy tu chica —replico.

Él me agarra de la cintura y me lleva hasta donde esperan los periodistas para presentarme en sociedad. Trato de sonreír mientras nos hacen preguntas que casi no entiendo.

—Mañana tendré que corregir artículos que llevarán tu nombre —me dice Olivia muerta de

la risa.

—Ja. Ja. —Suelto con sarcasmo.

—Va a ser divertido. A ver qué dice el papel cuché de la nueva amante de Anthony Cross.
—Trata de picarme para que salte.

La ignoro y voy en busca de una copa de vino.

El lugar elegido es un exclusivo salón de eventos en un hotel muy lujoso, con una decoración impecable y un ambiente muy sofisticado.

Al llegar, los invitados somos recibidos por un grupo de anfitriones atentos y bien vestidos que nos guían hacia el área del registro. El vestíbulo está decorado con elegantes arreglos florales y fotografías que representan el hospital beneficiado y su importante labor.

El evento, organizado con la excusa de recaudar fondos, pero que en realidad es una forma de hacer negocios, reúne a las personas más importantes de Nueva York, incluyendo influyentes empresarios, políticos y líderes de comunidades. Todos ellos comparten el objetivo de contribuir a una buena causa y, al mismo tiempo, aprovechar la oportunidad para socializar y cerrar negocios.

Observo a Cross y a Thomas hablar con algunos hombres a unos metros.

—Esto es otro mundo, nena. Me pregunto qué hacemos aquí. No puedo donar más de veinte dólares —barrunta Olivia a mi lado, con su segunda copa de vino en la mano.

—Algo es algo. Cada uno da lo que tiene.

—Puedo donar mi gato.

—No tienes gato.

—Digo el de peluche. Me lo regaló mi abuela. Para mí vale millones, pero claro, no creo que estos señores y señoras le tengan mi mismo aprecio... Charlie, Charlie —me llama—. ¿Qué piensas? No me estás escuchando.

—¿Ves a esa mujer? —La señalo con prudencia.

—¿La rubia estirada?

Asiento.

—Es Ophelia.

—Esa mujer ha salido con Cross en varias ocasiones. Hay fotos de ellos publicadas en algunos diarios digitales. No recordaba su nombre, pero su cara no se me olvida. Parece que ha comido pescado crudo en mal estado. —Arruga la nariz.

—¿Qué fotos? ¿De cuándo son?

—Tendría que mirarlo, pero... No hace demasiado tiempo. Y qué, nena. Venga, vamos a por otra copa antes de que comience la cena. —Me agarra del brazo y tira de mí hasta la sofisticada barra.

—¿Dónde estabas? Te he estado buscando —indica Cross, al llegar a nosotras acompañado de Thomas.

—No me he movido de aquí.

—Debemos tomar asiento.

El salón está decorado con mesas elegantes cubiertas con mantelería de lino blanco y exquisita vajilla de porcelana. Luces suaves y velas decorativas.

Se lleva a cabo una breve ceremonia de apertura a cargo de un representante del hospital que cede la palabra al alcalde de Nueva York. Este destaca la importancia de recaudar fondos para la causa y agradece a los asistentes su generosidad. Después se proyecta un vídeo que muestra historias de pacientes que han superado con éxito sus enfermedades y dan las gracias por ayudar a que eso pueda suceder.

Una hora después volvemos a levantarnos para seguir disfrutando de la velada amenizada ahora con un grupo de música.

—Deberíamos dejar de beber o bailamos la conga dentro de media hora —aviso a Olivia.

—Estoy dispuesta a bailarla ya si quieres. —Le da un trago a su cóctel—. Me parece memorable y muy importante este tipo de eventos donde los ricos de Nueva York sueltan pasta para aquellos que lo necesitan, pero esto es más aburrido que aquel cumpleaños de Luca en el patio de su casa.

Me hace reír.

—¿Te acuerdas? Casi me quedo dormida sobre la tarta.

Soltamos unas carcajadas.

—No puedo creerlo —dice una voz masculina detrás de nosotras. Nos volvemos—. Son mis chicas de Prospect South —sigue con una sonrisa muy amplia.

—¡Silas!

—¡Silas Montgomery!

Nos da un cariñoso abrazo a cada una.

—¡No puedo creer que estés aquí! —comento con sinceridad—. Cuánto me alegra verte.

Él también ha crecido y madurado. Su cuerpo se ha fornido con el paso del tiempo y sus ojos caramelo siguen igual de impresionantes.

—Demasiado. ¿Cómo estáis?

—Bien.

—Recordábamos a Luca ahora mismo.

Se lleva la mano al pecho.

—¿Y a mí no? —Se hace el ofendido.

Charlamos unos minutos los tres hasta que Olivia se disculpa para ir al baño y nos deja solos.

—¿Qué haces aquí? —pregunto.

—Apoyar la causa, pero... Me postulo para Senador por la ciudad de Nueva York.

Abro la boca y los ojos y le doy otro abrazo.

—Has conseguido tu propósito.

—Me falta muy poco.

—Todo saldrá bien. Estoy segura.

Alguien lo llama desde atrás, junto a una mujer con una cámara fotográfica profesional en la mano.

—Te reclaman —aviso.

—¿Vas a estar por aquí? Podemos tomarnos algo juntos después... Más tranquilos...

Noto una mano alrededor de mi cintura.

—No va a poder. Nos marchamos a casa lo antes posible —ladra Cross a mi lado, altivo. Dicho de manera ordinaria: meando y marcando el territorio.

Silas lo mira y luego me mira a mí.

—¿Nos conocemos? Me suena su cara.

Parece que Anthony va a saltar sobre él.

—Anthony Cross. Y usted es...

—Silas Montgomery.

Vuelven a llamarlo.

—La prensa lo reclama —le indica el neandertal que tengo al lado—. Cariño, ¿nos vamos? Tenemos prisa.

¿Cariño?

Me deja boquiabierta.

Caminamos hasta el vestíbulo de la mano. Me suelto en cuanto me percato de que estamos solos, a excepción de Oli y Thomas que nos esperan unos metros más adelante.

Me detengo y pongo los brazos en jarra.

—¿Qué ha sido eso?

—Una cena benéfica —expresa, como si fuera obvio.

Me muevo de un lado a otro como un león enjaulado.

Clavo los pies en el suelo de nuevo junto a él.

—No me refiero a eso. Me refiero a cómo has tratado a Silas y la meada que has echado.

¿Quién te crees que eres? —Le clavo un dedo en el pecho—. ¡Silas es un gran amigo!

—Estuvisteis saliendo. —Él ni se inmuta.

Arrugo el ceño y lo acompaño con las mejillas rojas como tomates maduros.

—¿Cómo sabes tú eso? ¿Me has investigado? —Espero una respuesta que no llega—. ¡No importa de todas formas! ¿Vas a tratar así a todos los hombres que han sido importantes en mi vida? —Esto último que digo le remueve algo por dentro, aunque no sé lo que es.

—Será mejor que nos vayamos a casa —aconseja, al ver pasar a varias personas por nuestro lado. Trata de darme la mano y me alejo.

Olivia y Thomas llegan para tranquilizarnos.

—Yo me voy a mi casa. No sé qué vas a hacer tú —le indico, con el mentón alzado y mi amiga ya a mi lado.

—Hablemos sobre lo ocurrido —insiste.

—¿Quieres hablar? —Me envalentono—. Tengo que aguantar los insultantes comentarios de Ophelia, obviarlos y confiar en ti y tú... Tú te comportas como el hombre de las cavernas porque he saludado a un buen amigo.

—¿Ophelia? ¿De qué estás hablando?

—Tampoco importa. Lo único que tenemos que tener en cuenta es que no confiamos el uno en el otro —zanjo.

—¿Qué quieres decir?

—Que esto no ha sido buena idea. Tú y yo... —Le pido por favor a mis lágrimas que no salgan a relucir—. Será mejor que dejemos de vernos. —No tengo ni idea de dónde saco el valor para decirlo—. Llévame a casa —le pido a Olivia ante la atenta mirada de los dos hombres.

Thomas nos deja a las dos en mi apartamento veinte minutos más tarde sin hacer alusión a lo acontecido en el vestíbulo del hotel St. Regis. Olivia se despide de él con un beso y se prometen que mañana se llamarán. Rompo a llorar en cuanto entro en mi salón y suelto mi bolso sobre la silla.

Mi amiga me abraza y trata de calmarme.

—¿Qué ha pasado? —me pregunta, ya delante de dos tazas de café y sentadas en el sofá con camisetas y ropa interior.

Le cuento lo ocurrido y, para mi asombro, ella no le da la misma importancia.

—Creo que exageras. A ver... Entiendo que te moleste que te trate como si fueras una de sus posesiones, pero... Cross ha sido testigo de cómo otro hombre, otro hombre con el que ya has salido, te tira los tejos.

—No me estaba tirando los tejos.

—Claro que sí, nena. Quería tomarse una copa contigo a solas. Eso es una cita, pequeña,

pero cita en toda regla. ¿Qué hubiera pasado si lo presencias con Ophelia? —Encojo los hombros —. Seguro que le dejas claro a esa mujer quién está saliendo con Cross.

Medito sobre lo que está argumentando.

—Es complicado.

—Lo sé. Esto no es por Silas. Ni por Ophelia.

Suspiro.

—No sé por qué desapareció de mi vida ni... soy capaz de perdonarlo del todo.

—Y ahí radica el problema. Hala, te has ahorrado doscientos dólares de psicólogo.

LA ECHO DE MENOS



CROSS

Presente...

No consigo concentrarme en la reunión que mantenemos esta mañana en la Torre Willis, antes conocida como la Torre Sears, uno de los rascacielos más altos de la ciudad y un símbolo arquitectónico muy importante para el estado. Cuenta con modernas instalaciones, incluyendo salas de juntas bien equipadas, como en la que estamos, y espacios para conferencias. Ubicada en el centro de Chicago, con unas impresionantes vistas panorámicas.

—Sin duda, Technology Nine ha estado dando de qué hablar y ha revolucionado la industria de la tecnología —comenta Thomas, ante mi silencio.

—Hemos estado trabajando arduamente para lograrlo y no pararemos hasta llevar nuestros avances hasta el extremo —responde Mark, CEO de la misma.

—Nos enfrentamos a muchos cambios. Estamos invirtiendo en tecnologías disruptivas para mejorar la experiencia del cliente y aumentar la eficiencia operativa.

—Somos lo que estáis buscando.

Mark desea convencernos para que invirtamos en su nuevo proyecto. Ellos siguen conversando mientras yo miro la pantalla del móvil por si Charlie me hubiera llamado para pedirme disculpas por lo ocurrido hace dos días.

La echo de menos.

Me siento vulnerable sin ella.

Estoy acostumbrado a llevar el control en mi vida, tanto en la profesional como personal y esto me ha pillado por sorpresa, tanto que está afectando a mi rendimiento y en vez de poner las cosas claras al tal Mark, lloriqueo por una mujer que se ha comportado como una niña pequeña.

Suspiro y me recompongo.

Pongo una mano sobre la mesa y me levanto.

—Nos necesitas para tu crecimiento y no negaré que la tecnología que produces nos ayudaría a seguir siendo los mejores. Los dos podemos encontrar sinergias que beneficien a nuestras empresas. —Le acerco un sobre cerrado—. Esta es nuestra oferta. —Miro a Thomas, sentado a mi lado—. La reunión ha terminado. —Salgo por la puerta y él me sigue.

—Eso no es lo que habíamos hablado. Los necesitamos.

Me detengo en seco y lo miro.

—Yo no necesito que un niño de veinte años venga a decirme cómo llevar mi compañía.
—No iba de eso... —Frunce el ceño durante unos segundos, después, lo relaja y sonríe—.
Has estado en otra parte.
Vuelvo a andar en busca de la salida.
—Tenemos que volver a Nueva York. —Miro mi reloj.
—Creí que teníamos otra reunión a la hora del almuerzo.
Suenan el teléfono de Thomas dentro de su chaqueta.
Lo coge.
—¿Sí? —Silencio—. De acuerdo. —Cuelga—. Mark ha aceptado la oferta.
Ni me inmuto. Era de esperar.
—El jet espera en el aeropuerto.
—El vuelo estaba previsto para las seis.
—Se ha adelantado —informo, cansado de tener que darle explicaciones, aunque sé que lo hace para ponerme nervioso.
—Lo que ordene el señor —bromea.

En cuanto piso Nueva York, le pido a mi chófer que me lleve hasta la editorial. El pesado de Thomas me acompaña porque nació para comentarista de prensa rosa pero se equivocó al elegir profesión.

Solo quiero hablar con ella. Mirarla a los ojos y ser sincero.
—¿Qué vas a decirle cuando la veas? —La mosca cojonera sigue chinchándome mientras subimos en el ascensor.
Me froto la frente.
—Cállate ya.
Me señala con las dos manos.
—¡Estás enamorado de ella! —grita, como si hubiera descubierto la penicilina—. El señor Cross ha encontrado la punta de su zapato.
—La horma.
—¡Lo que sea! —Salimos al pasillo—. ¿Puedo grabarlo? Con total seguridad puedo hacerme rico con el vídeo.
—¿Todavía sigues aquí? —Le clavo la mirada, y él me enseña su teléfono móvil.
¿Cuál es mi reacción? Cogerlo y tirarlo a la papelera que hay junto a Norma, ante la atenta y sorpresiva mirada de esta.
—Buenas tardes. ¿Está Charlie? —le pregunto.
Tarda unos segundos en contestarme.
—Eh... Ha salido a una reunión con el señor Kevin Bell —informa.
Trato de no perder los nervios, tal y como espera Thomas, que está a punto de soltar una carcajada mientras busca su teléfono dentro de la papelera.
Aprieto la mandíbula.
—¿Dónde exactamente?
Teclea en el ordenador en busca de la información.
—En Le Bernardin. Está en la calle...
—Sé perfectamente dónde está —la corto, pagando con ella mi frustración.
Salgo de allí como alma que lleva el diablo con Thomas detrás. No piensa perderse nada, el cabronazo.
—Estás disfrutando —masco, subiendo a un taxi.

—Pareces una damisela en apuros.

Le clavo la mirada y él, ahora sí, suelta la tan deseada carcajada.

Entramos en el restaurante, especializado en mariscos, ubicado en el corazón de Midtown. Famoso por su enfoque en la alta cocina y galardonado con tres estrellas Michelin.

—Señor Cross, qué placer verle por aquí. —El gerente me saluda en cuanto me ve cruzar el vestíbulo, decorado de manera elegante y contemporánea—. Su mesa de siempre... está ocupada, pero puedo prepararle otra en un inmejorable sitio.

—Se lo agradezco, pero estoy buscando a alguien. —Miro hacia todos lados.

—Oh, señor. ¿Podría ayudarme?

Diviso a Charlie a unos metros a nuestra derecha.

Lo ignoro y camino hasta ella con paso firme y decidido. Sentada frente a Kevin y con un manuscrito en la mano.

—¿Sabías que aquí cada plato es una obra maestra de la alta gastronomía, con combinaciones de sabores sorprendentes y presentaciones artísticas? —Está claro que Thomas se mofa de mí sin cesar.

—No me toques los cojones —respondo, justo antes de detenerme frente a ellos.

Nos observan en cuanto llegamos.

Thomas un palmo por detrás de mí y a mi izquierda. Me imagino su sonrisa. Esa que desearía borrarle de un puñetazo.

—¿Anthony? ¿Qué haces aquí? —pregunta Charlie, sin ocultar su sorpresa.

—Tenemos que hablar.

—Este no es el momento.

—Charlie...

—La señorita te ha dicho que te marches. —Kevin se levanta y se atreve a interceder.

Lo observo y cuadro los hombros.

—No te metas en esto. —Doy un paso hacia él.

Thomas, conociéndome, intercede.

—Está bien. Vamos a ser coherentes. —Se dirige a Charlie—. Por favor, sal a hablar con él —le suplica.

Ella lo piensa durante lo que me parece una eternidad y cede.

UN CABREO DE MIL DEMONIOS



CHARLOTTE

Presente...

Camino entre las mesas de Le Bernardin con Cross pisándome los talones. Llevo un cabreo de mil demonios. En cuanto salimos a la calle comienzo a gritarle. Trato de controlarme, pero es lo que merece.

—¿Cómo se te ocurre? —Pongo los brazos en jarra.

Una mujer que pasea a seis o siete perros, no tengo tiempo de contarlos, se nos queda mirando mientras los canes tiran de ella.

—Tenía que hablar contigo.

—Supongo que la editorial está hundiéndose cuando has interrumpido así.

Se masajea la sien. Parece cansado.

Los transeúntes pasan por nuestro lado como si nada ocurriera, porque nada ocurre para ellos. Vidas ajenas que se cruzan durante un segundo en un punto exacto de este descomunal universo.

—Yo... —Tartamudea. Y jamás lo he visto titubear.

—Me utilizas en una primera reunión para conseguir firmar un contrato con Kevin Bell y ahora te pones celoso porque hemos quedado para darme el manuscrito completo. —Yo, hablando de celos, reprochando celos. Eh... Sí. Sin comentarios. El amor te vuelve loco y nosotros estamos listos para ir al psiquiátrico.

¿El amor?

¿Es esto amor?

—¿Quieres escucharme? —Alza el tono.

—Estoy esperando que me expliques qué haces aquí y por qué has irrumpido como elefante en una cacharrería en un almuerzo de negocios. —Espero a que se explique.

El cielo se oscurece poco a poco. Unas nubes grises presagian una pequeña tormenta, casi tan grande como la que se avecina entre nosotros; otra vez.

—Porque quería hablar contigo.

—Y decirme que eres un troglodita que no sabe controlar sus impulsos por el mero hecho de ver a la chica con la que sale hablando con otro hombre.

—No es eso.

—Ah, ¿no? Nadie mejor que tú tendría que entender lo importante que es la confianza entre un editor y el autor. Ah... No, que no tienes ni idea de cómo va esto. No sé ni por qué compraste Boundless.

Suspira. Veo su pecho subir y bajar bajo el traje de dos piezas azul oscuro y la camisa blanca. Me clava la mirada y da un paso hacia mí.

—Estoy enamorado de ti.

¿Qué?

—Eso no te da derecho a... —Detiene mi perorata con un beso que me deja helada.

La lluvia comienza a caer suavemente, mientras nuestros corazones laten con fiereza.

Durante un segundo trato de soltarme, pero mi voz interior me grita que deje de resistirme y me deje llevar, tal y como me pide mi parte irracional.

Las gotas de agua se deslizan por nuestros rostros y empapan nuestras ropas, pero nada de eso importa en este preciso momento.

Solo estamos él y yo.

Nos separamos unos milímetros y nuestras miradas se cruzan. El mundo se desvanece y nos rodea una aura mágica que nos traslada a otro lugar.

—Te quiero —dice, con sus labios rozando los míos.

—Yo también te quiero, pero eso... No soluciona... —Me calla con otro beso.

Siento que nuestros cuerpos gravitan, dando vueltas, hacia donde el destino quiera guiarnos.

Nos abrazamos en medio de una calle desierta para nosotros.

Nos separamos al entrar en el salón de su ático de lujo, empapados. Él me quita su chaqueta de mis hombros, que me puso antes de subir al taxi, y la cuelga en una silla. El silencio más intenso nos rodea. Ambos nos damos cuenta del ambiente, tenso y cargado de emociones que se nos escapa de las manos. Los dos sabemos que la conversación no ha terminado, sino que acaba de comenzar. Una conversación seria y determinante para nuestro futuro, palabras encadenadas que pueden cambiar el rumbo de nuestra vida, que tienen el poder de unirnos o separarnos aún más.

El eco de la nada es abrumador. Una ansiedad palpable recorre el aire mientras él se detiene frente a mí y me mira a los ojos.

—Date una ducha caliente. Debes entrar en calor —me aconseja.

—No la necesito.

Busco ya en sus ojos las respuestas a todas las preguntas que quiero hacerle, no obstante, solo encuentro oscuridad y confusión.

Suspira como si se estuviera preparando para abrir más su corazón y temiera exponer sus miedos y esperanzas.

El nerviosismo se refleja en sus gestos; mueve los hombros como si tratara de calmarse, manos inquietas y ni una pequeña sombra del hombre seguro de sí mismo que es.

Huele a vulnerabilidad y determinación, una mezcla confusa pero que revela lo que va a ocurrir a continuación. Somos conscientes de que debemos ser sinceros y honestos el uno con el otro, o escribiremos nuestro final esta misma noche.

—Has dicho que estás enamorado de mí —susurro.

—Y es cierto.

—Lo has dicho justo después de que te preguntara por qué compraste Boundless.

Su pecho se hincha tras coger aire y lo suelta muy despacio, preparándose para abrir también su alma.

—Hay muchas cosas que no sabes.

—Es el momento de decírlas.

—Verás... Yo...

—¿Sabías que trabajaba en Boundless?

—Lo he sabido siempre todo sobre ti.

Su respuesta me deja estupefacta.

Doy un paso atrás, de solo unos centímetros, y alzo las cejas.

Se deshace de la corbata y se la saca por la cabeza.

—Entraba en tu dormitorio cuando eras pequeña. La primera vez fue porque escuché un fuerte golpe y me asusté. Te encontré dormida dentro del armario y te llevé a la cama. Lo hacía muchas noches. Quería que estuvieras cómoda. Solo éramos unos niños inocentes. Supe lo que ocurría en tu casa muy pronto y quería cuidar de ti. —Suspira—. Te hiciste mayor, casi no me di cuenta cuando ya había ocurrido. Cuando me fui a la universidad no podía dejar de pensar en ti y contaba las horas para visitar el barrio. Nunca he sentido nada parecido a lo que sentí la primera vez que te besé, y la segunda... Y todas las que nos hemos besado.

—Pero... —Quiero decirle que se marchó, que se alejó, que nos abandonó.

—Sí. Sabía que trabajabas en Boundless. Traté de acercarme a ti hace unos años, en la conferencia de Martina Barcelona. No podía creer que estuvieras allí. El destino nos había vuelto a unir, pero vi el odio en tus ojos...

—Te odiaba...

—Lo imaginaba, pero lo supe entonces. —Me agarra de las manos. El ambiente se vuelve más íntimo y profundo—. Por eso me quitaba de la mente buscarte. Jackie me hablaba de ti y eso me reconfortaba, me bastaba hasta que... Se me presentó la oportunidad de adquirir la editorial y no lo dudé ni un segundo.

—Eras un león tras su presa.

—Si quieres verlo así. —Me acaricia el rostro. La incertidumbre aún me envuelve—. Yo solo te quería a ti.

—¿Me querías? ¿Estabas enamorado de mí? —Asiente—. Entonces... ¿Por qué? —Dos lágrimas ruedan por mis mejillas—. ¿Por qué te marchaste para no volver aquella noche?

Su semblante muta a uno muy tenso y aprieta la mandíbula.

—Tuve que hacerlo.

—Necesito saber por qué.

Da un paso hacia atrás y me clava la mirada.

—Debes confiar en mí. Lo hice por ti, por nosotros, por todos.

Niego repetida veces.

—Quiero saberlo.

—Charlie... Te amo. Nunca he amado a otra mujer. Si tú sientes lo mismo por mí, te pido que no despertemos a viejos fantasmas y que vivamos el presente como una nueva oportunidad. —Vuelve a mí y me acaricia los hombros.

—Quiero confiar en ti —digo en voz alta—. Pero tú también tienes que confiar en mí. —No tengo que explicarle a qué me refiero.

—Lamento mi forma de actuar. No volverá a pasar. Déjame acostumbrarme a todo lo que siento... Esto es nuevo para mí. —Pega su nariz a la mía y cerramos los ojos.

Siento la conexión y cómo nos comprometemos a cumplir la promesa a sabiendas de que no será fácil el camino que tenemos que recorrer.

Nos besamos, primero despacio, después con pasión, y el aire se descarga y cubre de un alivio muy esperado.

Quizás haya esperanza para dos corazones que han viajado por universos hasta volver a encontrarse.

NO PODÍA RESPIRAR Y CORRÍ



CHARLOTTE

Quince años antes...

Habíamos hecho una fiesta de pijamas en el dormitorio de mi amiga Olivia y lo habíamos pasado muy bien. Yo sentada en el suelo con un libro en la mano mientras ellas hablaban de Silas y Luca que se acababan de marchar porque el señor McQuoid no veía con buenos ojos que se quedaran a dormir. La luz amarillenta de una pequeña bombilla irradiaba un trocito de la habitación y me permitía ver las letras de la novela que la señora Cross me había prestado.

Me quedé dormida sobre la alfombra, con la espalda pegada a la orilla de la cama. No sé qué me despertó, pero el corazón me latía a mil por horas y al abrir los ojos sentí una opresión en el pecho, como si algo muy pesado estuviera oprimiéndolo y una sensación de inquietud y desconcierto consiguió que me levantara de un salto.

—¿Qué haces? —balbuceó Olivia, sobando sobre el colchón.

No respondí porque los pensamientos comenzaron a dar vueltas en mi mente sin poder identificar claramente ninguno de ellos.

—Ha debido ser una pesadilla —musité, tratando de convencerme de que no ocurría nada, no obstante, en ese instante, el corazón me dio otro vuelco.

Conocía los ataques de ansiedad porque a mi madre le daban a menudo y me dije que sería aquello.

Pero no, algo muy fuerte tiraba de mí y una voz en off y desconocida me gritó que fuera a casa.

Una sensación de inquietud inexplicable se hizo hueco en mi pecho, haciendo un agujero del tamaño del Cañón del Colorado. Planté las manos sobre el escritorio y traté calmarme de nuevo.

—No es nada, Charlie... —susurré, frente al pequeño espejo en forma de flor.

Pero nada me detuvo.

Me puse los zapatos, la sudadera y crucé la casa a hurtadillas para no alertar a los McQuoid. Volé las tres calles que separaban su casa de la mía. La sensación de malestar se hacía más grande y evidente a medida que deshacía la distancia entre las dos viviendas.

Observé luz en la planta baja de mi casa y me extrañé. Miré hacia la casa de los Cross por

si hubiera visto a Anthony. No me había enviado ningún mensaje para asegurarme de que todo estaba bien, caí en la cuenta.

Seguí mi ruta y crucé el jardín, donde los enanos me observaban como si mi miedo y desazón no fuera con ellos. La puerta delantera estaba abierta y me asusté. No se escuchaba nada.

—¿Mamá? —La empujé.

Ese silencio retumbó en mi mente.

Mis pasos resonaban sobre el mutismo de la madrugada y la madera crujía bajo mis pies. Los destellos de los faros de un coche que debía cruzar la calle se coló entre las ventanas y pintó el ambiente con sombras danzantes que me asustaron aún más.

Me detuve en medio del salón.

Todo estaba en sus sitio.

—¿Mamá? —grité, sin obtener respuesta.

Di otro paso, y otro, y otro. La tensión dentro de mí aumentaba y me dirigí hasta la cocina, de donde provenía la luz que parpadeaba. Empujé la puerta entreabierta y el chirrido de las bisagras me puso los vellos de punta.

El escenario que se reprodujo delante de mis ojos me dejó petrificada. El suelo de baldosas blancas se había teñido de un rojo oscuro e intenso. Supe que no se había derramado un bote de pintura, aquello era diferente a lo que habíamos utilizado en la clase de dibujo artístico unos días antes. Mi rostro se llenó de horror y mis manos temblaban como si estuviéramos en invierno y una tormenta de nieve se hubiera apoderado de la ciudad. Algo llamó mi atención entre tanto espanto. La hoja de un cuchillo ensangrentado brillaba junto a la isla y una mano invisible me empujó hacia allí.

Di un grito cuando mis pies descalzos se toparon con su cuerpo inerte. Mi garganta se desgarró y comencé a llorar a la vez que mi cuerpo se inmovilizó. Mi mente era incapaz de procesar lo que mis ojos estaban viendo.

Una mano conocida, muy conocida, sostenía una pistola. Mi madre, sentada en el suelo, tiritaba con una pistola que nunca antes había visto en una de sus manos.

Me quedé paralizada, el corazón me iba a salir por la boca y tuve que agarrarme a la encimera para no caer de rodillas al piso. La escena que se desplegaba ante mis ojos era aterradora y surrealista. Mi padre yacía en el suelo, inmóvil, rodeado de un charco de sangre que se extendía hacia todos lados. Sentí un nudo en la garganta y eché la cabeza hacia un lado para vomitar. Cuando pude parar, busqué a mi madre con la mirada. La tenía perdida.

—Mamá... Mamá... —La llamé—. ¿Qué ha pasado? —Me di cuenta de que tenía cortes en los brazos.

Las lágrimas empezaron a brotar de mis ojos mientras por fin me arrodillé junto al cuerpo de mi padre y traté de despertarlo. No abrió los ojos. Su corazón no latía. Fue como si una tonelada de ladrillos cayera sobre mí.

«¿Cómo hemos podido llegar a esto?»

Me ahogaba.

Solo encontraba confusión y dolor en mi mente, en mi sangre, en mi alma.

Las discusiones y los malos tratos habían atormentado a nuestra familia y solo había un culpable: mi padre, esa persona que había muerto a manos de un disparo por mi madre.

Nunca imaginé que pudiéramos llegar a ese punto sin retorno. La muerte no tiene vuelta atrás. No te da oportunidades. Es el final de todo y también lo sería para mi madre.

El ruido de las sirenas de la policía resonó en la distancia y supe que el tiempo estaba contado. Todo había terminado. Todo. Nuestra familia se desmoronaba como un castillo de

naipes en medio de una gran tempestad.

ME VUELVE LOCO MUY LOCO



CROSS

Presente...

Trato de concentrarme en las gráficas que aparecen en la pantalla de mi ordenador, pero existen dos razones que me desequilibran la mañana de un lunes soleado. He cedido a la primera y he aceptado que no tiene solución; lo que siento por Charlie y toda ella me tiene obnubilado. La segunda la tengo en frente y se ha convertido en un grano en el culo.

—Entonces... ¿Para cuándo la boda? —pregunta con retintín Thomas, sentado frente a mí en mi despacho y jugando con un cubo de rubik que adorna mi mesa desde que él lo compró para retarme a formarlo. Solo tardé dos minutos.

—Dime una cosa... ¿Qué haces aquí? —Despego mis ojos de la pantalla, pego las palmas de mis manos delante de mi pecho y lo miro.

—He quedado para comer con Olivia. Estoy haciendo tiempo.

—Molestándome.

—Es mi pasatiempo favorito. —Suelta el cubo y se incorpora. Mira la hora en su Rolex de acero—. ¿Qué vas a hacer tú hoy?

—¿Para qué quieres saberlo? ¿Pretendes grabarlo en vídeo? —ironizo.

Suelta una carcajada.

—Mira que eres quisquilloso. —Termina de colocar los colores en las caras del cubo y lo deja sobre la mesa—. No sé cómo esa mujer te aguanta.

Suspiro.

Medito sobre nuestra conversación, el gran secreto que guardo y que jamás podré contarle y el peso que llevo sobre la espalda desde hace años.

Anouk llama a la puerta y nos interrumpe con la educación que se le exige.

—Señor, el señor Baker llegará en unos minutos.

—Gracias.

Cierra la puerta.

—¿Nathan Baker? ¿Para qué necesitas al mejor abogado de Nueva York?

Me levanto.

—Tengo una reunión. Ya sabes dónde está la puerta.

—¿Me estás echando? —Se pone dramático—. Está bien. —También se levanta—. Me voy, pero que sepas que me duele que me trates así. —Agacha el semblante como si estuviera protagonizando una obra de teatro.

Unos minutos más tarde recibo a Nathan Baker, propietario del mejor despacho de abogados de la ciudad, Baker & Baker. Heredado de su padre, sin embargo, él lo convirtió en el más brillante bufete de la costa este.

Nos estrechamos la mano y le pido que se siente. Somos amigos desde hace unos años, aunque hace bastante tiempo que no nos vemos. Se casó y ahora tiene una familia que compagina con su trabajo.

—Gracias por venir aquí. Necesito que esto se lleve con la mayor discreción posible.

—Lo que necesites, ya lo sabes.

—¿Recuerdas el caso Sallow? Los periódicos locales se hicieron eco de él.

—Malory Sallow. —Da en el clavo.

—Un caso controvertido.

—Una sentencia controvertida.

—Sabía que nos entenderíamos a la perfección.

Arruga levemente el ceño.

—Pero... ¿Qué tienes tú que ver con él?

—Nos conocíamos. En realidad, nos conocemos. Éramos vecinos cuando todo ocurrió.

—Quieres ayudarla.

—Exacto. Necesito que la saques de la cárcel.

—Hubo muchos cabos sueltos en aquel caso... Lo analizamos en la universidad. Tengo que estudiarlo, pero... haré todo lo que sea posible para conseguir lo que me pides.

Sabe que es el mejor.

—Hay algo más, ¿me equivoco? —Sonríe de lado.

Hincho el pecho.

—Soy... Me siento responsable de aquello.

—¿A qué te refieres? Soy tu abogado. Debes contármelo todo.

Me debato entre contar la verdad o callarme...

Opto por lo segundo.

—Estoy enamorado de su hija.

Amplía la sonrisa.

—Te comprendo perfectamente.

Hablamos sobre el caso. En principio fue tratado como legítima defensa, un principio legal que permite a una persona usar una fuerza razonable para protegerse a sí misma o a otros de un peligro inminente.

—No se tuvo en cuenta la denuncia previa de malos tratos —indico.

—Los abogados de la familia del fallecido fueron implacables. Supieron convertirlo en homicidio y presentaron cargos criminales.

Por la noche me hacen una encerrona. Olivia y Charlie han quedado para una cena a cuatro y lo

último que me apetece es volver a tener a Thomas riéndose de mí. Le hace gracia que me haya enamorado y quiere immortalizar cada momento. Me dan ganas de romperle la nariz.

Me hace una foto mientras esperamos a las chicas en la limusina.

—Como no pares voy a romperte la nariz.

Él ríe y mira la foto en el móvil.

—Sales muy bien. Podría venderla a algún periódico. Anthony Cross, cazado por una dama desconocida —suelta el titular.

Esto me recuerda que debemos estar preparados por si la prensa se hiciera eco del caso Sallow y removiera el asunto.

Salgo del coche para recibir a Charlie, y Thomas hace lo mismo con Oliva. Las besamos y nos disponemos a marcharnos.

Las luces de la discoteca parpadean y la música vibra y llena el aire de una emoción desmedida. Nos abrimos paso entre la multitud. Yo voy primero y resguardo a Charlie de posibles empujones.

—No sé qué hacemos aquí —mascullo, pensando en alguno de los reservados que suelo visitar en los locales de moda de Nueva York.

—¡Divertirnos! —responde mi chica, con una cara de felicidad que me llena el corazón de dicha.

Nos detenemos ante una barra y pedimos cuatro copas. Thomas y Olivia se besan y ríen entre confianzas que ni escucho ni me interesan.

Charlie tira de mí para que bailemos, pero me niego en rotundo y ella frunce el ceño. Se contonea delante de mí y... Joder. Me pongo muy cachondo.

Nos hacemos una foto juntos, los cuatro, a petición de Oli, que alza su móvil ante nosotros y realiza una cuenta atrás.

Abrazo a Charlotte y le susurro al oído que quiero follarla en el baño. Ella suelta una carcajada, empujada por el grado de alcohol en su sangre y... Acerca su rostro a mi rostro, saca la lengua y me lame los labios con ella.

¿Está loca?

Me la follo aquí en medio.

Que se joda la gente y el mundo entero.

SOY MUY FELIZ



CROSS

Un mes después...

Nuestra relación va viento en popa y jamás me había sentido así. Soy muy feliz. Charlie y yo llevamos saliendo casi dos meses y nos encontramos en un hermoso momento de conexión y crecimiento personal. Me está enseñando muchas cosas, como a tener paciencia, dejar los celos a un lado y disfrutar de situaciones a las que ante no le daba importancia. Como ver una película juntos sobre el sofá mientras comemos helado. Antes no le dedicaba espacio a lo que me parecía una pérdida de tiempo, sin embargo, con ella todo cobra otro sentido. Soy muy afortunado al tenerla a mi lado. Nuestras vidas se han vuelto a unir de una manera muy significativa. La chispa inicial, que estuvo ahí desde el principio, sigue ardiendo con mayor intensidad y ahora se ha convertido en una llama más sólida y constante.

No solo me gusta el sexo con ella, y esto es novedoso para mí; cada conversación que mantenemos se ha vuelto un precioso tesoro que nos nutre.

Si Thomas escuchara mis pensamientos, se mofaría de mí, pero es que la complicidad que tengo con Charlie no la había tenido con nadie, ni siquiera la conocía.

Hemos estado conociéndonos profundamente y aprendiendo de nuestras diferencias y similitudes, adaptándonos el uno al otro. Yo odio que ella lea hasta altas horas de la madrugada y a ella no le gusta alguna de mis manías, como la obsesión que tengo con el orden en mi casa. Nada puede estar fuera de lugar o me pongo muy nervioso e irascible.

Nuestros trabajos nos absorben, así que valoramos el tiempo que pasamos juntos y cuando estamos separados anhelamos vernos y darnos abrazos y besos.

Quiero besarla.

Besarla a todas horas.

Y adorarla.

Pienso en el futuro y mis expectativas son apasionantes. Hablamos de planes compartidos, de sueños e ilusiones y hasta se sorprendió cuando le dije que quería hijos.

—No le pega, señor Cross —comentó, sentada a horcajadas sobre mí en la cama una mañana de sábado.

—¿Por qué piensa eso, señorita Sallow? —Agarré sus muslos desnudos y los acaricié.

—Creí que su compañía era lo más importante.
—CROSS COMPANY es importante para mí, pero ahora mismo me interesa más otra cosa...
—susurro en su oído, lamiendo su cuello.
—¿Y qué es? —Soltó un pequeño gemido cuando le di un mordisco.
—Mi mayor tesoro... —Agarré uno de sus pechos y los masajee—. Tú, Charlie. Tú eres mi mayor valor.
Hicimos el amor. El amor en mayúsculas y supe a ciencia cierta que podríamos superar cualquier desafío que se nos presentara.
Y ese desafío no rondaba muy lejos...

Nathan Baker cumple su palabra y en un mes me informa de que el caso va a ser revisado y va a solicitar que sea tratado como un caso de defensa propia por violencia de género. No le comento nada a Charlie porque no quiero que se haga ilusiones, no obstante, mantengo una reunión con Malory en la cárcel para darle la buena noticia aprovechando que Baker va a tomarle nuevas declaraciones.

Sé que va a repetir lo que ya dijo entonces, aunque no fue eso lo que ocurrió.
—No hubo pruebas médicas de los malos tratos —indica Baker.
—Me daba miedo enfadarlo y... —Trata de explicarlo.
Revivo cada segundo vivido, cada minuto, cada día. El miedo en el rostro de Charlie y de Jackie, incluso de Malory. La de veces que corrí hacia esa casa para tratar de ponerlos a salvo.
—Vamos a presentar una apelación con bases legales sólidas. Hemos encontrado errores procesales, mala conducta de la fiscalía. El juicio no fue justo.

Otro mes después...

Nathan presentó ante la Corte Suprema de Nueva York y el Tribunal de Apelaciones del Estado de Nueva York la correspondiente apelación y el Tribunal revisó los fundamentos y las pruebas presentadas y estimó que existía mérito para modificar la sentencia condenatoria; no hubo ni que repetir el juicio.

La noticia la recibí con júbilo.
—El Tribunal ha anulado la sentencia condenatoria —me informó Nathan, por teléfono—. Fue legítima defensa y Malory Sallow ha sido absuelta porque no hay pruebas suficientes para sustentar su condena. Voy a solicitar una indemnización millonaria para Malory por parte del estado de Nueva York.

Me explica que se le conoce como “compensación por error judicial” o “compensación por condena injusta”.

—Presentaré la solicitud hoy mismo y una comisión determinará la solución, pero no pararé hasta conseguirla. Malory y su familia han sufrido muchas pérdidas significativas por culpa de un mal juicio. Puede llevarnos algún tiempo, pero lo conseguiré.

—Gracias, Nathan. Te estaré eternamente agradecido.

LIBERTAD



MALORY

Presente...

Anthony viene en persona a recogerme a la cárcel. Por suerte, gracias a la discreción de Nathan Baker, mi nuevo abogado, y los contactos de ambos, la prensa no se ha enterado de lo sucedido con mi caso.

Estoy muy abrumada cuando las puertas se abren y el viento de la calle roza mi piel. La libertad por fin ha llegado, sin embargo, el peso de un pasado y una sentencia injusta todavía está presente en mí.

Doy un paso y cruzo el umbral que realmente me separa del mundo y una sensación de alivio y esperanza me recorre de pies a cabeza.

La vida fuera de las rejas me da la oportunidad de empezar de nuevo y no pienso dejar escapar ni un momento al lado de mis hijos.

Miro al frente y me mareo. Mi cuerpo se desestabiliza durante unos segundos, hasta que una persona camina hasta mí y se detiene a un paso.

Llevo una bolsa en una mano con mis pequeñas pertenencias.

—¿Estás bien? —Anthony, como prometió, no falta a su cita conmigo.

No me salen las palabras. Trago con dificultad y no controlo mis lágrimas, que brotan sin cesar.

Anthony me abraza y me dice que todo irá bien.

—Bienvenida —comenta, cuando me recupero y nos separamos un palmo.

—Gracias por todo.

—Solo se ha hecho justicia —suelta con seriedad.

No hacemos más comentarios y subimos a su coche, una limusina, que conduce un chófer.

—Un coche como cualquier otro. —Intenta relajarme al observar mi rostro tenso.

Quiero sanar las cicatrices que ha dejado esta larga experiencia, muy profundas y traumáticas.

—La adaptación fuera de la cárcel puede ser desafiante —habla Cross de nuevo.

—Lo sé. —Agarro mi bolsa como si fuera un salvavidas.

Cross me da la mano.

—Entre todos te ayudaremos.

—Ya has hecho bastante... No solo me refiero a esto... Me refiero a aquella noche, todos estos años...

—Eres fuerte —me corta y lo entiendo—. Te va a ir muy bien. —Me mira—. Solo te pido una cosa... —Asiento con brevedad—. Todo seguirá igual, los hechos fueron los que fueron. Tú disparaste en defensa propia a Leonard. Si Charlie se entera de que llevo años ocultando la verdad, no me perdonará jamás.

—No se enterará.

La casa de Anthony refleja lo bien que le ha ido en los negocios. Lo he seguido por la televisión, pero tengo delante de mis ojos la prueba fehaciente y palpable de su éxito.

—Estás en tu casa —me anuncia.

—¿Cuándo llegarán Charlie y Jackie? —No controlo mi ansiedad ante el inminente encuentro. Cross ha decidido que fuera así para que los fotógrafos no pudieran captar el momento en la puerta de la cárcel.

—Hay que ser precavidos —dijo.

—Date una ducha. Tienes ropa nueva colgada en el armario del dormitorio de invitados —me indica.

Vuelvo a darle las gracias y me disculpo; necesito un momento de intimidad.

Tomo asiento en el filo de la gran cama y miro a mi alrededor. Cierro los ojos y un millón de imágenes cruzan mi mente, sobre todo las que acabo de ver. La ciudad no ha cambiado, algún rascacielos nuevo, pero todo ha seguido su curso mientras yo he perdido años de mi vida. Una mezcla de rabia y tristeza me inunda por completo y rompo a llorar. Oportunidades que se fueron y las experiencias que me fueron arrebatadas injustamente, aunque me siento agradecida a mis hijos porque siempre creyeron en mi inocencia y no me repudiaron por haber matado a su padre.

Me doy una ducha en un cuarto de baño increíble, como los de un hotel de cinco estrellas. Las toallas huelen a lavanda y el gel de baño me deja la piel muy hidratada. Pueden parecer unas observaciones pequeñas, no obstante, cuando llevas tanto tiempo tocando los mismos materiales, olfateando los mismos olores, viendo los mismos colores y a las mismas personas, todo es nuevo y excitante.

Salgo al salón, donde me espera Anthony hablando por teléfono.

Carraspeo levemente para que se percate de mi presencia. Él se despide de quien sea que está al otro lado de la línea, guarda su teléfono en el bolsillo del pantalón y me pregunta si quiero algo de beber.

—Agua, por favor.

Saca una jarra de agua fría del frigorífico de acero y de dos puertas y sirve dos vasos. Uno para él y otro para mí.

—Tus hijos están a punto de llegar. —Suena el timbre en cuanto termina la frase.

—Estoy nerviosa.

—Todo va a salir bien —me anima.

No puedo describir lo que siento cuando mis dos hijos se detienen delante de mí con los ojos muy brillantes. Me observan como si lo que tuvieran en frente fuera una aparición o un sueño.

—Mamá... —Musitan casi a la vez.

Jackie corre hasta mí y nos fundimos en un sentido abrazo.

Charlie mira a Anthony con lágrimas en los ojos y este sonrío con cariño. Después, camina despacio hasta mí y se une a nosotros.

Les explicamos la razón por la que estoy aquí delante de una succulenta cena. La incertidumbre ante la posible reacción de los dos al verme desaparece de mi corazón y se inunda de un

profundo amor. Las palabras cada vez fluyen con menos dificultad. Los silencios no son incómodos, aunque están llenos de significados, pero todos buenos, nos lo decimos con los ojos.

Compartimos recuerdos y anécdotas y Jackie me habla de sus proyectos futuros, como si nuestra conexión no hubiera desaparecido por la distancia y el tiempo.

—¿Cuándo vas a decirme que Anthony y tú salís? —pregunto a mi hija, mientras recogemos la cocina. —Ella me mira—. Es evidente. Sé que Anthony me ha ayudado porque le importo, pero lo que siente por ti tiene algo que ver.

—Esto... —Se rasca la mejilla—. Es complicado.

—¿Vuestra relación, o estar aquí hablando conmigo de tu vida privada?

Lo piensa y muerde sus labios con los dientes.

—Las dos cosas, mamá. No quiero que te sientas mal, pero no estabas cuando te necesitaba. Tuve... Tuvimos que aprender a vivir sin ti —expresa como si le pesara. No lo siento como un reproche.

—Mi niña... Lo siento tanto... —Le doy un pequeño abrazo, que ella recibe con calidez.

—Lo quiero, mamá. Estoy enamorada de él.

La miro y sonrío.

—Y él a ti. Siempre fue así. —Parece no sorprenderle lo que le digo.

RECUPERAR EL TIEMPO PERDIDO



CHARLOTTE

Presente...

Anthony había reservado una habitación para mi madre en uno de los mejores hoteles de Manhattan durante un mes, hasta que encontrara un piso que le gustase y que él mismo pensaba pagar, no obstante, la misma noche del reencuentro, se mudó a mi casa y vive conmigo desde entonces.

—Mamá, llevas aquí una semana y aún no has salido a la calle —le digo, mientras me maquillo para ir a trabajar—. Esta tarde iremos a dar un paseo.

Hablé con mi terapeuta hace dos días por teléfono y le comenté lo que ocurría. Su respuesta fue rotunda: es perfectamente normal sentir agorafobia cuando has estado encerrada tanto tiempo.

—De acuerdo —acepta—. Solo si... Te tomas un día para ti y sales con Anthony.

—Mamá, llevas...

—Lo sé, lo sé. Tenemos que recuperar el tiempo perdido. Pero no quiero interrumpir tu vida. Hazlo por mí. Es un trato.

Recuerdo los tratos que hacíamos cuando yo era una niña y ella una mujer joven con una vitalidad desbordante que le fue desapareciendo poco a poco.

—De acuerdo. —Le doy beso—. Tengo que irme.

—También deberías trabajar menos —me aconseja, mientras me cuelgo el bolso en el pequeño vestíbulo.

Esta semana nos ha servido para ponernos al día. Hemos pasado horas hablando y abriendo nuestro corazón. No puedo imaginarme lo que ha debido sentir lejos de sus hijos, sin poder verlos hacerse mayores, aunque ella ha tratado de hacérmelo entender. Yo también he tratado de que sepa lo que la hemos echado en falta, lo que la hemos necesitado y la montaña rusa de emociones que hemos vivido.

Nuestro padre murió a manos de nuestra madre.

No fue fácil de digerir.

Pero entendíamos la razón. Al menos yo. Jackie tuvo que mastigarla mucho antes de poder

tragarla sin que se le indigestara.

Día de intenso trabajo. Comienzo revisando correos y respondiendo los más importantes: proyectos en curso, autores con poca paciencia y petición de colaboraciones. A las diez mantenemos una reunión de equipo para, como cada mes, discutir el progreso de diferentes publicaciones y planificar los futuros lanzamientos. Reviso y edito algunos manuscritos durante una hora y pulo detalles que se han podido pasar por alto durante estas semanas y me aseguro de que el contenido cumple con los estándares de calidad de la editorial.

—La presentación de mañana de Dakota Tryp se ha tenido que posponer a la semana que viene. Ya he enviado un comunicado de prensa —anuncia Norma, de pie frente a mi escritorio.

—¿Y eso?

—Ha dado positivo en Covid.

Me froto la frente.

—Está bien.

—Y... Tienes visita. —Sonríe.

Anthony aparece detrás de ella, con las manos en los bolsillos, pero imponente.

Se acerca a mí, me levanto y me acaricia la cintura.

—Te echo de menos... —farfulla como si fuera un niño pequeño.

—Lo siento... Yo... —Me muerde el cuello—. Yo también te echo de menos.

—¿Cómo está Malory? —Se centra en mis ojos.

—Sigue... Abrumada.

—Es normal. He pensado que tal vez necesite ayuda psicológica.

—También lo he pensado. Hablaré con ella. Esta tarde vamos a salir a dar un paseo.

—Me parece una buena idea —responde, pero con tono alicaído.

—¿Qué ocurre? —Le acaricio el pecho por encima de la camisa y la chaqueta.

—Había pensado salir a cenar.

—Mañana. Te lo prometo. No quiero... dejarla sola.

—Tengo una idea. —Abre los ojos unos milímetros—. Después del paseo, cenamos en mi piso los tres. ¿Cuál es su comida preferida? —Parece entusiasmado.

—¿Vas a cocinarla tú?

—Contrataré al mejor chef de la ciudad.

Me hace sonreír.

—Las albóndigas.

Él amplía la sonrisa.

—Comerá las mejores albóndigas de Nueva York.

—Lo hablaré con ella. Después te lo confirmo. Ahora... —Lo empuja hacia atrás—.

Tengo mucho trabajo.

Alza las cejas.

—¿Me estás echando? —Asiento—. ¿Sabes quién soy?

—Algo me huelo...

—Dime que comeremos juntos. Puedo recogerte en una hora —insiste.

Observo mi mesa, repleta de documentos y manuscritos.

—Vale, algo rápido.

Llamo por teléfono a mi madre cuando Cross se va, o, mejor dicho, lo echo, justo antes de que Norma vuelva a entrar en mi despacho y me recuerde que esta tarde debo intervenir en una

entrevista en la radio.

—No tienes que llamarme cada hora. Estoy bien —me reprocha Malory en cuanto descuelga.

—¿Quieres que cenemos en casa de Anthony esta noche?

—Rotundamente no.

—¿Por qué? —Alzo una mano, aunque sé que no puede verme.

—Porque vas a cenar tú. Tú con él. Vais a salir por ahí y a pasarlo bien. Yo no necesito una niñera.

—Pero mamá...

—No vas a hacer que cambie de idea —me corta.

—De acuerdo... Pero damos ese paseo.

—Trato hecho.

Me hace sonreír.

Central Park, uno de los parques urbanos más famosos del mundo, es una verdadera joya, situada en el corazón de nuestra ciudad y el destino elegido por mi madre para dar ese paseo. Cogemos un taxi para llegar hasta él, que nos deja en la zona sur.

Me aseguro de que se encuentra bien y charlamos mientras paseamos por sus senderos. Con una extensión de ochocientos cuarenta y tres acres, este oasis verde fue diseñado por Fredereick Law Olmsted y Calvert Vaux en mil ochocientos cincuenta y ocho y se ha convertido en el pulmón verde de la Gran Manzana, proporcionando un refugio de la agitada vida que llevamos por aquí.

Nos sumergimos en una atmósfera tranquila y relajante, justo lo que las dos necesitamos, alejándonos del ruido y del tráfico.

Volvemos a maravillarnos con la belleza arquitectónica del Bow Bridge, un elegante puente de hierro fundido que se refleja en el lago.

Nos detenemos sobre él, justo en medio.

—Ha sido difícil —musita, observándolo.

No tiene que explicarme a qué se refiere.

—Para nosotros tampoco fue fácil, aunque sé lo que quieres decirme —respondo.

La escucho suspirar.

—Tuve que hacerlo. Era él o... yo. —Piensa antes de decir esto último.

La agarro de la mano y se la aprieto.

—Te hemos necesitado mucho.

Me mira.

—Y yo a vosotros. —Una lágrima rueda por su mejilla—. Ojalá todo hubiera sido diferente.

Nos damos un abrazo que nos ayuda a sanar y doy por hecho que todo mejorará poco a poco.

«Anthony lleva razón. O eso espero», pienso.

Quedamos con Jackie en Bethesda Terrace y su famosa fuente, rodeada de intrincadas esculturas.

—¡Mamá! —Jackson le da un abrazo.

Compramos un helado en un puesto ambulante y nos sentamos en un banco a deleitarnos con la melodía de los músicos callejeros.

—Tiene talento —comento, escuchando cómo toca la guitarra un chico de no más de

veinte años.

Le dejamos un billete de veinte dólares y seguimos nuestro paseo.

Hay personas haciendo picnic, otras practicando deporte y otras que simplemente disfrutan del momento y el ambiente.

Sheep Meadow, un extenso prado verde, donde la gente se reúne a tomar el sol y admirar el *skyline* de Manhattan.

—Hay un concierto en Great Lawn. ¡Vamos! —grita Jackie, entusiasmado.

Sé cuánto le alegra esta situación.

Por fin, los tres, otra vez juntos.

—No sé si es buena idea —contesta Malory.

—Lo que a ti te apetezca.

Lo piensa durante unos segundos y, ante la mirada de su hijo, acepta la propuesta.

Unos niños juegan en la zona de recreo y nuestra madre se queda embobada mirándolos, reflejando en su mirada una añoranza que todos reconocemos.

Volvemos a casa un rato más tarde, tras escuchar un concierto de un grupo local muy bueno que no conocíamos.

Jackie se queda con mamá en mi apartamento mientras yo salgo con Cross a cenar.

«Todo va a salir bien», me digo, al cerrar la puerta de mi casa con un vestido negro largo y unos *stilletos* rojos.

MI CORAZÓN SE LLENA DE DICHA



CROSS

Presente...

Espero con impaciencia a Charlie en la puerta de su bloque de apartamentos. Me bajo del coche y camino en su dirección cuando la veo aparecer tras la puerta del portal.

Suspiro, y mi corazón se llena de una dicha que me sigue sorprendiendo. Su presencia me produce una sensación única, una plenitud que ha aumentado con el paso del tiempo.

Estoy nervioso, y yo nunca me pongo nervioso. —Joder —musito, antes de llegar hasta ella, rodear su cintura con mis manos y besarla en los labios.

Ella también se sorprende por mi efusividad.

—Menuda bienvenida.

Me hace sonreír.

—Te deseo tanto... —susurro en su oído y la polla me da una sacudida dentro de los pantalones.

Quiero que la velada de hoy sea especial, que no falle nada y que todo vaya como la seda. Deseo que esto salga bien y que los nuevos acontecimientos no nos afecten.

Tengo que aprender a expresar mis sentimientos, asegurándome que sepa lo importante que es para mí.

La admiro. Admiro todo en ella. Su fuerza, su empatía, su compromiso con el trabajo, su inteligencia, sus gestos, su sonrisa...

—Estamos en medio de la calle —avisa.

—La limusina está a tres metros. —Entiende mi propuesta y se le sonroja las mejillas.

—¿Adónde vamos? —pregunta, alejándose de mí hacia el coche, contoneando las caderas a conciencia.

—A mi casa. A follarte toda la noche —casi ladro. Es mentira, aunque es lo que me gustaría.

—No me parece mala idea, pero tengo hambre. —Agarra el filo de la puerta y me observa de lado—. La limusina espera —habla de manera muy sensual.

Trago con dificultad y entro después de ella.

«Tú solito te los has buscado, Cross», pienso, y la polla me da una sacudida.

La parte de atrás del vehículo se llena de una sensualidad que hasta me traspasa.

—Quiero pararme a comprar vino —dice y me observa de soslayo.

¿Cree que nací ayer y no sé lo que pretende?

—Tengo vino en casa —respondo con sequedad, acomodándome a su lado.

—Tinto.

—Tengo de todos los colores.

Charlie suelta una risotada que rebota en las paredes e impacta contra mi pecho ante mi contestación.

No puedo resistirme. Le acaricio los hombros y noto cómo sus vellos se erizan. No la presiono, aunque... haya quedado claro que quiero follármela cuanto antes y... una y otra vez. Le miro los labios, ella suspira y mira los míos... Tras milésimas de segundos que me parecen horas, me acerco a ella de una manera muy lenta y la beso con suavidad. Nuestras bocas se unen sin prisas pero sin pausa. ¿Qué coño es esta explosión que siento dentro? Una bomba nuclear acaba de estallar en mi pecho.

No puedo resistirme.

La devoro de repente. Hacemos el beso húmedo y dejamos de contenernos e introduzco la mano por debajo de su falda y masajeo sus piernas.

—Ah... —jadea al notar el contacto.

El coche arranca y comenzamos a recorrer la ciudad.

Me muevo lo justo para cerrar la mampara que nos separa del conductor y vuelvo a ella, a la chica de la que estoy profundamente enamorado. ¿Esto son las mariposas en el estómago? Charlie me calma y me pone nervioso al mismo tiempo, me regala alegría y enfado, me llena y me vacía.

La observo al sentirme abrumado por las sensaciones que me causa.

—¿Te lo has pensado mejor? —musita.

Sonrío de lado y casi me abalanzo sobre ella.

A estas alturas nuestras respiraciones se han convertido en dos coches de carreras a toda velocidad.

La beso con pasión, la agarro por la cintura y la siento a horcajadas sobre mí.

Me la como a bocados.

Le saco el vestido por encima de la cabeza y me deleito con su desnudez y su ropa interior de color blanca y de encaje.

Muerdo sus pezones por encima del sujetador para, tras un momento, bajar las copas y lamerlos.

Dientes.

Saliva.

Tiro del elástico de su tanga y lo rompo. Ella suelta una queja y aprieto la mandíbula.

La levanto unos centímetros para volver a dejarla caer sobre mi polla, erecta y preparada, y llegar hasta el final de su sexo.

—Argg... —Un desgarró sale de su garganta y...

Pierdo la cabeza.

La levanto sin separarnos, la tumbo sobre el asiento y comienzo a follarla sin compasión.

Entro y salgo con fuerza, sin medida, con ímpetu.

Sus pechos se bambolean ante mis ojos y de su boca entreabierta sale un calor que me abrasa.

Me quemo.

Ella me quema.
Mi respiración se agita tanto que casi me mareo. Todo es nuevo con ella.
Suspiros.
Sexo desenfrenado.
Pego mi frente a la de ella y la empalo sin piedad.
—Córrete —ordeno.
Ella asiente como el deseo le permite, con los ojos cerrados.
Me corro dentro de ella entre gritos.
Nos corremos y... nos besamos.

El sol se ha ocultado sobre el horizonte y los colores cálidos han desaparecido para dar paso a los oscuros de la noche iluminada por luz artificial de Nueva York.

—¿Vas a decirme ya a dónde vamos? —pregunta, agarrando la mano que le he ofrecido para apearse de la limusina después de colocarse el vestido y peinar su precioso pelo con un pequeño peine que llevaba en el bolso.

Aún olemos a sexo.

Observa a su alrededor y encuentra a centenares de personas caminar en la misma dirección: el Estadio MetLife, ubicado en East Rutherford, Nueva Jersey; uno de los más grandes de la región, conocido por albergar espectáculos de artistas de renombre mundial debido a su capacidad para acomodar a una multitud muy numerosa.

—¿Qué...? —Parpadea.

—Coulplay.

Salta y me da un abrazo.

—He estado tan ocupada que ni he caído en la cuenta.

—Quería que fuera una sorpresa.

—¿Cómo has conseguido las entradas? —Sonrío de lado—. No me digas. El Estadio es tuyo.

Niego.

—De un buen amigo —explico, escueto.

La emoción se palpa en el aire. La multitud ansiosa se reúne dentro para el esperado concierto. Luces de neón en la lejanía parpadean y el rugido es ensordecedor.

Cruzamos un pasillo y subimos en un ascensor privado.

Los ojos de Charlie brillan de anticipación y mi corazón late cada vez más fuerte por esta razón.

De la mano, seguimos hasta unas gradas privadas desde donde no perdernos ningún detalle del gran evento. No estamos solos, unas treinta personas de la alta sociedad neoyorkina nos acompañan.

Nos sentamos y nos agarramos de la mano.

—Gracias. —Charlie me da un beso en la mejilla.

El escenario se ilumina con una mágica combinación de luces y colores mientras que el bullicio se desvanece.

Comienza una música de fondo y los acordes de un piano de Clocks llenan el estadio, dando inicio al espectáculo. Las notas de *Clocks*, la canción que le dio nombre al tipo de piano utilizado en dos mil dos como parte del álbum *A Rush of Blood to the Head*, suenan y me remueven por dentro, como ella, como el rostro de Charlotte, la mujer que amo, la única que he

amado.

La envuelvo en un cálido abrazo mientras tarareamos la canción y nos dejamos llevar por la emotiva interpretación de la banda.

Las luces se sincronizan con la música y crea un ambiente etéreo que no puedo describir. Esto, sumado a la compañía, me hace sentirme en la cima del mundo.

Le toca el turno a *Yellow*, una canción especial para mí porque la escuchábamos en mi coche cuando éramos jóvenes. Charlie me miró en los primeros acordes y su rostro enmudeció.

—¿Estás bien? —le pregunto.

—Te he odiado mucho escuchando esta canción...

Le acaricio el rostro y pego mi nariz a la suya.

—Yo te he amado escuchándola. —Me guardo para mí que yo también me he odiado recordándola.

Le doy un beso que ella me devuelve.

La música y el amor tienen el poder de mejorar las cosas y juntos convierten los momentos en inmortales. Y eso hacemos con este instante, guardarlo en nuestros corazones.

—Quiero bajar. —Se levanta—. Quiero estar más cerca.

—¿Estás segura? Hay mucha gente.

Tira de mí y me anima.

Y yo... Yo me tiraré de un precipicio si ella me lo pidiera.

Yo soy quien nos guía entre el gentío y trato de posicionarnos más adelante. Allí, rodeados de personas, nos dejamos llevar por el ritmo del estribillo de *Vive la vida* y cantamos a coro con el estadio al completo.

La banda se despide con *Fix You* y siento, abrazado a Charlie, que nuestro amor podría contra cualquier cosa en este mundo, que nos podríamos enfrentar al mismo diablo.

Me asusto.

Me asusto mucho cuando imagino lo que puede ocurrir si se enterase y de qué sería mi vida sin ella.

«Volvería a odiarme».

SACAREMOS LO MEJOR DE ESTO



CROSS

Presente...

—Joder —mascullo en mi despacho, a las siete de la mañana, con un periódico en la mano.

En primera página la noticia del caso de Sallow, de Malory Sallow, y una foto de ella junto a su hija paseando por Central Park.

Mi móvil privado suena y leo en la pantalla: Nathan Baker.

—Ya lo he visto —digo en cuanto descuelgo.

—Vamos a sacar lo mejor de esto.

Suspiro.

—No le encuentro el lado positivo. Los Sallow quieren vivir en paz y tranquilos. Ya sabes cómo puede ser la prensa de este país.

—Vamos a enviar un comunicado desde el despacho. Malory siempre ha sido inocente. Resaltará su inocencia y se dejará claro.

—Es una magnífica idea.

—Me subestimas. —Me hace sonreír—. En realidad, ha sido idea de mi mujer. —Suelto una carcajada.

—El alumno ha superado al maestro.

—No hurgues en la herida.

Sé que lo dice de broma y que está inmensamente orgulloso de su esposa, también una gran abogada.

Mi teléfono vuelve a sonar en cuanto cuelgo a Nathan.

—¿Lo has visto? —Charlotte al otro lado de la línea, asustada.

—Sí, pero no te preocupes. Vamos a controlarlo y... —Le explico lo que tenemos planeado.

—No me convence, pero... confío en ti.

—Es lo mejor que podemos hacer.

—Tengo que ir a casa. Cuando se entere Malory...

—Te recojo en veinte minutos.

—Señor, le están esperando en la sala de reuniones —me informa Anouk, al verme salir

con prisas.

—Anula todas las citas del día. No volveré —le indico, ante su atónita mirada.
Para mí, lo más importante ahora mismo, es Charlie y su familia.

—Esto va a desestabilizarla —argumenta Charlotte en cuanto entra en el coche y la abrazo.

—Se lo explicaremos. Lo entenderá.

—Eso espero.

Hacemos el trayecto estudiando cómo decírselo, en el caso de que no lo sepa aún. La televisión también está dando la noticia y poniéndolo en todos los canales.

Entramos en el apartamento con cautela.

—¿Mamá? —La llama su hija—. Debe estar dormida aún.

La oscuridad de la casa presagia eso mismo.

Ella va hasta el dormitorio y sale con rostro desencajado.

—No está —anuncia.

Cojo el teléfono y llamo a mi chófer, aparcado abajo, para que dé una vuelta por el barrio y la busque.

Charlie hace lo mismo e insiste en llamadas al móvil de Malory.

—Anthony... —Está a punto de llorar, de pie, frente a mí, con las manos temblando.

—La encontraremos.

—Puede estar en cualquier sitio...

De repente, escuchamos unas llaves y la puerta abrirse, ante el silencio que hemos creado a nuestro alrededor, cargado de incertidumbre y miedo.

Malory nos mira con los ojos muy abiertos.

—¿Qué hacéis aquí?

—¡Mamá! ¿Dónde estabas? —pregunta su hija.

—He bajado a comprar un café y un *bagel*. —Nos enseña la bolsa de papel que lleva en una mano.

—Ven... Sentémonos. —Le agarra de la mano y toman asiento en el sofá.

—Me estás asustando —le comenta.

—Mamá, tienes que saber esto... El caso ha saltado a la prensa. Está en todos los noticieros.

Cross le explica con una tranquilidad que nos transmite lo que piensan hacer.

—Sacaremos partido a esto. Tu reputación se limpiará.

Este se disculpa antes de cenar para atender una videollamada muy importante y lo acompaño a mi dormitorio para que esté tranquilo.

—Gracias por ayudarnos. Por... Explicarlo tan bien y que Malory se tranquilizara.

Me da un beso en la nariz y suspira.

—Sois importantes para mí...

Nos abrazamos hasta que su teléfono suena y me marchó.

—Mamá, salgo a por comida —le advierto, tras hacer online el pedido—. Vuelvo en un ratito. No tardo.

Está sentada en el salón, con uno de mis libros en las manos.

—Vale, cariño.

—¿Estás bien?

Ella asiente.

—Muy bien.

LA VERDAD QUEMA, DUELE, ARAÑA



CHARLOTTE

Presente...

Salgo de mi acogedor apartamento con el atardecer tiñendo el cielo de tonos naranjas. La brisa nocturna acaricia mi rostro mientras cierro la puerta del portal tras de mí y bajo los escalones que llegan a la acera. La ciudad está todavía llena de vida, con luces que parpadean y gente apresurada por las calles.

Camino con prisas hasta el restaurante, no quiero dejar a mamá mucho tiempo sola; Cross sigue encerrado en mi dormitorio en una reunión por *Skipe*.

Es un paseo corto, pero que se me hace larguísimo. La música en una esquina y las conversaciones incesantes de las personas que pasan a mi lado crean una sinfonía que no deja de sorprenderme. Sin duda, Nueva York es la ciudad que nunca duerme.

—Buenas noches —me saluda el encargado al entrar en el bar.

—Buenas noches. Vengo a recoger un pedido.

—Espere un segundo, por favor.

El aroma tentador de la comida recién cocinada se introduce por mis fosas nasales y se me abre el apetito, cerrado durante todo el día de hoy por los acontecimientos sucedidos.

Nathan envió el comunicado, que han anunciado en todos los medios por la tarde.

Consulté el menú antes de venir y elegí entre mis platos favoritos, tratando de que la cena sea un festín para el paladar, sobre todo de mi madre. Quiero que viva todo lo que se ha perdido durante años.

Mientras espero, observo cómo el personal atiende a los comensales en el comedor, donde las mesas están adornadas con velas parpadeantes.

Recibo mi pedido y me dirijo de regreso a casa con una sonrisa en el rostro al leer en el móvil una noticia: Malory Sallow siempre ha sido inocente.

Al llegar a mi apartamento no veo a nadie en el salón ni la cocina. Dejo las bolsas sobre la encimera y me detengo en medio del salón cuando escucho sus voces. No sé por qué, pero algo me agudiza el oído y me dice que debo escuchar la conversación.

Una sensación.

Un palpito.

—Estoy preocupada y no es por mí, Anthony, sino por vosotros.
—Todo está controlado.
—Si Charlie se entera, no...
—No me lo perdonará —responde Cross con seguridad.
—Déjame volver a agradecerte lo que hiciste, estaríamos muertos si no fuera por ti.
Jackie... Jackie lo estaría.
—Cualquiera lo hubiera hecho...
—Los dos sabemos que eso no es cierto. —Silencio—. Nos hubiera matado a todos si no llegas a aparecer.
Me quedo de piedra.
—No ha sido justo. No eras tú la que tenía que haber pasado todos estos años en la cárcel.
¿Qué estoy escuchando?
—¿Qué otra cosa podía hacer?
—Me siento culpable.
—Tú no tuviste la culpa. Nadie la tuvo. Solo Leonard.
Poco a poco, paso a paso, camino hasta llegar a la puerta del dormitorio.
Me tiembla todo el cuerpo.
He dejado de respirar.
Empujo la puerta y mis ojos se encuentran con los de Anthony, que se han oscurecido como la noche en medio del desierto.
Ninguno dice nada.
Un mutismo sepulcral nos rodea.
«Anthony mató a mi padre. Anthony mató a mi padre. Anthony fue quién mató a mi padre», es el pensamiento que me reconcome y no me deja ni hablar.
—Charlie... ¿Desde cuándo estás ahí? —cuestiona mi madre, también aterrada.
—Tú... —Miro a mi progenitora—. Tú no lo mataste... —Ella no me saca de mi posible error, por ello, vuelvo a Cross y le hago la misma pregunta sin signos de interrogación.
Él solo traga con dificultad.
—Fui yo, Charlie. Y he cumplido mi condena —expresa mi madre, con un brillo insólito en los ojos.
—Promételo. Prométeme que fuiste tú. ¡Júralo! ¡Dime que tú mataste a mi padre! ¡¡Júralo!! —grito de dolor.
Malory agacha el semblante y voy hasta Cross para golpearle en el pecho.
—¡¡Fuiste tú!! ¡¡Tú mataste a mi padre!! ¡¡Tú le disparaste!! —Él no me detiene y recibe los golpes con estoicismo—. ¡¡Mataste a Leonard!! ¡¡Destrozaste nuestra familia!! —No sé ni lo que digo. Pierdo el sentido.
Tras unos segundos, Cross me agarra por las muñecas y trata de tranquilizarme.
Lloro sin poder parar.
Me suelto de un tirón y los miro a los dos.
—¿Cómo...? —Las lágrimas brotan de mis ojos como una cascada de trillones de litros—. ¿Cómo habéis podido hacernos esto? ¿Cómo...? —Hipo.
Salgo corriendo de allí, cojo el bolso y bajo las escaleras hasta detenerme unos pisos más abajo, sentarme en un escalón y sollozar hasta quedarme sin aliento.
«Anthony mató a Leonard».

Intento detener un taxi con la mano levantada en medio de la carretera. Los coches tocan el

claxon y casi me atropellan. Estoy fuera de mi cuerpo, desorientada y llena de confusión en el centro de una transitada avenida. El sonido de los automóviles que pasan a gran velocidad y las luces brillantes de los faros se convierten en un torbellino alrededor de mí.

Conmocionada, he desconectado de mi propio cuerpo, una sensación extraña y perturbadora me invade de pies a cabeza desde una perspectiva inusual. Veo la escena desde arriba, como si estuviera flotando en el aire. Me observo a mí misma, tratando de parar un taxi, agitando los brazos desesperadamente, yendo de un lado para otro.

Mi mente y mi cuerpo están en diferentes frecuencias, incapaces de conectarse. Angustiada, soy testigo de mi propia vulnerabilidad y fragilidad, pero también fortaleza al enfrentar el mundo en medio de mi trauma.

«Anthony mató a Leonard».

La sensación de desapego comienza a disminuir gradualmente y la confusión disminuye lentamente, volviendo a la realidad cuando un taxi frena delante de mí y subo en él.

Olivia abre la puerta de su casa y se asusta en cuanto me ve, llorando y completamente perdida. Me da un abrazo y me guía hasta su salón, donde espera mientras me desahogo para preguntarme qué ocurre.

—Anthony... Anthony fue quien mató a mi padre —consigo decir, tras media hora de suspiros e hipos y un litro de tila.

Su rostro lo dice todo y no dice nada. Estupefacta, trata de asimilar la noticia. Sé que intenta tragar lo que acaba de escuchar y que su mente lucha, como la mía, por aceptar la verdad.

Incredulidad y negación.

—¿Qué... estás... diciendo?

—Mi madre no mató a mi padre. Fue Anthony —repito.

—¿Cómo lo sabes?

—Los he escuchado hablar y... —Sigo llorando—. Les he preguntado. Les he preguntado a los dos si es cierto y ninguno ha tenido las agallas de negarlo.

—A lo mejor ha sido un malentendido.

Niego.

—Ojalá, Oli, pero no... No ha sido un malentendido... —Me abraza de nuevo ante mi desconcierto.

Una tristeza inmensa me invade y el dolor apaga mi mente y mi corazón. Se apaga la luz. Estoy devastada, sin procesar que Anthony disparara a mi padre y que lo hayan ocultado todos estos años.

—Cross ha dejado que mi madre se pudriera en la cárcel —digo, envuelta de nuevo en un odio desmedido hacia él.

Estoy cabreada, una ira incontrolada recorre mis venas.

Impotencia.

Desesperación.

—No sé... No sé cómo afrontar esto... —me sincero.

—¿Dónde está Malory?

—Los he dejado en casa de Cross. —En realidad, ahora mismo, solo puedo pensar en mí.

No quiero saber nada de ninguno de los dos.

—¿Puedo quedarme a dormir?

—Puedes quedarte a vivir, cariño.

NECESITO TIEMPO



CHARLOTTE

Presente...

Me tomo unos días de vacaciones. Llamo a la editorial y pongo de excusa que he cogido la gripe, quizás sea Covid; en definitiva, no me encuentro bien y la fiebre me mantiene en la cama. Así tampoco vendrá mi secretaria a verme. Ella sospecha que algo más importante ocurre, sin embargo, cree que ha sido por el revuelo que ha levantado en los medios el caso de mi madre.

—¿Seguro que estás bien? —Me dice por teléfono. Sé que también está sorprendida, ella no sabía nada al respecto, era muy pequeña cuando ocurrió y no recuerda la noticia.

—Sí. No te preocupes. ¿Algo nuevo por ahí?

—Todos te echamos de menos, pero...

—Boundless sigue adelante sin mí —la corto.

Me imagino su sonrisa al otro lado de la línea.

—El señor Cross se ha pasado por aquí. —Dejo de respirar al escucharla—. Se ha hecho cargo de la presentación de Dakota Tryp, aunque le he informado de que Josue la llevaría. Han mantenido una reunión hace dos horas.

Hablamos de algunos temas que no pueden demorarse hasta que llega el momento de despedirnos.

—¿Cuándo volverás? —pregunta, para reubicar mis citas.

—El lunes —respondo con seguridad.

Ayer hablé también con mi madre por teléfono. Sigue en mi casa y Jackie la está acompañando. Le hemos dicho a mi hermano que he pillado el Covid y me he mudado con Oli para que me cuide.

El rencor sigue reconcomiéndome por dentro y me gustaría asesinar a Cross de la forma más lenta y dolorosa.

El lunes llega antes de lo esperado y no me queda más remedio que presentarme en la editorial con mi mejor sonrisa, que es penosa, por cierto.

—Permíteme pedirte que cambies esa cara —solicita Norma, sentada frente a mí, con su habitual Tablet en la mano.

Me froto la sien. Me duele la cabeza.

—Estoy agotada.

—Los medios están olvidando el tema. Ha durado lo que dura todo en este país. —Trata de tranquilizarme, ignorando lo que verdaderamente me ha quitado el sueño.

Hace días que no duermo. Me despierto por la noche con la misma pesadilla. Cross disparando a mi padre y mi padre cayendo muerto al suelo. Todo rojo. La sangre colorea cada rincón de la cocina y mi madre grita dentro de una jaula de barrotes de hierro.

—Cross ha llamado por teléfono. Quería asegurarse de que todo va bien por aquí. —Silencio—. Perdona que me entrometa, pero... ¿Ha ocurrido algo entre vosotros?

Suspiro.

—No salió bien —doy una escueta explicación.

—Vaya... Lo lamento. Parecía... enamorados.

Escucho un crac en mi corazón y agarro el bolígrafo que tengo en la mano con fuerza.

—Déjame decirte también que... Está muy preocupado por ti.

—No quiero saber nada de él. —Le dejo claro para que no haya lugar a errores.

—Vale. —Se levanta—. Siento haberte sacado el tema. Estoy fuera. Llámame si necesitas algo.

Se marcha.

Intento concentrarme en un manuscrito, pero tengo que volver a leer una página tres veces para enterarme de lo que hay escrito.

—Esto es un desastre —musito, con los ojos cerrados. Cuando los abro, tengo a Cross delante de mí.

El corazón se detiene dentro de mi pecho.

Reacciono de una manera desmedida.

Me levanto, doy un paso hacia atrás y cuadro los hombros.

—Vete o llamaré a seguridad.

—Charlie...

—¡Vete! —Alzo la voz.

Hincha el pecho y suelta el aire. Trata de tranquilizarse. Tal vez lo consiga, pero ¿quién me tranquiliza a mí?

—No quiero verte. No quiero verte nunca más.

—Eso va a ser difícil trabajando aquí.

—Voy a dejarlo.

Aprieta la mandíbula cuando me escucha.

—No puedes irte. Esta es tu vida. Me lo has dicho en varias ocasiones.

No quiero llorar.

—Ahora esta es tu casa. No quiero estar cerca de ti.

Veo en sus ojos cómo a él también se le rompe el corazón, no obstante, no me importa, o eso me digo. Él mató a mi padre, destrozó nuestra familia y mi madre ha estado en la cárcel por su culpa, por su falta de honestidad.

—¿Cómo... Cómo pudiste hacerlo? —Vuelvo a preguntarle, como ya lo hice en casa hace casi una semana.

Calla como respuesta. De nuevo. Un mutismo sepulcral.

Da un paso hacia mí.

—¡Vete! —insisto—. Te odio...

Lo piensa. Lo valora.

—Yo te amaré hasta la eternidad.

Unos segundos más tarde, gira sobre su cuerpo y desaparece de mi vista.

Caigo de espaldas en la silla de mi escritorio y rompo a llorar.

Todo mi mundo, de nuevo, se ha desmoronado.

Por la tarde me armo de valor (otra vez) y me voy a casa. Ya está bien de molestar a Oli, aunque ella insiste en que no lo hago.

Abro la puerta con mi llave y disimulo ante Jackie, que me abraza y me da un beso cuando me ve.

—Me alegra que estés bien, ratón de biblioteca. ¿Qué has estado haciendo estos días confinada? No me digas. Te has hartado de leer.

Trato de sonreír y encojo los hombros.

—¿Cómo has estado? ¿Se te pasó la fiebre?

—Sí. Estoy bien. Deja de preocuparte.

Sonríe ampliamente y pone los brazos en jarra.

—¿Tú puedes preocuparte por mí y yo por ti no?

Miro a mi alrededor.

—¿Dónde está mamá?

—En la ducha. Acaba de entrar. Tardará un rato en salir. —Me da un beso en la mejilla—. Yo me marcho. He quedado con Emma para cenar y no quiero enfadarla. —Me guiña un ojo y se cuelga una mochila al hombro.

Tomo asiento en el sofá y cierro los ojos.

—Has dicho que estás bien —insiste Jackson a unos metros.

—Solo estoy cansada. Vete y no llegues tarde a tu cita. —Escucho la puerta cerrarse unos segundos más tarde.

Me despierto desorientada. Abro lentamente los ojos y parpadeo varias veces. Me encuentro en el salón de mi apartamento, iluminado con una luz muy suave. La televisión emite un murmullo de fondo, mientras me incorporo del sofá, aún adormilada.

Me doy cuenta de que es noche cerrada y una sensación de calma llena el ambiente, aunque no mis sentidos, que se despiertan cuando se percatan de que falta mi madre.

Giro el cuello a ambos lados y la veo en la cocina, tras la isla, ocupada haciendo la cena. El aroma a comida recién horneada se cuele por la sala, trayendo consigo una sensación reconfortante. Llevo demasiado tiempo sola. Llevaba demasiado tiempo sin ella.

Mi bostezo llama su atención y me mira.

—Te has despertado... —Tiene un cuchillo en la mano y corta a trocitos una zanahoria—. Estoy haciendo ensalada. —Suelta los utensilios sobre la encimera y la tabla de cortar.

Abre el frigorífico, coge una botella de agua, rellena el vaso y camina hasta mí.

Toma asiento a mi lado y me lo ofrece.

Lo cojo y le doy un trago.

—Gracias. —Lo dejo sobre la mesa—. Quiero decirte que... —Suspiro—. Lo siento, mamá. Siento haberme ido y haberte dejado sola. —Pesa sobre mí una gran culpa de cómo he actuado.

Ella me coge de la mano y la acaricia.

—Cariño... Lo entiendo perfectamente... —Ladea la cabeza—. No he estado sola. Jackie ha estado muy pendiente de mí. Solo quiero saber cómo estás.

Trago con dificultad. Respiro profundamente y trato de controlar mis emociones, pero un

nudo en la garganta se hace cada vez más grande. Intento contener las lágrimas; aprieto los labios con fuerza y desvío la mirada hacia la estantería de libros. Los libros me hacen feliz, sin embargo, ni ellos logran sostenerme en este difícil momento.

Las lágrimas comienzan a emerger, traicioneras, rodando por mis mejillas a pesar de mis esfuerzos por aguantarlas. No puedo evitarlo y permito que fluyan ante el abrazo de mi madre, liberando la tristeza que me causa la situación y la frustración que guardaba.

Cierro los ojos unos instantes y dejo que las emociones, todas, se apoderen de mí. A veces es necesario dejar que las lágrimas hablen por sí solas.

Pero la conversación no termina ahí. Cuando me tranquilizo y termino con el vaso de agua, verbalizo lo que me atemoriza.

—Mamá... —Hipo—. Me he enamorado del hombre que mató a mi padre... —musito, sin creerlo aún.

—Cariño... —Me acaricia el hombro—. Anthony solo nos salvó la vida.

—Quitándosela a otra.

—A veces nos enfrentamos a situaciones complejas. El caso y la tensión no nos deja pensar. Actuamos por impulsos y tomamos decisiones que pueden cambiar el rumbo de las cosas. En otras ocasiones... No sabemos ni lo que hacemos.

—No lo defiendas... No, por favor...

—Charlotte... —Nunca me ha llamado así—. Solo trato de hacerte entender que no todo es como creemos que es...

—¿A qué...? ¿A qué te refieres?

Respira y me aprieta con ternura.

—¿Estás segura de que quieres saber lo que pasó? —Ella también está poniéndose muy nerviosa.

—¿Por qué me haces esa pregunta? Claro que quiero saberlo. Creí que lo sabía. Has pasado años en la cárcel injustamente.

—Era él o yo y... preferí ser yo.

Me levanto con ímpetu.

—¿Cómo puedes decir eso?! ¡¡Elegiste a Cross antes que a nosotros!! —Me tiemblan las manos—. ¡¡Él debería haber pagado por lo que hizo!! ¡¡Debe pagar por ello!! ¡¡Destrozasteis nuestra vidas!! ¡¡Nuestra familia!! ¡¡La de Jackie!!

Mi madre se levanta y me agarra por las muñecas.

—Por favor, cariño, tranquilízate y escúchame.

El corazón va a salirseme del pecho.

EL PASADO EN EL PRESENTE



MALORY

Quince años antes...

Había sido un día muy largo. Luchaba con la ansiedad que me acuciaba desde que Leonard se marchó. Era una amalgama de sensaciones intensas. Cada latido de mi corazón estaba marcado por la incertidumbre. Me sentía prisionera en mi propio temor. Cada sonido que escuchaba en la calle o en casa se convertía en un grito silencioso que resonaba en mi mente. Creía que era él y que venía a por nosotros.

Vivía en un constante estado de alerta. Miraba por encima del hombro cuando caminaba por la calle y me sentía amenazada constantemente.

El miedo era una sombra que me acompañaba a todas partes, siempre presente, recordándome que ese hombre que tanto había amado podía aparecer en cualquier momento y hacer una locura.

Porque ya había demostrado bastantes veces que había perdido la cordura.

Pensar en tenerlo cerca de nuevo me daban arcadas, además de desatar dentro de mí una tormenta que corría por mis venas haciendo temblar mis manos.

A veces, ese miedo, hasta me paralizaba y dudaba de cualquier decisión que debía tomar.

Trataba de convencerme de que denunciarlo y contar la verdad a la policía fue lo mejor y que eso nos libraría de él y de su agresividad, pero dudaba de si habría hecho lo correcto, aunque trataba de alejar estos pensamientos.

—Me hubiera matado... O hubiera hecho daño a los niños... —Me susurraba casi todos los días.

Le pusieron una orden de alejamiento y trataron de convencerme de que estuviera tranquila, sin embargo, algo dentro de mí me gritaba que aquello no había terminado.

Leonard Sallow se había convertido en un hombre muy rencoroso y controlador, o lo había sido desde el principio.

No, aquello no era el final para nuestra familia.

El final estaba por llegar.

Dejé de culparme del maltrato que sufría y de cuestionarme mi valía. Tenía derecho a vivir una vida libre de violencia. Mis hijos no se merecían crecer y ser educados por un padre violento

y tirano.

Lo hice por ellos.

Intentaba mantenerme fuerte, pero un temor oscuro me consumía poco a poco por dentro.

—Mamá, ¿dónde está Charlie? —preguntó mi hijo, en pijama y la boca manchada con los restos del yogur que se había comido.

—Hoy no duerme aquí, cariño. —Le atusé el pelo bajo el quicio de la cocina.

Le tembló el labio.

—Yo quiero dormir con Charlie...

—¿Te parece si hoy duermes conmigo?

Se le dibujó una enorme sonrisa en el rostro.

—Síííí —chilló.

Lo dejé en mi cama. Le susurré que lo amaba y que durmiera tranquilo.

—Todo está bien —nos dije a los dos, y le di un beso en la frente y un abrazo para que se sintiera protegido y querido. Sabía que echaba de menos a su padre.

—No cierres la puerta —me pidió, y se cubrió con la colcha casi por completo.

Bajé las escaleras con cuidado (a Jackie también le asustaban los ruidos) con la esperanza de disfrutar de una taza de té caliente antes de irme a dormir. Me había costado, pero también había aprendido a valorar los momentos de soledad.

La noche se había cernido sobre la casa y el silencio de la oscuridad me envolvía, solo interrumpido por el sonido tenue de la tetera hirviendo. Debía estar tranquila, la policía se paseaba por el barrio a menudo e, incluso, se detenía en la puerta de casa; sin embargo, algo interrumpía mi tranquilidad; una constante imparable, imposible de detener.

En medio de mi conato de relajante ritual, un ruido lejano e inesperado se coló a través de la ventana abierta. Los latidos de mi corazón se aceleraron y una ola de inseguridad me invadió.

Dejé la taza que me acababa de servir sobre la encimera y me asomé, tratando de discernir la fuente de los ruidos. El débil resplandor de la luna iluminaba tímidamente la calle, pero las sombras jugaban con mi percepción, creando formas y figuras que me inquietaban; todas se parecían a una persona: Leonard.

Escuché risas y pasos apresurados, y mi imaginación comenzó a dibujar escenarios temerosos en mi mente, todos oscuros y profundos, donde te ahogas de alguna manera.

—No pasa nada... —me animé.

Cautelosa, cerré la ventana y me decidí salir a la calle, investigar y quedarme tranquila. Quería enfrentar mis miedos. Refrescaba. A medida que pisaba el suelo de madera del porche delantero el ruido se escuchaba más cercano, hasta que me di cuenta de que provenía de un grupo de chicos que paseaban de manera despreocupada por la acera.

La tensión se desvaneció y respiré profundo. Agradecí en silencio a los chicos su presencia en la calle y volví dentro. Me sentía protegida cuando había gente cerca, como si eso disuadiera a Leonard de acercarse a nosotros.

Volví a la cocina y cogí la taza de té, ya fría, así que la calenté en el microondas unos segundos y me la tomé de pie frente al frigorífico.

El vapor se elevaba ante mis ojos y concentrarme en él contribuyó a que me relajara. Conseguí ahuyentar mis pensamientos negativos mientras lo saboreaba.

El silencio volvió a romperse, pero esta vez abruptamente, cuando escuché un sonido extraño procedente de la puerta trasera. La taza se resbaló de mis manos y cayó al suelo, haciéndose añicos. Me quedé paralizada, con los ojos fijos en la oscuridad que se veía tras el

cristal de la puerta. Pensé lo peor y... no me equivoqué.

Traté de descartar mis temores como simples imaginaciones.

—Quizá ha sido solo el viento... O un perro... —Me agarré el pecho.

Pero entonces, los pesados pasos resonaron en el suelo de la cocina, detrás de mí, acercándose cada vez más. La realidad me golpeó con fuerza y supe con certeza que no estaba sola y sabía quién y con qué intenciones venía.

Un terror corrosivo me asaltó, no obstante, giré sobre mi cuerpo irradiando una calma que no existía y mis ojos se encontraron con los suyos, negros como el azabache, profundos, sin fondo, como su crueldad.

—¿Qué haces aquí? —Pregunté, con la voz resquebrajada.

—Esta es mi casa —respondió con rotundidad—. Quiero ver a mis hijos.

—Están durmiendo. Es tarde. Y... No puedes estar aquí.

—¿Quién lo dice? ¡¿Tú?! —Me señaló con la punta del dedo.

Me temblaba todo el cuerpo.

—Vete o llamo a la policía —traté de asustarlo para que se marchara, pero él se lo tomó como una amenaza y vio herido su orgullo de hombre con poder para aplastar a una mujer como si fuera una hormiga.

Dio unos pasos lentos y calculados. Su presencia opresiva llenaba el espacio y se extendía a toda la planta baja.

Noté un nudo en la garganta y no encontraba palabras adecuadas que consiguieran disuadirlo y se largara.

Sus ojos brillaban y sus facciones solo expresaban amenaza. Sin duda, venía a hacerme daño.

Sin pensarlo, cogí un cuchillo del cajón de los cubiertos y lo alcé ante los dos.

—No te acerques a mí...

—¿O qué? —Soltó una risa que me abrió cada poro de mi piel.

—Vete, por favor... —Comencé a llorar—. Vas a despertar a los niños... —Tal vez lo convenciera de que no sería bueno para su relación con ellos que lo vieran en este estado.

No había bebido. Estaba en plenas condiciones psíquicas. Sabía perfectamente lo que estaba haciendo.

—¿Qué piensas hacer con eso? ¿Vas a atacarme? Nunca has sido valiente. —Me insultó, o trató de hacerlo. Me dolió que tuviera razón. Había tardado demasiado en sacar mi valentía.

El pánico se apoderó de mí, porque leí su mente y supe que había venido a matarme, sin embargo, una determinación desconocida se apoderó de mí y me negué a ser una víctima indefensa. Corrí hacia él y traté de clavarle el cuchillo en el pecho, pero me agarró los brazos y me empujó contra la encimera.

—¿Eso es todo lo que sabes hacer? ¿Piensas matarme?

Le di una patada en la entrepierna y su cuerpo se retorció de dolor, dejándome escapar. Traté de abrir la puerta de la cocina, que daba al patio, pero algo la había atrancado, así que girando sobre mis pasos corrí hacia el salón sin llegar hasta él porque él me agarró de un pie y me tiró al suelo.

Comenzó a darme golpes en la cara con el puño cerrado. Yo trataba de esquivarlos y esconderme tras mis brazos. Dolía. Cada vez estaba más mareada.

Cogió el cuchillo, a nuestro lado sobre las baldosas y trató de acuchillarme. Me destrozó los brazos. Me ardía la piel.

—¡Malory! ¡Leonard! —Me pareció escuchar a Anthony a lo lejos—. ¡¡Déjala en paz!!

¡¡He llamado a la policía!! —Quizá fuera un sueño.

Noté la sangre en mi cara.

Iba a matarme.

Era el final.

«Mis niños. Mis niños. Mis niños...», pensaba una y otra vez.

Algo o alguien me lo quitó de encima.

Desorientada, intenté levantarme y vi a Anthony pelear con él. Se daban puñetazos y patadas. De repente, Leonard sacó una pistola, lo apuntó y disparó. Por suerte, nunca había tenido buena puntería y nuestro vecino lo esquivó, además de darle un manotazo y tirarla al suelo.

Dando tumbos, busqué el teléfono sobre la encimera, pero no lo encontré. Mi visión borrosa no me ayudó a dar con él.

Sentí un empujón. Me di la vuelta y vi a Anthony tirado en el suelo, trataba de moverse, de levantarse y se quejaba, mientras Leonard le daba patadas en el estómago y la cabeza. Lo mataría. Iba a matarlo.

—Leonard —traté de llamar su atención.

Se detuvo, se alzó y me miró.

Imponía.

Vino hasta mí, me agarró del cuello y se propuso estrangularme.

Pum.

Se escuchó otro disparo.

De repente, dejé de sentir presión en mi cuello y el rictus del que todavía era mi marido cambió. Unos segundos más tarde, cayó al suelo.

No se movía...

Alcé la vista y lo vi.

Jackie tenía la pistola en la mano, con el brazo alzado, aún apuntando en mi dirección.

ATÓNITA, SIN ALIENTO



CHARLOTTE

Presente...

—El resto ya lo sabes... —Termina de contarme la noche más terrorífica de nuestras vidas.

Caigo de rodillas al suelo y empiezo a llorar de nuevo. La noticia ha impactado en mi pecho como una ola gigante y fría como el hielo.

Atónita.

Sin aliento.

Mi mente se tambalea y lucha por procesar la información que acaba de recibir. Mi corazón late desbocado, como si tratara de asimilar la realidad que se despliega ante nosotros.

«Jackie mató a Leonard».

La incredulidad, el miedo y la incertidumbre se entrelazan, formando un nudo en el estómago que se niega a desvanecerse.

Miro a mi alrededor, de nuevo, sin encontrar consuelo, ni siquiera en los ojos de mi madre, un manto de dolor y llanto ante lo que acaba de rememorar.

Su rostro refleja mi misma conmoción.

La preocupación por mi hermano se apodera de mí y me hago mil preguntas en milésimas de segundos. La cabeza está a punto de explotarme.

—¿Qué pasará ahora? —cuestiono, ante una sombra ominosa.

—Nada. No va a pasar nada. —No puedo respirar—. Ven, vamos a sentarnos —habla con voz calmada y mansa, tratando de ser el ancla en medio de mi tormenta emocional.

Sostiene mis manos temblorosas con suavidad.

—No estás sola, Charlie. Ahora estoy contigo. Juntas lo superaremos.

—Pero mamá... Jackie...

—Entiendo tu miedo y tu ansiedad, te lo aseguro.

—Jackie mató a papá.

—Jackie solo era un niño y... Jamás ha recordado nada. —Frunzo el ceño—. ¿Me equivoco? ¿Alguna vez ha hecho referencia a aquello? —Niego—. Leí mucho sobre el tema y he temido durante todos estos años que algún día lo reviviera. —Me acaricia el rostro—. Intenta respirar con tranquilidad —aconseja, ante mi nerviosismo.

Se levanta y va a por la botella de agua fría. Llena mi vaso y me pide que beba lentamente. Le hago caso e intento relajarme; misión imposible, por supuesto.

Sigue cuando suelto el vaso.

—La mente es un laberinto complejo y misterioso y, en ocasiones, frente a experiencias traumáticas y abrumadoras, puede recurrir a un mecanismo de defensa llamado amnesia disociativa. Los recuerdos de esos hechos traumáticos son bloqueados o suprimidos, permitiendo a la persona sobrevivir emocionalmente en ese momento, pero también causando la pérdida total o parcial de memoria de ese suceso. —Estoy inmóvil. Sé de qué habla, pero... Necesito tiempo para asimilarlo—. Es como si una cortina oscura cayera sobre esos recuerdos, haciéndolos inaccesibles. La mente crea una especie de barrera protectora para resguardarse del dolor y la angustia que esos recuerdos podrían provocar. A medida que pasa el tiempo, estos recuerdos pueden quedar enterrados en lo profundo del subconsciente, fuera del alcance consciente. Por fortuna, es lo que le ha pasado a Jackie.

—Jackie empezó a tener pesadillas continuas y terribles tras aquel día. Dimos por hecho que eran por los malos tratos y... la desaparición de papá.

—Yo le pedí a Anthony que se lo llevara a casa. Que lo alejara de allí. Yo me encargaría de todo.

—Pero...

—No quería dejarme sola, sin embargo, no podíamos hacer otra cosa. Jackie tenía que salir de allí y él también. Lo cogió en brazos y se lo llevó. Yo agarré la pistola y... Poco tiempo después llegaste tú...

NUESTRA VIDA CAMBIÓ



CHARLOTTE

Quince años antes...

Nerviosa, muy nerviosa, corrí por la calle casi a oscuras, solo iluminada por las farolas del barrio, con un nudo en el pecho. Miré hacia la casa de Anthony, donde no había ninguna luz encendida. Comprobé el teléfono móvil y no tenía ese mensaje que iba a enviarme para tranquilizarme.

Pum.

Pum.

Pum.

El corazón estaba a punto de salirse del pecho.

Seguí mi ruta y crucé el jardín, donde los enanos me observaban como si no fuera con ellos mi miedo y desazón. La puerta delantera estaba abierta y me asusté. No se escuchaba nada.

—¿Mamá? —La empujé.

Ese silencio retumbó en mi mente.

Mis pasos resonaban sobre el mutismo de la madrugada y la madera crujía bajo mis pies. Los destellos de los faros de un coche que debía cruzar la calle se coló entre las ventanas y pintó el ambiente con sombras danzantes que me asustaron aún más.

Me detuve en medio del salón.

Todo estaba en su sitio.

—¿Mamá? —grité, sin obtener respuesta.

Di otro paso, y otro, y otro. La tensión dentro de mí aumentaba y me dirigí hasta la cocina, de donde provenía la luz que parpadeaba. Empujé la puerta entreabierta y el chirrío de las bisagras me puso los vellos de punta.

El escenario que se reprodujo delante de mis ojos me dejó petrificada. El suelo de baldosas blancas se había teñido de un rojo oscuro e intenso. Supe que no se había derramado un bote de pintura, aquello era diferente a lo que habíamos utilizado en la clase de dibujo artístico unos días antes. Mi rostro se llenó de horror y mis manos temblaban como si estuviéramos en invierno y una tormenta de nieve se hubiera apoderado de la ciudad. Algo llamó mi atención entre tanto espanto. La hoja de un cuchillo ensangrentado brillaba junto a la isla y una mano invisible me empujó hacia allí.

Di un grito cuando mis pies descalzos se toparon con su cuerpo inerte. Mi garganta se desgarró y comencé a llorar a la vez que mi cuerpo se inmovilizó. Mi mente era incapaz de procesar lo que mis ojos estaban viendo.

Una mano conocida, muy conocida, sostenía una pistola... Mi madre.

Era mi padre el que yacía en el suelo. Me agaché y traté de reanimarlo. No se movía...

—¡Papá! ¡Papá! —gritaba.

No recuerdo cómo salí de la casa y topé con el pecho de Anthony. Frené contra él como si un muro se hubiera petrificado delante de mí.

Él me agarró de las manos. Mis ojos, desencajados, no se fijaban en ningún punto fijo.

Lloraba, desconsolada.

—¡¡No!! ¡No!! ¡¡No!!

—¡Charlie! ¿Qué ha pasado?

—¡No! ¡No!

Las sirenas de la policía se empezaron a escuchar en la lejanía.

—¡Charlie! ¡Para! —me pidió.

Yo no dejaba de moverme.

Cogí aire y exploté.

—¡¡Tú tienes la culpa!! ¡Tú eres el culpable! —Le clavé un dedo en el esternón—. ¡¡Ibas a pasarte y comprobar que todo estaba bien!!

Las sirenas se escuchaban cada vez más cerca.

—¡¡Tú!! ¡¡Todo esto es culpa tuya!! —vociferaba y le escupía a la cara.

—¡Estaba todo bien! Me llevé a Jackie a dor...

—¡Jackie! ¿Dónde está Jackie?! —Miré hacia todos lados y di vueltas sobre mí misma hasta que Cross me agarró de la cintura y me detuvo.

—Está en mi casa. Durmiendo. Me pasó y se quiso venir conmigo.

Escucho un zumbido, como si un millar de abejas revolotearan alrededor de mi cabeza. Me tapé los oídos y grité.

—¡¡No!! ¡No!! ¡¡No!!

Anthony me abrazó con fuerza y lo escuché hablar con lo que supuse unos policías, que se adentraron en la casa.

Me retiré de él unos segundos más tarde. Le clavé la mirada y derramé sobre él toda mi ira.

—¡Esto es por tu culpa! ¡Tú eres el culpable!! ¡Te odio!! ¡Eres el ser más despreciable que conozco!! ¡No quiero volver a verte!! ¡Vete!! ¡Déjame en paz!! ¡No me toques!!

—Charlie... —Mi nombre salió de su garganta como un desgarró.

—¡Mi padre ha muerto por tu culpa!! ¡Tú lo has matado!! —No sabía ni lo que decía. Estaba fuera de mí—. ¡Te odio!! ¡Te odio!!

Él dio un paso hacia atrás y un sanitario se acercó a mí, me empujó con cuidado y me sentó en una camilla.

Sentí un pinchazo en el brazo y perdí la noción del tiempo, más si cabía. Debí inyectarme un relajante o tranquilizante.

Y ahí... Justo ahí... En una nebulosa que apenas me dejaba ni pensar supe que nuestras vidas se habían roto para siempre.

EL CORAZÓN ENCOGIDO



CHARLOTTE

Presente...

—Lo único que ha hecho Anthony durante todos estos años ha sido velar por Jackie y guardar nuestro secreto —me dice mi madre, antes de acostarnos las dos en mi cama—. Tal y como le pedí —apostilla.

No he parado de llorar en ningún momento. Me duermo tras horas de darle vueltas a los hechos, a las palabras dichas y escuchadas, a los recuerdos. Me despierto con el corazón encogido. Hago café y espero a que mi madre se levante y comprobar que está bien antes de marcharme a la editorial.

Llego demasiado tarde y Norma se extraña. Jamás he faltado a mi trabajo ni se me han pegado las sábanas, al contrario, he llegado la primera a Boundless y me he ido la última; así que le parece muy raro que esto ocurra. Por ello, me trae café a media mañana, una botella de agua entre horas y el almuerzo al comprobar que no pienso bajar a comer.

Me cercioré al llegar que Cross no iba a pasarse por aquí hoy, al menos, no tenía ninguna reunión programada y me tranquilicé, sin embargo, esa calma ha ido mutando con el paso de los minutos porque sé que en cualquier momento puede aparecer; no necesita ninguna excusa, la empresa es suya y también conozco su control.

«No querrá ni verme», pienso, cerrando el libro que estoy leyendo y dejándolo sobre la mesa.

¿Quiero yo verlo?

Me da vergüenza.

Y miedo.

Y...

Bebo un poco de agua fría y suspiro.

Le debo la mayor de las disculpas.

Por la tarde mantengo una reunión de equipo solo con los imprescindibles de marketing en mi despacho. Solo somos tres. Daniela, Edwin y yo.

—Necesitamos ideas creativas para aumentar la visibilidad de nuestros libros —comento,

tras mirar mi reloj y percatarme de que pasan las cinco de la tarde.

—Podríamos organizar concursos en redes sociales para involucrar a los lectores y generar expectación antes de los nuevos lanzamientos —dice Edwin.

—También podríamos colaborar con blogueros literarios para reseñas y recomendaciones —sigue Daniela.

—¿E invertir publicidad en línea? —pregunto.

—A eso iba ahora —indica Daniela—. Con ella llegaríamos a audiencias más específicas y mediríamos los resultados con mayor precisión.

—Quiero una estrategia coherente en todas las plataformas para no confundir a los lectores —ordeno.

Tras una hora y las excelentes ideas, veo que estamos alineados en diversificar el catálogo, mejorar la distribución en línea y fortalecer la estrategia de marketing. Asignamos tareas y establecemos un calendario. A las seis y cuarto les pido que se marchen a casa.

—Vamos a tomar una copa de vino, ¿te apuntas? —me pregunta Edwin.

—Gracias. —Sonríó—. Pero aún debo terminar un par de cosas.

—Charlotte. —Escucho a Norma bajo el vano de la puerta—. Yo también me marchó. ¿Necesitas algo?

Quiero preguntarle si sabe cuándo se pasará por aquí el señor Cross, si tiene alguna reunión agendada o... yo qué sé, si lo ha visto en alguna revista de la prensa del corazón o los negocios hoy.

—Me marcharé enseguida también. Hasta mañana.

—Hasta mañana.

Respondo dos correos de dos autores y me dispongo a apagar el ordenador para coger un taxi hasta Chelsea, quitarme los zapatos y cerrar los ojos tumbada en mi sofá.

Mi teléfono suena justo cuando me cuelgo el bolso, así que lo saco de él mientras camino hasta la puerta y la cierro.

Es Jackie.

No he hablado con él desde que sé lo que realmente ocurrió y... sigo sorprendida por cómo ha olvidado absolutamente todo. No dudo que lo haya hecho; conozco a mi hermano, no es capaz de matar ni a una mosca, es la persona más afable que tengo alrededor. Antes de atender la llamada me doy cuenta de lo que significa el gusanillo que se mueve en mi garganta. Se trata de miedo, un miedo horrible a que pueda recordarlo algún día y no pueda superarlo.

—¿Charlie?

—Eh... Hola, Jackie. ¿Cómo estás?

—Vivito y coleando. —Ríe—. ¿Aún estás en la editorial, ratón de biblioteca?

—Voy saliendo. Mamá está en casa esperándome.

—¿Alguna consecuencia del Covid?

—No, no. Estoy bien.

—He quedado con Anthony para cenar. Tal vez te apetezca venir... —informa con ironía.

—No quiero... Eh... Mamá me espera para cenar.

—Podéis venir las dos. Hay mucho que celebrar.

—Supongo que sí, pero... Estoy muy cansada.

—¿Qué ha pasado entre Cross y tú? Pensé que salíais.

Menudo cambio de tema.

Me coge fuera de juego.

—No fue buena idea.

—¿Solo eso?

—Eh... Sí. No salgas con tu jefa.

Suelta una carcajada.

—Espero que habléis y sepáis solucionarlo. Hacéis una buena pareja.

—¿Puedo preguntarte algo?

—Claro.

—Durante estos años... ¿Siempre has mantenido buena relación con Anthony?

—Sí. Siento habértelo ocultado, pero... —Comienza a darme explicaciones.

—No importa... Te dejo. Voy a subir en el ascensor.

Observo a mi alrededor. Debo estar sola en la planta. No sé muy bien el qué, pero algo me hace recorrer los pasillos que parecen más largos y oscuros a esta hora de la tarde. Una luz tenue de un fluorescente parpadea y crea sombras detrás de unas mesas. La quietud del lugar me envuelve, como si todos hubieran desaparecido de repente abducidos por alguna nave extraterrestre, dejando atrás un eco silencioso.

Tengo un destino: el despacho de Cross.

La puerta, entreabierta, me invita a que la empuje y observe dentro. Mi corazón late cada vez más rápido ante la sensación intrigante de no saber qué voy a encontrar.

¿Me gustaría encontrarlo a él?

Tal vez.

Mis pasos resuenan en el suelo de madera mientras avanzo y freno en medio de la sala.

No hay nada ni nadie.

Todo está en su sitio.

Bien ordenado y colocado.

Un ruido tras de mí me hace dar un respingo y giro sobre mí misma.

Me quedo inmóvil, conteniendo el aliento y tratando de discernir en la cada vez más cerrada noche.

De repente, emerge una figura imponente, vestida con un uniforme que dista mucho de los trajes que utiliza Cross.

Suspiro.

La luz se enciende de repente y el pánico que me acuciaba se aleja del todo.

—Disculpe, creí que se habían marchado todos —informa el hombre con uniforme de seguridad.

—Suelo irme la última —revelo, para que en un futuro ninguno de los dos nos asustemos al encontrarnos en esta situación.

¿En un futuro?

¿Ya no pienso abandonar Boundless?

—¿Qué hace en el despacho del señor Cross?

—Quería hablar con él. Pensé que estaría aquí —invento una excusa plausible para mi asalto al despacho del gran jefe.

Aunque el tono de su pregunta ha sido tranquilizador, algo en él y en su mirada me incomoda.

Retrocedo un paso.

Él se mantiene inmutable, como una estatua y un escalofrío me recorre la espalda.

—Debería irse. Es tarde.

Asiento con rapidez y salgo con alivio de esa situación tan incómoda. Rodeo su cuerpo y recorro los pasillos hasta el ascensor.

Entiendo mis emociones al subir al taxi y darle mi dirección.
Sí, me hubiese gustado que fuera Cross.

49

TE ODIA, CROSS



CROSS

Presente...

No puedo dormir. Doy vueltas en la cama tras la cena mantenida con Jackie, en la que solo ha habido dos temas de conversación: La bolsa de Nueva York y Charlotte. La primera no me interesaba en absoluto y la segunda... Me gustaría decir que tampoco, pero mentiría.

Quise negarme a la propuesta cuando me llamó. Su hermana cree que maté a su padre y supongo que, ahora más que nunca, me quiere muy lejos de su vida, así como de la de su hermano.

Me gustaría poder decirle que no fui yo, sin embargo, cumpliré mi promesa, además, jamás revelaría que fue Jackie, un niño asustado, quién disparó el arma aquella noche de frustración.

Bufff.

Bufo y bufo durante horas hasta que suena el despertador y me levanto.

«La mujer que amo piensa que maté a su padre», me digo ante el espejo del cuarto de baño de mi dormitorio, desnudo de cintura hacia arriba.

Agarro el mármol del lavabo y agacho el semblante, derrotado.

El odio es una emoción intensa y negativa que implica una profunda aversión, hostilidad o animosidad hacia algo o a alguien. Todas esas siente ahora Charlie hacia mí.

No sé qué hacer. Es la primera vez en mi vida que me ocurre. Estoy perdido. ¿Cómo va a amarme?

«Te odia, Cross», una voz me recuerda lo que realmente siente por mí y... ha sentido desde hace años. Me doy una ducha de agua muy fría y me visto con un traje de dos piezas de color gris oscuro y una camisa negra.

Thomas pregunta dónde he dejado la corbata en cuanto entra en mi despacho.

Me apretaba el cuello, pero no se lo digo. Me ahogaba.

—¿Cuándo vas a decirme qué ha pasado con Charlie?

Otro hablándome de la mujer que trato de olvidar.

—Deberías solicitar un puesto de trabajo en alguna revista del corazón. —Me levanto—.

Serías un buen periodista de investigación.

—No te creas. No consigo que Olivia suelte prenda y... Algo me dice que ellas sí que han hablado y lo sabe. —Esta última frase me pone los vellos de punta—. ¿Adónde vas?

Salgo de las oficinas con él detrás, como siempre. Hace un calor de mil demonios. Subo a un taxi con Thomas al lado.

—¿No tienes que ir detrás de algún famoso a hacerle fotos con su amante?

—Es lo que hago... —Se frota las manos—. Vamos a la editorial, ¿no?

Le doy la dirección de la misma al taxista y mi amigo se ríe. Pronto mi amigo lanzado al río Hudson.

—¿Qué vas a hacer cuando la veas? —me pregunta, mientras subimos en el ascensor.

Lo mato. Juro que lo mato.

«No quiere ni verme. No sé ni por qué he venido. Me odia», me repito.

Caminamos por los pasillos de Boundless y el murmullo de los trabajadores va desapareciendo conforme vamos cruzando estancias.

¿Doy miedo? Espero que sea respeto.

—Buenos días, señor Cross. —Norma, la secretaria de Charlie se cruza con nosotros y me detengo.

—Buenos días. ¿Puede decirle a la señorita Sallow que la espero en mi despacho?

—Por supuesto, señor Cross.

Entramos en él y Thomas cierra la puerta detrás de nosotros.

El teléfono fijo suena unos segundos más tarde. Pulso el intercomunicador.

—Señor Cross. La señorita Sallow está en una videoconferencia que durará aún una hora.

—De acuerdo. —Cuelgo.

—¿Vamos a esperar a Charlotte? —Thomas abre tanto los ojos que los saca de las cuencas. Toma asiento y cruza las piernas—. Anthony Cross esperando a alguien... A una mujer... Me lo cuentan y no me lo creo.

—Por fortuna, estás siendo testigo de ello —respondo con mucha ironía.

Me tiene harto.

—¿Y qué vamos a hacer mientras tanto?

Hablamos con nuestra sede en Japón durante casi cuarenta minutos. No me gusta perder el tiempo ni puedo perderlo, para ser sinceros.

A Thomas le hace mucha gracia esta situación porque no sabe qué se esconde tras ella; si lo supiera, todo cambiaría, pero... Jamás se lo contaré. Este secreto me lo llevaré a la tumba.

Tras terminar con nuestra videoconferencia, hablamos de estrategias de inversión.

—Deben basarse en un enfoque riguroso y diversificado —comento—. Oportunidades que generen rendimientos sólidos a largo plazo mientras gestionamos los riesgos. No me gusta cómo trabaja Xian, no analiza detenidamente el mercado, pierde identificaciones de tendencias y posibles interrupciones.

—Insistiremos en la investigación exhaustiva.

—Hay que asegurar la alineación de nuestros objetivos y valores, manteniendo una cartera equilibrada que abarque acciones, bonos y activos alterna...

Toc, toc.

Dos toques en la puerta detienen mi perorata y... Joder... El corazón me da un puto vuelco.

—Ni una jodida palabra —amenazo a Thomas.

—¿Puedo quedarme?

Achino los ojos y lee en ellos: vete o te asesino y te corto a trozos.

Alza las manos.

—Está bien, está bien. No tienes que echarme. Sé cuándo sobro.

¿En serio? No lo parece.

Va a abrir la puerta y tras ella aparece Charlie. Charlotte Sallow. La mujer que me robó el corazón hace dieciséis años y que jamás volverá a amarme porque piensa que disparé a su padre.

—Hola, Charlie —la saluda—. Yo... me marchó. —Se despide de mí, la rodea y se pierde por el pasillo.

—Pasa y... cierra la puerta. Tranquila, va a ser breve.

Lo último que deseo es asustarla, así que... voy a dejarla libre, hacerla feliz, alejarla de mí.

Me rompe en mil pedazos cómo me mira...

Está guapísima. Es guapísima. Lo que lleva puesto es lo de menos. Es ella. Sus ojos, sus labios, su tez blanca... su alma.

—Quiero... Quiero que sepas que he pensado mucho sobre qué hacer en esta situación. No quiero que te vayas. Esta editorial es lo que es, en parte, gracias a ti, a tu compromiso y tu trabajo; Harmony lo dejó claro antes de marcharse. No voy a deshacerme de ella, pero... La dejaré en tus manos. No interferiré si no es estrictamente necesario. —Me guardo para mí que no pienso venderla al mejor postor porque es lo único que me seguirá uniendo a la mujer que tengo delante con los ojos brillantes.

Un silencio inmenso vuela alrededor de nosotros.

—Si decides marcharte, lo entenderé, pero déjame que te pida que propongamos tus propias condiciones para que eso no ocurra. Vendré a Boundless lo imprescindible. Te dejaré hacer, decidir...

—Anthony... —suspira y me corta.

Su tono no me indica miedo ni odio ni resentimiento. Sé leer en las personas, en sus movimientos, sus miradas, sus palabras ocultas.

—Yo... —Sigue.

Los ojos le brillan cada vez más... Y una lágrima rueda por su mejilla.

—Sé que no fuiste tú quien mató a mi padre —musita. Habla tan bajito que casi no la escucho; pero sí, he entendido lo que su boca ha verbalizado.

Alzo las cejas unos milímetros y el pecho se me hunde.

—Lo sé todo... Me lo ha contado Malory... —Se derrumba.

Camino hasta ella y la abrazo. Dejo que lllore en mi regazo unos minutos.

—Lo siento... Siento haber creído que habías sido tú. —Hipa.

Se aparta un palmo.

—Pensabas que había matado a tu padre... Que había sido capa de matar a una persona...

—La realidad impacta en mi pecho como una bala de grandes dimensiones.

Traga con dificultad y da un paso hacia atrás. No entiendo por qué se aleja hasta que me lo hace saber.

—Me iré, Anthony. Si no me quieres en tu vida, prefiero marcharme de Boundless.

¿Cree que no la quiero en mi vida?

Se gira con rapidez, avergonzada, y se marcha a pasos agigantados. Mi cuerpo se petrifica y pies se clavan al suelo. Corro tras ella después de respirar con profundidad e inundar mis pulmones de aire perfumado con el olor que ha dejado.

—¡Charlotte! ¡Charlie! —grito, en medio de una sala que cruza repleta de gente. Editores y maquettadores que estaban concentrados en sus ordenadores y que ahora nos prestan toda su

atención.

Ella se detiene y se da la vuelta, para mirarme.

Esos ojos.

Recuerdo aquella noche sobre el tejado, la primera vez que la besé, la primera vez que nos besamos.

—¡No te marches! —vocifero, a diez metros de ella.

—Anthony... No creo que ese tema debamos hablarlo aquí. Boundless...

—¡No te marches de mi vida! —explico, ante la atónita mirada de las personas que nos rodean, mientras comen palomitas invisibles y beben un refresco ante una gran pantalla de cine.

Ella alza las cejas, desconcertada.

Acorto nuestra distancia, voy hasta ella; recorrería el globo terráqueo descalzo para buscarla. Cruzaría fronteras, nadaría océanos, volaría en una nave estelar a otros planetas.

Charlie comienza a llorar de nuevo.

Llora y ríe cuando la cojo de la mano y la acerco a mí.

—No me odias... —murmuro sobre sus labios.

Ella niega con dulzura.

Dos almas, las nuestras, se encuentran, por fin, en una sala abarrotada.

—Nos están viendo todos.

Nuestras miradas se entrelazan.

Que se jodan todos.

—No me importa. Que se enteren de cuánto te amo.

—¿Me amas?

—Te amaré hasta la eternidad.

—¿Y cuánto es eso?

—Hasta el final de los tiempos.

Le acaricio el rostro y la beso con lentitud y pasión. El tiempo, ese que vuela, ahora se detiene mientras me sumerjo en la conexión que nos une, que siempre nos unió a pesar de la distancia y las circunstancias.

Cada movimiento de nuestros labios es un baile sincronizado de anhelo. Nos hemos echado en falta. Ambos.

La sala, antes repleta de murmullos, estalla en aplausos y vítores, celebrando el final feliz de un amor que ha viajado varios universos para encontrarse, aunque ellos lo ignoren.

Los besos trascienden las palabras, queman los malos recuerdos, volatiliza las desagradables sensaciones, termina de un plumazo con el odio, la ira y la tristeza. Los besos curan.

Y nosotros nos dedicamos a curarnos cada día.

EPÍLOGO



CHARLOTTE

Dos años después...

En la vida, hay días increíblemente importantes y trascendentales, frente a otros que pasan sin pena ni gloria (o eso creemos), porque todos cuentan en una línea muy tangible que trazamos desde que nacemos hasta que morimos. Cada uno de ellos dejan una huella indeleble que suma o resta.

Hoy es uno de esos en los que experimentas un torbellino de emociones, desde la anticipación nerviosa hasta la euforia más exuberante. Hitos que marcan un viaje a través del tiempo, momentos en los que tu sino da un giro (que tú has elegido), tu mundo se expande y se carga de significado.

Decisiones que moldean el presente e influyen en el futuro. Una profunda conexión donde el flujo de la vida te empuja a dejarte llevar por el destino o... la casualidad.

Hoy no se trata de casualidad, sino de una decisión tomada y meditada que vamos a celebrar.

—¿Estás nervioso? —pregunto a mi hermano, ataviado con un traje de chaqueta azul eléctrico y camisa blanca en una habitación que han preparado para el evento.

—Me aprieta la corbata. —La mueve de un lado para otro. Tratando de desanudarla.

—Estate quieto. —Lo detengo—. Estás acostumbrado a llevarla. —Le quito importancia.

Hoy es su gran día, o... supongo que uno de los más especiales de su vida. Hoy, él y Emma se dan el sí quiero delante de unos ciento veinte invitados.

—Anoche tuve otra pesadilla. Cada vez son más constantes.

Malditas pesadillas. No se marchan, no le desaparecen. Hace muy poco leí un manuscrito donde son el centro de la historia. Me costó terminarlo porque describen lo que le ocurre a mi hermano. Consecuencias de una experiencia perturbadora y que tiene un impacto significativo sobre él. Reflejo de ansiedades, preocupaciones y miedos subyacentes en la vida de una persona.

Mi miedo... Que él recuerde lo que pasó y la verdad de la historia de nuestra familia. Lo conozco, se hundiría, no se lo perdonaría.

—Es el estrés —respondo, preocupada porque puedan causarle algún problema—. Desaparecerán cuando estéis más tranquilos.

—Emma es... intensa... —Sonríe.

—Emma es perfecta. —Le doy un pequeño abrazo y cierro los ojos.

—Me cuesta concentrarme durante el día... Me fatiga dormir poco.

—Es normal... Deja de preocuparte. Todo se calmará en la luna de miel. —Me esfuerzo

por sonreír.

Pasarán diez días en Bora Bora, en la Polinesia francesa. Un lugar idílico para desconectar del mundanal ruido que nos rodea. Con aguas cristalinas de color turquesa, playas de arena blanca y cabañas sobre el agua. Ambiente romántico y exótico, donde me gustaría pasar una temporada.

Jackie suelta un gran suspiro.

—Me gustaría que tía Naty estuviera aquí.

—Y a mí, Jackie...

Nos apretamos las manos.

Tía Naty falleció de un infarto cerebral fulminante cuando yo comenzaba a trabajar en Boundless y Jackson cursaba su primer año en la universidad. No fue fácil despedirnos de ella, nuestro hogar desde hacía varios años, pero supimos reponernos y seguir con nuestras vidas. No nos quedaba otra, no teníamos otra opción, así como nadie la tiene.

Seguir adelante y ser feliz.

—¿Estáis listos? —Malory entra en la habitación con un vestido verde y largo y, lo que es más importante, con una radiante sonrisa en el rostro.

En sus brazos, mi hija, de tan solo nueve meses, que mueve sus manitas y aplaude cuando me ve.

—¿Ya te has manchado? —Escudriño su vestido beis.

—Es agua, no te preocupes, además, los niños se manchan —comenta mi madre.

—¿Dónde está Anthony?

—Discutiendo con Thomas sobre no sé qué...

—Son como niños. —Lamento.

—Olivia ha intentado mediar, pero... Ha optado por un par de copas de champán. O tres... Me hace sonreír.

—Oli sí que sabe solucionar problemas.

La boda de Olivia y Thomas está fechada para dentro de un año y estoy harta de escucharlos discutir sobre tener o no tener hijos. Es el tema más recurrente en nuestras cenas. Olivia está enamorada de Rose y quiere dos como ella.

—Si no quieres hijos, has elegido a la mujer equivocada —le advertí una noche, en la terraza de nuestro ático, tras una cena a cuatro.

Él dejó su copa de vino sobre la mesa, me miró y aseguró:

—Es la indicada, estoy seguro y... Haré todo lo que me pida.

—No debes tener hijos si no es lo que tú deseas.

—Yo deseo hacerla feliz y si eso conlleva tener hijos, los tendré —sentenció.

El gran evento (al menos, para nosotros) se celebra en The Rainbow Room. Ubicado en el Rockefeller Center. El "Rainbow Room" es un lugar de gran elegancia y prestigio. Un icónico espacio que ofrece vistas panorámicas e impresionantes de la ciudad y cuenta con un diseño clásico y sofisticado. El ambiente lujoso y refinado se combina con elementos modernos y crea un sitio que evoca glamour de épocas pasadas. Lo eligió Emma.

Con una peculiar pista de baile esférica donde nos movemos al son de canciones modernas durante algunas horas.

—Venga. —Tiro de Cross para animarlo a divertirse.

Él se niega.

—No se me da bien.

—Eso es mentira. Te vi bailar en fiestas en el instituto.

—Era joven. No sabía lo que hacía —argumenta, con un vaso cuadriforme en la mano relleno de bourbon. Lo atraigo hacia mí y obligo a que mueva las caderas. Me parto de la risa y Thomas se une a mí.

—Pues para no saber lo que hacías, se te daba muy bien —le grita Oli, y le guiña un ojo.

Cross bufa, gira sobre su cuerpo y se marcha en busca de nuestra hija, dormida en su carrito.

Lo sigo.

—Es hora de marcharnos. Rose debe descansar en su cama —advierte, siempre preocupado por su preciosa hijita.

Suspiro y... Me digo que debo ser una buena madre y llevar a mi hija a nuestra casa.

—Quédate tú si quieres. —Me da un beso en la frente—. Es la boda de tu hermano.

Con el tiempo, reforzamos la confianza el uno en el otro.

—No, es tarde. Llevas razón.

Me despido de mi familia y amigos. Olivia y Alyn (que ha venido acompañada de Isabella) tratan de convencerme para quedarme un poco más, no obstante, entienden que las prioridades y responsabilidades cambian cuando tienes un bebé que, además, ha estado enfermo una semana.

Nos marchamos a casa. A su ático de lujo, donde me mudé solo dos meses después de aquel final de novela romántica en medio de Boundless.

Y sí, nos casamos. Fue sin pensarlo ni planearlo. Lo acompañé a un viaje a Las Vegas y me pidió matrimonio. Lo hicimos allí mismo y después lo celebramos junto a nuestras familias en Nueva York; en primavera, con los cerezos del Brooklyn Botanic Garden en flor. En concreto en Cherry Esplanade, un área impresionante, sobre todo en esa época del año. Rodeados de naturaleza y un entorno sereno y exuberante. Árboles de hojas verdes y flores rosadas que crean un ambiente romántico y mágico.

—Te voy a querer hasta la eternidad —me dijo (y repitió lo que ya me había asegurado años antes) ante todos nuestros invitados y bajo una luna radiante.

—Eso espero, señor Cross, porque pienso mantenerlo siempre a mi lado.

—Jamás querré marcharme —susurró justo antes de besarme.

Cross lleva a Rose en brazos y le pone el pijama sin que esta se despierte. Lo bien que se le da ser padre y todo lo que conlleva. Ahora viaja menos, o trata de hacerlo. Odia tener que separarse de nosotras. Cuando podemos, le acompañamos. Mi trabajo me permite cumplir mi deber desde la distancia y aprovecho para leer manuscritos en el Jet privado o en hoteles de lujo.

Me doy una ducha rápida y me pongo ropa cómoda junto a la cama. Sobre la mesita de noche un manuscrito, uno muy especial que tal vez algún día se publique. Lo he titulado *Valiente* y aún no me atrevo a que nadie lo lea, ni siquiera Anthony, que insiste e insiste en hacerlo. Una historia de ciencia ficción basada en nuestras vidas que he escrito durante años y desde pequeña.

—Ya está acostada —me indica, mientras hago café, descalza, en la cocina.

Viene hacia mí, me da un beso en la frente y me huele el cuello.

—Me gusta tu piel —musita—. Y tu olor... —Me acaricia los muslos desnudos.

—Hace calor. ¿Nos lo tomamos en la terraza? —Me gusta ponerlo de los nervios. Sé lo que quiere. Llegó ayer de Londres, donde estuvo solo dos días, y se muere porque hagamos el

amor. Rose ha estado resfriada y yo muy ocupada con los últimos preparativos de la boda. Emma me pidió ayuda y no iba a negársela. Anthony se ha quejado en demasía de que lo he tenido abandonado la última semana. Se queja por todo. Y a mí me gusta ponerlo de los nervios con el sexo porque... Parece un adolescente.

Escucho cómo bufa y se resigna. No sabe decirme que no, aunque todo cambiará en unos minutos; sacará el león que lleva dentro y atacará a su presa. Por cierto, su presa soy yo.

—Qué bonita noche —comento, sentada junto a él en un sofá, con mis piernas sobre las suyas y mirando el cielo estrellado.

—Ya... —masca.

Estoy a punto de soltar una carcajada, pero me abstengo.

—¿Sabes que he tenido que leer un libro sobre las estrellas? —sigo, a sabiendas de que no le interesa en absoluto el tema—. En realidad son una inmensa bola de gas caliente, como el sol, e irradian luz y energía a distancias astronómicas. —Le da un sorbo a su café—. La Osa Mayor, Orión y la Cruz del Sur son solo algunas de las muchas constelaciones y... ayudan a navegar por el firmamento. —Él ni contesta—. Cuando miramos al cielo, lo que estamos viendo es el brillo de estrellas que ha existido durante millones de años, algunas incluso ya podrían haberse extinguido. Cada punto de luz que vemos es un rayo de tiempo y energía que viaja a través del espacio para llegar a nuestros ojos... —Detengo mi estudiada perorata y lo observo—. ¿Qué le ocurre, señor Cross? —Ladeo el rostro.

—Que quiero acostarme.

—¿Está cansado? No ha bailado mucho —ironizo.

Deja la taza sobre la mesa y agarra mis piernas con sus dos manos.

Me clava la mirada.

—Voy follarte —asevera.

Me remuevo con maestría para escapar de él y me levanto.

—Verá, señor... Es que Rose sigue muy resfriada y puede despertarse.

Él me imita y también se pone de pie.

—Rose está bien. —Se está cabreando y yo... Partiéndome de la risa por dentro.

Doy un paso atrás.

—No te vas a escapar —ruge, y aprieta la mandíbula.

Doy dos saltitos y trato de escabullirme, de broma, claro, no quiero escapar de él ni alejarme de él ni vivir sin él.

Anthony se lanza sobre mí, me coge en brazos, me sube a sus hombros como un saco y me lleva hasta nuestro dormitorio mientras, ahora sí, no escondo mis carcajadas. Me tira sobre la cama, se posiciona sobre mí con los brazos al lado de mi cabeza y me mira.

—Jódase, señor Cross.

—La voy a joder a usted, señorita Sallow, ahora y todos los días de nuestra vida.

FIN

AGRADECIMIENTOS

Mi novela número veintitrés publicada, se dice pronto. Cuánto camino recorrido hasta llegar aquí, cuánto trabajo, cuántas alegrías, cuánto lo aprendido, cuánto lo llorado, cuánto lo reído.

Todo esto ha sido posible gracias a vosotros, que me leéis y dais vida a mis personajes, algunos más queridos que otros, pero de eso se trata ¿no? De levantar ampollas, de hacer sentir, para bien o para mal, de arañar almas, de dejar huella en la piel, de rasgar en las heridas.

No tengo palabras de agradecimiento por el amor y cariño que me dais, que nos dais, a mí y a mi historias, escritas, que no os quepa duda, desde el corazón; algunas, durante épocas muy complicadas. Pero la vida es así, imprevisible y... maravillosa en todos los sentidos.

Sigamos creando historias.

Sigamos creando vidas.

Sigamos viviendo sueños.

GRACIAS. GRACIAS. GRACIAS.

OS QUIERO MUCHÍSIMO.

SOBRE LA AUTORA



Estrella Correa nace en Chucena, graduada en Derecho y Técnico Superior de Secretariado de Dirección Bilingüe en Huelva. Actualmente reside en Punta Umbría. Desde sus primeros pasos dedica gran tiempo a la lectura de obras clásicas y de actualidad e incluso se atreve a elaborar relatos, bien por deber académico, bien por puro entretenimiento. En 2016 autopublica su primer libro, *Un gin-tonic, por favor*; y a partir de ahí encuentra su verdadera vocación: escribir.

Poco a poco, el éxito de sus novelas la lleva a distanciarse de la abogacía y a transformar su hobby en su profesión.

Ha tenido contratos con editoriales, pero actualmente todos sus libros están disponibles en exclusiva en Amazon en dos formatos: papel y digital. Apuesta por esta plataforma y reconoce que gracias a ella comprueba día a día que su trabajo llega a miles de personas y que además da frutos.

Su trilogía “Un gin-tonic, por favor”, publicada con Ediciones Coral en una edición especial y completa, fue durante varias semanas de 2018 y 2019 el ebook de ficción más vendido en España según Bookwire España.

Su novela “Anoche soñé mariposas” (mayo 2020) ha sido la novela con más reseñas y valoraciones del PLAS 2020 (Premio Literario Amazon Storiteller). Actualmente está retirada del mercado y será publicada por el sello Vergara de la editorial Penguin Random House el 13 de mayo de 2021.

El 19 de octubre de ese mismo año (2020) la revista Vogue Bussines se hace eco en un artículo de las ocho mujeres escritoras autopublicadas más destacadas de la plataforma Amazon.es entre las que se incluye a Estrella Correa.

Libros publicados:

Un gin-tonic, por favor
Bésame, por favor
Quédate conmigo, por favor
Recuérdame, por favor
Ni por favor ni leches
Más Almas, por favor

Nerea y las estrellas
La estrella de Nerea

Cualquiera menos tú
Todos menos tú

Anoche soñé mariposas

Tú y yo en la Gran Manzana
Amor en Manhattan
Mi chica del SoHo
Un corazón en Nolita
Mil besos en TriBeCa

Despiértame a besos
Despiértame a sueños

Jódase, señor Ward
Jódase, señor Baker
Jódase, señor Cross

Sexi Navidad en Nueva York

Imborrables

Puedes seguir a la autora en las redes sociales:

Facebook: Estrella Correa, Estrella Correa Escritora y Un gin-tonic, por favor.

Instagram: @estrellacorreaescritora

Twitter: @EstrellaCorreaS